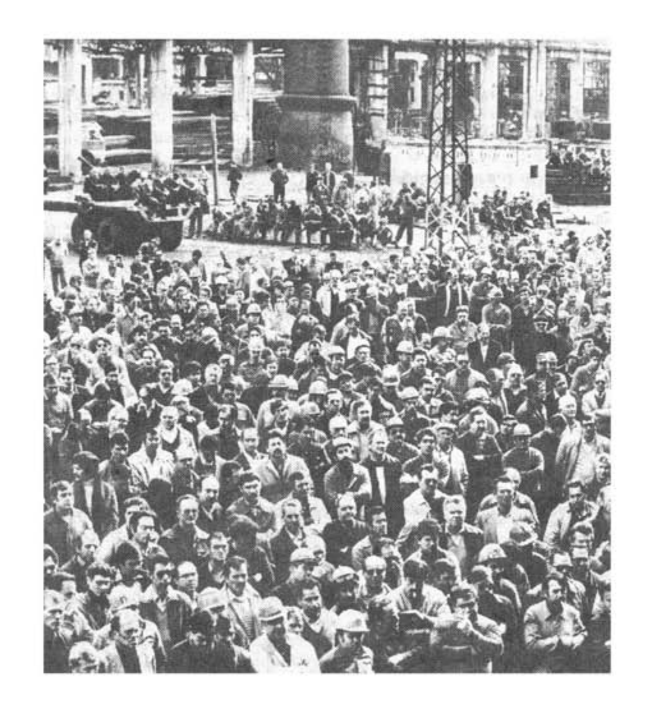
GILLES DAUVÉ y FRANÇOIS MARTIN

DECLIVE Y RESURGIMIENTO

DE LA

PERSPECTIVA COMUNISTA





EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

DECLIVE Y RESURGIMIENTO

DE LA

PERSPECTIVA COMUNISTA

Título original:
Communisme et question russe

Traductor:
Emilio Madrid Expósito

Foto de portada:
Asamblea de trabajadores de los Altos Hornos de Sagunto, en lucha contra el cierre de la empresa, en 1984

Primera edición en español:
Julio de 2003

Ediciones Espartaco Internacional

I.S.B.N.: 84-607-8321-9

Depósito legal: B-35.235-2003

Impreso en: **Romanyà Valls, s. a.**

Les Amis de Spartacus
8, impasse Crozatier
75012 PARIS

GILLES DAUVÉ Y FRANÇOIS MARTIN

DECLIVE Y RESURGIMIENTO

DE LA

PERSPECTIVA COMUNISTA



EDICIONES
ESPARTACO INTERNACIONAL

NOTA DEL TRADUCTOR

Esta versión española de los textos aquí presentados se ha realizado a partir de la versión francesa de 1972, pero con la inclusión en ella de algunos párrafos y epígrafes enteros procedentes de la versión inglesa de 1997, a indicación del propio autor. Por cierto, el título de la edición francesa era COMMUNISME ET QUESTIÓN RUSSE, y estaba firmado por Jean Barrot, seudónimo de Gilles Dauvé, mientras que en la edición inglesa era THE ECLIPSE AND RE-EMERGENCE OF THE COMMUNISTE MOUVEMENT. El título en español, evidentemente, ha sido sugerido por el propio autor. El texto procedente del inglés ha sido traducido por mi amigo Sergio Raneda, a quien quedo muy agradecido. Finalmente hay que señalar que si en la edición francesa no se encontraba el texto "La lucha de clases y sus aspectos más característicos en los últimos años", escrito por François Martin, en la edición inglesa no está incluido, por el contrario, el texto "Notas para un análisis de la Revolución rusa". En cambio, en esta edición española se hallan ambos, lo que hace que sea más completa, habiéndose añadido, tras la introducción a esta edición en español, el prefacio a la edición checa de 2002 por considerarla de gran interés no sólo para los propios checos, sino para el lector de cualquier otro país. El apéndice sobre Pannekoek y Bordiga completan el conjunto. Nuestra intención ha sido poner estos textos a disposición de todas aquellas personas que no estando de acuerdo con esta sociedad capitalista inhumana, se esfuerzan por combatirla junto a todos los que actúan en la misma dirección.

"Quienes se han vanagloriado de haber *hecho* una revolución han visto siempre, al día siguiente, que no sabían en absoluto lo que hacían; que la revolución *hecha* no se parecía en nada a la que habían querido hacer."

Engels, 1885.

"No está muy lejos el día en que todos los hombres se consideren miembros de una sola y misma familia y trabajen juntos en *comunidad*. Si no estuviese ahí la industria moderna para conmocionar *primero* esta sociedad egoísta, para darle *a continuación*, en tanto que sociedad comunista, su excedente de fuerzas productivas, nosotros no habríamos concebido *la idea* del comunismo y menos aún habríamos creído que su *realización* fuese posible."

Extracto de un discurso de Moses Hess pronunciado en un mitin comunista en Renania en 1845.

DEL MISMO AUTOR

EN FRANCÉS

Le "renégat" Kautsky et son disciple Lénine, en K. Kautsky, *Les trois sources du marxisme*, Spartacus, 1969.

Le mouvement communiste, Champ Libre, 1972.

EN ITALIANO

Contributo alla critica dell'ideologia ultra-sinistra, La Vecchia Talpa, Nápoles, 1969.

EN ESPAÑOL

Notas para un análisis de la revolución rusa, los Grupos Obreros Autónomos, Barcelona, 1971.

El "renegado" Kautsky y su discípulo Lenin, en L. Trotsky, *Informe de la delegación siberiana*, Ediciones Espartaco Internacional, 2002.

EN DANÉS

Bildrag til kritikken af den venstreradikale ideologi, Prometheus, Bagsvaerd, Dinamarca, 1972.

EN INGLÉS

Eclipse & re-emergence of the Communist mouvement. Coautor, François Martin.

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

¿QUÉ ANTICAPITALISMO?

Los textos reproducidos en esta recopilación, redactados en 1967, 1969 y 1972, reflejan a su manera la ola revolucionaria por y para la que han sido escritos. Este impulso ha sido derrotado a finales de los años 70 y los veinte años transcurridos desde entonces han confirmado su derrota. Por todas partes se ha hecho más profundo el dominio del salariado, de la mercancía y del Estado.

No obstante, estos últimos años han visto aparecer un movimiento "anticapitalista" visible en la calle, en numerosos países, a partir de Seattle (1999) y Génova (2001), sin hablar de las manifestaciones gigantes contra la guerra en Iraq.

Pero hay una paradoja que requiere ser explicada. Si, de un modo general, la anti-globalización, rebautizada como alter-globalización, de ninguna manera se proclama a favor de una revolución comunista, parece que, sin embargo, hace suyos ciertos objetivos o, al menos, ciertos métodos asociados anteriormente a lo más radical que afirmaba el movimiento proletario. Formaciones enteras del izquierdismo han sido olvidadas sin haber sido siquiera refutadas. Se tiene la impresión de que aquello que las minorías anarquistas, consejistas, situacionistas o ultraizquierdistas les costaba tanto trabajo hacer entender hace treinta años, es hoy patrimonio de millones de contestatarios en todo el mundo. En especial, diversos blancos a los que se apuntaba en los textos reunidos aquí, parecen desacreditados hasta tal punto de que muy pocos se toman ahora la molestia de defenderlos o atacarlos.

En 1967, teníamos que batallar para hacer admitir a las diversas variedades de leninistas y maoístas que la totalidad de los países llamados socialistas, desde Cuba hasta Vietnam pasando por Checoslovaquia, eran en realidad capitalistas. ¿Quién se preocupa hoy de la "naturaleza social de la U.R.S.S."? ¿Quién se toma en serio la defensa de Castro o de Ho Chi Minh?

En cuanto a la Revolución de Octubre, sólo algunos universitarios marxistas debaten hoy sobre dónde y cuándo el poder de los obreros cedió el lugar al de los burócratas.

Partidos obreros, PC, sindicatos...: nadie les defiende ya con uñas y dientes como conquistas de los trabajadores. Todo lo más, se dice que pueden ser útiles si están en fase con el "movimiento social".

No hablemos ya del leninismo: los constructores de partido han renunciado.

¿El obrerismo? En una asamblea nadie os hará callar bajo pretexto de que no tenéis las manos sucias de trabajar.

La crítica de la mercancía, marginal en 1970, ha sido elevada al rango de evidencia por millones de anti-globalizadores. Un best seller reformador lleva por título: *El Mundo no es una mercancía.*

Hace treinta años, el rechazo de la civilización industrial y de la tecnología pasaba por absurdo, incluso indecente, cuando los izquierdistas describían la agricultura moderna y la producción masiva como la única solución al hambre y la miseria. ¿En qué periódico izquierdista podíamos leer un artículo contra la industria nuclear en 1965? En 2003, la evidencia ha cambiado de sentido: la puesta en tela de juicio de la industrialización masiva cae de su peso, y todo el mundo exige tecnologías benignas.

En 1970, la idea de una insurrección "festiva" era juzgada como pequeño-burguesa. ¡Seamos serios, camarada, la revolución no es un banquete de gala! Treinta años más tarde, nunca se ha bailado tanto en las manifestaciones. *El militantismo, estadio supremo de la alienación*: esta fórmula, título de un folleto de principios de los años 70, ya no chocaría

hoy. El militante disciplinado obediente a su partido ha envejecido tanto como el cura vestido de negro que nos presentan los noticiarios de la primera mitad del siglo XX. Ya no se acepta que "grandes dirigentes" se dirijan a una muchedumbre pasiva que no tiene otro papel que el de aplaudir. De la misma manera que la misa en latín y la clase ex cátedra, la política tradicional ha pasado de moda. El respeto por la autoridad ha terminado y, con él, la creencia en un sentido de la historia detentado por aquellos que dominan su teoría. La *autonomía*, he ahí la palabra de esta época.

En otras palabras, una gran parte de lo que la ola revolucionaria de los años 60-70 tenía tantísimo trabajo en hacer admitir, hoy parece aceptado generalmente.

El problema es que el conjunto de los puntos que acabamos de resumir y que son efectivamente esenciales para una crítica del mundo, no son reconocidos hoy más que si están separados los unos de los otros y cortados de la totalidad que les da sentido. Por muy verídico y fuerte que pueda ser cada uno, no por ello deja de perder su capacidad explicativa (y, por tanto, su potencialidad subversiva) si es desligado del conjunto.

En otros tiempos, los estalinistas, pero también los pequeños partidos izquierdistas a su pequeña escala, aplastaban la crítica radical bajo una rigidez doctrinal. Los maestros pensadores contemporáneos, por su parte, son los gestores de la superficialidad. El "newspeak" de Orwell (o lengua burocrática estalinista) se ha fundido en lengua suave: desde el momento en que se sabe más o menos quién es el enemigo, poco importa el concepto que lo define.

A propósito de la ex URSS, por ejemplo, es indiferente para los contestatarios actuales que haya sido "capitalista de Estado" o simplemente "capitalista", y dirigida por una "clase" o por una "capa burocrática parasitaria", ya que sólo importaría su naturaleza totalitaria y opresiva.

De igual modo, para los manifestantes de 2003 poco importa saber si la mayoría de un país como los Estados Unidos o España está compuesta de "proletarios", de "asalariados", de "clases medias" o de otra cosa. Lo importante sería que

nosotros, “la gente”, estemos dominados y explotados (confundiéndose ambos, sin que sea útil distinguirlos), y que sea necesario poner término a ello. *Power to the people!*

La confusión que resulta de ello no es peor que el marxismo vulgarizado de antaño. Tampoco lo deja atrás.

Lo que era un punto de llegada (apenas conquistado) del movimiento social anterior se convierte en el punto de partida del movimiento presente, pero desarticulado, mutilado, y finalmente tan ideologizado como hace treinta años. “Capital” y “burguesía” eran los *eslóganes* de 1970, “mercancía” y “mercados financieros” son los del comienzo del siglo XXI. La visión que se impone en el anticapitalismo actual es la de un pueblo de buenas personas enfrentadas a poderes políticos y económicos que hacen mal uso de su poder, pero susceptibles de ser reorientados en el buen sentido bajo la presión popular. Las recientes manifestaciones contra la guerra (de las que nos alegramos) han puesto de relieve esta oposición entre la masa y una minoría de dirigentes a los que habría que desviar de la guerra para empujarlos hacia la paz. Se ha renunciado a la glorificación clasista de los obreros sólo para celebrar al pueblo del “Todos juntos”. Es tanto como decir que no se ha comprendido mejor que antes las lógicas profundas que estructuran nuestro mundo.

No polemizaremos contra las posiciones de grupos como ATTAC o de personalidades como N. Klein o T. Negri. Denunciar su “reformismo” no tiene ningún sentido: justamente porque predican un capitalismo renovado, suavizado, pacificado, igualado y democratizado, han conquistado la audiencia que tienen.

Más interesantes son las posiciones de la base. ¿Qué entienden los participantes en los múltiples “centros sociales” cuando hablan de *salario* y de *ganancia*?

En otros tiempos, la explotación era interpretada como un *robo*, el capitalista era identificado con el propietario de fábrica enriquecido a costa de los obreros y el socialismo era asimilado a la eliminación de los parásitos. El obrero, una vez desembarazado del que se aprovechaba, recibiría un salario

correcto, al tiempo que una planificación democrática pondría fin a la anarquía burguesa y reorganizaría la producción y la distribución en función de las necesidades de las masas.

Hoy, el declive de los propietarios privados obliga a comprender la ganancia como un hecho no ya individual, sino claramente social. Sin embargo, la opinión (incluso contestataria) continúa viendo en aquella una especie de robo, a través de la oposición entre *producción* y *dinero*. Groso modo, producir riquezas útiles, aun para venderlas (a condición de que un precio "justo" una productor y consumidor) es positivo; hacer dinero a partir del dinero, es malo. Recuperemos, pues, la riqueza despilfarrada por la especulación y los mercados financieros, y pongámosla al servicio de todos. Si mercancía, valor y ganancia son comprendidos aparentemente como realidades sociales, se cree no obstante que serían diferentes gracias a un control popular.

De este modo, la crítica de la mercantilización del mundo se detiene en la fuerza de trabajo: no se trata de suprimir su carácter mercantil, ni de abolir el trabajo como actividad separada, sino únicamente de asegurarle condiciones correctas.

Por "explotación", se entiende casi siempre un trabajo precario y mal pagado, lo que efectivamente es el caso de la inmensa mayoría de los asalariados del planeta. Pero esta definición restrictiva implica que crear durante seis horas diarias softwares educativos a cambio de un buen salario y en un ambiente que respete el entorno, sin ninguna discriminación étnica, sexual o de género, en conexión con los habitantes del barrio y las asociaciones de consumidores, ya no sería explotación. En una palabra, una sociedad en la que cada uno se lo pasa bien yendo al mercado el domingo por la mañana, pero sin que nadie sufra la ley de los mercados financieros. En suma, el sueño de las clases medias asalariadas occidentales extendido a seis mil millones de seres humanos...

Por un lado, se denuncia la mercantilización.

Por el otro, se reclama un trabajo diferente. La prensa "burguesa" francesa ha dado incluso buena acogida a la traducción del *Manifiesto contra el trabajo* del grupo alemán de

inspiración situacionista Krisis. Una tendencia del PS francés que responde al bello nombre de Utopía se pronuncia por lo que llama una sociedad sin trabajo.

Pero ambas críticas siguen estando separadas. Al aislar estas dos dimensiones la una de la otra, se prohíbe uno a sí mismo comprender el salariado, que es la unidad de las dos: la compra-venta de la energía humana para ponerla a *trabajar* a fin de producir más *dinero*. A partir de ahí, la idea de un mundo que reposa sobre el intercambio de una mercancía muy particular – el trabajo – cuya supresión sería la llave de la supresión de todas las otras mercancías, esta idea esencial se pierde. Y puesto que no se apunta a desembarazarse del intercambio mercantil, la única solución es controlarlo, y proteger el trabajo por medio de derechos. ¿Quién será capaz de ello sino el Estado, bien democratizado, por supuesto?

En otros tiempos, "el capitalismo" era asimilado al reino de los burgueses (es decir, de los propietarios, en realidad) cuya eliminación equivaldría al socialismo. "Capitalismo" se convertía en una entidad, el mal que contenía todos los males y cuya supresión debía liberarnos a todos. Hoy, los absolutos están muertos. El capitalismo ya no es sino un adversario entre otros, y ni siquiera el que daría coherencia a los otros, que tienen nombre: *dominación, intolerancia, sexismo, racismo,* etc.

Paralelamente, lejos de ser percibido como relación social, "proletariado" era promovido también al rango de entidad: el salvador supremo, cuyo acceso a la mayoría estadística, por simple crecimiento numérico, garantizaba que liberaría un día cercano a la humanidad entera. Una vez que se han acabado los grandes números, ya no quedan sino minorías que, por lo demás, se penetran mutuamente: mujeres, minorías por la etnia o por su modo de vida, niños, excluidos, etc. Los trabajadores no figuran ahí más que como una categoría entre otras, como máximo *primus inter pares*, pero a condición de no intentar dominar a las otras categorías, puesto que el conjunto de estos grupos deben encontrarse y unirse sobre la base de lo que cada uno tiene de específico, y no de lo que comparte con los otros.

En sus obras de juventud, Marx teorizaba al proletariado como a quien que no puede apelar a ninguna sinrazón particular y que únicamente se levanta en nombre de un universal, a título “humano”. Por el contrario, en la visión que domina al anticapitalismo contemporáneo, se supone que cada grupo reivindica derechos particulares, cuya adición a los derechos reivindicados por sus vecinos acabará por cambiar el mundo. Se invita a los asalariados a pedir un empleo decente, a los homosexuales a exigir un estatuto que los reconozca, a los consumidores a reclamar artículos de calidad, a la etnia discriminada a conseguir la igualdad con las otras, dándose por entendido que cada uno pasa sucesivamente por los papeles de asalariado, de gay, de comprador en una gran superficie, de pariente, de usuario de los transportes, de *raver* (participante en fiestas salvajes de jóvenes), de natural de Malí o de kurdo, etc. Si hay globalidad, es por yuxtaposición de esferas separadas.

En el difunto movimiento socialista o comunista (léase: estalinista), los proletarios eran la sal de la tierra, pero el partido o el sindicato no les concedía un papel más activo que el reservado a los fieles en la Iglesia católica. Siempre prometido, jamás llegado, el objetivo final escapaba al mundo sensible y se parecía mucho al “paraíso al final de vuestros días”. Marx se convertía en un profeta y la teoría revolucionaria en una religión, con sus sacerdotes y sus herejes.

Hemos vuelto a descender a la tierra y hemos pasado de lo trascendente a lo inmanente. Ya no hay Mesías, ni más allá. La unidad de la totalidad a transformar ya no está en otro lugar, sino en ninguna parte y en todas. Ya no se plantea la cuestión de una “centralidad” (por ejemplo, del trabajo, de una clase específica). Vivimos el reino de lo inmediato: basta comenzar aquí y ahora, organizarse por la base, y transformaremos el mundo; de hecho, ya hemos comenzado...

El culto del movimiento substituye al del fin último. El militante de 1970 anunciaba “pan y rosas” para mañanas encantadores y, en la espera, aceptaba todo del presente, desde los papeles sexuados hasta la idolatría del progreso, pasando por la necesidad de las prisiones. El contestatario de 2003 repite

que las condiciones de nuestra emancipación existen ya, y que desde ahora no requieren más que ser puestas en práctica.

La sociedad del futuro tenía mito. Hoy se ha convertido en una construcción gradual. Antes, se practicaba el reformismo en nombre de una revolución eternamente futura. Ahora, se lo practica negando que exista una distinción entre reforma y revolución.

La crítica (necesaria) de la revolución *política* se ha degradado en negación de toda ruptura revolucionaria. Pues si se toma en consideración una ruptura, es para decir que está ya en marcha y que es suficiente con profundizarla, con extenderla. Un paso pacífico al socialismo, en cierto modo, pero despojado de la idea de socialismo, y aun en nombre de la crítica de la noción de un socialismo o de un comunismo que superaría al capitalismo. En adelante, la superación del capitalismo se hace por y en el capitalismo. Es una auto-superación. Ya no hay diferencia entre *lo mismo* y *lo otro.*

La intuición profunda de que la revolución no tiene sentido más que como transformación de lo cotidiano, se ha convertido en la creencia en una transformación de lo cotidiano que equivaldría a una revolución.

Se nos objetará que, si esa es la línea mayoritaria entre los alter-globalizadores, otra ala radical hace oír posiciones muy diferentes. Sin duda, pero esta minoría no ha conseguido darse un mínimo de afirmación *autónoma* (menos aún, de coordinación). Por ejemplo, nada que haga eco a la fuerza simbólica de los actos de la Internacional Situacionista (¿es necesario recordar que nosotros no somos situacionistas?). Hasta ahora, incluso en las manifestaciones contra la guerra, los oponentes efectivos al capital no se reconocen como tales – salvo en la violencia, por ejemplo, la de los Black Blocs (minoría radical). Pero si la violencia es inseparable de todo movimiento social, no es, en cambio, su contenido. La radicalidad no se da actualmente ninguna expresión teórica que le sea propia, menos aún un espacio político o social.

Sin pretender agotar aquí el tema, diremos que estos límites tienen que ver con los caracteres generales del período.

Cualquiera sabe que el fordismo-keynesianismo ha entrado en crisis hace una treintena de años. Se sabe menos que esta crisis no ha sido remontada. Esto no significa que el sistema capitalista no sea capaz de hacerlo: nosotros no creemos en la decadencia. Para decirlo rápido, un nuevo sistema de producción está emergiendo, pero se encuentra lejos de alcanzar su madurez. El capital sigue siento más apto para des-estructurar que para reestructurar. El reformismo radical actual, y el movimiento anticapitalista, cuentan entre las ambigüedades del período presente.

No es dar prueba de obrerismo el ligar estos límites a la larga serie de derrotas reivindicativas sufridas por el trabajo desde finales de los años 70. Con algunas excepciones, como la huelga de los bomberos ingleses del invierno de 2002-2003, la inmensa mayoría de las luchas siguen siendo defensivas y se saldan con retrocesos. Es más fácil impedir a los dirigentes del planeta que se reúnan en paz, que dar jaque a la precarización, a la intensificación del trabajo, al bloqueo de los salarios y a los despidos repetitivos. La capacidad de movilización anti-globalización o contra la guerra en la calle está lejos de tener su equivalente en una capacidad ofensiva en las empresas.

Nuestra propia respuesta a esta situación no consiste evidentemente en exhortar a las amplias masas o a las minorías esclarecidas a que desplieguen más radicalidad. Dejemos a otros que se empleen en intentar elevar el nivel de la lucha de clases. La única cosa que podemos hacer es contribuir a una crítica "unitaria" del mundo.[1]

Abril de 2003

---

[1] Algunos temas evocados en este texto son abordados en diversos textos publicados por troploin, especialmente *Va a ser necesario esperar / Breve informe sobre el estado del mundo,* y *Proletario y trabajo:¿una historia de amor?* (Aredhis, BP 306, 60203 Compiègne Cedex, Francia, y en Internet: troploin0.free.fr). Ver también el libro de K. Nesic, *L'Appel du vide*, a aparecer durante el 2003 en las Editions Sulliver, Arles, Francia.

VISITANDO NUEVAMENTE EL ESTE... Y ADENTRÁNDONOS RÁPIDO EN MARX[*]

Aparte de Corea del Norte y Cuba, ningún país se califica ya a sí mismo de socialista. Por tanto, ¿para qué molestarse en viejos debates sobre la naturaleza de la URSS? Desde que el capitalismo domina el mundo, ¡¿qué otra cosa hay por conocer?!

Muchísimo. Es crucial entender por qué Rusia fue capitalista en 1980, o 1930, o 1920, si queremos comprender lo que realmente es el capitalismo, y lo que puede y debe ser revolucionado en Rusia así como en Gran Bretaña en el siglo XXI.

El capitalismo no es exactamente un sistema de dominación por medio del cual una minoría de burgueses o burócratas obligan a las masas a trabajar y a ganarles riqueza. En 1950, tanto en Praga como en Chicago, el dinero compraba fuerza trabajo que era puesta en acción para valorizar sumas de dinero acumuladas en polos de valor llamados compañías o corporaciones. Estas empresas no podían funcionar a menos que acumulasen valor a una tasa socialmente aceptable. Por supuesto, esta tasa no era la misma en Praga que en Chicago. Las empresas checas trabajaban como unidades separadas pero (a diferencia de las que estaban en Chicago) no tenían propietarios privados que pudiesen venderlas o manejarlas a su voluntad. Sin embargo, una compañía checa que fabricase zapatos no los producía precisamente como objetos que tenían que cumplir una función: tenía que hacer el mejor uso posible de todo el dinero que había sido invertido para producirlos. La "formación de valor" importa tanto en Praga como en Chicago. Estos zapatos no se regalaban a los peatones de Chicago o Praga, que entonces se los probarían, se los pondrían y se

[*] Este es el prefacio para la edición checa de *Eclipse and Re-emergence*, a publicar por Solidarita (ORA-S).

marcharían. En ambas ciudades, los peatones pagaban por sus zapatos o se iban descalzos.

Por supuesto, el Estado checo podía decidir subvencionar los zapatos y venderlos a bajo precio, esto es, por debajo de los costes de producción. Pero en ambos países, el valor tenía que ser realizado finalmente en el mercado. Los planificadores checos persistieron en doblegar las leyes de la rentabilidad, pero no podían hacer ese juego eternamente. Estas leyes siempre terminaban cumpliéndose, por medio de la baja calidad, de la escasez, del mercado negro, etc. El Estado protegía la empresa de Praga contra la bancarrota. Pero esto era artificial. Limitando la competencia se ayuda a mantener la cohesión social, pero la limitación en demasía ahoga la productividad. Nadie puede hacer chanchullos con la lógica de la valorización durante demasiado tiempo. Una empresa, diez empresas, mil, podían ser salvadas del cierre, hasta que un día fue toda la sociedad la que cayó en la bancarrota. Si el Estado belga o francés hubiese persistido en salir fiador de cada compañía con pérdidas desde los primeros días de la industrialización, el capitalismo estaría ahora muerto en Francia o en Bélgica. En pocas palabras, la "ley del valor" funcionaba de modos muy diferentes en el capitalismo "burocrático" y en el "de mercado", pero se aplicaba a ambos sistemas. (Nadie niega la naturaleza capitalista de Bahrein o Togo, aunque estas formas capitalistas son completamente distintas de la británica o la italiana.)

Exactamente como en sus versiones Occidentales, el ascenso y la caída del capitalismo de Estado dependía de oposiciones y compromisos, en el centro de los cuales estaba la necesidad de aplicar la fuerza de trabajo a un trabajo rentable. En la URSS y en la Europa del Este posteriores a 1945, esto tomó la forma particular de una represión política constante unida a trabajos protegidos (tanto en la fábrica como en la granja colectiva), lo cual realizó la acumulación del valor a pesar de la baja productividad. Después de todo, el capitalismo burocrático de Rusia estuvo funcionando durante más de 60 años.

El conjunto del sistema no se colapsó por haberse hecho demasiado represivo y la gente ya no lo soportó, sino cuando el compromiso de clase dejó de ser socialmente productivo, especialmente cuando no pudo mantenerse ante la presión de un mercado mundial dominado por un Occidente mucho más dinámico.

1989 anunciaba ciertamente una era histórica diferente, pero no el nacimiento de un movimiento comunista renovado (en el sentido de Marx, no de Stalin o Dubcek). La caída del muro de Berlín abrió paso a un torrente de reajuste económico, de agresividad obrera y de presión democrática, y dejó poco espacio para una crítica del capitalismo como tal. Desde 1989, en la mayoría de los países del exComecon la lucha de clases se ha desarrollado realmente, pero ni ha conducido a un reformismo de estilo occidental real (que los capitalismos del Este son incapaces de satisfacer), ni a minorías radicales significativas. La evolución de Polonia o la de Serbia dan suficientes pruebas de cómo la agresividad de la clase obrera o bien se debilitó, o bien fue canalizada por la vía nacional (a veces nacionalista). Con frecuencia, los trabajadores tienen que luchar no por unos salarios más altos, sino simplemente por cobrar sus salarios: esto es válido tanto en la República checa como en Kazajstán.

No estamos sugiriendo que los proletarios "del Este" sean más atrasados que otros. En Europa occidental, en Norteamérica y en Japón también, el "anticapitalismo" presiona principalmente por más justicia social, y sólo una pequeña fracción es revolucionaria. Realmente, este es un punto importante que nos gustaría señalar, aunque no puede ser desarrollado aquí por falta de espacio: por todas partes, la reforma es todavía la orden del día.

Volver a visitar el capitalismo de Estado no es un debate académico. Lo que se dilucida es la naturaleza del capitalismo y del comunismo. Si el Politburó y la KGB no pudieron doblegar la lógica de la productividad y la rentabilidad, los amigos de Derecha o Izquierda tampoco podrán reprimirla. El actual estancamiento económico (y, con

frecuencia, la decadencia) de casi todos los países del exComecon no proviene de la rapacidad de los burócratas que se han convertido en burgueses (no más que el desempleo y los bajos salarios en Occidente se deben a la codicia excesiva por parte de los patronos y los accionistas). Simplemente, no hay suficiente espacio para la mayoría de las empresas checas o rusas en el mercado mundial. El capital es incontrolable: él gobierna a sus gobernantes. El análisis del capitalismo burocrático nos dice lo que realmente es el capital: no precisamente la imposición de la disciplina del taller y de la tienda o la oficina, sino la venta de la propia fuerza de trabajo, de la propia vida, a cambio de dinero. El trabajo, como una actividad separada de lo demás, no puede ser libre. El dinero no puede ser repartido o redistribuido igualitaria o limpiamente. Mientras exista el dinero, jamás habrá bastante para todos. Nada que no sea la supresión del trabajo asalariado cambiará profundamente nuestras vidas.

Sin embargo, surge una cuestión. ¿Qué relación hay entre la visión de personas como Marx y los monstruos que se llamaron a sí mismos marxistas en el siglo XX? Sin duda hay una conexión. El capitalismo organizado por el Estado es indudablemente contrario al espíritu de la actividad y los escritos de Marx a lo largo de su vida, pero podría reclamar que es fiel a algunos de sus aspectos. Permítasenos sólo un ejemplo. El volumen I del Capital no acaba en una conclusión completamente comunista (cómo llegar a un mundo sin mercancía, sin Estado y sin dinero), sino en la expropiación de los expropiadores a través de la socialización del capitalismo que ha acontecido por necesidad histórica. Pero esto no es suficiente para justificar que el SPD tomase parte en el gobierno de Alemania después de 1918, mucho menos la represión de Kronstadt o el Gulag. Pero esto está ciertamente lejos de la afirmación clara del comunismo que leímos en los primeros textos de Marx y en sus numerosos cuadernos sobre el mir y las sociedades “primitivas” que mantuvo en sus últimos años (ninguno de los cuales, como sabemos, hizo públicos).

En los últimos años sesenta y en los setenta, nosotros no fuimos los únicos en "volver a Marx", en la medida en que pensábamos que era necesario para una mejor comprensión de lo que estábamos experimentando. Los ensayos recogidos aquí forman parte de este esfuerzo. Esto significó el retorno a toda la historia y pensamiento revolucionarios, e incluyó la oposición de Izquierda en la III Internacional (las Izquierdas "italiana" y "germano-holandesa"), pero también el anarquismo de antes y después de 1914. Estábamos, y seguimos estando convencidos (contrariamente a la declaración de Marx en una de sus obras más endebles), de que a mitad del siglo XIX se produjo una verdadera escisión dentro del movimiento revolucionario entre lo que fue convertido en necedad como marxismo y anarquismo. Más tarde, por supuesto, la escisión se hizo peor.

El lector de este libro comprobará que no estamos añadiendo bocaditos de Bakunin a grandes trozos de Marx (o viceversa). Semejante chapuza parecería un rompecabezas fuera de lugar. Únicamente estamos intentando valorar a Marx y a Bakunin como Marx y Bakunin tuvieron que valorar, por ejemplo, a Babeuf o a Fourier.

Es difícil negar la dimensión progresiva en Marx: en cuanto al tiempo, compartió la opinión de que hoy es "mejor" que ayer y mañana con seguridad mejor que hoy. Mantuvo un punto de vista lineal de la historia, y construyó una continuidad determinista desde la comunidad primitiva hasta el comunismo. Básicamente, reconstruyó la historia primitiva como si, cuando los grupos humanos habían sido capaces de producir más de lo necesario para la supervivencia inmediata, este excedente hubiese creado la posibilidad de la explotación, por tanto, su necesidad histórica. Una minoría obligó a la mayoría a trabajar y arrebató la riqueza. Miles de años más tarde, gracias al capitalismo, la enorme expansión de la productividad crea otra posibilidad: el fin de la explotación. Las mercancías de todas clases son tan abundantes que llega a ser absurdo que una minoría los monopolice. Y la organización de la producción está tan socializada que es inútil (y aun contraproducente) que se la tenga funcionando por un puñado de dirigentes, cada uno

de los cuales administrando su propio negocio privado. Los burgueses eran históricamente necesarios: después, su propia realización (el desarrollo de la economía moderna) los convierte en parásitos. El capitalismo se hace a sí mismo inútil. De este modo, la historia se ha movido desde la escasez a la abundancia.

Ciertamente, semejante modelo de evolución jamás fue realmente escrito por Marx, pero es la lógica que subyace bajo un montón de sus textos y (lo que es más importante) muchas de sus actividades políticas. No es un accidente o error que apoyase a la burguesía nacional alemana o a los líderes sindicales o de partido claramente reformistas: los consideraba como agentes del cambio positivo que finalmente traería el comunismo. Por el contrario, miró por encima del hombro a insurrectos como Bakunin, a quien consideró que estaba fuera del movimiento real de la historia.

Es interesante señalar que figuras anarquistas tan importantes como Kropotkin y Elisée Reclus (ambos renombrados geógrafos profesionales) también apoyaron puntos de vista deterministas, con un énfasis mayor sobre la organización social que sobre la producción. Para ellos, la expansión mundial de la industria y el comercio creaban potencialmente una sociedad universal humana y abierta en la que ya no tenían significado las diferencias étnicas, las fronteras y los Estados.

Tanto en el caso de Marx como en el de Kropotkin, la "sociedad" dejaba de ser el resultado de las relaciones entre las personas y las clases, y se suponía que la revolución tenía que suceder a causa de una marcha universal hacia una humanidad unificada. Esta era más una explicación tecnológica que social de la historia.

Sin embargo, el Marx determinista no fue el único Marx, quien mostró un profundo interés duradero en lo que no se ajustaba a la sucesión lineal de las fases históricas. Escribió largamente sobre las comunas campesinas autoorganizadas con propiedad colectiva de la tierra, y encaró claramente la posibilidad de saltarse el estadio capitalista en Rusia. Pensase lo

que pensase Kropotkin de Marx, sólo unas pocas ideas del anarquista ruso reverberan las del famoso exiliado de Londres.

Sin embargo, como sabemos, estas percepciones fueron descartadas más tarde tanto por los marxistas reformistas como por los revolucionarios. El marxismo se convirtió en la ideología del desarrollo económico. Acorde con ello, a medida que el capitalismo se socializa más y más, hay escasa necesidad de una revolución: las masas organizadas pondrán fin a la postre (principalmente de modo pacífico) a la anarquía burguesa. Resumiendo, el socialismo no rompe con el capitalismo: lo completa. Los radicales sólo diferían de los gradualistas en que incluían la necesidad de la violencia en el proceso. Lenin apreció el hecho de que los grandes establecimientos y cárteles alemanes estuviesen ya organizados y centralizados desde arriba: si los administradores burgueses eran sustituidos por los de la clase obrera, y esta planificación racional era extendida desde cada trust privado al conjunto de la industria, la estructura social general quedaría alterada. Esto no era una ruptura con la mercancía y la economía.

Nuestro "retorno a Marx" hacia 1970 probablemente no llegó a comprender cuánto debía el marxismo a Marx.

Cualquier definición económica del comunismo sigue estando dentro de la esfera de la economía, esto es, la separación de los momentos de la producción del resto de la vida. El comunismo no es una sociedad que alimentaría adecuadamente al hambriento, cuidaría al enfermo, alojaría al que no tiene casa, etc. No puede basarse en la satisfacción de las necesidades tal como existen hoy o incluso como podríamos imaginarlas en el futuro. El comunismo no produce suficiente para cada cual y lo distribuye equitativamente entre todos. Es un mundo en el que la gente entra en relaciones y en actos que (entre otras cosas) dan como resultado que sean capaces de alimentarse, cuidarse, alojarse... ellos mismos. El comunismo no es una organización social. Es una actividad. Es una comunidad humana.

Gilles Dauvé, Junio de 2002

ADVERTENCIA

La reunión en esta obra de tres textos publicados en fechas y circunstancias diferentes, independientemente del contenido mismo de los análisis que contienen, señala una evolución completamente característica del movimiento revolucionario actual. Hasta mediados los años sesenta, para un muy gran número de revolucionarios, la reflexión sobre el comunismo o sobre el "contenido del socialismo" partía de una crítica de Rusia[1]. Desde entonces ha habido una inversión de perspectiva. La revolución rusa y la URSS son enfocadas ahora, por el contrario, con relación al comunismo. Por lo demás, el movimiento comunista renaciente no hace más que reanudar el hilo del tiempo, recoger una visión anterior ahogada por la contrarrevolución más prolongada de los tiempos modernos, tras las derrotas de 1919-1921[2]. Marx y Engels no consideraban la "cuestión rusa" más que a partir del comunismo[3]. Su interés

---

[1] Para *Socialisme ou Barbarie*, por ejemplo, Rusia (y pronto la burocracia en general) es el centro de la contrarrevolución: es todavía la incapacidad de superar el punto de vista trotskista que hace de Rusia el centro revolucionario que hay que defender contra viento y marea. No se encuentra un principio de crítica de este punto de vista más que en la izquierda comunista llamada italiana: cf. *Invaríense,* J. Camatte, B.P. 133, 83-Brignoles, nº 6, "La revolución Comunista – Tesis de trabajo", p. 30-31. Estas revistas, así como todos los textos agotados mencionados en esta obra, están disponibles en el Centro de documentación "La Vielle Taupe", 1, rue des Fossés Saint-Jacques, Paris-V. Sobre *Socialisme ou Barbarie*, ver más adelante la presentación en *Notas para un análisis de la revolución rusa.*

[2] Ver *Le mouvement communiste*, nº 1, mayo de 1972: "La lucha de clases y sus aspectos más característicos en los últimos años: en qué reaparece la perspectiva comunista."

[3] Cf. *Capitalismo y comunismo,* nota 6.

por la comuna rural rusa y el papel del Estado ruso en Europa es incomprensible si se ignora la perspectiva en la que sitúan el problema: el mecanismo de destrucción de las relaciones sociales que giran en torno al cambio, y de la producción para el cambio; el proceso revolucionario de constitución de la comunidad humana; los factores nacionales e internacionales de la lucha de clases[4].

La "cuestión rusa" tiende a convertirse cada vez menos en un simple asunto de polémica, a tomar cada vez más una importancia práctica. Lo esencial ya no es demostrar que Rusia y los otros países llamados socialistas, comprendida China, Cuba, Vietnam del Norte, etc., tienen un sistema social capitalista. Por lo demás, se ha podido ver en 1968 que la cuestión, en términos generales, estaba arreglada para los revolucionarios obreros y no obreros. Eso no es ante todo el efecto de la difusión de los textos revolucionarios sobre la materia, aunque aquella haya podido acelerar y precisar las cosas, sino el producto de los actos cada vez más abiertamente contrarrevolucionarios de estos países, en sus políticas interior y exterior. No tienen elección. Sus contradicciones internas y la situación internacional a la vez les obligan a actuar así. China misma, que hasta el presente jugaba el papel de aguafiestas, tiende a alinearse junto a las otras potencias y a combatir francamente la revolución: así, su apoyo material e ideológico al gobierno de Ceilán, sacudido por los movimientos sociales de 1971. De la misma manera el "socialismo cubano" destruye él mismo su propio mito cuando Castro va a aconsejar a los mineros chilenos que cumplan con su deber de mineros y trabajen con cordura y, *sobre todo*, cuando los mismos mineros no lo escuchan más que muy moderadamente. Las diversas ilusiones sobre los países "socialistas" y otras bases "rojas" son liquidadas por las necesidades mismas de la lucha de clases

[4] Ver los textos reunidos en K. Marx, F. Engels, *Escritos sobre el zarismo y la Comuna rusa, Cuadernos del I.S.E.A.,* t. III, nº 7, julio de 1969.

mundial, que obligan a todos los países, tanto al este como al oeste, a unirse contra el proletariado.

El problema ya no es tanto teórico como práctico. La tarea del movimiento revolucionario no es, en lo sucesivo, mostrar ante todo que estos países son capitalistas, sino destruirlos. Entre el comunismo y el Estado ruso, convertido desde hace mucho tiempo en *uno* de los pilares de la contrarrevolución, la contradicción es total y no será resuelta más que por la revolución y la lucha violenta. Por tanto, el trabajo teórico no puede ser actualmente una simple denuncia: es, sobre todo, preparación para un enfrentamiento. Accesoriamente, tal clarificación es crítica del P. C. y de la confusión izquierdista, que incluso llega hasta proponer que un “gobierno de los trabajadores” concluya un “pacto de defensa mutua” con la URSS, China, etc.[5]. De ese modo, el estudio de la “cuestión rusa” es, desde ahora, lucha contra la contrarrevolución en todas sus formas. Tarde o temprano, y quizá pronto, estas cuestiones perderán de verdad todo carácter académico y opondrán necesariamente la violencia contrarrevolucionaria de *todos* los Estados a la violencia revolucionaria del proletariado.

(Mayo de 1972)

[5] *¿Qué quiere la Liga comunista?* Maspéro, 1972, p. 167.

NOTAS PARA UN ANÁLISIS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

PRESENTACIÓN

Una confrontación rápida entre este texto y los dos siguientes mostraría una evolución en la manera de concebir los problemas de la revolución. Es útil aducir aquí algunas precisiones en la medida en que esta evolución sobrepasa una simple cuestión personal. *Notas para un análisis de la revolución rusa*, escrito en 1967 bajo la influencia de la revista *Socialisme ou Barbarie*, que había existido entre 1949 y 1965, intentaba de alguna manera llenar una laguna: si *Socialisme ou Barbarie* había analizado la estructura social de Rusia en el texto, que ha seguido siendo célebre, *Las relaciones de producción en Rusia* (1949), ningún artículo enfocaba el conjunto de la evolución histórica a través de la cual esta estructura se había impuesto durante los años que siguieron a 1917. Nuestro propio texto se proponía, pues, tomando como punto de partida *Las relaciones de producción en Rusia*, completarlo en el plano histórico. Al mismo tiempo había la perspectiva de un "retorno" al *Socialisme ou Barbarie* del principio, antes del rechazo del "marxismo" llevado a cabo a partir de los números 30-35 (en total hubo 40). Sin abordar aquí el conjunto de la evolución de esta revista, ni su lugar en el movimiento revolucionario, es necesario volver al artículo *Las relaciones de producción en Rusia*, que sirvió de referencia a toda una corriente cuyo balance importa mucho hacer[1].

---

[1] El Centro de documentación "La Vielle Taupe" acaba de publicar nuevamente este artículo con un prefacio de P. Guillaume sobre la revista *Socialisme ou Barbarie*, su papel y su relación con las otras corrientes revolucionarias.

Las relaciones de producción en Rusia fue publicado primeramente en el segundo número de la revista (mayo-junio de 1949). La demostración del carácter capitalista de la sociedad rusa, llevada a cabo por medio de una crítica del trotskismo (*Socialisme ou Barbarie* provenía de una escisión de la sección francesa de la IV Internacional), fue entonces un importante texto teórico, instrumento de clarificación muy útil. Pero no basta con saber que la URSS es capitalista, es necesario igualmente saber de verdad por qué. La cuestión se ha desplazado: ya no es tanto la naturaleza de Rusia lo que importa, sino la del *capital* mismo.

El autor del artículo, P. Chaulieu, se basa en primer lugar en el análisis de Marx: "si la producción, en el sentido estricto del término, es el centro del proceso económico, no hay que olvidar que en la producción capitalista el cambio es parte integrante del proceso productivo, por un lado porque esta relación es en primer lugar compra y venta de la fuerza de trabajo, y porque implica la compra, por parte del capitalista, de los medios de producción necesarios, y por otro, porque las leyes de la producción capitalista se afirman como leyes coercitivas a través del mercado, la competencia, la circulación, en una palabra, el cambio" (p.4).

Acompañado de numerosas referencias a Marx, el texto muestra que "la forma empírica inmediata" de la "relación entre patrón y obrero" "es el cambio de la fuerza de trabajo del obrero por el salario" (p. 11). Ahora bien, a lo largo del análisis, esta definición cede el lugar a otra totalmente diferente. Teníamos el capital como modo de producción: ahora es presentado como un modo de *gestión*. La cuestión de las relaciones de producción, encarada al principio como el problema del proceso a través del cual los medios de producción y la fuerza de trabajo entran en contacto en el proceso de trabajo (es decir, en el capitalismo, por el cambio de la fuerza de trabajo por el salario, cambio entre el trabajo vivo y el trabajo muerto, que le adelanta medios de subsistencia), se convierte después en la cuestión del simple control de los medios de producción (detentado por los obreros – y es el

socialismo – o por los patronos, burgueses clásicos o burocracia). El capital es el acaparamiento de las riquezas por parte de una minoría que las maneja en su provecho. Todo el deslizamiento está ahí: se pasa de la concepción de la estructura objetiva de la sociedad a la concepción de dos grupos de hombres (minoría / mayoría, dirigentes / ejecutantes), sin ver que estos grupos de hombres no hacen más que personificar relaciones sociales dadas[2]. Chaulieu escribe:

"lo que hace de los capitalistas la clase dominante de la sociedad moderna es que, al disponer de las condiciones de la producción, organizan y gestionan la producción y aparecen como los agentes personales y conscientes de la repartición del producto social.

...Las relaciones de producción, en general, se definen:

a) Por el modo de *gestión* de la producción.

b) Por el modo de *repartición* del producto social (íntimamente ligado a la gestión bajo múltiples aspectos...)" (p. 26).

Chaulieu menciona aún la cuestión de la venta de la fuerza de trabajo (pp. 29 y 31), pero sin darle una importancia decisiva en el análisis del mecanismo capitalista. Él ve únicamente que los trabajadores son separados de los medios de producción, de los que dispone una minoría. Pero esto no es suficiente para caracterizar el capitalismo. El cambio y el valor, en efecto, son dejados totalmente de lado. El capitalismo (y en primer lugar, el capitalismo ruso) es definido por Chaulieu como la oposición entre los ejecutantes y aquellos "que toman las decisiones fundamentales" (p. 30). Tomar decisiones, administrar, organizar: no se trata ya de economía política, menos aún de su crítica, sino de política económica. La cuestión

[2] Si Marx apenas dio comienzo al capítulo del *Capital* consagrado a las clases, dejó muchos elementos sobre esta materia en la sección séptima del Libro III: "Los ingresos y sus fuentes." Consideradas muy difíciles, si no ilegibles, por los "marxistas", estas páginas son, por el contrario, completamente abordables, y luminosas en más de un punto.

del valor es tan poco comprendida por Chaulieu, que prevé incluso su funcionamiento en el socialismo, aunque de una forma modificada: el cambio no se aplicaría ya a la fuerza de trabajo, sino al valor "añadido al producto" por el trabajo. Es lo que él llama "la negación absoluta de la ley del valor-trabajo" (pp. 36 y 37). De hecho, el origen del error es simple: Chaulieu recoge la crítica hecha por Marx del proyecto de programa de Gotha, en la que Marx considera el mantenimiento del cambio, bajo una forma modificada, pero sólo a título *transitorio* y de ninguna manera para el comunismo desarrollado. Chaulieu ignora esta distinción; para él, el cambio subsiste, por tanto, en una sociedad socialista[3].

Al final del análisis, no se sabe por qué razón la URSS es verdaderamente capitalista. Chaulieu ha visto ciertamente en su economía un sistema de explotación, en el que la jornada de trabajo se divide en trabajo necesario (para la reproducción de la fuerza de trabajo) y plustrabajo (que suministra el plusproducto acaparado por la clase dominante, aquí la burocracia). Pero, porque ignora la naturaleza profunda del capital, a la vez extracción de plustrabajo *y* proceso de valorización; y sin duda también porque la ley del valor no se manifestaba entonces (en 1949) en Rusia tan claramente como ahora, no comprendió lo que son las *relaciones de producción* en Rusia. Lo que él muestra, y en este punto destroza las estupideces trotskistas, es la existencia de una estructura de explotación. Pero no capta la especificidad de la explotación *capitalista*. Por esta razón precisamente no puede analizar las contradicciones sociales objetivas inherentes a estas relaciones de producción. No se trata, en ningún lugar, de contradicciones económicas fundamentales. Sólo se sabe que los explotados se enfrentan a los explotadores, los dirigidos a los dirigentes. No se ven las contradicciones del capital – y, por tanto, del capital en Rusia – que le lleven a su perdición al obligar a los explotados a ser sus enterradores. Pues no hay solamente grupos de hombres en lucha unos contra otros: hay

[3] Cf. Marx, *Obras*, t. I Gallimard, 1963, p. 1417-1421.

contradicciones en todo sistema social que obligan a los grupos, a las clases, a entrar en lucha. La historia de *Socialisme ou Barbarie* habrá sido un prolongado esfuerzo, a través de diversas escisiones, para despejar perspectivas revolucionarias, *sin* haber comprendido dónde se situaba la dinámica del capitalismo, por qué mecanismo social el capitalismo crea las condiciones de otro mundo y obliga a una parte de la sociedad a ponerlas en práctica.

La consecuencia lógica de la andadura de Chaulieu consistía en buscar las relaciones de producción en el interior de la empresa, y en querer cambiarlas por medio de la actividad de los obreros en la empresa.

"Solo si la revolución trae una transformación radical de las relaciones de producción en la fábrica (es decir, si puede realizar la *gestión obrera*) podrá conferir a la vez un contenido socialista a la propiedad nacionalizada y crear una base económica *objetiva* y *subjetiva* para un poder proletario." (p. 17).

Socialisme ou Barbarie ha jugado, por sí mismo y por sus efectos indirectos (de los que es un ejemplo *Notas para un análisis de la revolución rusa*) un papel útil. Pero hoy su ideología está ya superada por el movimiento revolucionario, que plantea la cuestión del comunismo, es decir, del derrocamiento del modo de producción y no simplemente del modo de gestión. Y, por el contrario, es el capitalismo el que intenta reformarse haciendo participar a los trabajadores en su gestión: democracia, participación, gobierno de los trabajadores, gobierno obrero, poder popular, gestión obrera, autogestión, democracia sindical, control obrero, etc., tales son actualmente las consignas del capital.

*
* *

El estudio de la Revolución rusa plantea en toda su agudeza un problema capital: el de la información. El lector observará que citamos un número muy grande de hechos sin

indicación de referencia. En efecto, utilizamos en gran medida documentos oficiales rusos de diversos orígenes: ahora bien, estos textos, difícilmente accesibles, no existen más que en ruso o en traducciones inglesas y hemos considerado inútil mencionar cada vez el documento original; de todos modos, aconsejamos al lector que consulte los dos libros cuya documentación sobrepasa de lejos la de las otras obras, especializadas o no, consagradas al mismo tema:

-sobre todo *The bolshevik Revolution*, en *A History of Soviet Russia* (3 primeros volúmenes) de E. H. Carr, Penguin, 1950 a 1953).

-y también *The Bolshevik Revolution*, 1917-1918, Bunyan et Fisher, Stanford U. P., 1934.

La lectura de estos dos libros permitirá ir a las fuentes de información que utilizamos y verificarlas: se comprenderá así la autenticidad y la importancia de los hechos referidos en este folleto y se verá que el interés considerable que presentan para el movimiento obrero justifica ampliamente el olvido general en el que se les ha tenido desde hace cincuenta años.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Las *Notas para un análisis de la Revolución rusa* fueron escritas durante el verano de 1967; su finalidad era ante todo plantear un problema por oposición a los embaucamientos diversos (burgués, estalinista, trotskista...) que no dejaban de surgir con ocasión del 50 aniversario de la Revolución de octubre.

De hecho, una idea central atravesaba toda nuestra investigación: queríamos mostrar cómo los trabajadores no consiguieron, después de la revolución, tomar en sus manos la dirección de la economía y de la sociedad rusa; y cómo esta tarea fue realizada por un grupo social cuya función específica es administrar la sociedad.

Intentamos mostrar el proceso complejo de formación de este grupo que llamábamos, siguiendo una tradición ya antigua, "burocracia". Impreso en multicopista en número de unos 500 ejemplares y puesto a la venta a comienzos de 1968, nuestro folleto no conoció, al principio, más que una débil difusión. Pero a partir de junio de 1968 la demanda se acrecentó claramente y las *Notas...* se agotaron hacia finales de año. Ahora bien, los acontecimientos de MAYO no sólo habían despertado un interés nuevo por nuestro folleto, sino que han contribuido a transformarnos.

En efecto, habíamos llegado a interrogarnos acerca del punto de vista desarrollado en las "Notas...". Todo nuestro texto giraba alrededor de la idea de la "gestión obrera". Pero, ¿puede afirmarse que el problema revolucionario central sea el de la "gestión" de la economía *existente*? Pues se habla de "gestión obrera": pero, ¿gestión de qué? De la economía tal cual

existe hoy. ¿No se desemboca entonces en un absurdo extraño al pensamiento de todos los comunistas, comenzando por Marx: el socialismo es el capitalismo... administrado por los obreros? ¿No es necesario, por el contrario, poner en primer plano, no la forma, sino el contenido: qué economía? A partir de ahí comenzaría una reflexión, no ya sobre la *administración* (para recoger la fórmula de Lenin) de la sociedad actual, sino sobre su *transformación*.

Por supuesto, los teóricos de la gestión obrera creen que la dirección de la producción y de toda la sociedad por los trabajadores transforma las relaciones capitalistas de producción, porque así queda abolida la separación dirigentes / ejecutantes. Ahora bien, lo que nosotros ponemos en tela de juicio es precisamente esta *definición del capitalismo*: al reducir el capitalismo a la ruptura entre los que dirigen y los que ejecutan, se afirma ciertamente un punto importante, pero se falla en lo esencial. El fundamento del sistema capitalista es el cambio, la operación venta / compra, todo lo que Marx resume en las primeras líneas del *Capital* al presentar el capitalismo como *una inmensa acumulación de mercancías*. Si se concibe el socialismo sólo a partir del punto de vista de la gestión, se desemboca en un sistema en que subsisten todas las características esenciales del capitalismo, en que el salariado, la ley del valor, el cambio, continúan jugando el mismo papel que antes, con la única diferencia de que todo el sistema es controlado por los obreros. El salariado no es abolido: los asalariados se han convertido simplemente en asalariados de los asalariados. Por el contrario, nosotros pensamos que la destrucción del capitalismo no debe ser enfocada sólo desde el punto de vista de la gestión sino a partir de la necesidad / posibilidad del aniquilamiento del cambio, de la mercancía, de la ley del valor, del salariado. No basta sólo con administrar, sino derrocar la economía; el simple hecho de administrarla no basta para derrocarla.

A nuestro entender, es en este sentido en el que puede orientarse la investigación revolucionaria, y no queríamos dejar que se reeditasen las *Notas* sin precisarlo. De todos modos,

publicamos este estudio tal cual, si dejamos aparte algunas correcciones de detalle. Si la orientación general, el hilo conductor de nuestro análisis, se nos presentan hoy como discutibles, las informaciones que habíamos reunido (frecuentemente inéditas en francés), especialmente sobre los sindicatos y sobre las formas sucesivas de gestión de la economía rusa entre 1917 y 1923, constituyen un material de trabajo útil para todos aquellos que se interesan por la historia del movimiento obrero. Pero sobre todo, esperamos que la reedición de nuestro trabajo facilitará su superación necesaria.

J. BARROT
Abril de 1969

INTRODUCCIÓN

No es fácil introducir el texto que presentamos en este folleto, pues las cuestiones planteadas y el método de análisis adoptado por este texto se oponen radicalmente a todas las ideas extendidas ampliamente acerca de esta materia en el movimiento obrero. En efecto, casi todas las organizaciones existentes o que han existido durante estos últimos 50 años han creado, por razones y bajo formas diversas, toda una mitología en torno a la Revolución rusa. Los reformistas se esfuerzan en ver la quiebra del marxismo en las "prácticas antidemocráticas" (disolución de la Asamblea Constituyente...) y los "excesos" (checa...) cometidos por los bolcheviques. El movimiento comunista oficial[1] elogia la "Gran Revolución socialista de Octubre" e intenta mantener su prestigio cerca de las masas. Pero tanto de un lado como del otro, cada cual se esfuerza en utilizar la Revolución rusa integrándola en su propaganda: ante todo se trata, para cada grupo o tendencia, de retener lo que "pega" con el análisis que hace de la historia del movimiento obrero y las soluciones que propone.

Todo lo que puede parecer contradictorio con la versión oficial (cualquiera que sea) es sistemáticamente silenciado, desnaturalizado o, simplemente, negado.

Teniendo en cuenta los recursos considerables de que disponen, los reformistas y el movimiento comunista oficial vierten cada año toneladas de papel sobre los trabajadores del mundo entero con el único fin de presentar *"su"* historia de la

---

[1] Entendemos aquí por "movimiento comunista oficial" no sólo los P. C. ruso, chino, francés... sino también el movimiento trotskista.

Revolución rusa. Esto no tiene nada de asombroso si se reflexiona sobre la importancia enorme de este acontecimiento. Pero la diversidad de las formas de esta mitología y las divergencias importantes entre las diferentes versiones disimulan su papel común: el de encubrir el significado de la Revolución rusa. Por esta razón, todo intento como el nuestro choca de entrada con una resistencia encarnizada no sólo por parte de las direcciones oficiales, lo que es normal, sino también por parte de casi todos los militantes obreros[2]. No se trata de una simple resistencia sicológica sino de un fenómeno mucho más profundo que no se puede explicar refiriéndose sólo al peso de las diversas "direcciones" del movimiento obrero. Si el militante medio no llega a comprender correctamente la Revolución rusa es porque el problema planteado es, de hecho, como veremos, uno de los problemas más importantes – si no *el* más importante – que se plantean al movimiento obrero. Por lo demás, se puede encontrar otra señal de esta importancia y de esta dificultad en la actitud de algunos grupos que, al contrario de los otros, han sabido discernir este problema[3]. Se podría esperar de estas organizaciones que, a pesar de su debilidad, hubiesen conseguido analizar la Revolución rusa; ahora bien, no nos han dejado sino dos cosas (por lo demás, preciosas): una documentación abundante (aunque insuficiente) e hipótesis de trabajo. No hay análisis de la Revolución rusa. Nuestro texto no pretende llenar esta laguna sino presentar una especie de síntesis del trabajo ya realizado a fin de intentar disipar la mitología reinante y mostrar la necesidad de un análisis de la Revolución rusa. No por amor a la investigación teórica, sino simplemente porque el movimiento obrero no podrá desarrollarse si no consigue asimilar su historia, sacar las lecciones fundamentales de sus principales experiencias y, en

[2] Esta expresión designa a todos los que militan en el movimiento obrero.

[3] Se podrían citar no sólo los grupos llamados de "ultra izquierda" (Alemania, Países Bajos), sino también organizaciones como Socialisme ou Barbarie.

primer lugar, de la experiencia capital que representa la Revolución rusa[4].

El problema del "punto de partida" es para nosotros decisivo y merece que nos detengamos en él. Uno de los peligros más grandes consiste en partir de una concepción cualquiera del socialismo y de su construcción: semejante actitud desemboca en considerar cada momento de la Revolución rusa intentando saber si esta concepción era realizada entonces o no; este método obliga al que lo utiliza a plantearse cuestiones de este tipo: ¿qué había que hacer en tal circunstancia? ¿Quién tenía razón en tal congreso?... Cuando estudiemos, por ejemplo, la lucha de la Oposición Obrera contra la dirección del partido no se tratará, en primer lugar, de alinearse a un lado o al otro sino de ver lo que representaba esta lucha en la Rusia de los años 1920-1921. La Revolución no puede entregarnos sus lecciones más que si nos tomamos la molestia de estudiarla; es a partir de este estudio cuando podremos, *a continuación*, reflexionar sobre lo que debe ser la construcción del socialismo y emitir un juicio sobre las distintas fuerzas que se enfrentaban en Rusia. Otro peligro amenaza al que sigue siendo prisionero de la mitología que envuelve a la Revolución rusa: corre el riesgo de consagrar todos sus esfuerzos a demoler tal o cual leyenda (la de Lenin, de Trotsky, de Stalin, por ejemplo): entonces no hace más que llevar la contraria, sin llegar a desprenderse de aquella. En realidad, solo un análisis riguroso puede destruir esta mitología, es decir, ante todo, revelar su papel.

A nuestro parecer, este análisis riguroso no puede partir sino de una sola cosa: la comprensión de la Revolución rusa como una revolución social que derroca las relaciones de

[4] No pretendemos que sea suficiente hacer algunos análisis fundamentales para reconstruir el movimiento obrero, cuya debilidad teórica no se debe al azar y no es, de hecho, más que una de las manifestaciones de su debilidad general. Para nosotros es seguro 1) que se necesita un trabajo teórico, 2) que no debe ser sólo trabajo nuestro, 3) que seguirá siendo limitado en las condiciones actuales (tanto en su elaboración como en su difusión).

producción existentes. Por tanto, es necesario resumir las nociones esenciales con las que trabajaremos[5].

Las fuerzas productivas, es decir, los elementos materiales de la producción (medios de producción + trabajo productivo), están ligadas entre sí de manera particular en cada modo de producción:

"Cualesquiera que sean las formas sociales de la producción, los trabajadores y los medios de producción siguen siendo siempre sus factores. Pero los unos y los otros no lo son más que en estado virtual mientras se encuentran separados. Para una producción cualquiera, es necesario combinarlos. Es la manera social de operar esta combinación lo que distingue las distintas épocas económicas por las que ha pasado la estructura social" (*Capital*, II, 4, 38).

En cada modo de producción hay, por tanto, ciertas relaciones particulares: son las relaciones de producción (R. P.). El modo de producción dominante en Rusia en 1917 era el modo de producción capitalista. ¿Cómo se "combinaban" entonces las fuerzas productivas?

"En el fondo del sistema capitalista hay... la separación radical del productor de los medidos de producción" (*Capital*, I, 3, 155).

Así, las fuerzas productivas se reparten de manera original: de un lado, los capitalistas poseen los medios de producción; de otro, los obreros poseen el trabajo productivo, su fuerza de trabajo. Esta repartición pone a los obreros en una situación de dominados frente a los capitalistas, los cuales compran su fuerza de trabajo y valorizan los medios de producción. Los medios de producción valorizados por el trabajo de los obreros son *capital*. Así las fuerzas productivas separadas de determinada manera son reunidas por el capital.

Los capitalistas juegan un papel dirigente en la producción (y, por tanto, en la sociedad), *porque el capital que detentan unifica las fuerzas productivas y asegura la*

[5] Será de interés para el lector volver a leer entero el texto, bastante breve pero fundamental, de Marx "Trabajo asalariado y Capital".

producción. Se ve que la manera particular en que la producción es asegurada, , regulada, dirigida, depende de la repartición original de las fuerzas productivas. En el modo de producción capitalista esta repartición se hace "en beneficio" de los capitalistas y les asegura una posición dominante. Como dice Marx, "estos dos elementos (medios de producción + trabajo productivo) se reúnen en manos del capitalista", que de este modo organiza y dirige la producción. Esa es la base del análisis del sistema de producción capitalista hecho por Marx[6]: en la raíz de este sistema se encuentra la separación de los obreros de los medios de producción.

El modo de producción capitalista era el modo dominante en la sociedad rusa en 1917. Por tanto, necesitamos ver de qué manera la Revolución derroca el orden social existente y lo que pone en su lugar[7]. Este método debe ser comprendido en todas sus consecuencias, la principal de las cuales es que nos prohíbe reducir la historia de la Revolución rusa a un principio único ("la acción victoriosa del partido bolchevique", "el incremento de la burocracia"), o a una simple acumulación de factores. Por el contrario, tal método nos impone dos puntos de partida, que no forman más que uno: la Revolución rusa fue obra de las masas rusas; la Revolución rusa fue el producto de contradicciones internas y exteriores (en el interior de Rusia y entre Rusia y el resto del mundo). La actitud

---

[6] No solo el concepto de R. P. está en la base lógica del análisis de Marx, sino que también fue elaborado antes de la redacción del *Capital* desde 1849 (el primer libro del *Capital* data de 1867).

[7] No hay que reducir la historia de la Revolución rusa (o de todo período dado) a la historia de las R. P. dominantes durante la Revolución rusa. Las R. P. dominantes en una sociedad determinan esta sociedad, pero *no constituyen por sí solas esta sociedad*. "Una misma base económica – la misma en cuanto a sus condiciones fundamentales – puede, bajo la influencia de innumerables condiciones empíricas distintas, de condiciones naturales, de relaciones raciales, de influencias históricas exteriores, etc., presentar variaciones y matices infinitos que solo un análisis de estas condiciones empíricas puede elucidar". (*Capital*, III, 3, p. 172).

de los bolcheviques, los decretos del gobierno... no son más que elementos, entre otros, que habrá que tener en cuenta. Los textos de ley, las tesis defendidas por los unos y los otros no pueden ser para nosotros más que expresiones ideológicas (quizá deformadas) de una situación dada. Por tanto, la cuestión fundamental se plantea así: *¿Cuál fue entre 1917 y 1923* (al final del texto explicaremos la elección de este período) *la acción de las masas rusas y por qué?*[8].

[8] Este método no es, de hecho, más que el método utilizado por Marx en sus estudios históricos. De entrada presenta *una dificultad de información*, pues si las masas hacen la historia, ellas no la escriben: en cuanto a los que la escriben...

OCTUBRE DE 1917

Numerosos observadores y hombres políticos habían previsto la caída del zarismo, pero muy pocos pensaban que los bolcheviques tomarían el poder unos meses más tarde. Y sin embargo, la victoria bolchevique no fue solo el resultado de la habilidad táctica de Lenin: más bien, toda la habilidad de Lenin consistió en comprender bien que la toma del poder por los bolcheviques era la única respuesta a los problemas planteados entonces a Rusia.

Se sabe que el desarrollo del capitalismo en Rusia fue obra de la intervención del Estado y, sobre todo, del capital extranjero (se encontrará un resumen útil de este proceso en Henderson, *The Industrial Revolution on the Continent*. 1800-1914, London, 1961, capítulo V, p. 202 a 245). Una de las particularidades de la historia de Rusia es la debilidad de la burguesía nacional rusa: Henderson subraya la naturaleza frecuentemente atrasada de las empresas dirigidas por el capital ruso, garantizadas la mayor parte del tiempo por un casi monopolio sobre el mercado interior, donde la competencia extranjera no jugaba más que un papel débil. Por tanto, la industrialización de Rusia estuvo marcada por una contradicción entre el desarrollo del modo de producción capitalista y la ausencia de una burguesía capaz de llevar a cabo este desarrollo. Por otro lado, la industrialización dejaba sin solución el problema de la tierra: la abolición de la servidumbre no había satisfecho a los campesinos, cuya condición incluso se había agravado a veces. Por un lado, el Estado había llevado a cabo una estricta política fiscal a expensas de los campesinos para financiar sus esfuerzos en la industria: “Reducir el

consumo campesino permitía aumentar la parte del producto nacional disponible para la inversión" (Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective,* Harvard, 1962, p. 125). Por otro lado, la reforma de la servidumbre (1961) había transformado a millones de campesinos en obreros agrícolas que no habían hecho más que pasar de una forma de explotación a otra. Las medidas tomadas por Stolypin en 1906 a fin de crear una capa de campesinos propietarios afectos al régimen habían acrecentado la penetración de las relaciones de producción capitalistas en el campo: sus consecuencias se hicieron sentir con la máxima fuerza en Ucrania, al oeste del Dniéper, donde más o menos la mitad de las tierras comunales se convirtieron en propiedad privada y fueron transformadas en grandes explotaciones de tipo capitalista. Además, no solo la introducción del capitalismo en Rusia no puede resolver de ningún modo el problema campesino, sino que también da origen a una clase obrera agrupada en grandes centros industriales y organizada desde finales del siglo XIX.

La guerra de 1914-1918 debía (a) mostrar la dependencia del sector económico moderno ruso respecto del capital extranjero y (b) revelar al mismo tiempo la incapacidad del Estado ruso para dirigir eficazmente el país. Es imposible comprender correctamente el desarrollo de la lucha de clases en Rusia si no se tienen presentes estos dos elementos.

Al comienzo de la guerra, tras un período de confusión, las actividades militares estimularon la producción industrial: la industria pesada conoció una progresión importante, al tiempo que el control del Estado y la concentración de las empresas se reforzaba. Pero la posición geográfica de Rusia impedía a los países de Occidente avituallarla en máquinas y en recursos diversos, cuya falta empezó pronto a ralentizar la expansión industrial. Hacia finales de 1916, la economía rusa había dado prueba de su inadaptación a la guerra moderna. Al mismo tiempo la agricultura padecía la guerra por diversos motivos (falta de mano de obra, de utillaje) y el hambre se instaló durante el invierno de 1916-1917. Al contrario del Estado alemán, que, según la fórmula de Lenin,

había conseguido “organizar con talento el hambre”, el Estado ruso fue incapaz de organizar la penuria reinante. La caída del zar no aporta ningún cambio fundamental. Los cuatro gobiernos provisionales que se suceden entre febrero y octubre no podían aportar ninguna solución a los problemas que afectaban a toda la estructura política y social rusa.

Ni el problema de la paz ni el de la guerra podían ser resueltos por los políticos reformistas del gobierno provisional, cuyas cuatro reorganizaciones sucesivas muestran bien la situación inextricable. Solo los bolcheviques podían sacar a Rusia del callejón sin salida: queda por ver de qué manera fue posible.

“...Solo cuando ‘los de abajo’ *no quieren* y ‘los de arriba’ *no pueden seguir viviendo como antes*, solo entonces puede triunfar la Revolución...” (Lenin, *La enfermedad infantil, Obras escogidas,* II, 751).

La contradicción entre la burguesía y la clase obrera se hizo explosiva por la situación particular de las distintas fuerzas sociales presentes; “los de arriba”, cuya debilidad hemos visto si se los compara con sus homólogos franceses, alemanes... estaban además desunidos y divididos; por el contrario, “los de abajo” estaban unidos por un mismo deseo de dar “todo el poder a los soviets” para repartir la tierra, concluir la paz e instaurar el control obrero. La unión de los obreros y de los campesinos pobres era posible en un momento en que la burguesía era impotente. La relación de fuerzas surgida de esta situación era completamente distinta de lo que se había visto en 1905:

“Lenin consideraba que el momento en que había sido lanzado el manifiesto del 17 de octubre de 1905 marcaba un cierto equilibrio de las fuerzas; es un momento en que el proletariado y la burguesía han arrancado el manifiesto al zar, pero todavía no están en condiciones de echar el zarismo abajo, al tiempo que el zarismo no puede ya gobernar únicamente con la ayuda de los antiguos medios y se ve obligado a prometer de

palabra las "libertades civiles" y una Duma "legislativa" (*Historia del P. C. b.,* Éditions Sociales, 1946, p. 70)[1].

En octubre de 1917, por el contrario, los gobiernos ya no tienen la posibilidad de "prometer" y los gobernados están en condiciones de "echarlos abajo". Se trata ahora de ver los detalles de la Revolución de octubre de 1917. Pero para esto necesitamos decir primero unas palabras sobre el partido bolchevique[2]

---

[1] El manifiesto del 17 de octubre de 1905 prometía al pueblo diversas libertades y una Duma no ya consultiva, sino legislativa.

[2] La complejidad de la situación en Rusia en 1917 es estudiada por Althusser con ayuda del concepto de superdeterminación en "Contradicción y superdeterminación" y "Sobre la dialéctica materialista" (*Pour Marx*, Maspéro, 1965). A partir de textos de Lenin y de Stalin, Althusser muestra cómo la contradicción principal (burguesía / clase obrera) era explosiva porque estaba súper-determinada por toda clase de contradicciones y explica que estas se basaban en una unidad que "rompió" el orden social existente. Este análisis no repone la Revolución rusa en la historia del desarrollo económico y social de Rusia. Un análisis marxista de la Revolución rusa debería establecer cuál fue el *papel* de la toma del poder por los bolcheviques en este desarrollo. No se puede comprender Octubre más que si se considera esta toma del poder como una respuesta aportada a los problemas de este desarrollo.

SOBRE EL PARTIDO BOLCHEVIQUE

El partido bolchevique se ha convertido desde hace cincuenta años en un objeto de predilección para la mitología de la Revolución rusa. Unos denuncian en él el modelo y el origen de los partidos "totalitarios", "militarizados", "burocratizados", que "imponen su dictadura y ahogan toda libertad". Otros celebran el "gran partido bolchevique", "forjado por Lenin", "punta de lanza de la revolución"... Ante un análisis cualquiera del partido bolchevique, la actitud más frecuente consiste, no en examinar qué valor tiene este análisis, sino en clasificarlo en un campo o en otro.

Todo estudio crítico del partido bolchevique es rechazado inmediatamente por el movimiento comunista oficial como "derechista", "socialdemócrata", "menchevique"... Por eso no hay actualmente ningún análisis riguroso del partido bolchevique. Nuestra intención aquí no es construir este análisis, sino dar algunas indicaciones sumarias indispensables para la comprensión de la Revolución rusa.

Las condiciones particulares de la sociedad rusa bajo el régimen zarista eran favorables para el desarrollo de *cierto tipo* de organización. Las luchas de los trabajadores por mejores condiciones de vida y de trabajo chocaban con una resistencia y una represión mucho más encarnizada que en los otros países capitalistas. Al ser quebrantada toda reivindicación económica por el sistema social existente, era imposible para los obreros realizar una lucha puramente económica. Únicamente el derrocamiento del zarismo haría posible la realización de un programa mínimo de reformas. De este modo solo había dos posibilidades para el obrero que se preocupaba de mejorar su

suerte: resignarse, o hacerse revolucionario; pero en cualquier caso le resultaba muy difícil hacerse reformista, y más aún seguir siéndolo, ante las duras realidades del régimen social y político zarista[1]. No se pueden comprender los progresos del partido bolchevique si se olvida que no existía entonces en Rusia ninguna "vía muerta para aparcar" (Broué). El proletariado ruso era muy diferente al proletariado europeo: "No se parece ni al proletariado de Occidente, adiestrado por dos siglos de industria manufacturera y capitalista, ni al semiproletariado de la India y de China. Quien no comprenda estos rasgos originales no comprenderá nada de sus maravillosas realizaciones" (Preobrajensky, *Bulletin communiste*, nº 10, 7 de marzo de 1924). Esta situación hacía posible el desarrollo de un movimiento revolucionario *de un tipo bien determinado*.

Con frecuencia se ha tratado el problema de la clandestinidad sin captar bien todo lo que ella implica. Desde un principio, la clandestinidad impuso al partido un cierto tipo de trabajo y, ante todo, un cierto tipo de lazo con las masas obreras.

"La inclinación del bolchevismo por la centralización reveló desde el 3er Congreso (1906) sus efectos negativos. En la ilegalidad ya se habían formado rutinas de aparato... Es cierto que la conspiración limitaba estrechamente las formas de la democracia (elecciones, control, mandatos). Pero no se puede negar que los miembros de los comités habían contraído más de

[1] La incapacidad del régimen zarista para conciliarse con los obreros es muy significativa a este respecto. La creación de las 11 "secciones obreras" de Petrogrado, dirigidas por el cura Gapone, agente de la policía, desembocó en un completo fracaso. Los obreros fueron persuadidos en ellas para que intentasen mejorar su suerte entendiéndose con los patronos. La negativa de los patronos a escuchar las reivindicaciones obreras desencadenó a finales de 1904 una huelga *apoyada por las secciones* que originó la petición al zar y la manifestación pacífica ante el palacio del zar en enero de 1905 (esta manifestación fue reprimida el domingo rojo). El zarismo no podía ni contener ni encuadrar a la clase obrera.

lo necesario los límites de la democracia interna y se habían mostrado más rigurosos hacia los obreros revolucionarios que hacia ellos mismos, prefiriendo mandar incluso cuando hubiese sido indicado escuchar atentamente a las masas.” (Trotsky, en *Stalin*, Grasset, p. 878.)

“Krupskaya observa que en los comités bolcheviques, al igual que en el congreso, casi no había obreros. Predominaban los intelectuales: ‘El miembro del comité, escribe Krupskaya, de ordinario era un hombre pleno de suficiencia, veía la enorme influencia que la actividad del comité tenía sobre las masas, por lo general el comitero no aceptaba ninguna democracia en el interior del partido.’” (Idem, p. 95.)

La organización del partido no era uniforme: en 1908, el comité que dirigía al partido en Moscú era elegido por toda una jerarquía de escalafones diversos que reposaba por la base en asambleas de fábrica. En Odesa, por el contrario, en 1905 el comité manejaba todos los hilos de la organización y de este modo tenía el control de todo el trabajo efectuado: “Los contactos verticales son reducidos al mínimo para acrecentar el entabicamiento... En la medida de lo posible, los militantes no deben encontrarse fuera de las reuniones.” (Piatnisky, *Recuerdos de un bolchevique*, pp. 136 y 138.) Las necesidades del trabajo ilegal imponían este entabicamiento y dificultaban las discusiones democráticas. Por lo demás, los dirigentes tenían plena conciencia de ello:

“También nosotros estamos por la democracia cuando esta es verdaderamente posible. Hoy sería una broma y nosotros no queremos esto, pues nosotros queremos un partido serio capaz de vencer al zarismo y a la burguesía. Obligados a la acción clandestina, no podemos realizar la democracia formal en el partido... Bajo la autocracia, con sus represiones feroces, adoptar el régimen de las elecciones, la democracia, es simplemente ayudar al zarismo a destruir nuestra organización” (Lenin en 1904-1905, citado por Zinoviev, *Historia del P. C. b.,* pp. 103-104.) “Damos al partido la estructura que mejor conviene a las necesidades de nuestra lucha en este momento.

Lo que nos conviene hoy es una jerarquía y un centralismo riguroso." (Lenin, *La jaula bonita no alimenta al pájaro,* idem, pp 105-106.)

Los jefes bolcheviques consideraban obligatorio este tipo de organización teniendo en cuenta las condiciones de la lucha existentes, y preveían con algún optimismo que el partido funcionaría democráticamente cuando en Rusia se conquistasen los derechos democráticos tal como podían existir en los otros países capitalistas: "En condiciones de libertad política, nuestro partido debe ser y será construido totalmente sobre el principio de la elección." (Lenin en el III Congreso, citado por J. Daniels, *Labour Review*, nº 2, 1957, p. 48.) El compendio de historia del PCUS redactado en 1938 y aprobado por el C. C. confirma enteramente esta idea:

"Naturalmente, como el Partido era ilegal bajo la autocracia zarista, las organizaciones del partido no podían reposar en aquella época sobre el principio de la elección por la base, debiendo ser el Partido rigurosamente clandestino. Pero Lenin consideraba que este estado de cosas, *momentáneo* en la vida de nuestro Partido, desaparecería cuando el zarismo hubiese sido suprimido, cuando el Partido fuese un Partido declarado, legal, y que sus organismos descansarían sobre el principio de elecciones democráticas, sobre el principio del *centralismo democrático*." (Ed. Sociales, 1946, p. 46.)

Esta perspectiva tranquilizadora no debía realizarse: la célebre "burocratización" del partido denunciada por todos los oponentes hunde realmente sus raíces en toda la historia del partido bolchevique. Por lo demás, es de señalar que un revolucionario de pensamiento tan profundo como Lenin no haya sabido desvelarlo y haya dado pruebas a este respecto de un optimismo casi ingenuo. Según Krupskaya, "Él sabía que la revolución estaba en marcha y obligaría al partido a admitir a los obreros en el seno de los comités." (*Mi vida con Lenin*, p. 77.) La lectura de los textos de la época muestra que, en su inmensa mayoría, los revolucionarios rusos no comprendieron las enormes consecuencias que este tipo de organización tendría

sobre la evolución ulterior del partido[2]. Y sin embargo, el Partido intentó luchar contra este estado de cosas[3], pero este esfuerzo no podía ser llevado hasta el final: y ¿de qué modo habría podido serlo, puesto que la organización muy particular del partido bolchevique no hacía más que responder a las condiciones muy particulares de la lucha de clases en Rusia?

Así se constituyó entre 1903 y 1917 un grupo de revolucionarios profesionales que, por un lado, tienen cualidades de dedicación, de organización, de disciplina frecuentemente notables y que, por otro, están obligados a trabajar en círculos bastante cerrados, quedan fuera de las masas y no pueden mantener con la vanguardia de las fábricas más que relaciones superficiales. Estos cuadros constituyen el armazón del partido bolchevique: jugarán un papel capital en la organización política y económica del país después de la toma del poder.

"Cuando, a partir de 1916, los obreros comenzaron a recuperar las vías de la lucha, la fracción bolchevique cuenta, como máximo, 5.000 miembros en una organización reconstruida poco a poco. Pero es un puñado de cuadros; estos hombres, que han aprendido durante los años de preguerra a organizar, a agrupar a los obreros, a dirigir sus luchas, a despistar a las fuerzas de represión, constituyen, en suma, los elementos de esa vanguardia obrera revolucionaria que Lenin había intentado construir..." (Broué, *Historia del Partido bolchevique*, Ed. de Minuit, 1963, p. 43.)

La mejor manera de estudiar las relaciones entre el partido y las masas es refiriéndose a los grandes momentos revolucionarios que conoció Rusia: 1905 y 1917. En 1905, los bolcheviques adoptan respecto de los Soviets una actitud completamente distinta de la de los mencheviques, que ven en

---

[2] Trotsky había dicho en 1905 que estas formas de organización desembocarían en una "dictadura sobre el proletariado" (*Nuestras tareas políticas*, citado en *El Profeta Armado*, p. 88-92.)

[3] Fueron disueltos los grupos militares de combate, los cuales, "aislándose de las masas, aportan la desorganización al seno del partido".

ellos sobre todo el punto de partida del partido de masas y, quizás, del sindicato de tipo alemán y trabajan gustosamente en los Soviets, de los cuales desconfían, por el contrario, los bolcheviques. Esta desconfianza es muy significativa de la naturaleza del partido bolchevique y de la relación que mantiene con las masas. Como dice Broué, a quien no se puede acusar de denigrar a los bolcheviques: "De manera general, los que (en el partido bolchevique) son más favorables a los Soviets no consienten en ver en ellos, en el mejor de los casos, más que auxiliares del partido." (Idem.)

Se ha convertido en algo normal en el movimiento comunista citar las frases célebres de Lenin sobre la "repetición general" de 1905. Pero se olvida o se ignora que los bolcheviques se encontraron en aquella época completamente desconcertados por esta nueva forma de organización de los obreros: "El comité bolchevique de Petersburgo se sorprendió primeramente de una innovación como la representación de las masas en lucha independientemente de los partidos, y no se le ocurrió nada mejor que dirigir un ultimátum a los Soviets: hacer suyo al instante el programa socialdemócrata o disolverse." (Trotsky, *Stalin*, p. 95.) Y como explica Broué: "No comprenden sino tardíamente el papel que pueden jugar en ellos, el interés que presentan para acrecentar en ellos su influencia y luchar por la dirección de las masas." (Ya citado, p. 35.) Todo el problema está ahí. Los cuadros bolcheviques concebían su papel revolucionario como la dirección de la Revolución. Todo movimiento que surgiese fuera de ellos e independientemente de su control no podía más que suscitar su desconfianza. Frecuentemente se ha dicho que los bolcheviques habían sido "sorprendidos" por la creación de los Soviets: este eufemismo no debe inducirnos a error. De hecho, la reacción de los bolcheviques era mucho más importante que una simple "sorpresa": traducía toda una concepción de la lucha revolucionaria, toda una concepción *superada* (no desde nuestro punto de vista, sino *por la acción misma de las masas rusas en 1905*) de la relación entre los obreros y los militantes revolucionarios.

Los acontecimientos de 1917 confirman esta ruptura con las masas. En febrero, las masas están solas en el combate. Durante las jornadas de julio, el partido no sabe evaluar su voluntad de lucha: el C. C. lanza un llamamiento, reproducido en la *Pravda*, para parar la manifestación prevista en Petrogrado, pero los obreros y los soldados deciden no obstante manifestarse. El llamamiento del C. C. es recortado: la *Pravda* aparece con una página en blanco[4]. Se ha levantado toda una polémica en torno a la actitud del partido entre julio y octubre, e incluso entre febrero y octubre. Es cierto que también ahí el partido fue sobrepasado por los acontecimientos. Lenin escribe las "Tesis de abril" en donde afirma que "lo que hay de original en la actualidad rusa es la transición de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía como consecuencia del insuficiente grado de conciencia y de organización del proletariado, a la segunda etapa, que debe dar el poder al proletariado y a las capas pobres del campesinado." (En *La Revolución rusa de 1917*, Lenin y Stalin, p. 8.)

¿Qué responde el partido? Kamenev explica en la *Pravda*, "notable periódico obrero de masas" (*Compendio de historia del PCUS,* ya citado, p. 137), que estas tesis no expresan más que la opinión personal de Lenin; las tesis del partido, precisa, "siguen siendo nuestra plataforma, que defenderemos a la vez contra la influencia desmoralizante de la "Defensa revolucionaria" y contra las críticas del camarada Lenin." (*Pravda*, 21 de abril de 1917.) En la conferencia panrusa del partido, a principios de mayo, Lenin es mayoritario; pero sin embargo deberá librar una dura batalla contra el aparato para hacer prevalecer sus ideas. Acusa al C. C. de haber "dejado (sus) textos sin ni siquiera una respuesta", condena la "decisión vergonzosa de participar en el Pre-Parlamento", deplora "la negativa del C. C. a estudiar simplemente esta cuestión":

---

[4] No decimos que se pudiese tomar el poder en julio. Sin duda, la acción de las masas fue prematura. No es menos cierto que el partido no se daba cuenta en absoluto de lo que las masas querían.

"Me veo obligado a presentar mi dimisión del C. C., lo que hago por el presente acto, reservándome la libertad de defender mis tesis en la base del partido y en el Congreso del partido." (*Towards the Seizure of power*, I, 278.)

Lenin no dimitió, pero todavía debió combatir al aparato hasta la reunión del C. C. del 23 de Octubre: "Lenin toma la palabra. Declara que desde comienzos de septiembre se ha observado una cierta indiferencia en cuanto a la cuestión de la insurrección. Dice que es inadmisible... Por lo cual ha llegado la hora de estudiar el aspecto técnico de la cuestión. Manifiestamente, se ha perdido mucho tiempo." (Actas de la reunión del C. C.; ídem, II, 326-328.) Es interesante observar que todo el mundo reconoce que el partido estaba "perdido sin Lenin":

"Los dirigentes... continuaban sin prestar suficiente atención a la voz razonable de la base. La ausencia de Lenin también fue sensible en este punto." (Trotsky, *Historia de la Revolución rusa*, Ed. du Seuil en 2 vol., II, 513.) Para el compendio de historia del P. C. b. (ya citado) "la ausencia de Lenin, jefe del partido, se hacía sentir" (p. 157).

El "jefe" tuvo dificultad en hacerse oír por sus "tropas" y más todavía por sus "subordinados" inmediatos: y como dice Trotsky en su *Historia de la Revolución rusa*: "Las consecuencias de las omisiones cometidas debieron ser corregidas por las masas" (II, 513.) Pero no basta con citar estas omisiones, aún hay que dar cuenta de ellas.

Se tiene la costumbre de decir que el partido bolchevique cometió numerosos "errores" en 1905 y 1917: pero esta explicación no explica nada pues lo que hay que preguntarse es por qué y cómo fueron posibles estos "errores". No se puede comprender la política de contemporización adoptada por la mayoría de los cuadros del partido entre febrero y octubre más que si se comprende bien el tipo de trabajo llevado a cabo durante años por estos cuadros: los dirigentes, tanto a nivel del C. C. como al nivel de los comités locales, habían sido colocados por las condiciones mismas de la lucha bajo el zarismo en una situación que no les permitía mantener

con las masas más que un lazo débil; los cuadros surgidos de la clase obrera habían roto desde hacía mucho con su ambiente de origen.

En realidad, el partido bolchevique estaba animado por una contradicción que es la única que permite comprender su acción antes y después de 1917. Su fuerza reposaba en los obreros que lo apoyaban: en su inmensa mayoría, la vanguardia obrera rusa simpatizaba con el partido. Pero no podía dirigirlo. La organización del partido era llevada a cabo por los revolucionarios profesionales y no por esta vanguardia obrera: ahora bien, los que tenían los hilos de la organización dirigían la organización. ¿Cómo habría podido ser de otro modo en la Rusia zarista? La prensa clandestina, la difusión de la propaganda... no podían ser aseguradas más que por militantes obligados frecuentemente a desplazarse y, si se daba el caso, a refugiarse en el extranjero. Un obrero no podía convertirse en un cuadro bolchevique importante más que si dejaba su trabajo y se ponía a disposición del partido, que lo enviaba a tal o cual ciudad, lo destinaba enseguida a tal o cual misión... El partido bolchevique se encontraba así en una situación contradictoria en la que su fuerza viva (los obreros más conscientes) no podía dirigirlo. En tanto que aparato, el partido escapaba totalmente a los obreros rusos. Los trastornos de todas clases que debía conocer Rusia después de 1917 no engendraron esta contradicción: no hicieron más que acrecentarla cada vez más hasta que la contradicción, reforzada por todo el contexto interno y externo de Rusia, destruyó al partido bolchevique. La actitud del partido en 1917 y su evolución posterior no son más que productos de su historia, la cual debía pesar con fuerza sobre el desarrollo de la Revolución rusa.

LOS PRIMEROS MESES DESPUÉS DE OCTUBRE

Los historiadores de la Revolución rusa (R. R.) descuidan con frecuencia el período que va desde octubre de 1917 a junio de 1918: estos pocos meses son, sin embargo, de una importancia capital y veremos que el curso ulterior de la revolución no es sino el desarrollo de una situación ya existente al día siguiente de octubre de 1917.

Recordemos primeramente que la economía rusa se encontraba en un estado desastroso: mientras que el gobierno revolucionario daba satisfacción a los campesinos al adoptar provisionalmente el programa socialista revolucionario (s. r.) (distribución de la tierra a los campesinos), se enfrentaba al mismo tiempo con el problema de la reorganización de la industria. Una cuestión se planteaba entonces: ¿por quién y cómo sería efectuada esta reorganización necesaria?

EL CONTROL OBRERO

El movimiento de los "comités de fábrica y de taller" había conocido un desarrollo notable entre febrero y octubre. Estos comités fueron creados las más de las veces con el fin de conseguir la jornada de ocho horas y aumentos salariales. El gobierno provisional les reconoció en abril el derecho de representar a los obreros en su negociación con los patronos y el gobierno; pero poco a poco los comités intentaron influir en la dirección de las fábricas, de las cuales se apoderaron en muchos casos. Los empresarios lograron a veces entenderse con ellos,

pero frecuentemente contestaron con el lock-out. Los bolcheviques apoyaban a los comités: la octava tesis de abril preconizaba el control de los Soviets de delegados obreros "sobre la producción y la distribución sociales de los productos". (*Obras completas* en ruso, segunda edición, XX, 88-89.) Esta consigna era ante todo, para los bolcheviques, un arma contra la burguesía. Los textos de Lenin muestran bien qué papel asignaba él a los comités de fábrica y de taller.

En *La catástrofe inminente y los medios para conjurarla* (septiembre de 1917), describe las medidas necesarias a la dictadura del proletariado: nacionalización de los bancos y de las grandes empresas; trustificación obligatoria de las pequeñas empresas; creación de monopolios de Estado; abolición del secreto comercial; regulación del consumo. El control obrero es concebido como uno de los medios al servicio de esta política. Un poco más tarde, en el panfleto *¿Conservarán el poder los bolcheviques?*, explica que en un Estado obrero "...el control obrero puede convertirse en la contabilidad más exacta y minuciosa, omnipresente, que abarque toda la economía nacional, de la producción y de la distribución de los productos" (XXI, 259). *El Estado y la Revolución* precisa, en fin, esta concepción insistiendo una vez más en los libros de cuentas, el secreto comercial... Lenin consideraba que habría que "hacer componendas" con la burguesía rusa durante un tiempo: el Estado soviético no puede asegurar de un día para otro la dirección de la producción; considera necesaria una etapa transitoria durante la cual los capitalistas estarán obligados a cooperar de una manera u otra antes de que el Estado obrero los sustituya definitivamente; el instrumento de esta coerción no es otro que el comité de fábrica y de taller: "No 'la introducción' del socialismo como tarea inmediata, sino simplemente una transición inmediata hacia el control por los Soviets de delegados obreros sobre la producción y la distribución social de los productos." (Tesis de abril,) Se comprende entonces por qué Lenin insiste tanto en la abolición del secreto comercial y la apertura de los libros de cuentas: los capitalistas intentarán defraudar al Estado obrero, el

cual se lo impedirá por medio del control obrero. Ahora bien, semejante vigilancia no puede ser eficaz más que si se ejerce en cada fábrica: el control obrero se realizará, pues, por los comités de fábrica. La conferencia de los comités de la región de Petrogrado, reunida el 30 de mayo de 1917, fue muy clara sobre este punto: pide "que todas las cuentas comerciales y bancarias sean abiertas... a la inspección (de los comités), y que la dirección (de cada empresa) sea obligada a proporcionarles todas las informaciones necesarias..." Pero este texto, redactado por Lenin, precisa después que el control obrero debe ser "inmediata" y "gradualmente" transformado "en una regulación completa de la producción y de la distribución de los productos por los obreros": el fin de esta transformación era llegar a "la organización a escala ampliamente regional y, finalmente nacional, del cambio del utillaje agrícola, de la ropa, de las botas y de los productos similares". Lenin expresa así otra de sus ideas esenciales formulada claramente en *¿Conservarán los bolcheviques el poder?* en donde se pronuncia por "el centralismo y el plan del Estado proletario" (XXI, 269-270). Los comités de fábrica, instrumentos de lucha contra la burguesía, no son capaces de regular la producción de toda Rusia: para esto hace falta un plan establecido por el Estado.

La conferencia de mayo fue seguida de otras tres, la última de las cuales, ampliada a los comités venidos de otras regiones y que tuvo lugar poco antes de la toma del poder por los bolcheviques, declaró ser "la primera conferencia pan-rusa de los comités de fábrica". Un consejo pan-ruso del Control obrero, cuyo papel era "la regulación de la economía nacional", debía ser elegido y funcionar como sección del Consejo central Pan-ruso de los sindicatos (pronto examinaremos los sindicatos y sus relaciones con los comités de fábrica). Después de octubre un decreto instituyó el control obrero en Rusia "en interés de una dirección planificada de la economía nacional". Una jerarquía de comités comparable a la de los Soviets fue creada, con el Consejo Pan-ruso del Control obrero a su cabeza.

Art. 2 - El control es ejercido por todos los obreros de la fábrica a través de sus órganos elegidos (comités de fábrica,

etc.) Los empleados y el personal técnico están representados en estos órganos...

Art. 7 – Toda la correspondencia de empresa está sometida al control. El secreto comercial es abolido. Los propietarios están obligados a presentar a los órganos del control todos los libros e informes del año en curso, así como de los años anteriores... (14 de noviembre de 1917).

El decreto prohibía todo "paro de una empresa o de la producción" sin el acuerdo de los representantes de los obreros. No sólo había que luchar contra posibles fraudes, sino también contra la práctica del lock-out[1]. Un artículo de los *Izvestia* del 23 de noviembre afirma que el control obrero es necesario "para paralizar la actividad de los lock-outistas"; sin este decreto, "se estaba amenazado por la ruina del país y de la revolución". Observemos que el Consejo Pan-ruso del Control obrero conoció un destino revelador de la naturaleza y de la fuerza del control obrero: Riazanov aseguró en enero de 1918 que no se había reunido más que una vez, pero en mayo declara que de hecho no se había reunido jamás. Según otra fuente, "intentó reunirse", pero no obtuvo el quórum deseado. En todo caso, es seguro que este organismo no funcionó en absoluto.

Durante este tiempo los obreros rusos continuaban animando los comités, que con frecuencia intentaban apoderarse de las fábricas. Como dice el número de enero de 1918 de la *Voz de los obreros metalúrgicos*: "La clase obrera, por su naturaleza, debe ocupar el lugar central en la producción y especialmente en su organización..." Pero estos esfuerzos condujeron con frecuencia a fracasos. Los obreros no consiguieron más que medianamente unirse al personal técnico, por falta de conocimientos suficientes, y no les quedaba más que salir del embrollo lo mejor posible. A veces vendían las existencias. Sucedía incluso que pedían a los antiguos directores

[1] Según Milyutin, 568 empresas que empleaban a más de 100.000 obreros habían sido cerradas entre marzo y agosto de 1917, creciendo su número cada mes. Un cierto número de estas empresas se habían encontrado en la imposibilidad de funcionar, pero muchas habían sido cerradas voluntariamente a fin de luchar contra los comités.

que volviesen. Es difícil hacerse una idea de la situación en la que se encontraban los comités en toda la extensión del país. Es cierto, no obstante, que los que no intentaron gestionar las empresas cumplieron la tarea de control que les había confiado el gobierno. Es igualmente cierto que los que quisieron gestionar y no sólo controlar no constituían una fuerza suficiente a escala de todo el país (el caso muy especial de los ferrocarriles será evocado más adelante). La consigna de control obrero era para los bolcheviques un arma bien precisa con un objetivo bien delimitado: los comités que intentaron ir más lejos fracasaron. Cualquiera que haya sido su fuerza, *el movimiento de los comités no pudo organizarse a escala pan-rusa* (cf. la suerte del Consejo Pan-ruso). Pero otro componente del movimiento obrero ruso podía aspirar en 1917 a la reorganización del país: los sindicatos.

LOS SINDICATOS

Antes de 1905 no existía ningún movimiento sindical en Rusia. Las huelgas y revueltas que estallaban aquí y allá no podían crear organizaciones de tipo sindical. La revolución de 1905, que vio nacer a los Soviets, creó también sindicatos que celebraron conferencias en 1905 y 1906 y después fueron barridos por la represión. Resurgieron en febrero de 1917 y el número de sus adherentes no dejó de aumentar entonces.

El movimiento sindical ruso era muy diferente de sus homólogos occidentales, las condiciones de la lucha de clases en Rusia antes de 1917 favorecían, como hemos visto, el desarrollo de organizaciones revolucionarias en detrimento de organizaciones de tipo sindical. La naturaleza y la posición de los sindicatos creados nuevamente en 1917 no son más que el resultado de esta desigualdad de desarrollo del movimiento obrero ruso. Por un lado, no son más que auxiliares de los partidos, que los utilizan para reclutar y como masa de

maniobra[2]. Por otro, el movimiento renaciente en febrero después de años de inactividad fue impulsado por los obreros más instruidos: las direcciones de los diversos sindicatos reflejaban el predominio de una especie de "élite" obrera favorable, en su conjunto, a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios (s. r.). La conferencia de los sindicatos celebrada en junio de 1917 es muy reveladora de su situación: los mencheviques y los s. r. eran mayoritarios en ella. Los delegados expresaron su desconfianza hacia los comités de fábrica: aun declarándose de acuerdo sobre el principio, pidieron que los comités fuesen elegidos a partir de listas redactadas por los sindicatos. La conferencia también echó las bases de una organización central: *fue elegido un Consejo Central (Pan-ruso) compuesto, proporcionalmente, por todos los partidos representados en la conferencia.* La actividad de los sindicatos antes de octubre fue relativamente débil. Lozovsky, secretario del Consejo Central, declaró más tarde que el Consejo no tenía en aquella época más que un organizador susceptible de ser enviado a las provincias rusas y que no se pudieron publicar antes de octubre más que dos números del periódico "mensual". La mayor parte de los sindicatos no tomaron parte, como tales, en la Revolución de Octubre: algunos se mostraron hostiles a la toma del poder por los bolcheviques, los cuales debieron luchar, por ejemplo, contra una huelga (política) de ciertos sindicatos de funcionarios[3]. *Los sindicatos son controlados desde el principio*

[2] No se trata de condenar por principio el hecho de que los sindicatos hayan ido a remolque de los partidos, sino simplemente de ver sus consecuencias sobre el desarrollo de la revolución.

[3] Los mencheviques y los s. r. intentaron, hasta julio de 1918, hacer fracasar a los bolcheviques gracias a los sindicatos que manipulaban. De esta manera consiguieron explotar el descontento cierto de un número no desdeñable de obreros, orientándolos hacia consignas del tipo "Defensa de la Asamblea Constituyente". Utilizando a los sindicatos que controlaban, animaron un movimiento de comités elegidos por asambleas de fábrica y organizaron una conferencia pan-rusa preparatoria de un "Congreso de obreros sin partido".

de la Revolución por organizaciones políticas que los utilizan para apoyar su acción. Además, el lugar de los sindicatos no podía ser tan importante como el de los Soviets que agruparon a los soldados, es decir, tanto a los campesinos como a los obreros.

La actitud bolchevique frente a los sindicatos era muy clara: desde 1907, reunido en congreso en Londres, el partido había afirmado la necesidad de "la dirección ideológica del partido socialdemócrata en los sindicatos". Las semanas siguientes a Octubre vieron enfrentarse a tres fuerzas que representaban a los obreros: el Estado dirigido por los bolcheviques, los sindicatos y los comités de fábrica. Una rivalidad cierta oponía los sindicatos a los comités: tras el decreto fundamental del 14 de noviembre instituyendo el control obrero, Lozovsky afirma que "el defecto fundamental de este proyecto es que no tiene para nada en cuenta la regulación planificada de la economía nacional y que dispersa el control sobre toda la producción en lugar de concentrarlo". El primer congreso sindical pan-ruso tuvo lugar en enero de 1918 con una amplia mayoría bolchevique y tomó dos decisiones importantes:

a) Los comités de fábrica y de taller deben convertirse en órganos locales de los sindicatos correspondientes.

b) En el curso de su desarrollo, los sindicatos deben convertirse, en el proceso de la presente revolución socialista, en los órganos del poder socialista...

Como consecuencia del proceso así previsto, los sindicatos serán transformados inevitablemente en órganos del

---

Observemos de paso que la oficina de organización del "Congreso de obreros *sin partido*" comprendía delegados del POSDR (mencheviques), del partido s. r. y del Bund (organización de los trabajadores de origen judío, opuesta a los bolcheviques). El movimiento cesa en julio al ser arrestados los delegados a la conferencia: este movimiento había contribuido a desviar a muchos trabajadores de un trabajo revolucionario. Ver, acerca de este movimiento, *Rusia en la época de la Revolución*, publicado en ruso en Nueva York (1966) por G. Aronson.

Estado socialista; para todo el personal empleado en una industria dada, la participación en el sindicato será parte de su deber hacia el Estado. La mayoría de los funcionarios del Comisariado del Trabajo (Narkomtrud) fueron nombrados por los sindicatos. De este modo los sindicatos pasaron bajo el control del Estado mismo, dirigido por el partido. Al mismo tiempo, durante todo este período el número de los adherentes a los sindicatos pasó de 1.475.000 en junio de 1917 a 3.000.000 en enero de 1918 (según el informe de Lozovsky al Congreso). Ahí precisamente se encuentra el problema: nos encontramos, entre finales de 1917 y principios de 1918, ante organizaciones llamadas sindicatos que agrupan a un gran número de obreros dirigidas por organizaciones exteriores (los partidos). Estos sindicatos no pueden gobernarse ellos mismos. Podríamos repetir aquí, bajo una forma distinta ciertamente, lo que dijimos sobre el partido bolchevique. La fuerza de los sindicatos viene de los obreros que se han adherido a ellos; pero estos obreros no pueden dirigir la organización de la cual son su fuerza viva. Prendido en esta contradicción, el movimiento sindical ruso podía o bien emanciparse, o desaparecer, o bien jugar un papel original: ahora bien, no podía ni emanciparse (a causa de la debilidad de la clase obrera) ni desaparecer pura y simplemente (pues es necesario a la sociedad nueva que se edifica a partir de 1917). Por lo demás, no podremos comprender a la Oposición Obrera (1920-1921) más que si tenemos presente la contradicción evocada aquí arriba.

Ni el movimiento sindical, ni el movimiento de los comités de fábrica podían pretender reorganizar la economía: el problema seguía, pues, tal cual; ¿quién iba a reorganizar Rusia?

EL VESENKHA

La creación del Consejo Supremo de la Economía Nacional (Vesenkha) data de comienzos de diciembre: la tarea que se le confía es “organizar la actividad económica de la

nación y los recursos financieros del gobierno". Su composición es muy instructiva: comprende miembros del Consejo Pan-ruso del Control Obrero (órgano que no tenía ningún papel sino el de comparsa), representantes de todos los Comisariados y expertos nombrados a título consultivo. Lenin explica poco después: "Hemos pasado del control obrero a la creación del Vesenkha." (XXII, 215.) En muchas localidades, en Petrogrado por ejemplo, la organización de los comités de fábrica se transforma en órgano del Vesenkha. El fin de este organismo es, en palabras de Lenin, ser "el órgano del combate en la lucha contra los capitalistas, de la misma manera que el Consejo de los Comisarios del Pueblo lo es en política." (XXII, 108.) Se creó una estructura doble: por un lado, los centros (glavki) trabajaron por ramas de industria; por otro, en cada región, un Consejo de la Economía nacional (Sovnarkhoz) era la sección regional del Vesenkha. La política compleja de nacionalización realizada en esta época fue obra del Vesenkha, ya directamente, ya por medio de los Sovnarkhozy. Diferentes organismos creados bajo el zarismo para facilitar el esfuerzo de guerra fueron integrados en el Vesenkha y se hicieron esfuerzos para atraerse a las personas competentes. Algunos dirigentes del Vesenkha (Osinsky, Bujarin) dimitieron tras la derrota de los Comunistas de izquierda (de los que formaban parte) sobre la cuestión de la paz con Alemania. Brest-Litovsk (febrero de 1918) aceleró el proceso ya iniciado: las personalidades influyentes del Vesenkha llegaron a ser los economistas competentes como Larin y Milyutin. Se tomaron precauciones contra el control obrero, o lo que quedaba de él: "en las empresas nacionalizadas, el control obrero se ejerce sometiendo todas las declaraciones y decisiones del comité de fábrica o de taller, o de la comisión del control, a la aprobación del consejo económico administrativo" (compuesto por representantes de los obreros, empleados, técnicos, de los sindicatos y del Soviet local) (decreto del 3 de marzo del Vesenkha).

Un examen superficial del Vesenkha podría ver en él la organización de la economía por todos los órganos que representaban a los trabajadores. En realidad, la creación del

Vesenkha no es más que la *fusión de diversos centros de dirección* (los sindicatos, el Estado, el partido) *en uno solo* al que se intenta incorporar las competencias. El caso del Consejo Pan-ruso del Control Obrero es sintomático: aunque inexistente, proporciona miembros al Vesenkha. El problema central está ciertamente ahí y no en las múltiples discusiones en el seno del partido. Desde el principio de la Revolución se impuso la tarea de reorganizar la economía rusa. Los comités de fábrica, incluso si han existido en numerosas fábricas, incluso si han gestionado eficazmente algunas de ellas, no pudieron organizarse a escala pan-rusa. En los sindicatos, en el partido (y por consiguiente, en los Soviets que dirige), tanto a escala regional como a escala de todo el país, un grupo social se forma y adquiere un papel bien determinado: dirigir Rusia.

Los bolcheviques no veían en ello nada malo: "Nosotros, el partido bolchevique, hemos salvado a Rusia. Se la hemos quitado a los ricos para dársela a los pobres. Ahora debemos administrar Rusia." (Lenin, *Las tareas inmediatas del Gobierno soviético, Obras Escogidas,* Lawrence et Wishart, 1937, VII, 313-350.) Esta concepción se encuentra en el concepto de "capitalismo de Estado" tal como lo define Lenin. Teniendo en cuenta el estado económico de Rusia, es necesario dejar durante un tiempo a los capitalistas en posesión de sus fábricas, al tiempo que se los somete al control del Estado (de ahí el papel del control obrero). Pero la cuestión es precisamente saber qué es este "Estado OBRERO". Ni Lenin ni la casi totalidad de los comunistas rusos veían ningún mal en que este Estado "obrero" fuese dirigido por una minoría separada de los trabajadores y que poseía una función específica: la de "administrar" Rusia, como dice Lenin, el cual no hace aquí más que expresar la idea, ampliamente difundida entonces en el pueblo ruso, de que se puede confiar la organización de la sociedad a los "representantes" del pueblo. Únicamente algunos revolucionarios supieron discernir entonces la evolución que se empezaba y la expusieron en textos que hoy están arrojados desde hace mucho tiempo a las mazmorras de la historia del movimiento obrero:

"Nosotros estamos por la construcción de una sociedad proletaria a través de la creatividad de clase de los trabajadores mismos, y no por los decretos arbitrarios de los capitanes de industria... Tenemos como punto de partida nuestra confianza en el instinto de clase y en la iniciativa y la actividad de clase del proletariado. No puede ser de otra forma. Si el proletariado mismo no sabe crear las condiciones necesarias de una organización socialista del trabajo, nadie puede hacerlo en su lugar. Nadie puede forzarlo a hacerlo El socialismo y la organización socialista deben ser instalados por el proletariado mismo, o no serán instalados de ninguna manera; en su lugar, aparecerá otra cosa: el capitalismo de Estado." (Osinsky, *Kommunist* nº 2, abril de 1918, p. 5.) El grupo de los Comunistas de izquierda, cuyo órgano era *Kommunist*, luchó en la primavera de 1918 contra la dirección del partido, para dispersarse después[4]. Por lo demás, no es una casualidad que, durante la Revolución rusa, todos los grupos de oposición fuesen débiles y sus miembros desunidos ideológica y teóricamente: su debilidad no era más que el producto de la debilidad de la clase obrera rusa.

Se ve ahora por qué los primeros meses de la Revolución son de una importancia capital: todos los elementos del problema están ya reunidos y en vías de recibir una solución bien precisa. Entre octubre de 1917 y el comienzo de la guerra civil en mayo de 1918, el movimiento obrero ruso ha dado pruebas de su debilidad. Un grupo social con un papel bien determinado está en vías de formación a partir de las cúspides del partido, del aparato de los Soviets, de los dirigentes sindicales[5] y de un cierto número de técnicos y de

---

[4] Las tesis de los Comunistas de izquierda, redactadas en abril de 1918, están en Bunyan et Fisher, *The Bolchevik Revolution*, Stanford UP, 1934.

[5] Los sindicatos tuvieron muy pronto 50 representantes en el Comité Ejecutivo Central Pan-ruso (VtsIK) ampliado. Precisemos que nosotros no negamos el papel de los expertos *competentes*: creemos, por el contrario, que los problemas de gestión de la producción son muy complejos y deben ser examinados minuciosamente. Sólo

administradores “incorporados” al nuevo régimen. La fusión de las direcciones de las diferentes organizaciones de la clase obrera tiene como resultado la creación de una máquina de Estado nueva, que todavía tiene dificultad para administrar el país y actúa lo más frecuentemente con prudencia y por compromiso, pero cuya eficacia crece paulatinamente. Cualquiera que sea la fuerza de las ideologías que intentan enmascararlo, un hecho es cierto: *desde 1917-1918, este nuevo aparato de Estado, llamado “Estado obrero”, “Estado soviético”, no es controlado por los trabajadores*. No se trata de plantear el problema como pueden hacerlo los anarquistas, oponiendo el movimiento de las masas a la “dictadura estatal”, sino de ver qué era este poder estatal. Ahora bien, en 1918 el Estado ruso no es un Estado obrero. Aquí volvemos a encontrar, a nivel del Estado, la contradicción ya señalada a propósito del partido y de los sindicatos. El Estado ruso saca su fuerza de la clase obrera, que probará su abnegación durante la guerra civil; pero este Estado se le escapa, es administrado por un grupo social naciente cuya función específica es precisamente la de administrar. Pero en mayo de 1918 todavía no está echada la suerte; la controversia sobre el “Capitalismo de Estado” ha acabado sin que se le dé una respuesta decisiva. Muchas cosas iban a decidirse a partir del verano de 1918[6]

---

pretendemos, aportando pruebas, que desde 1917 las organizaciones obreras dieron pruebas de su incompetencia en la materia y que una minoría dirigente se encargó de la gestión de Rusia.

[6] La cuestión de los transportes y, especialmente, de los ferrocarriles, ocupa en la Revolución rusa un lugar importante que no se puede comprender bien más que después de haber estudiado los hechos que acabamos de ver. La suerte de los ferroviarios, su acción y su fracaso son especialmente reveladores.

Todas las líneas de ferrocarril importantes eran propiedad del Estado antes de la Revolución: la concepción leninista del control obrero ejercido sobre los propietarios capitalistas a fin de prevenir cualquier fraude o lock-out era inaplicable puesto que el propietario era el Estado bolchevique. Además, el sindicato de los ferroviarios era el más grande y el mejor organizado de los sindicatos rusos: pero, sobre todo, reunía a los empleados y a los técnicos así como a los obreros.

El sindicato formó un Comité Ejecutivo Pan-ruso de los ferroviarios (Vikzhel), cuya gran mayoría de 40 miembros eran mencheviques, s. r. e independientes. El Comité se encargó de la administración de los ferrocarriles: teniendo en cuenta su composición política, se podía temer con toda razón que obstaculizase de una manera u otra los esfuerzos del Estado. Un delegado del Vikzhel llegó a declarar en el II Congreso Pan-ruso de los Soviets (octubre de 1917) que el Comité desaprobaba “la toma del poder por un partido político cualquiera”; mientras esperaba la formación de “un gobierno revolucionario responsable ante el órgano plenipotenciario de toda la democracia revolucionaria”, el Vikzhel organizaría él mismo el funcionamiento de los ferrocarriles. Dos días después, el Comité envió un ultimátum al gobierno amenazándolo con una huelga general: entonces se entablaron negociaciones que desembocaron en la entrada de tres s. r. de izquierda en el Consejo de los Comisarios del Pueblo (Sovnarkom). Un miembro del Vikzhel se convirtió en Comisario para las comunicaciones, cuyo puesto había quedado vacante. Poco después, mientras el Congreso Pan-ruso del sindicato de los ferroviarios se celebraba al mismo tiempo que la Asamblea Constituyente, votó por una débil mayoría un voto de confianza a la Asamblea. Pero la masa de los ferroviarios era mucho más favorable a los bolcheviques que los obreros altamente cualificados y los técnicos. La minoría bolchevique abandonó el Congreso y organizó otro: el 2º Congreso creó su comité (Vikzhedor), compuesto por 25 bolcheviques, 12 s. r. de izquierda y 3 independientes. El nuevo comité fue reconocido por el Sovnarkom y un miembro del Vikzhedor se convirtió en Comisario para las comunicaciones. No obstante, el Vikzhel conservaba su fuerza: el Estado instituyó el control obrero en los ferrocarriles para luchar contra él como luchaba contra los capitalistas: se instauró un sistema de elección de los más democráticos, desde la simple línea de ferrocarril hasta un Congreso Pan-ruso de los Soviets de delegados de ferrocarriles. La potencia del Vikzhel fue destruida al precio de una desorganización que agravó más la situación económica. Chliapnikov explicó en su informe al Sovnarkom (marzo de 1918) que el sistema democrático de gestión había desembocado en una parálisis de los transportes. Cuando, por ejemplo, había que sustituir a un ferroviario enfermo, el sustituto rehusaba a veces ir a trabajar sin la orden del Comité local, al que no se podía reunir rápidamente. “En una palabra, desde el momento en que se ha garantizado a los empleados un salario máximo, han dejado de mostrar un mínimo grado de eficacia... Es

necesario a toda costa interesar a nuestros ferroviarios en la explotación de las vías. Esto puede ser realizado por la introducción del salario por piezas (en los talleres)... y el salario por kilómetro para los equipos que trabajan en los trenes" (Ver, a este respecto, Bunyan et Fisher, ya citados). El 26 de marzo, un decreto daba al Comisariado para las comunicaciones "poderes dictatoriales en las cuestiones relativas a los transportes por ferrocarril". El sistema democrático de elección de delegados fue abolido.

Todos estos detalles no importan solamente porque los ferrocarriles son "una de las manifestaciones más palpables del vínculo entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura sobre el que reposa completamente el socialismo" (XXII, 494). La historia del Vikzhel es sobre todo un ejemplo casi perfecto de la situación de los sindicatos y del papel del control obrero. ¿Qué vemos? El sindicato ruso más poderoso fue simplemente una máquina de guerra anti-bolchevique en manos de los mencheviques y de los s. r. El control obrero instaurado en los ferrocarriles fue un arma eficaz de los bolcheviques contra estos mismos mencheviques y s. r., pero se reveló incapaz de administrar eficazmente los transportes. En este dominio como en los otros, la gestión se convirtió entonces en la tarea específica de los altos funcionarios (del Estado y de los sindicatos) estrechamente ligados a las cúspides del aparato del partido.

LA GUERRA CIVIL

La economía rusa, tras haber sido puesta a dura prueba por la guerra contra Alemania, fue sacudida nuevamente durante más de dos años, desde el verano de 1918 hasta el final de 1920. Pero sería falso creer que la situación económica y social existente al día siguiente de la guerra civil haya sido creada por estos dos años: la guerra civil solamente sirvió de acelerador, permitió el desarrollo rápido de los elementos legados por los primeros meses de la Revolución.

Se tiene la costumbre de decir que el giro esencial del "comunismo de guerra" en la industria consiste en la política de nacionalización: el Estado bolchevique distinguía de hecho la "nacionalización" de la "administración" y admitía que algunas empresas nacionalizadas fuesen dejadas a cargo de sus propietarios hasta que el Vesenkha fuese capaz de administrarlas (por lo demás, esta distinción se encuentra expresada claramente en el decreto del 28 de junio de 1918 nacionalizando todas las empresas importantes). El giro consiste en que la guerra civil impuso al Estado bolchevique administrar – correctamente – el sector nacionalizado. No hay nada de chocante en que los problemas de gestión eficaz hayan preocupado entonces a todos los militantes revolucionarios rusos. Esta gestión debía ser centralizada: Lenin había explicado desde antes de la revolución que la trustificación era a la vez la etapa final de la organización de la producción capitalista y la etapa necesaria para alcanzar el socialismo. Cada industria fue agrupada en un solo trust dirigido por un centro (glavk), siendo coordinado por el Vesenkha el trabajo de los centros.

El Vesenkha comprendía entonces 10 miembros nombrados por el VTsIK, 20 nombrados por los Sovnarkhozy y 30 por el Consejo Central de los sindicatos. El trabajo ordinario era efectuado por un presidium de 9 miembros nombrados por el Sovnarkom y el VTsIK. El presidium debía aplicar la política decidida en las reuniones, en principio mensuales, de los 69 miembros: pero pronto se hizo el amo del Vesenkha, que dejó de reunirse en Consejo después del otoño de 1918. En lo sucesivo, todo el trabajo fue obra del presidium. Los glavki perdieron poco a poco su autonomía y se adoptó una estricta centralización: "Nuestra situación es mala... porque no tenemos una centralización rigurosa." (XXIII, 472.) Hacía falta un centro poderoso y competente para decidir, por ejemplo, qué empresas serían cerradas por la falta de materias primas. Por lo demás, esta centralización encontró una cierta resistencia en los Sovnarkhozy, cuyas funciones se encontraban disminuidas en beneficio de las de los Glavki.

El comunismo de guerra iba a ser la ocasión de varias controversias sobre materias candentes como la utilización de los especialistas, el "mando de uno solo" en la industria, el papel de los sindicatos, la disciplina del trabajo. Es chocante constatar que en la mayoría de los casos las polémicas suscitadas por estas cuestiones no conseguían tocar el fondo del problema; en efecto, las discusiones se desarrollaban, por así decir, fuera de la evolución real de la Revolución rusa pues nadie o casi nadie analizaba correctamente esta evolución. Por ejemplo, el comunismo de guerra estuvo marcado por la formación de brigadas, en el sentido estricto del término, de la clase obrera. Contra este alistamiento, los oponentes tuvieron lo más frecuentemente una reacción de simple defensa de los obreros, explicando que estas medidas iban contra los intereses de la clase obrera[1]. Tal crítica permitía a los dirigentes

[1] La oposición de militantes sindicales a la política bolchevique y al Estado, con frecuencia no era más que una defensa de la condición obrera, y los reproches que les dirigían los dirigentes bolcheviques (hacer pasar los intereses de tal o cual profesión por delante de los del conjunto de los trabajadores) eran con frecuencia fundadas.

justificarse diciendo que los intereses fundamentales de los trabajadores (la victoria sobre la reacción) imponía sacrificar tal o cual interés inmediato. Pero no se trata de saber si estas medidas eran draconianas o no; se trata de saber por quién eran tomadas estas medidas: por un Estado controlado por las masas obreras, es decir, un Estado obrero, o por un Estado desligado de las masas. Casi todos los oponentes se encontraban en plena contradicción: denunciaban la política de los dirigentes sin haber comprendido el desarrollo real de la Revolución. El interés de la Oposición Obrera es precisamente que llegó en cierta medida a salir de esta contradicción[2]. Rusia tuvo que resolver durante la guerra civil cuestiones muy delicadas: de su solución dependía el aplastamiento o la supervivencia del Estado creado en 1917. Estas cuestiones fueron resueltas de tal manera que reforzaron el proceso comenzado desde los primeros meses.

[2] No aislamos el contenido de las medidas tomadas por el Estado de la naturaleza del Estado: es seguro que la manera como el Estado ruso afrontaba los difíciles problemas de la guerra civil era diferente de las soluciones que un Estado obrero habría intentado darles. Pero las cuestiones de fondo son las siguientes: ¿por quién era impuesta la disciplina? ¿por quién eran decididas las normas?

LOS TRABAJADORES EN LA ORGANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA BAJO EL COMUNISMO DE GUERRA

Hemos visto la concentración de los resortes de la economía en manos de los dirigentes del Vesenkha. Durante este tiempo, el lugar de los trabajadores en la economía se modificaba. El segundo Congreso Pan-ruso de los sindicatos (enero de 1919) insiste sobre el vínculo entre los sindicatos y el Narkomtrud: "En una época en la que los sindicatos determinan los salarios y las condiciones de trabajo, en la que el puesto de Comisario del Trabajo depende también de nuestro Congreso, no puede haber ninguna huelga en la Rusia soviética. Pongamos los puntos sobre las íes." (Tomsky.) El Congreso decidió, en efecto, la naturaleza de los salarios y su escala: los salarios se repartieron en grupos, de los cuales los dos más elevados estaban reservados a los dirigentes y a sus subalternos inmediatos. Cada grupo fue divido en 12 categorías según el grado de calificación: la relación entre la primera categoría y la duodécima era del orden de 1 a 1,75. Se tenían así diferencias de 600 a 3.000 rublos por mes. En octubre de 1919 los salarios de los "trabajadores políticamente responsables" subieron hasta 4.200 rublos. Aunque los efectos de esta escala hayan sido atenuados después por la remuneración en especie, había contribuido a dividir a la clase obrera y a reforzar la capa de los dirigentes. (Observemos que las bases de esta jerarquía habían sido puestas desde el principio: una proposición de Larin tendente "a limitar los ingresos... a través del impuesto a 600 rublos por mes" fue rechazada en enero de 1918. Un decreto del 2 de julio de 1918 había fijado el salario de un Comisario del pueblo en 800 rublos, el de los otros funcionarios, entre 350 y 800; pero algunos especialistas podían recibir hasta 1.200.) La jerarquía de los salarios no era más que uno de los medios destinados a garantizar una producción tan eficaz y regular como fuese posible: los sindicatos (sobre los que volveremos dentro de pocas páginas) fueron encargados igualmente de

mantener “ la disciplina del trabajo entre los obreros, así como el respeto a las reglas establecidas por los sindicatos en lo concerniente a la fijación de los salarios y de las normas de productividad”. Pero la acción de los sindicatos fue insuficiente: Lenin hizo observar a Tomsky durante el invierno de 1919-1920 la incapacidad de algunos sindicatos para encuadrar a los obreros (XXIX, 383-384). Desde el fin de 1919 la movilización de los trabajadores no cualificados fue confiada al Narkomtrud y no ya a los sindicatos. No es falso hablar de movilización: la importancia del comunismo de guerra para la clase obrera reside precisamente en su *movilización*: el trabajo de los obreros fue organizado a la manera militar y según los métodos militares clásicos. Este enrolamiento, en el sentido estricto y no peyorativo del término, tuvo, por su combinación con las jerarquías de los salarios y la separación entre los obreros y los técnicos, un efecto considerable sobre la clase obrera, cuyas posibilidades de organización autónoma y de control sobre el Estado fueron reducidas de este modo.

La militarización del trabajo es uno de los episodios más desconocidos de la Revolución rusa a pesar de que haya provocado una viva polémica: Para nosotros, el problema es saber cómo fue organizada. En diciembre de 1919 Trotsky propone al C. C. sus *Tesis sobre la transición de la guerra a la paz* cuyo punto principal era la “militarización del proletariado”. *Este texto no estaba destinado a ser publicado*, lo cual dice mucho sobre el funcionamiento democrático del “Estado obrero”, pero Bujarin lo hizo aparecer en la *Pravda*. Como dice Deutscher: “Esta indiscreción debía dar lugar a una controversia pública extremadamente tensa.” (*El Profeta Armado,* 487.) Este “error” permitió, en efecto, una discusión relativamente amplia sobre esta cuestión. Aunque el punto de vista de Trotsky no fue aceptado como principio, sin embargo fue realizado en los hechos. En efecto, Trotsky dio pruebas en esta materia de una gran lucidez. La militarización de los obreros se integraba muy bien en la política del Estado ruso y paliaba lo mejor posible las dificultades del momento (en lo concerniente a la producción industrial). La cuestión era simple:

¿cómo desarrollar la producción? Los estímulos materiales (cf. la jerarquía de los salarios) eran de un uso limitado, puesto que los trabajadores eran remunerados cada vez más frecuentemente en especie y las mercancías escaseaban. Según Kritsman, la productividad media del obrero de la gran industria era en 1920 igual al 39% de la de 1913 (57% en la pequeña empresa). Confrontados a la necesidad absoluta de elevar esta productividad y aumentar la producción, los dirigentes de Rusia respondieron como podían. Un gran número de obreros servían entonces como soldados: se utilizó ejércitos enteros para ayudar a la reconstrucción económica de varias regiones (Ural, sureste de Rusia, Ucrania, Turquestán...). Las autoridades militares se hacían cargo de toda la actividad en cada región y todos los obreros trabajaban bajo su dirección. No se trata de discutir la utilidad de la disciplina más rigurosa en el trabajo, sino de comprender que estas medidas contribuyeron a alejar un poco más a los obreros de la dirección de su trabajo y reforzaron la separación entre trabajadores y sus dirigentes. Este hecho está atestiguado por la discusión que tuvo lugar durante los primeros meses de 1920 para saber si se crearía en las empresas un cuerpo especial de "oficiales" del trabajo compuesto por obreros cualificados. De la misma manera que los oficiales dirigen y organizan a los soldados en el ejército, estos "oficiales" habrían dirigido y organizado a la masa de los obreros. Esta idea fue expuesta por Goltman en la *Pravda*, recogida por Trotsky en el IX Congreso (finales de marzo de 1920) y combatida desde distintos lados. Zinoviev explica que "la tarea de los obreros comunistas en el movimiento sindical no puede consistir en separar y organizar separadamente a los obreros cualificados que forman una minoría de la clase obrera". Pero los dirigentes bolcheviques no sólo pensaron en la creación de una especie de nueva aristocracia del trabajo, sino que introdujeron también métodos cuya importancia en la construcción de la nueva sociedad rusa iba a ser capital.

LOS ESPECIALISTAS Y EL "MANDO DE UNO SOLO"

El problema de los métodos de gestión de la economía tras la toma del poder no había sido examinado detalladamente por los marxistas. Marx no dio más que algunas indicaciones (importantes) en su *Crítica del proyecto de programa de Gotha*, en algunas páginas del *Capital*, en su análisis de la Comuna y en su correspondencia, rehusando legar al movimiento obrero "recetas para las tascas del futuro". Los teóricos que le siguieron simplificaron el problema en exceso. A unos meses de la Revolución de octubre, Lenin escribía en *El Estado y la Revolución:*

"El desarrollo del capitalismo crea a su vez las premisas necesarias para que realmente 'todos' puedan participar en la gestión del Estado. Estas premisas son, entre otras, la instrucción general ya realizada en varios países capitalistas de los más avanzados, después, 'la educación y la formación en la disciplina' de millones de obreros por el aparato socializado, inmenso y complejo, que son correos, los ferrocarriles, las grandes fábricas, el gran comercio, los bancos, etc. Con tales premisas económicas se puede muy bien, después del derrocamiento de los capitalistas y sus verdugos, substituirlos enseguida, de la noche a la mañana, en lo que concierne al *control* de la producción y la repartición, en lo que concierne al cómputo del trabajo y de los productos, por los obreros armados, por el pueblo entero. (No hay que confundir la cuestión del control y de la contabilidad con la del personal científicamente cualificado de ingenieros, agrónomos, etc.: estos señores, que trabajan hoy a las órdenes de los capitalistas, trabajarán todavía mejor mañana a las órdenes de los obreros armados...) La contabilidad y el control en todos estos dominios han sido simplificados hasta el extremo por el capitalismo, que los ha reducido a las operaciones más simples de inspección y anotación, a la entrega de los recibos correspondientes, cosas

todas ellas al alcance de cualquiera que sepa leer y escribir y conozca las cuatro reglas de aritmética."

Estos puntos de vista simplistas no pudieron ser puestos en práctica. La incapacidad de las masas para dirigir la producción *del conjunto de Rusia* (pues es seguro que un cierto número de empresas fueron administradas efectivamente durante algún tiempo por los obreros) puso a los dirigentes en la obligación de desempeñar este papel: para esto necesitaban conseguir el concurso de los especialistas. La dirección del Estado y del partido se empleó en ello desde la primavera de 1918: a las críticas de los Comunistas de izquierda que le reprochaban "hacer renacer a los dirigentes capitalistas", Lenin respondía que los capitalistas eran utilizados "no como capitalistas, sino como técnicos y especialistas o como organizadores" (XXII, 524). Las estadísticas oficiales de la época establecen claramente que el peso de los delegados obreros en la administración del Vesenkha era muy débil en comparación con el de los técnicos y de los bolcheviques-funcionarios. Con mucha frecuencia los obreros miembros del Sovnarkhozy no tenían sino una función de "representación": su incompetencia les obligaba a permanecer pasivos ante las decisiones de los especialistas; o bien, si se hacían tan competentes como los especialistas, se integraban desde entonces en el aparato dirigente y se cortaban de su ambiente de origen. Al mismo tiempo se desarrollaba una polémica, frecuentemente violenta, contra el "mando de uno solo": el principio de la dirección colectiva fue abandonado progresivamente a partir de la primavera de 1918. La explicación que da Lenin está bastante próxima a su explicación del funcionamiento del partido bajo el zarismo (cf. el apartado sobre el partido bolchevique): "Los colegios son indispensables, pero la administración colegial no puede convertirse en un obstáculo para el trabajo práctico."

A finales de 1920, de 2051 empresas importantes de las que se tenía información, 1783 estaban colocadas bajo el "Mando de uno solo" (Kritsman, *El período heroico de la Revolución rusa*, Moscú, 1926). Esta evolución no se hizo sin

resistencia. Los Comunistas de izquierda habían luchado ya contra esta tendencia en 1918: bajo el comunismo de guerra, los Centralistas democráticos y, más tarde, la Oposición Obrera, se opusieron a ella enérgicamente, apoyados por los sindicatos. La fracción bolchevique del Consejo Central de los Sindicatos rechazó en enero y febrero de 1920 aceptar el principio de la gestión individual, a pesar de las intervenciones personales de Lenin. Tomsky hizo adoptar en marzo las tesis *Sobre las tareas de los sindicatos* en las que se afirmaba que "El principio fundamental en la construcción de los órganos que dirigen y administran la economía, el único que puede garantizar la participación de amplias masas sin partido a través de los sindicatos, es el principio actualmente existente de la administración colegial de la industria, desde el presidium del Vesenkha hasta las administraciones de las fábricas." El IX Congreso (marzo de 1920) debía barrer esta oposición, pero las consecuencias de la gestión individual, combinada con la utilización de los especialistas, así como las reacciones que suscitaron deben ser analizadas más profundamente.

Los bolcheviques consideraban normal que ellos administrasen Rusia. Pero ni la buena voluntad ni el conocimiento de las "cuatro reglas de aritmética" bastan para administrar un país: "Tenemos un inmenso aparato de Estado que todavía funciona mal porque no somos lo bastante inteligentes, porque no sabemos administrarlo" (XXV, 301.) Fue necesario acudir a "elementos hostiles" (XXII, 40-41) que, muy frecuentemente, habían ejercido elevadas funciones en el Estado y la industria antes de 1917 y cuyas capacidades les permitieron encontrar rápidamente un puesto escogido en la nueva sociedad. La gestión individual debía reforzar más su papel y su peso en la economía. Al final de la guerra civil (finales de 1920) el aparato dirigente político-económico es muy diferente del que encontrábamos en mayo de 1918. En más de dos años, los dirigentes del aparato del partido, ayudados por los especialistas, han adquirido el control del Estado (dirigiendo los Soviets) y el control de la clase obrera (dirigiendo los sindicatos). Este grupo ha adquirido la competencia necesaria

para convertirse en un grupo social bien definido que tiene una función específica: administrar Rusia[3].

La reacción de los oponentes organizados (Centralistas democráticos, dirigentes sindicales) es muy reveladora. Con mucha frecuencia, apoyándose en textos que simplifican y falsean el problema, como las páginas de "El Estado y la Revolución" citadas más arriba, atacan a los especialistas en general. Lenin no podía sino infligirles una severa derrota recordándoles que no se podía prescindir de los técnicos. Frecuentemente también los dirigentes sindicales, tan burócratas como los miembros del aparato de Estado (del que con frecuencia formaban parte), no defendían de hecho más que sus privilegios o, en la mejor hipótesis, los intereses de *su* sindicato (o incluso del Consejo Central). La oposición no logró casi nunca analizar el papel real jugado por los especialistas. Los técnicos subalternos, a pesar de sus ventajas, tenían una situación idéntica a la de los obreros: obedecían las órdenes de los jefes. Los técnicos que ocupaban puestos elevados en la jerarquía tendían, por el contrario, a fundirse en el aparato dirigente y a integrarse en él. Esta diferenciación no fue analizada por la mayor parte de los oponentes, que luchaban contra todos los especialistas sin intentar explotar las diferencias que les separaban. De igual manera, la lucha contra el mando de uno solo era llevada como si el mando colectivo fuese un fin en sí, mientras que *el problema es el de la relación entre la dirección (personal o colectiva) y los que ella dirige.* No queremos dar lecciones a los Centralistas democráticos ni a nadie, sino simplemente constatar, tras análisis, que su acción se encontraba fuera de la evolución de la lucha de clases en Rusia: puesto que eran incapaces de comprender esta evolución,

---

[3] Sería ridículo pretender que este grupo social (al que llamamos burocracia) está unificado en 1920. La composición de la burocracia no ha dejado de plantearle problemas. La relación entre la fracción que podríamos llamar "política" (salida del partido) y la fracción que se puede llamar "los especialistas" (salida de los antiguos dirigentes de la industria) no estará resuelta en 1920 y, sin duda, todavía no está resuelta (cf. el informe Suslov al XX Congreso).

lo que no le reprochamos, por supuesto, su oposición no podía desembocar más que en un fracaso.

Otra oposición, desorganizada, nació contra los "jefes". Aunque los documentos sobre este asunto sean insuficientes, es seguro que en buen número de fábricas los especialistas fueron objeto de la envidia y también del odio de obreros descontentos – e incluso de obreros comunistas. Lenin dio cuenta de "asesinatos de ingenieros por los obreros" en las minas de los Urales y del bajo Don (XXIV, 184; XXVII, 155). Al no poder expresarse de otra manera, el descontento obrero ante el fracaso de la Revolución rusa tomó una forma totalmente ineficaz por la que el obrero creía resolver sus problemas con el asesinato de su jefe inmediato. Los obreros que rompían las máquinas en los comienzos del capitalismo creían destruir así la raíz de su explotación, la que no puede ser eliminada más que destruyendo el sistema social existente; de igual modo los obreros rusos creían atacar la causa profunda de su situación y en realidad no apuntaban más que a un elemento de la sociedad: su jefe inmediato. Por lo demás, el IX Congreso votó una resolución pidiendo a los obreros del partido que "luchasen por el establecimiento de una atmósfera de cooperación y de camaradería entre los obreros y los especialistas y técnicos legados por el orden burgués al régimen proletario".

LOS SINDICATOS

Se tendría una de las imágenes más falsas de esta época si se la representase como una dictadura que aplastaba toda veleidad de oposición: no sólo existía una oposición en el partido, sino también en los sindicatos, y esta oposición sindical juega un papel considerable a causa de la importancia social de los sindicatos. Los sindicatos jugaban un papel doble: por un lado, agrupaban a los obreros y eran el único medio por el cual los obreros podían intentar luchar por la dirección de Rusia. Por

esta razón la cuestión sindical reviste una importancia capital para el estudio de este período: las organizaciones sindicales eran el único lugar por donde tenía necesariamente que pasar – y necesariamente fracasar - todo intento obrero de dirigir efectivamente la producción. Así se comprende, por lo demás, una de las debilidades mayores de los oponentes: el trabajo de oposición llevado a cabo en los sindicatos no podía siempre evitar el riesgo de encerrarse en el marco estrecho de la defensa de los intereses de tal profesión. Si el sindicato podía ser para un obrero el medio – y el único medio – de organizarse con otros obreros con la intención de administrar la sociedad por los trabajadores, también podía ser el medio – y el mejor – para salir adelante, para defender sus intereses personales defendiendo los de su gremio. La actividad “revolucionaria” en los sindicatos estaba condenada, por tanto, a permanecer con frecuencia en lo estrictamente profesional.

La cuestión sindical – así como la de la militarización del trabajo – ha dado lugar a numerosas controversias; una gran parte del problema giraba en torno a un punto central: ¿qué relaciones tenía que haber entre el Estado y los sindicatos? El segundo Congreso Pan-ruso de los Consejos de la Economía Nacional (febrero de 1919) aceptó el principio de estatización de los sindicatos tal como lo definía Lenin entonces: no una fusión, sino una colaboración estrecha. En realidad los sindicatos estaban compuestos mayoritariamente por bolcheviques. La vida del sindicato, los congresos, las reuniones... eran preparados por reuniones de fracción en las que los bolcheviques tomaban de hecho las decisiones. Pero los sindicatos no eran simples juguetes en manos de sus dirigentes: hacia finales de 1920, cuando se comprendió que la guerra civil tocaba a su fin, la militarización del trabajo perdió su justificación y un gran número de obreros y de militantes sindicales mostraron su descontento. Los sindicatos se convirtieron a finales de 1920 y principios de 1921 en el teatro y el objeto de numerosas discusiones: discusiones en el interior del partido, del Consejo Central y entre el Consejo Central y los sindicatos. El pretexto de estas polémicas fue la cuestión de los

transportes: durante el invierno de 1919-1920, cuando la economía rusa se encontraba en una situación catastrófica, los transportes no podían asegurar comunicaciones regulares y agravaban más la situación económica. El Estado se emplea entonces enérgicamente en hacer reinar el orden y en restaurar los ferrocarriles. Trotsky crea en marzo el Glavpolitput (administración política principal de los ferrocarriles) encargado de apelar a la conciencia política de los ferroviarios. De ello derivó una viva oposición entre el sindicato de los ferroviarios (que había conservado cierta voluntad de independencia) y el Glavpolitput[4]. El 28 de agosto el C. C. del partido decide destituir al comité del sindicato de los ferroviarios y substituirlo por un comité compuesto por representantes del Comisariado para las comunicaciones, del sindicato de los ferroviarios y del partido: este comité, llamado Tsektran, estaba dirigido (al principio) por Trotsky[5]. Cuando la guerra civil y la crisis de los transportes estuvieron casi terminadas, estas medidas provocaron una fuerte reacción con ocasión de la preparación de la Conferencia Pan-rusa de los sindicatos (noviembre de 1920). La reunión de la fracción bolchevique vio a Trotsky como oponente, explicando que los sindicatos necesitaban ser "sacudidos" y a Tomsky defendiendo la autonomía sindical: esta discusión no alcanzó a la conferencia, cuya resolución no zanjó el problema. La conferencia del partido de septiembre de 1920 no había resuelto nada tampoco: la decisión final incumbía al X Congreso, cuya preparación estuvo marcada por una amplia discusión pública: los diferentes textos propuestos eran publicados en la *Pravda*. El congreso tuvo lugar en marzo

[4] El IX Congreso (marzo de 1920) atribuía "la dificultad fundamental en la cuestión de la mejora de los transportes" a "la debilidad del sindicato de los ferroviarios", y definía así el papel del Glavpolitput: "mejorar urgentemente los transportes por medio de la influencia organizada de los comunistas experimentados... y al mismo tiempo reforzar la organización sindical de los ferroviarios".

[5] Trotsky debía declarar en el X Congreso, por dos veces y sin ser contradicho, que esta decisión fue apoyada en el C. C. por Lenin, Zinoviev y Stalin contra las protestas de Tomsky.

de 1921; aunque durante su preparación se enfrentaron media docena de grupos, sólo tres tendencias se opusieron en el congreso.

La plataforma de Trotsky-Bujarin partía del principio siguiente: "El obrero no regatea con el gobierno soviético; está subordinado al Estado, le está sometido en todas las relaciones por el hecho de que es su Estado" (Trotsky, *Terrorismo y Comunismo*, Ed. 10-18, 1963, 252; observemos que esta obra estaba difundida entonces ampliamente en Rusia y en el extranjero). Los sindicatos no tenían, pues, más que un papel muy débil que jugar: "Los sindicatos se convierten, en esta época (época de la revolución proletaria), en los órganos económicos más importantes del proletariado en el poder. Por este mismo hecho, caen bajo la dirección del partido comunista. El C. C. de nuestro partido se encarga de resolver no sólo las cuestiones de principio del movimiento profesional, también los conflictos serios que pueden acaecer en el interior de estas organizaciones." (Ídem, 172.) Esta plataforma proponía la fusión de los sindicatos en el aparato del Estado, según el proceso ya realizado en los ferrocarriles.

En oposición a la dirección del partido se había constituido, en la conferencia de septiembre de 1920, el grupo Oposición Obrera. Aunque este grupo haya basado una parte de su argumentación en concepciones que ya habían llevado a otras tendencias a la ruina (simplificación del control de los obreros sobre los especialistas, fetichismo de la dirección colegial), y haya centrado toda su acción en los sindicatos ya burocratizados, no deja de representar el grupo más lúcido que haya existido en Rusia en aquella época.

"Toda la controversia se reduce a una sola cuestión básica: ¿quién construirá la economía comunista, y cómo será construida? Además, esta cuestión es la esencia de nuestro programa, es su corazón; no es ni más ni menos importante que la cuestión de la toma del poder político por el proletariado." (*La Oposición Obrera*, A. Kolontai, *Socialisme ou Barbarie* nº 35, 73.)

“Creemos que el problema de la reconstrucción y el desarrollo de las fuerzas productivas de nuestro país no podrá ser resuelto más que por un cambio completo del sistema de control de la economía.” (Chliapnikov, diciembre de 1920.)

“En una república obrera, el desarrollo de las fuerzas productivas por medio de la técnica juega un papel secundario en comparación con el segundo factor, la organización eficaz del trabajo y la creación de un nuevo sistema económico. Incluso si la Rusia soviética logra aplicar completamente su proyecto de electrificación general, sin introducir cambios esenciales en el sistema de control y de organización de la economía y de la producción, lograría solamente atrapar a los países capitalistas avanzados en materia de desarrollo.” (*Socialisme ou Barbarie*, ya citado, 85.)

“La burocracia no es solamente un producto de la miseria, como intenta hacernos creer el camarada Zinoviev, ni un reflejo de “subordinación ciega” a los superiores engendrado por el militarismo, como afirman otros. El fenómeno tiene una causa profunda...

El mal que hace la burocracia no reside solamente en el papeleo, como quisieran hacernos creer algunos camaradas cuando limitan la discusión a “la animación de las instituciones soviéticas”, sino que reside sobre todo en la manera como se resuelven los problemas; no a través de un intercambio abierto de opiniones, o por los esfuerzos de todos los concernidos, sino por las decisiones formales tomadas en las instituciones centrales por una sola persona o un número muy reducido de ellas y transmitidas ya acabadas hacia abajo, mientras que las personas directamente interesadas son completamente excluidas con frecuencia. *Una tercera persona decide vuestra suerte: he ahí la esencia de la burocracia*” (ídem, pp. 92-93).

“...¿quién se encargará, a fin de cuentas, de crear las nuevas formas de economía? ¿serán los técnicos, los hombres de negocios, ligados sicológicamente al pasado, y los funcionarios soviéticos con algunos comunistas desperdigados entre ellos, o bien la colectividad obrera representada por los sindicatos?”

La Oposición Obrera ponía en primer plano el control y la gestión de la economía por los productores mismos. Los soviets, depositarios del poder político, debían extinguirse al tiempo que la "administración de las cosas" sería confiada a los productores organizados en los sindicatos. A este efecto, la Oposición Obrera pedía un Congreso Pan-ruso de los Productores. Consideraba a los soviets incapaces de representar a los trabajadores a causa de su "heterogeneidad"; sólo los sindicatos pueden desempeñar este papel. De nada sirve decir que la Oposición Obrera subestimaba o desconocía la situación real de los sindicatos; es cierto que en gran medida el mismo aparato dirigía los sindicatos y el Estado y desde este punto de vista la reivindicación de la Oposición Obrera puede parecer abocada de antemano a un fracaso seguro. Incluso puede parecer formal toda la discusión en torno a los sindicatos: la "sindicalización" del Estado no es superior o preferible a la "estatización" de los sindicatos en el caso en que el Estado y los sindicatos están en manos de un mismo grupo social. Pero el problema no está ahí: en un país donde es imposible cualquier organización autónoma de las masas (veremos en qué los ejemplos de Cronstadt y de ciertas regiones de Ucrania no son más que excepciones que confirman esta regla); donde la vida de los soviets estaba dominada por los bolcheviques-funcionarios; donde las palancas de mando de la economía y de la sociedad estaban dirigidas por un grupo social que se unificaba y se reforzaba poco a poco; los sindicatos, en una situación así, constituían efectivamente el único recurso posible. Por lo demás, la Oposición Obrera daba pruebas de un gran optimismo: pero al reflexionar sobre este período comprendemos que este grupo era prisionero de una contradicción inextricable: Había planteado la necesidad de la gestión de la sociedad por los trabajadores y al mismo tiempo esperaban de los sindicatos que jugasen un papel que no podían realizar. De hecho es la situación de la clase obrera rusa misma la que era inextricable, pues ante ella no había *ninguna posibilidad* de organizarse para tomar en sus manos la sociedad rusa. La insistencia puesta en los sindicatos era un error: pero

este error no hacía más que expresar la situación de la clase obrera: en el momento en que los sindicatos estaban bajo un control burocrático más estricto se desvanecía la última posibilidad de una gestión de la sociedad por los trabajadores. Es, pues, legítimo detenerse en la Oposición Obrera pues representa una de las reacciones más importantes contra la degeneración de la Revolución rusa y expresa al mismo tiempo el callejón sin salida en el que se encontraba la clase obrera rusa en 1920-1921[6].

La lucha entre el grupo de Trotsky-Bujarin y la Oposición Obrera permitió al grupo de los Diez, del que formaban parte Lenin, Stalin, Zinoviev, Kamenev, Tomsky, presentarse como la fuerza moderadora entre los "excesos" de Trotsky y el "anarco-sindicalismo" de Kolontai. El grupo de los Diez rechazó la proposición de un Congreso Pan-ruso de los Productores, pero combatió enérgicamente la posición de Trotsky-Bujarin. Para los Diez, los sindicatos tenían en "el Estado obrero", tal como lo concebían, un papel específico: el de intermediarios entre los dirigentes y las masas, educando y estimulando el trabajo de los obreros. Como dice la resolución presentada por los Diez en el Congreso, "la 'estatización' rápida de los sindicatos sería un grave error"; hay que utilizar "estas organizaciones de masas sin partido (para) reforzar cada vez más el Estado soviético". Como había explicado Kolontai en su folleto, las diferentes fracciones dirigentes estaban de acuerdo en el fondo: Trotsky y Lenin no discutían para saber de qué manera las masas podrían participar poco a poco en toda la dirección de la sociedad. Tanto para los Diez como para Trotsky-Bujarin, era necesario que un grupo dirigente asegurase él solo esta función; pero la divergencia entre estas dos tendencias venía del punto siguiente: al proponer la fusión de

[6] Se puede incluso considerar la posición de la Oposición Obrera sobre el problema campesino; se ha dicho que no proponía ninguna solución a este problema: este reproche es exacto, pero la posición misma de la Oposición Obrera expresa la situación de la clase obrera rusa respecto del campesinado, es decir, la ausencia de lazos entre los obreros y los campesinos pobres.

los sindicatos y el Estado, Trotsky no comprendía que los sindicatos pudiesen y debiesen jugar precisamente el papel de intermediarios entre el "Estado obrero" y las masas. Trotsky no veía que los sindicatos – controlados, por supuesto, por el Estado – eran indispensables a la sociedad rusa existente porque constituían lo que Stalin llamará una de las "correas de transmisión" de que disponían los dirigentes. Era necesario que los sindicatos fuesen controlados por el Estado pero *también* que existiesen fuera de él. Naturalmente, esto no implicaba que los sindicatos jugasen un papel dirigente en la producción: "ningún grupo sindical debe intervenir directamente en la gestión industrial" (IX Congreso). En pocas palabras, podemos guardar en la memoria la fórmula en la que Lenin resume, en el X Congreso, lo que le separa de Trotsky: "Necesitamos a toda costa persuadir primero, obligar después." (XXVII, 235.) Para el aparato de Estado era esencial que Rusia dispusiese de un medio eficaz de persuasión a través de los sindicatos ("persuadir"). Trotsky no dejaba al Estado otro recurso más que la "coerción": ahora bien, este medio, útil durante la guerra civil (cf. la militarización del trabajo), era después poco eficaz e incluso podía revelarse peligroso. Las ideas de Trotsky sobre la militarización de la clase obrera, que durante el período de 1919-1920 ofrecían una solución bastante eficaz a los problemas complejos de la producción industrial, ya no eran aplicables en 1920-1921: el error de Trotsky residía fundamentalmente en una mala apreciación de la nueva coyuntura creada al día siguiente de la guerra civil. La resolución de Trotsky-Bujarin recogió 50 votos y la de la Oposición Obrera 18: el texto de los Diez fue aprobado por 336 mandatos. Pero el problema no estaba verdaderamente resuelto; el Estado ruso se encontraría colocado todavía durante algunos años ante la siguiente cuestión: ¿cómo mantener la situación contradictoria de los sindicatos? ¿cómo hacer de ellos una buena correa de transmisión sin fusionarlos, no obstante, con el Estado? ¿cómo conservarlos fuera del Estado sin que se muestren demasiado independientes? La sociedad rusa estaba realmente frente a uno de los problemas mayores de toda

sociedad de este tipo: ¿qué función se debe dejar a los trabajadores en un sistema social que se supone dirigen? Trotsky, del que hemos visto que desconocía el papel útil de los sindicatos en una sociedad así, tenía conciencia, por otro lado, de lo insuficiente de la resolución de los Diez, que al final dejaba las cosas más o menos como estaban: predijo que el texto votado no "sobreviviría hasta el XI Congreso"[7].

CRONSTADT – EL EJÉRCITO INSURRECIONAL MAKHNOVISTA

A.- CRONSTADT

La insurrección de Cronstadt en marzo de 1921 es uno de los puntos sobre los que las polémicas han sido más encarnizadas; muy lejos de aclarar el problema, estas polémicas no han tenido, después de cincuenta años, más que un resultado: Oscurecer el levantamiento de Cronstadt. Unos propalan las versiones más fantásticas y no dudan en propagar, sin verificarlas, las calumnias más falaces inventadas en aquella época por el Estado ruso. Pero los otros, y esto es, en un sentido, todavía más grave que calumniar a los insurrectos de Cronstadt, utilizan simplemente esta insurrección para denunciar la "dictadura estatal" de los bolcheviques. Las

---

[7] Se ha defendido con frecuencia que el X Congreso representaba *el* giro de la Revolución rusa. Sin duda este congreso marca una fecha importante en la evolución de Rusia. Pero todo intento de reducir la historia de la lucha de clases en Rusia a la historia del partido político dominante no sirve en realidad más que para escamotear el problema, y esto incluso si este partido tiende a dirigirlo todo en esta sociedad. Como veremos, entre 1921 y 1923 se desarrollan todavía numerosas luchas bajo formas diversas: la contradicción que, según nosotros, anima toda la Revolución rusa de 1917 a 1923 (cf. nuestra conclusión) no está destruida en 1921: por lo demás, el estudio de las decisiones tomadas por el X Congreso lo demuestra bien.

organizaciones anarquistas tienen, a este respecto, una gran responsabilidad, aunque hayan contribuido en gran medida a difundir contra viento y marea preciosas informaciones sobre los acontecimientos reales de Cronstadt. En lugar de poner los materiales de que se dispone al servicio de un método de análisis riguroso, se han contentado las más de las veces con poner de relieve el levantamiento de Cronstadt y hacer de él una especie de ejemplo. Para nosotros, por el contrario, se trata de analizar este levantamiento en cuanto constituye una excepción y ver qué formas tomó y por qué. No queremos enarbolar bien alto la bandera de Cronstadt lamentando que no haya ondeado en toda Rusia, sino estudiar precisamente por qué no ha ondeado más que en Cronstadt.

Cronstadt es una ciudad de guarnición situada en la isla de Kotlin, en el golfo de Finlandia. Por diversas razones (proximidad de un gran centro industrial – Petrogrado – que tenía una importante actividad revolucionaria; viajes de marinos a diversos países en los que desarrollaban su formación política), los obreros de los arsenales, los soldados de los fuertes y los marinos de la flota báltica habían adquirido un nivel elevado de conciencia política. Cronstadt fue desde antes de 1917 y durante la revolución un importante centro de propaganda y de agitación revolucionaria, que participó en 1917 y durante la guerra civil en toda clase de luchas en toda Rusia, en las que adquirió una gran experiencia política. El soviet local choca a comienzos de 1918 con el partido bolchevique a propósito de la organización de la ciudad: la mayoría del soviet era partidario de la constitución de comités de inmueble, de barrio... que habrían administrado democráticamente la ciudad; la mayoría debió entonces luchar contra el partido. En febrero de 1918 fue disuelta la flota y se decidió su substitución por una flota calcada sobre el modelo del ejército rojo. En abril, cuando el soviet protestó contra la destrucción de locales anarquistas en Moscú, fue disuelto y la “calma” reinó hasta febrero de 1921. Una viva agitación, causada por las dificultades para vivir, se desencadenó entonces en aquella época en diversas fábricas de Petrogrado. Los marinos de Cronstadt enviaron delegados a las

fábricas y una efervescencia cierta se apoderó de la ciudad. El 25 de febrero los bolcheviques constituyen en Petrogrado un Comité de defensa presidido por Zinoviev. La agitación persiste durante unos días (proclamas fijadas en las paredes...), después el Comité de defensa restablece "el orden" en las fábricas. Pero la respuesta del Estado y del partido no alcanza a Cronstadt: el 28, una reunión pública convocada en Cronstadt por la primera y la segunda escuadras de la flota báltica vota una resolución que "decide" que es necesario:

Dado que los Soviets actuales no expresan la voluntad de los obreros y los campesinos,

1º proceder inmediatamente a la reelección de los Soviets por medio del voto secreto. La campaña electoral entre los obreros y los campesinos deberá desarrollarse en plena libertad de palabra y de acción;

2º establecer la libertad de palabra y de prensa para todos los obreros y los campesinos, para los anarquistas y para los partidos socialistas de izquierda,

3º conceder la libertad de reunión a los sindicatos y a las organizaciones campesinas;

4º convocar, independientemente de los partidos políticos, una conferencia de los obreros, soldados rojos y marinos de Petrogrado, de Cronstadt y de la provincia de Petrogrado para el 10 de marzo de 1921 lo más tarde;

5º liberar a todos los prisioneros políticos socialistas y también a todos los obreros, campesinos, soldados rojos o marinos encarcelados como consecuencia de los movimientos obrero y campesino...

7º abolir las oficinas políticas pues ningún partido político debe tener privilegios para la propaganda de sus ideas, ni recibir del Estado medios pecuniarios para este fin. En su lugar, hay que instituir comisiones de educación y de cultura, elegidas en cada localidad y financiadas por el gobierno...

10º abolir los destacamentos comunistas de choque en todas las unidades del ejército; lo mismo para la guardia comunista en las fábricas y talleres. En caso de necesidad, estos

cuerpos de guardia podrán ser designados en el ejército por las compañías y en las fábricas y talleres por los obreros mismos;

11º dar a los campesinos plena libertad de acción en lo concerniente a sus tierras y también el derecho a poseer ganado, a condición de que hagan ellos mismos su trabajo, es decir, sin recurrir al trabajo asalariado...

13º autorizar el libre ejercicio del artesanado sin empleo de un trabajo asalariado.

El voto de este texto constituye la ruptura entre Cronstadt y el Estado ruso (veremos por qué). Delegados de los navíos, de la guarnición, de los talleres, formaron el 2 de marzo un Comité Revolucionario Provisional (C.R.P.) que dirigió la fortaleza durante tres semanas hasta que fue tomada después de duros combates por las tropas mandadas por Trotsky.

¿Cuáles eran las reivindicaciones de los insurrectos? Sobre este asunto circulan las leyendas más falsas. Para saberlo, disponemos de la resolución ya citada y de los Izvestia del C.R.P. Los insurrectos no pedían la convocatoria de una Asamblea Constituyente: se atenían al aparato del Estado *soviético* y querían que funcionase. El Soviet de Cronstadt llegaba al final de su mandato y los marinos, soldados y obreros querían que las elecciones se desarrollasen dentro de la democracia obrera. Se observa que la consigna no era "Los soviets sin comunistas", sino "Los soviets sin los privilegios del partido comunista": *La reivindicación de partida era, pues, la de un funcionamiento normal de la democracia obrera*[8]. Esto explica que el "programa" del 28 de febrero, por moderado que fuese, era inaceptable para el Estado bolchevique. La respuesta del Estado – que esta vez no había logrado "persuadir" – fue la "coerción" ejercida en forma de liquidación física. La reacción bolchevique radicaliza el movimiento, cuyos fines se convierten en el derrocamiento revolucionario del Estado existente y la

[8] Hay que notar:

a) que un tercio, más o menos, de los delegados elegidos al Soviet de Cronstadt en aquella época fueron comunistas;

b) que los sublevados no se entregaron a ningún mal trato contra los comunistas.

instauración de una democracia obrera. La reivindicación de un derecho democrático mínimo equivalía, en las condiciones de la lucha de clases en Rusia, a una acción revolucionaria, lo que comprendió muy bien la burocracia, que vertió desde el principio calumnias y mentiras sobre este movimiento. Por lo demás, la contrarrevolución intentó utilizar la insurrección en su beneficio; en vano los mencheviques y los s. r. hicieron un llamamiento al C. R. P., cuyos *Izvestia* del 6 de marzo distinguían a "estos señores" de los "camaradas" y concluían dirigiéndose a los sublevados:

"Vosotros habéis deseado el derrocamiento de la dominación de los comunistas a fin de reconstruir pacíficamente el país y hacer un trabajo creador, pero ellos lo querían para reducir a la esclavitud a los obreros y a los campesinos."

La posición de los sublevados acerca de la organización de Rusia era clara: "La República soviética socialista no podrá ser fuerte más que cuando su administración sea ejercida por las clases trabajadoras, con ayuda de los sindicatos renovados." (Nº 7 del 9 de marzo, consagrado a los sindicatos: según este artículo, los sindicatos, entonces "transformados en núcleos de gendarmería", deberán cambiar de papel y "realizar una gran y urgente tarea de educación de las masas".)

Otro articulo oponía al "socialismo entre comillas" un socialismo de una naturaleza diferente, un socialismo de una República soviética de los trabajadores en donde "el productor posea y disponga *él mismo* finalmente del producto de su trabajo" (subrayado por nosotros).

La insurrección de Cronstadt, nacida de la reivindicación de elecciones libres a los soviets, había desembocado en concepciones que se podría llamar anarco-sindicalistas, tomando este término en su sentido correcto y no polémico y peyorativo habitual. Sin negar el papel de los Soviets, los sublevados querían una administración de la sociedad por los sindicatos reorganizados que, en tanto que asociaciones de productores, se unificarían libremente a escala

pan-rusa. La madurez política de los sublevados aparece todavía más claramente si se considera que, teniendo en cuenta la coyuntura particular a comienzos de 1921, intentaban aportar una solución al problema del campesinado y de su vínculo con la clase obrera (Cf. los puntos 11 y 13 de la resolución del 28 de febrero): su proposición apuntaba incluso a desarrollar la agricultura sin desarrollar, por ahí mismo, el salariado en el campo (al contrario de lo que hará la NEP: ver el capítulo siguiente).

B.- EL EJÉRCITO INSURRECIONAL MAKHNOVISTA

Si Cronstadt ha dado lugar a una controversia que todavía continúa, los episodios de la lucha de los campesinos de Ucrania, agrupados en torno al ejército de Makhno, han permanecido casi totalmente desconocidos para la casi totalidad de los trabajadores del mundo entero. Esta lucha es, sin embargo, al menos tan importante como la de Cronstadt para la comprensión de la Revolución rusa.

El ejército insurreccional makhnovista es notable porque pudo proporcionar durante más de tres años a la vez un marco organizativo y un ejército a los rebeldes campesinos de diversas regiones de Ucrania, aunque el movimiento haya estado localizado sobre todo en el sureste de esta provincia. El origen del movimiento que se desarrolló allí desde la primavera de 1918 hasta el verano de 1921 debe ser buscado, en efecto, en las reacciones de los campesinos pobres ucranianos contra el régimen de explotación que padecían. La revolución de octubre había hecho nacer inmensas esperanzas en los campesinos, que intentaron apoderarse de las tierras como en la mayor parte de las provincias rusas[9]. Pero las luchas sociales y políticas tenían

[9] Si no hemos considerado el problema del campesinado en este texto, no es debido a que subestimemos su importancia sino porque era legítimo, desde nuestro punto de vista, concentrarnos en la clase obrera rusa. En efecto, al comenzar, nosotros consideramos el modo de producción capitalista (modo dominante) y la evolución de las relaciones de producción que le caracterizan. Y, por otro lado, los

un aspecto muy particular en Ucrania, donde se opusieron cinco fuerzas entre 1917 y 1921:

1. - los nacionalistas burgueses de Petliura.

2 - el ejército alemán y el régimen reaccionario de Skoropadsky.

3. - los bolcheviques, mal implantados en los campos.

4. - los ejércitos blancos de Denikin y Wrangel y

5. - diversos grupos de campesinos en armas, de los cuales el mejor organizado y el más potente con mucho fue el de Makhno. De ello resultó una situación cuya confusión estaba todavía más acrecentada por la presencia de bandas armadas que vivían del robo y de las rapiñas.

Desde la revolución de febrero los nacionalistas burgueses ucranianos intentaron dominar Ucrania: la toma del poder por los bolcheviques en octubre inauguró un período de lucha (incluso lucha armada) entre el gobierno de Petrogrado y los nacionalistas. En febrero de 1918 el ejército alemán entra en Ucrania y lleva al poder a un gobierno dirigido por Skoropadsky y apoyado en los propietarios terratenientes y los campesinos ricos. La reacción que se abate entonces sobre la masa de los campesinos desencadena una especie de guerra de guerrillas llevada a cabo por diversos grupos de partisanos

---

campesinos se encontraron desde el principio, incluso los obreros agrícolas, en la imposibilidad de organizarse. El único ejemplo que se podría citar sería el de los Comités de campesinos instituidos a partir del verano de 1918 por iniciativa del Estado. Estos comités no tuvieron de hecho más que un solo papel (que, por lo demás, no realizaban bien): informar al gobierno sobre los excedentes de que disponían los campesinos y facilitar, por ahí mismo, las requisas y, por tanto, el avituallamiento de las ciudades. Cuando funcionaban, estos comités no eran nunca más que un engranaje de la máquina del Estado. Los campesinos pobres se encontraban en realidad todavía más indefensos que la clase obrera ante el problema de la "administración" de Rusia. La ausencia de lazos entre la clase obrera y el campesinado pobre es, por lo demás, una de las pruebas más claras de la debilidad del movimiento obrero ruso. Obreros y campesinos se batían coco a codo contra el zarismo, pero no pudieron unirse para crear juntos un nuevo orden social que habrían dirigido ellos.

armados que gozan del apoyo activo de la población laboriosa: el más eficaz de estos grupos, el de Makhno, dio origen al Ejército insurrecto makhnovista. El régimen de Skoropadsky, incapaz de ganarse una base de masas, no podía mantenerse más que por el terror; se descompuso lentamente, minado por la acción de los campesinos armados y de los bolcheviques, hasta la derrota de Alemania en 1918. La situación seguía siendo entonces igualmente compleja: la experiencia adquirida por los campesinos organizados iba a ser utilizada contra los nacionalistas burgueses ucranianos, cuyas concepciones y acción conservadora les impedían ganarse a las masas campesinas, pero sobre todo, en las luchas contra los ejércitos de Denikin en 1919 y de Wrangel en 1920, que el Ejército insurreccional makhnovista contribuyó ampliamente a destruir. Durante todos estos combates, Makhno y su ejército se toparon con los bolcheviques y el Estado ruso, tanto luchando a su lado, como luchando contra ellos. Tras la derrota de Wrangel a finales de 1920, el movimiento makhnovista fue diezmado y eliminado poco a poco. Makhno y algunos partisanos fueron acosados hasta que atravesaron la frontera rumana en agosto de 1921.

El interés que presenta este movimiento supera de lejos su importancia numérica (el ejército insurreccional no comprendía más que unos miles de combatientes y su área de influencia quedó limitada la mayor parte del tiempo al este del Dniéper). El movimiento makhnovista es la expresión más perfecta *que conociéramos* en la Revolución rusa de los esfuerzos del campesinado pobre para defender sus intereses[10]. Por supuesto, tanto en esta época como más tarde hubo numerosas revueltas campesinas, pero los acontecimientos del sureste de Ucrania desbordan el marco de una simple revuelta. Mientras que en los otros casos los campesinos no lograron organizarse, o bien se organizaron bajo la dirección de kulaks o de contrarrevolucionarios blancos, en Ucrania, por el contrario,

---

[10] Presenta, pues, un interés capital, no sólo para el estudio de la Revolución rusa, sino también para el estudio de la cuestión agraria como tal.

las condiciones particulares de la lucha de clases permitieron a los campesinos acceder a un nivel de organización relativamente elevado. No es suficiente definir este movimiento como un movimiento anarquista. Cierto que numerosos dirigentes del ejército insurrecto, y Makhno mismo, eran anarquistas o simpatizantes, pero esto no explica su éxito entre las masas campesinas. Había grupos anarquistas en varias regiones rusas, pero sólo los anarquistas ucranianos lograron jugar un papel algo importante, porque pudieron unirse a las masas, algo de lo que se mostraron incapaces los otros grupos. Las concepciones anarquistas y, en primer lugar, la idea de la necesidad de asociaciones libres de trabajadores federados libremente entre sí, encontraban y expresaban las aspiraciones de numerosos campesinos pobres que veían en la fórmula de una libre asociación una solución a su problema, tanto para explotar la tierra como para defenderse en común de sus adversarios (los blancos, el Estado ruso). La fuerza del movimiento makhnovista está en que representaba y defendía los intereses de ciertas capas de la población laboriosa ucraniana que, al tiempo que luchaban contra los intentos de restauración del antiguo sistema social, rechazaban por igual la dominación bolchevique. El comunismo de guerra, cuya necesidad no discutiremos aquí, no podía satisfacer al campesinado, el cual se oponía a él de diferentes maneras: por la resistencia pasiva, por revueltas esporádicas, a veces incluso por el apoyo dado a la contrarrevolución y, cuando fue posible (en Ucrania), por una acción organizada. Pero hay que constatar que el grado de organización alcanzado por los campesinos ucranianos, incluso si es muy superior a las otras formas de lucha campesina, quedó limitado, sin embargo. En primer lugar, las regiones afectadas por este movimiento vivieron durante más de dos años en un estado de guerra casi permanente, y todas las energías, todas las preocupaciones, tendían a la organización de la lucha armada. Además, cuando la reacción fue batida definitivamente en el otoño de 1920, el ejército rojo ocupó rápidamente Ucrania y el ejército insurreccional makhnovista no pudo subsistir más que bajo la forma en que

había nacido en tiempos del régimen de Skoropadsky, es decir, bajo la forma de grupos de partisanos que realizaban una actividad de guerrilla. Los pueblos fueron ocupados por el ejército rojo y los partisanos se vieron cortados pronto de su base social. Los campesinos no tuvieron en resumidas cuentas sino poco tiempo para organizarse en comunidades libres: no pudieron hacerlo

1. más que entre la derrota de Denikin y el ataque de Wrangel y
2. entre la derrota de Wrangel y la ocupación total de Ucrania por el ejército rojo.

Los campesinos no dispusieron de hecho más que de algunas semanas y las regiones controladas por el ejército insurreccional no pudieron desarrollar una administración coherente. El movimiento makhnovista fue ante todo un *ejército:* la organización de los campesinos era más una colectividad de combatientes que una colectividad de trabajadores. Por esto las asociaciones libres de campesinos no superaron el estadio embrionario: los planes de trabajo establecidos por los congresos que convocaron no pudieron ser realizados. Por lo demás, el último congreso fue machacado por los bolcheviques antes incluso de que se reuniese: la orden nº 1824 del Consejo Revolucionario Militar de la República, fechado el 4 de junio de 1919 y firmado por Trotsky, estipulaba que:

"1. Por la presente orden, este congreso queda prohibido. En ningún caso debe celebrarse.

2. Toda la población obrera y campesina será advertida oralmente y por escrito de que la participación en dicho Congreso será considerada como un acto de alta traición a la República de los soviets y al frente.

3. Todos los delegados a dicho Congreso deberán ser arrestados al instante y comparecer ante el tribunal militar del 14 ejército de Ucrania.

4. Las personas que divulguen los llamamientos de Makhno y del Comité ejecutivo de Gulai Polé (centro

geográfico y estratégico del área de influencia makhnovista) deberán ser arrestados igualmente."

Aunque sólo hayan afectado en total a algunas decenas de miles de trabajadores, las luchas de Cronstadt y del ejército insurreccional makhnovista tienen un significado importante para quien quiera comprender el desarrollo de la lucha de clases en Rusia. Un hecho se impone antes que nada, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre estos acontecimientos: Cronstadt y el ejército insurreccional representan *excepciones*, pues en ninguna otra parte de Rusia se desencadena un movimiento de masas con tanta fuerza y llega a tal nivel de desarrollo. Los insurrectos de Cronstadt, los del ejército de Makhno, se batían *aislados*: aislados muy en primer lugar los unos de los otros[11]; aislados sobre todo en relación con la clase obrera rusa; aislados, en fin, en relación con la oposición en el seno del partido y de los sindicatos. Es cierto que los sublevados de Cronstadt eran optimistas en cuanto a sus posibilidades de éxito:

"Es aquí, en Cronstadt, donde fue colocada la piedra angular de la tercera Revolución, que romperá las últimas cadenas de los trabajadores... El cambio que acaba de producirse ofrece al fin a las masas laboriosas la posibilidad de asegurarse Soviets elegidos libremente..." (*Izvestia*, nº 6 del 7 de marzo.)

Y, sin embargo, el Comité de defensa organizado por los bolcheviques ahogó muy pronto todo intento de oposición y de organización autónoma de los trabajadores de las fábricas de Petrogrado: Cronstadt perdió entonces toda posibilidad de comunicarse con el resto de Rusia[12] y fue cortada

---

[11] Había al menos un lazo entre los campesinos de Ucrania y los soldados, marinos y obreros de Cronstadt: los anarquistas de estas dos regiones tenían contactos los unos con los otros (Volin, por ejemplo). Pero los makhnovistas y los sublevados de Cronstadt no pudieron aportarse ninguna ayuda mutua real.

[12] Los sublevados podían hacerse oír por los trabajadores rusos por la estación de radio de que disponían, pero la propaganda así efectuada

definitivamente de la clase obrera rusa. En cuanto a la oposición en el seno del partido y de los sindicatos, no supo analizar la situación: la Oposición Obrera adoptó el punto de vista oficial y envió delegados para animar a los soldados que asediaban Cronstadt. Kolontai advirtió incluso, en el X Congreso, que se desarrollaba en esta época, que ella había sido la primera en ofrecerse voluntaria y fue llamada al orden por el presidente, que le explicó que los comunistas no tenían que vanagloriarse de cumplir con su deber. El partido bolchevique no podía comprender lo que sucedía en Cronstadt: consideraban, como habían hecho en 1905 cuando aparecieron los soviets, que todo movimiento obrero independiente de su dirección no podía conducir más que a un fracaso o ser explotado por la contrarrevolución. Ante el levantamiento de Cronstadt, Lenin, Trotsky, Stalin y, tras ellos, todo el partido, no admitían que su Estado, el "Estado Obrero", fuese puesto en peligro por los obreros: la única explicación posible, por tanto, era la de un levantamiento contrarrevolucionario.

El éxito efímero de Cronstadt y del ejército insurrecto makhnovista fue producto de condiciones muy especiales, excepcionales. Cronstadt tenía un importante capital de experiencias revolucionarias pero, sobre todo, los sublevados no pudieron mantenerse tres semanas sino porque estaban atrincherados en una fortaleza de difícil acceso. Y los campesinos organizados en el ejército de Makhno no pudieron luchar de 1917 a 1921 sino porque Ucrania era entonces el teatro de combates encarnizados entre varias fuerzas rivales: si los bolcheviques hubiesen aplastado desde el principio la contrarrevolución, habrían liquidado al ejército insurrecto tan rápidamente como lo hicieron después de la derrota de Wrangel a finales de 1920. Cronstadt y el movimiento makhnovista son ciertamente excepciones: el conjunto de los trabajadores rusos no estaba dispuesto en 1921 a lanzarse a una "tercera Revolución".

---

tenía poco peso si se la compara con la del Estado, que poseía medios de "información" mucho más importantes y los utilizó ampliamente.

LA SITUACIÓN AL FINAL DE LA GUERRA CIVIL

La guerra civil había tenido un efecto desastroso en la economía de Rusia: la falta de materias primas fue una de las características dominantes de este período en el que, como dice el tercer Congreso Pan-ruso de los Consejos de la Economía Nacional, "las fuerzas productivas del país no podían ser utilizadas plenamente" (enero de 1920). El estado catastrófico de la industria tuvo como consecuencia lo que Bujarin llamó la "desintegración del proletariado" (marzo de 1918). No había paro en el sentido en que se lo entiende habitualmente, pues los obreros rusos habían conservado frecuentemente lazos con el campesinado del que habían salido y podían así ir al campo e intentar volver a encontrar un empleo. Según Rudzutak en el segundo Congreso Pan-ruso de los sindicatos en enero de 1919:

"...Asistimos en un gran número de centros industriales a la absorción de los obreros por la masa de los campesinos a causa de la disminución de la producción en las fábricas; en lugar de una población compuesta de obreros, obtenemos una población semi-campesina o, a veces, puramente campesina."

Los efectos de ello se hicieron sentir más especialmente en ciertas regiones, como en la provincia de Petrogrado donde, a finales de 1918, el número de obreros era igual a la mitad del total de finales de 1916. Aunque sea difícil establecer estadísticas precisas, se puede considerar, como indicaba un estudio publicado años más tarde, que el número de los trabajadores asalariados en la industria pasó de 2.600.000 en 1913 a 3.000.000 en 1917, 2.500.000 en 1918, 1,480.000 en 1920-1921 y 1.240.000 en 1921-1922. De ello resultaba un nuevo debilitamiento de la clase obrera y de sus posibilidades de lucha.

El aparato dirigente también sufrió profundas modificaciones. El aparato de Estado evolucionó rápidamente desde el verano de 1918. El Congreso Pan-ruso de los soviets, que comprendía un millar de delegados y era, en principio, la

instancia suprema del país, perdió pronto importancia. Un delegado al 5º Congreso Pan-ruso (julio de 1918) se queja de que ni el presidente del VTsIK ni el del Sovnarkom hubiesen hecho un informe de actividad de estos órganos. Después, el VTsIK correrá la misma suerte: compuesto por 200 miembros en 1918 y más tarde, de 300 en 1920, no se reunirá después de 1921 más que tres veces al año. La Constitución de 1918 preveía que "medidas de extrema urgencia pueden ser puestas en vigor bajo la autoridad únicamente del Sovnarkom": y durante la guerra civil todas las decisiones importantes tenían un carácter "de extrema urgencia". Al mismo tiempo que el Sovnarkom se convertía en la dirección central de la administración de Rusia, los soviets locales y regionales perdían importancia en beneficio del poder central. Sapronov, antiguo redactor de *Communist*, declaró en el IX Congreso (marzo de 1920) que el "centralismo vertical" reemplazaba al "centralismo democrático" que habría debido reinar en el partido de los Soviets. El poder de decisión pertenecía, en última instancia, en todas las cuestiones al partido, es decir, a las cimas del partido; los dirigentes no hacían entonces ningún misterio de ello:

"Hemos recibido hoy propuestas del gobierno polaco tendentes a concluir la paz. ¿Quién zanjará la cuestión? Tenemos el Sovnarkom, pero éste debe ser sometido a cierto control. ¿Qué control? ¿El control de la clase obrera en tanto que masa caótica e informe? No. El C.C. del partido ha sido convocado para discutir las propuestas polacas y decidir si se va a responder a ellas." (Trotsky en el II Congreso del Comintern en 1920.)

Kamenev había recogido, en el VIII Congreso (1919), la fórmula de Lenin sobre la administración de Rusia: "Administramos Rusia y no es sino por los comunistas como podemos administrarla." La resolución de este congreso precisaba que la tarea del partido es "dirigir la actividad de los soviets, pero no reemplazarlos"; pero como dice Lenin en 1921: "En tanto que partido en el poder, no podíamos dejar de operar la fusión de 'la administración' soviética y de 'la

administración' del partido; estas se han fundido en nosotros y así permanecerán." (XXVI, 208.)

Los administradores de Rusia crearon incluso un órgano destinado a controlar su administración. El VIII Congreso afirmó que "el control en la República de los Soviets debía ser reorganizado radicalmente para crear un auténtico control eficaz de naturaleza socialista". Zinoviev, que presentaba la resolución, añadió que el nuevo organismo debería "desarrollar sus tentáculos en todas las ramas del aparato soviético y tener una sección especial encargada de simplificar y perfeccionar nuestra máquina (de Estado)". El Comisariado del control de Estado fue creado en abril de 1919: el secretario del Orgburó y del Politburó del partido, Stalin, fue nombrado para este puesto. Este organismo fue transformado en febrero de 1920 en Comisariado de la Inspección Obrera y Campesina (R.K.I.), cuyo papel era "la lucha contra el burocratismo y la corrupción en las instituciones soviéticas". Stalin quedaba como comisario, pero se preveía que el conjunto del trabajo del R.K.I. sería obra de delegados obreros y campesinos designados en elecciones frecuentes, "de tal suerte que gradualmente todos los obreros de una empresa dada, hombres y mujeres y todos los campesinos, pudiesen ser llevados a tomar en sus manos las tareas de inspección". Este proyecto recuerda las páginas de *El Estado y la Revolución* en las que Lenin explicaba que cada cual debía poder convertirse en burócrata a fin de que no hubiese burócratas. Pero el decreto de febrero de 1920 daba también a los sindicatos derecho a protestar contra todo candidato elegido para el R.K.I. y proponer la substitución por otra persona. El aparato sindical enterró definitivamente el carácter democrático del proyecto (el tercer Congreso Pan-ruso de los sindicatos decidió en abril participar activamente en el trabajo del R.K.I.). Este organismo tomó poco a poco una importancia creciente, mientras que el Vesenkha se había difuminado después de 1918 y había visto su importancia llevada al mismo plano que los otros comisariados que se ocupaban de cuestiones económicas.

1921-1923

LA INTRODUCCIÓN DE LA NEP

El "Comunismo de guerra" que domina la vida económica de Rusia durante más de dos años (del verano de 1918 al final de 1920) tenía dos componentes principales. Por un lado, implicaba una tendencia a la concentración del poder de decisión en materia económica y política y a la constitución de grandes unidades de producción. Pero también implicaba una tendencia a la substitución de las formas de repartición y de cambio basadas en el mercado por formas originales cuyo funcionamiento estaba asegurado por el aparato de Estado: éste tendía a regular los aprovisionamientos en víveres, en materias primas y en productos acabados *directamente* entre los diferentes agentes de la producción, sin pasar a través del mercado. Sin ser contradictorios, estos dos elementos son, no obstante, distintos. La concentración económica representaba la continuación lógica de la evolución comenzada antes de 1917 y continuada durante los primeros meses de la revolución. Pero la tentativa de crear una economía en la que el papel del mercado sería reducido al mínimo estricto constituía una ruptura radical con el pasado e iba a engendrar numerosos problemas. La principal dificultad vino de la relación entre las ciudades y el campo: el estado lamentable de la industria desorganizó la distribución de los productos y provocó un desarrollo del mercado negro y una fuerte inflación. El rechazo del campesino[1]a aceptar una moneda devaluada fue el origen de las requisas organizadas por el Estado y el partido. La coerción ejercida de este modo sobre el campesino fue aceptada por este

[1] La mayoría de las tierras eran explotadas entonces por pequeños campesinos que trabajaban con su familia.

último mientras podía temer un peligro mayor todavía que la "dictadura de los bolcheviques": la victoria de los ejércitos blancos. Cuando la reacción fue vencida definitivamente en el otoño de 1920, el descontento campesino estalló en revueltas violentas en varias regiones en las que a veces tomó la forma de bandolerismo. (La resolución votada en Cronstadt el 28 de febrero de 1921 – cf. el capítulo precedente – intentaba encontrar una solución a este movimiento campesino.)[2]. La Nueva Política Económica decidida desde febrero de 1921 iba a intentar resolver el problema del vínculo entre las ciudades y el campo: para ello era necesario romper la tendencia a reducir el papel del mercado e intentar, por el contrario, estimular este papel. Los promotores de la NEP sabían muy bien que el juego del mercado tendría importantes consecuencias sobre la estructura social de la sociedad rusa:

"No debemos ocultarnos el hecho de que la substitución de la requisa por la tasa significa que el kulak va a desarrollarse mucho más bajo un tal sistema de lo que lo ha hecho hasta el presente. Se desarrollará en regiones en las que no se desarrollaba antes." (XXVI, 246.)

La situación creada así fue resumida en marzo de 1922 en tesis sometidas al C. C. por Preobrayensky y que constituyen el primer análisis serio de la cuestión. Explicaba que la capa del campesinado que había "conservado una posición económica estable durante la guerra civil y se había reforzado durante el período en que el predominio del campo sobre la ciudad era llevado al máximo" se desarrollaba, aprovechando la NEP, "bajo la forma de pequeñas explotaciones que empleaban regular u ocasionalmente trabajo asalariado o bajo la forma de un fortalecimiento de las grandes

---

[2] Se podría pensar que el comunismo de guerra haya sido inadecuado a la situación económica y social de la Rusia de los años 1918-1921: es cierto, pero cierto es que otra política económica habría sido todavía más inadecuada. El comunismo de guerra constituía *la solución menos mala* para una situación extremadamente difícil. La única aberración habría consistido en prolongarla *después* del final de la guerra civil.

explotaciones de tipo habitual en Siberia y en otras regiones limítrofes que empleaban regularmente trabajo asalariado". Por otro lado, "a causa de la disminución del número de animales de tiro, del envío de trabajadores al frente durante la guerra imperialista y la guerra civil, de las malas cosechas sucesivas, se ha desarrollado la capa de los campesinos desprovistos de caballos, de tierra labrada, de vacas...". "El proceso de diferenciación... se ha reforzado y es más activo allí donde el renacimiento de la economía campesina tiene más éxito y donde se aumenta la superficie labrada... En medio del declive general de la economía campesina en su conjunto y del empobrecimiento relativo del campo, continúa la progresión de una burguesía agraria." (Precisemos que si las tesis de Preobrayensky fueron rechazadas, no se puso en duda la justeza de este análisis sino solamente las consecuencias que sacaba de él.)

Si la NEP desarrollaba el salariado en el campo – sin que apareciese ninguna posibilidad de organización de los asalariados agrícolas -, si concernía ante todo a la agricultura y a la organización del mercado interior, también implicaba un cambio profundo en la industria. La resolución *Sobre la substitución de la requisa por un impuesto en especie*, adoptada en el X Congreso, indicaba que "el resurgimiento de los transportes y la industria permitiría al poder soviético recibir los productos agrícolas normalmente, es decir, intercambiándolos por los productos de las fábricas y la industria familiar" (esta categoría incluía los trabajos efectuados a domicilio por los campesinos). Lenin precisó esta idea dos meses más tarde:

"Las necesidades y las destrucciones de toda clase han tenido efectos tan dañinos que no podemos volver a poner en marcha *inmediatamente* la producción socialista, estatal, llevada a cabo en gran escala en las fábricas... esto significa que en cierta medida es indispensable volver a poner en marcha la *pequeña* industria, que no necesita máquinas, no necesita existencias de materias primas poseídas por el Estado o existencias importantes, y puede prestar enseguida algunos

servicios a la economía campesina y acrecentar su capacidad de producción.” (XXVI, 332-333.)

El Sovnarkom decidió el 17 de mayo de 1921 “tomar medidas necesarias para desarrollar la pequeña industria rural bajo la forma de empresas privadas o cooperativas” y “evitar la reglamentación y el formalismo excesivos, que aplastan la iniciativa económica de los individuos o de los grupos de la población”.

La mayor parte de la producción industrial seguía siendo realizada por las empresas importantes bajo control del Estado: estas empresas debían adaptarse a la NEP, pues era imposible hacer coexistir en una misma economía una agricultura que funcionaba con ayuda del mercado restablecido y una industria que rehusaba aceptar las condiciones del mercado. Había que efectuar lo que Lenin llamó una “transición hacia los principios comerciales”, es decir, hacia los “principios de la contabilidad económica precisa” (Khozraschet) (Instrucción del Sovnarkom del 5 de agosto de 1921). Debían aplicarse simultáneamente dos principios, el de la concentración y el de la descentralización. Las empresas de una misma rama de industria se unían en “uniones”, llamadas más tarde “trusts”; las uniones estaban “separadas” del control directo del Vesenkha y de sus órganos. La puesta en marcha del Khozraschet obligaba a las unidades de producción separadas así a administrarse ellas mismas, según las leyes del mercado. Esta orientación, muy diferente de la administración precedente por los glavki, provoca muchas dificultades: el Vesenkha explica en diciembre de 1921 que la mayoría de los trusts tenían dificultades para hacer frente a esta nueva obligación:

“Hasta el momento presente no hay ninguna instrucción capaz de guiarnos y explicar lo que se entiende por ganancia y si se la debe calcular en su totalidad o bien deducir de ella una parte para la autofinanciación de la empresa, y cómo se debe tratar la ganancia representada en forma de productos no realizados y que quedan en la empresa...”

Abandonados a sí mismos, los trusts debieron adaptarse a la nueva situación que suplanta definitivamente al

antiguo sistema a finales de 1922. Cada trust recibía un capital dado. Una cuarta parte de la ganancia realizada quedaba como propiedad del trust, el 22% era destinado a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los obreros y el 3% era empleado como primas abonadas a los directores, a los empleados y a los obreros. El trust podía comprar y vender en el mercado.

Las consecuencias de la NEP en la industria se hicieron sentir a dos niveles. Por un lado, afectó a la relación entre los precios industriales y los precios agrícolas. La libertad de mercado, que estimulaba al campesino, obligaba a los trusts a luchar respetando reglas para las que no estaban preparados. En 1921, tras una cosecha desastrosa y teniendo en cuenta que la demanda de productos industriales era débil, los precios agrícolas fueron muy elevados mientras que la industria, colocada en una situación difícil, estaba obligada con frecuencia a liquidar sus existencias de productos acabados. Los precios industriales bajaron entonces en proporciones catastróficas. Como lo remarcó Chliapnikov en marzo de 1922 en el XI Congreso:

"La coyuntura del mercado es tal que nos destruye; no podemos soportar la inundación de productos. Necesitamos dinero enseguida y, al buscarlo, creamos una competencia tan anárquica, incluso en el mercado de los productos metalúrgicos, que no tenemos nada para pagar los salarios; hasta tal punto han bajado los precios de nuestros productos."

Una cierta reacción contra este peligro comenzó enérgicamente en esta época: cada industria formó un consorcio encargado de monopolizar todas sus operaciones de compra y venta, es decir, de regular las relaciones entre esta industria y el mercado. De marzo a junio de 1922 se establecieron consorcios en todas las industrias importantes, cubriendo entre el 70% y el 100% de la venta de su producción, según los casos. El poder alcanzado por estos consorcios en el mercado permitió invertir la tendencia después de mayo. La fuerza de estas organizaciones, junto con una cosecha abundante, invirtió la relación a favor de los industriales, los cuales superaron

entonces de lejos los precios agrícolas: fue la "crisis de las tijeras" de 1923.

Pero la NEP afectó igualmente a la relación entre la pequeña y la gran industria. La industria rural y artesanal, que en 1920 había caído a poco más de la cuarta parte de la de 1912, aumentó un 35% en 1921 y un 54% en 1922. La gran industria, que en 1920 estaba a un 15% del nivel alcanzado en 1912, se acrecentó un 17% en 1921 y un 20% en 1922. La pequeña industria, en mejor contacto con el campo, fue capaz de desarrollarse. La industrialización de Rusia estaba condenada, pues, al desequilibrio. El problema fue planteado entonces claramente por Lenin en el IV Congreso del KOMINTERN en noviembre de 1922: "La industria pesada debe recibir fondos del Estado. A menos que los encontremos, estamos perdidos como Estado civilizado y, lo que es peor, como Estado socialista." (XXVII, 348-349.)[3].

La introducción de la NEP y sus consecuencias (especialmente en la industria) fueron objeto de numerosas discusiones en el interior del partido: se trataba de saber si la NEP era necesaria, útil o nefasta a la industrialización de la Rusia "soviética" y al fortalecimiento del Estado "obrero". Las diferentes tendencias analizaban la NEP sin poner en tela de juicio sus postulados: "Estado obrero", "poder soviético"... Los sucesores de los opositores de izquierda tendían a considerar la NEP como una especie de retroceso en relación con el comunismo de guerra, que para muchos representaba lo que Kritsman llamó "la organización natural de la economía proletaria", sin ver el papel jugado por el comunismo de guerra en el desarrollo de la Revolución rusa. Si se exceptúa al Grupo Obrero, del que hablaremos pronto, los opositores criticaron todos, a partir de 1921, la "mala política" de la burocracia. La alternativa que proponen es la de una mejor gestión de Rusia en el sistema existente y no la de un derrocamiento revolucionario

[3] Kamenev había sido todavía más explícito en diciembre de 1921 cuando había afirmado: "Sólo podremos hacer revivir la industria y nuestra economía en su conjunto a expensas del campesino, o del obrero, o de uno y otro."

del poder de la burocracia y su substitución por la dirección de las masas obreras en la producción y la sociedad. La Oposición Obrera, a pesar de todos sus defectos, no se contentaba con criticar los "errores" de los dirigentes: representaba el resplandor de lucidez en el ocaso de la larga noche teórica en la que entraba el partido bolchevique – y en la que murió – (esto no excluye el valor de algunos trabajos aislados: Preobrayensky ofrece un ejemplo). Tras el X Congreso, ya no es discutida la forma tomada por la dirección de la economía. El "verdadero" problema ("verdadero" porque determinaba la evolución de la Revolución rusa) no es planteado más. Y sin embargo, se podría concluir un balance de la Revolución rusa tras el X Congreso: nada está decidido en 1921 ni en Rusia ni en el mundo. Si nos contentamos con observar que los obreros están separados desde 1921 de los medios de producción, negamos el cometido específico de la NEP sobre la posición de las fuerzas sociales presentes. Al considerar los dos grupos sociales que hemos estudiado hasta ahora, vemos que sus situaciones respectivas no tenían nada de definitivo en la primavera de 1921. El grupo dirigente acaba precisamente de adquirir cierta homogeneidad y de hecho no saca su fuerza sino de la debilidad de la clase obrera. Por eso es necesario examinar más atentamente el período de 1921-1923.

EL FIN DE LA MILITARIZACIÓN DEL TRABAJO

El papel renaciente del mercado bajo la NEP no concernía solamente a los productos agrícolas e industriales: afectaba también al trabajo de los obreros. Desde el 6 de abril de 1921, un decreto eliminaba los principales obstáculos al paso de un obrero de un empleo a otro, pero la evolución emprendida fue lenta de realizar. A comienzos de 1922, el método normal en una empresa para conseguir un obrero o substituirlo consistía en contratarlo o en despedirlo. Por otro lado, esta nueva situación se veía afectada por la lucha de las empresas en el mercado. La aplicación del Khozraschet suponía que el sistema

de remuneración por el salario (y no ya en especie) fuese "un factor fundamental del desarrollo de la industria" (decreto del 10 de septiembre 1921): por consiguiente, el decreto requería que se "suprima de la empresa todo lo que no está ligado a la producción y tiene el carácter de una ayuda social". Esta política de estricta economía permitió a los trusts intentar equilibrar su presupuesto a expensas de los obreros: el número de los ferroviarios se redujo de 1.240.000 (verano de 1921) a 720.000 (verano de 1922); en una gran fábrica textil, el número de obreros y empleados que trabajaban por grupo de 1.000 husos fue reducido de 30 en 1920-1921 a 14 en 1922. Por tanto, Rusia conoció en esta época un paro importante, del tipo del de los países occidentales: mientras que en 1918, 1919 y 1920 los obreros sin trabajo podían volver al campo, esta posibilidad no existía ya en 1921-1922 ya que los campos estaban devastados por una de las más terribles hambrunas que haya conocido Rusia. Los obreros en paro se amontonaban en las ciudades y formaban un ejército industrial de reserva. Esta división de la clase obrera en ejército activo y ejército de reserva tuvo como consecuencia reforzar su debilitamiento general. Había 150.000 parados en octubre de 1921, 175.000 en enero de 1922 y 625.000 en enero de 1923; habrá 1.240.000 en enero de 1924. El paro alcanzaba tal amplitud que el Estado decidió conceder a todo obrero despedido de una empresa o de una institución del Estado la mitad de su antiguo salario mensual, a condición de que su despido "no provenga de una falta de (su) parte". Finalmente, un decreto del 9 de febrero de 1922 instituyó de verdad el sistema del "contrato y del despido".

LAS MODIFICACIONES EN LA DIRECCIÓN DE LA ECONOMÍA

Entre las primeras medidas que constituían la NEP, figuraba la decisión de liberar las unidades de producción y someterlas al juego del mercado. El Estado decidió conceder arriendos a los antiguos propietarios de empresas

nacionalizadas cuyo funcionamiento no podía asegurar provechosamente. El sector de la industria privada siguió siendo poco importante; un inventario efectuado en marzo de 1923 sobre 165.000 empresas industriales mostró que si el 88,5% de ellas pertenecían o estaban alquiladas en arriendo a propietarios privados, el 84,5% de todos los trabajadores de la industria estaban empleados en las empresas del Estado, que producían el 92,4% del valor total de la producción industrial rusa. Lenin tenía razón al responder a las críticas dirigidas contra la NEP en el IV Congreso del KOMINTERN que "todas las palancas de mando" habían quedado en manos del Estado. El cambio esencial no residía en la administración del sector dominante de lejos: el sector del Estado. Sería falso creer que el efecto principal de la NEP en la dirección de la economía fuese el desarrollo de la capa social que se aprovechaba de la expansión de la pequeña industria y del comercio libre: los procesos inducidos por la NEP tuvieron como efecto esencial estabilizar sensiblemente la composición del grupo dirigente.

Los años 1921-1923 inauguran un largo período de lucha entre el sector económico controlado por el Estado y los numerosos comerciantes y campesinos enriquecidos por la NEP; pero esta lucha, que debía prolongarse durante una decena de años al término de los cuales el sector del Estado estableció definitivamente su supremacía, era de hecho la manifestación de la oposición entre dos formas diferentes de capitalismo: el capitalismo privado y el capitalismo de Estado. El capitalismo de Estado era el dominante con gran diferencia; pero su dominación no significaba que pudiese integrar en él, de un día para otro, toda la economía. Representaba la estructura económica dominante en Rusia, pero sin embargo no podía absorber las otras estructuras. Un grupo social, cuya formación hemos estudiado, dirigía esta estructura económica dominante y dirigía por ahí mismo a toda Rusia, pero no podía hacer retroceder al campesinado por medio de algunos decretos. Se necesitaba un respiro, efectuar una "retirada" (Lenin) antes del asalto final. El problema consistía en hacer jugar al sector del Estado el juego del mercado al tiempo que se conservaba un

estricto control sobre él: no hay ninguna contradicción entre el "liberalismo" del que da pruebas la burocracia respecto de los kulaks y los hombres de la NEP y el control cada vez más severo que ejerce sobre toda la industria que dirige (ver la sección sobre "1923"). Ahora bien, al mismo tiempo que permitía este respiro, la NEP estabilizaba la composición de la burocracia. Hemos visto que entre octubre de 1917 y 1921, numerosos dirigentes del antiguo aparato estatal y económico se incorporaron al aparato de Estado creado después de 1917 y se unieron al aparato dirigente del partido; pero la fusión de los elementos salidos de estos dos orígenes diferentes no podía ser real más que si en Rusia no existía ninguna otra fuerza social susceptible de asegurar la dirección de la sociedad. Ahora bien, precisamente la NEP podía amenazar con crear semejante fuerza, desarrollando los kulaks y los hombres de la NEP; pero la importancia de estos elementos, que representaban una forma del modo de producción capitalista superada por la evolución histórica, no era en resumidas cuentas sino negativa: podían resistir al capitalismo de Estado, pero no destruirlo. Esta lucha contra los kulaks y los hombres de la NEP unificó la burocracia mucho más sólidamente que antes, ya que los miembros de la antigua clase dirigente integrados en el nuevo aparato de Estado se vieron cortados definitivamente de toda posible restauración del capitalismo bajo la forma que tenía antes de 1917.

LOS SINDICATOS

Es necesario que nos detengamos otra vez en la cuestión de los sindicatos, pues su estudio muestra bien que la clase obrera no era, entre 1921 y 1923, una masa amorfa, atomizada, manipulada por la burocracia, sino que tenía todavía una fuerza cierta: como durante la guerra civil, los sindicatos son en esta época el principal canal por donde pueden y deben pasar las luchas obreras.

El X Congreso del partido no había resuelto nada: el texto de los Diez iba a ser abandonado pronto pues no

correspondía a la situación creada por la NEP. El principio del control de los sindicatos por el partido seguía siendo, no obstante, un hecho consumado como lo demuestra la resolución votada en el X Congreso.

"Por medio de sus organizaciones centrales y locales, el P.C.R. dirige incondicionalmente como antes todo el aspecto ideológico del trabajo de los sindicatos... Por supuesto, la elección del personal dirigente del movimiento sindical debe hacerse bajo el control y la dirección del partido. Pero la organización del partido debe estar especialmente atenta para explicar los métodos normales de democracia proletaria en los sindicatos, donde la mayor parte de los dirigentes deben ser elegidos por las propias masas organizadas."

El IV Congreso Pan-ruso de los sindicatos (mayo de 1921) muestra bien lo que debía ser la acción de las "propias masas organizadas". Las tesis habituales *Sobre el papel y las tareas de los sindicatos* fueron preparadas por el C. C. del partido. El texto previsto por el C. C. no contenía la frase sobre "los métodos normales de democracia proletaria en los sindicatos". Cuando se reunió la fracción bolchevique del congreso, Riazanov propuso y obtuvo que se añadiese esta cláusula, a pesar de la oposición de Tomsky. Cuando el C. C. se dio cuenta, suspendió a Tomsky (presidente del Consejo central) y encargó a Schmidt (secretario del Consejo Central) que hiciese el informe al Congreso en lugar de aquel. Una nueva reunión de la fracción bolchevique, a la que asistía Lenin, adoptó las tesis en su forma original. Semanas más tarde, Tomsky era enviado en misión al Turquestán (este procedimiento, que permitía alejar a un oponente o a alguien de quien se quería desembarazar confiándole una misión lejana, era corriente en el partido bolchevique). Los episodios de la caída de Tomsky son más que una costumbre pues revelan la fuerza de que dispuso la capa dirigente sobre los sindicatos (los detalles de este asunto son conocidos, entre otras cosas, por el informe de la Comisión del C. C. encargada de investigar la negligencia de Tomsky, comisión presidida por Stalin).

El trotskista Andreev se convirtió en el presidente del Consejo Central e hizo el informe *Sobre la cuestión de la organización*: no sólo el partido debía controlar los sindicatos, sino que el Consejo Central debía poder controlar cada sindicato. Las medidas centralizadoras adoptadas apuntaban, por ejemplo, a un control más eficaz sobre el sindicato de los metalúrgicos, en el cual la Oposición Obrera había tenido, y conservaba, posiciones muy sólidas, incluso en la cúspide del sindicato, y que se oponía a la dirección central. La resolución votada proponía incluso que algún día todo el aparato sindical se fundiese en "un solo sindicato con secciones por industria". Se levantó una viva oposición contra estas medidas y estas concepciones: un delegado declaró que se iba a "organizar un comisariado de los sindicatos con secciones locales"[4]. Una enmienda importante a la resolución de Andreev obtuvo 453 votos contra 593: aunque la mayoría sea clara, los sindicatos no dejan de continuar representando las luchas de los obreros.

A finales de 1921, a causa de la situación económica difícil en la industria, los sindicatos comenzaron de nuevo a manifestar el descontento obrero. Tomsky, burócrata muy popular entre los obreros, fue llamado. El Consejo Central redactó tesis en las que se inspiró Lenin en una resolución adoptada por el Politburó en enero de 1922. Este texto analizaba "una serie de contradicciones entre diferentes tareas de los sindicatos". Estas contradicciones no son "accidentales y no podrán ser eliminadas sino en varias decenas de años", cuando hayan desaparecido "los restos del capitalismo y de la pequeña producción". Contradicción entre las tareas de persuasión y de educación y la coerción que los sindicatos deben ejercer a veces; contradicción entre "la defensa de los intereses de las masas trabajadoras" y la "presión" que los sindicatos deben mantener "en tanto que comparten el poder de Estado y construyen la economía nacional en su conjunto"; contradicción

---

[4] Esta afirmación estaba, por lo demás, justificada: durante la guerra civil, el pago de las cotizaciones sindicales había sido de los más irregulares y el Estado había apoyado financieramente a los sindicatos, acrecentando sus posibilidades de control.

entre la aspereza de la lucha de clases y los métodos de conciliación propios de los sindicatos. La aplicación del Khozraschet en las empresas del Estado ha llevado a "una oposición en la conciencia de las masas entre las administraciones de estas empresas y los trabajadores que están empleados en ellas". Se admitía que fuesen posibles las huelgas, precisando que los sindicatos debían mostrar a los obreros que "una acción de huelga en un Estado dirigido por un gobierno proletario no puede explicarse y justificarse más que por perversiones burocráticas en este Estado y supervivencias del capitalismo". Se recomendaba arreglar los posibles conflictos entre el sindicato y la dirección de la empresa concernida por medio de la creación de comisiones de conciliación. En febrero de 1922 el Consejo Central de los sindicatos puso en práctica esta resolución, cuya importancia no debe escapársenos. Los dirigentes de Rusia no se contentaban con soltar lastre o intentar limar asperezas haciendo algunas concesiones a los obreros. Lo que Tomsky llamó más tarde el "curso nuevo del movimiento sindical" representa el intento más elaborado desde 1917 de definir el lugar de los sindicatos en la estructura social nueva creada por el fracaso de la Revolución: el papel del movimiento sindical no puede consistir en ser un engranaje del Estado (Cf. Trotsky en el X Congreso). La burocracia reconoce que existe una "oposición" entre la dirección de las empresas y los obreros; pero esta oposición no existe para la burocracia más que "en la conciencia de las masas": la tarea específica de los sindicatos consiste en persuadir a las masas de que se equivocan y en resolver lo mejor posible las contradicciones enumeradas más arriba, impidiendo que lleguen a ser explosivas[5]. El fin de las medidas adoptadas era integrar a la clase obrera rusa en el sistema social existente, utilizando para ello a los sindicatos. La resolución del Politburó preveía que el Estado "alentaría la sindicalización de los obreros, a la vez legal y materialmente".

[5] Aunque las condiciones sean completamente distintas, se puede comparar el texto del Politburó con las explicaciones de Mao Tse Tung sobre la "justa solución" de las "contradicciones en el seno del pueblo".

Los salarios debían ser fijados casi siempre por contratos colectivos entre los trusts y los sindicatos. Pero para que el movimiento sindical ruso cumpliese bien con su cometido, era necesario que su aparato estuviese dirigido por comunistas experimentados: el XI Congreso (marzo de 1922) decidió que sólo los comunistas miembros del partido desde hacía varios años podrían acceder a puestos dirigentes en los sindicatos. También era necesario que el movimiento sindical no se confundiese, en cuanto tal, con el Estado: la administración de los seguros por enfermedad y paro, confiada hasta ese momento a los sindicatos, fue cedida al Narkomtrud en abril de 1922. De este modo la burocracia mantenía separadas las diferentes organizaciones fundamentales de la sociedad (partido, Estado, sindicatos), al tiempo que conservaba su control sobre cada una de ellas por medio de un aparato único.

El V Congreso Pan-ruso de los sindicatos (septiembre de 1922) mostró que el "Nuevo curso del movimiento sindical" no daba completa satisfacción a los dirigentes. Según Andreev, en un año habían estallado 102 huelgas que afectaban a 43.000 obreros. La resolución votada por el congreso declaró que siempre se debía considerar una huelga potencial "en relación con la importancia del sector económico afectado y su dependencia respecto de toda la vida económica". Tomsky explicó que, por ejemplo, una huelga de los ferroviarios era inaceptable "desde el punto de vista de las tareas generales de la clase obrera". Según la resolución del congreso, había que "liquidar rápidamente" toda huelga que estallase "espontáneamente o contra la voluntad de los órganos sindicales". Cualesquiera que hayan podido ser los esfuerzos de los dirigentes, les resultaba imposible manipular totalmente a los obreros.

LA SITUACIÓN EN 1923

En 1923 los sindicatos rusos ocupan más o menos el lugar que han ocupado desde entonces: instrumento de

integración de la clase obrera en el orden social existente, organizan a la clase obrera y de este modo le impiden que se organice. En cuanto a los militantes revolucionarios rusos, en 1923 no disponen de ninguna organización: el X Congreso había prohibido todo agrupamiento en el interior del partido; las controversias que surjan en el partido deben ser sometidas "no a la discusión de grupos formados en base a tal o cual plataforma, sino a la discusión de todos los miembros del partido" (resolución *Sobre la unidad del partido*). El X Congreso representa, sin ninguna duda, un giro en la constitución del aparato dirigente, que se reforzó considerablemente. Pero los restos de los opositores no podían ser barridos de un plumazo: cuando Lenin propuso en una reunión conjunta del C. C. y de la comisión de control (instituida en 1920), en agosto de 1921, excluir del partido a Chliapnikov – que seguía siendo miembro del C. C. – no pudo conseguir la mayoría necesaria. Antes del XI Congreso, algunos opositores a la dirección del partido (entre ellos, miembros de la antigua Oposición Obrera) enviaron incluso al Comité Ejecutivo del KOMINTERN una declaración, llamada "de los 22", que pretendía llamar la atención de los comunistas de todo el mundo acerca de lo que pasaba en el P. C. ruso. Es significativo que el congreso decidió no excluir a Kolontai, Chliapnikov y Medvedev (dirigente del sindicato de los metalúrgicos) que, sin embargo, habían firmado la declaración; cualquiera que fuese la fuerza del aparato, debía contar con la base. En esta época, a pesar de la burocracia dominante y del ascenso cada vez más rápido del poder central en relación con los organismos de base, la dirección del partido no podía todavía manipular la organización a su antojo.

Por otro lado, el año 1921 había visto nacer una tendencia que reanudaba parcialmente la lucha de la Oposición Obrera, el Grupo Obrero, reunido en torno a Miasnikov. Esta tendencia oponía también la actividad creadora de las masas a la dominación de la burocracia, pero sus concepciones iban más lejos que las de la Oposición Obrera. Miasnikov pedía la libertad de prensa y criticaba la tesis del partido único durante la dictadura del proletariado.

Miasnikov fue excluido en febrero de 1922, con el derecho de pedir su readmisión un año después. El Grupo Obrero, aunque mal conocido, parece tener ideas más radicales que las de la Oposición Obrera. Fue fácilmente destruido por el aparato: mientras que Kolontai, Chliapnikov... tenían tras ellos el apoyo de numerosos dirigentes y militantes sindicales, *lo que explica su posición*, la lucha del Grupo Obrero en 1921-1922 no representaba ninguna fuerza importante; no había ninguna base obrera sólida dispuesta a defenderlo. Aunque el Grupo Obrero haya sido más lúcido que la Oposición Obrera, su debilidad misma revela la situación sin salida en la que se encontraban los revolucionarios rusos en aquella época.

Durante este tiempo se aceleraba el fortalecimiento de la burocracia. Hemos visto en qué condiciones se había creado la Inspección Obrera y Campesina (R.K.I.) en 1920. Este organismo de lucha antiburocrática adquirió una importancia considerable entre 1921 y 1923 en la administración de Rusia. Por lo demás, su crecimiento fue objeto de polémicas a las que el XII Congreso (abril de 1923) puso término provisionalmente. Se procedió a una fusión total del aparato dirigente del partido y del Estado. La comisión central de control, que hasta entonces no tenía más que 7 miembros, como el Orgburó y el Politburó, en lo sucesivo recibió 50, "principalmente obreros y campesinos": un presidium de 9 miembros debía dirigirla. El comisario encargado del R.K.I. debía ser nombrado por el C. C. y, a ser posible, que fuese miembro del presidium de la comisión de control. Los miembros de esta comisión debían ser nombrados en los diferentes comisariados y en el R.K.I. La comisión de control, reforzada por un reciente acuerdo con el G.P.U., que debía facilitar su trabajo y ser, a su vez, apoyado por ella, dirigía toda la actividad de la administración "soviética" a través del R.K.I.

El XII Congreso constituye un punto de referencia capital en la historia de la Revolución rusa y de Rusia, no porque las decisiones tomadas fueron la única causa de toda la evolución ulterior, pues estas decisiones eran, a su vez, producto de todo el desarrollo de la Revolución rusa, sino

porque *este congreso es la expresión de una situación nueva.* Al mismo tiempo que la clase obrera era vencida definitivamente y ocupaba el lugar que le asignaba el sistema, la burocracia afirmaba su papel de dirección de la sociedad con una fuerza y una claridad sin igual hasta entonces. La solución aportada entre 1921 y 1923 al problema sindical era ya una manifestación del advenimiento de esta nueva situación, de la que son buena ilustración los discursos y las resoluciones del XII Congreso. Por ejemplo, Zinoviev debía declarar:

"Nos hace falta un *solo* C. C. fuerte y poderoso que lo dirija todo... El C. C. es el C. C. porque es el mismo C. C. para los soviets, para los sindicatos, para las cooperativas, para los comités ejecutivos provinciales y para toda la clase obrera. En esto consiste su papel de dirección, en esto se expresa la dictadura del proletariado."

Stalin fue más prudente y explica que la idea según la cual "el partido da las órdenes... y el ejército, es decir, la clase obrera, ejecuta estas órdenes" es "radicalmente falsa"[6]. Por el contrario, desarrolló la tesis de las 7 "correas de transmisión" que ligan el partido a la clase obrera: los sindicatos, las cooperativas, las ligas de la juventud, las organizaciones femeninas, las escuelas, la prensa y el ejército (*Obras* en ruso, V, 198-205)[7]. En cuanto a la administración de Rusia y la competencia de la burocracia que se encarga de ella, las tesis sobre la industria presentadas por Trotsky y aceptadas por unanimidad ofrecen una concepción clara y precisa de la gestión del país (Cf. *The Labour Monthly*, Vol. 5, julio y agosto de 1923). Como explica el párrafo 10, referente a "Los directores, su posición y sus problemas, la educación de una nueva generación de técnicos y de directores":

---

[6] Ahí también podemos hacer comparaciones con las tesis de los dirigentes chinos.

[7] Casi tres años más tarde Stalin expondrá la idea de las 5 "palancas" por medio las cuales funciona la dictadura del proletariado: los sindicatos, los soviets, las cooperativas, la liga de la juventud y el partido.

"Dos peligros amenazan siempre a un administrador: a) que sus estrictas exigencias subleven contra él a los obreros de la empresa y sus órganos representativos o las instancias locales del partido y de los soviets; b) que, al adoptar una actitud de débil resistencia en las cuestiones de productividad del trabajo, de salarios, etc., ponga en peligro el buen rendimiento de la empresa y, por consiguiente, su futuro[8]... La atención, la perseverancia y la economía son las cualidades necesarias de un administrador soviético. La mejor referencia que puede ofrecer es llevar la empresa sobre la base de cuentas bien equilibradas... La formación de nuevos administradores debe revestir un carácter a la vez sistemático y altamente especializado."

Un párrafo especial trataba las relaciones entre "Las instituciones del partido y las instituciones económicas": "Uno de los problemas que se plantean al partido es promover disposiciones que permitan a las organizaciones económicas competentes no sólo tener un derecho formal, sino también una posibilidad práctica de formar gradualmente administradores y proporcionarles una promoción regular a medida que progresen en experiencia y desarrollen sus cualidades."

Ciertamente, los dirigentes habían tenido estas concepciones desde el principio: hemos citado la frase de Lenin sobre la "administración" de Rusia y es cierto que la preocupación constante de los hombres que tomaron el poder en octubre de 1917 fue crear un grupo de administradores competentes y eficaces y no ayudar a las masas trabajadoras a administrar gradualmente Rusia. Pero jamás esta preocupación fue expresada más claramente que en el XII Congreso, cuando la lucha de clases se había inclinado a favor de la burocracia: el XII Congreso no hace más que mostrar esta situación nueva, que ahora hay que definir más en detalle.

---

[8] Se puede relacionar esto con lo que decíamos a propósito de los sindicatos: el buen administrador descrito y deseado por Trotsky debe saber actuar sobre la "oposición en la conciencia de las masas entre las administraciones de estas empresas (de Estado) y los trabajadores que están empleados en ellas".

LA ORIGINALIDAD DEL PERÍODO 1917-1923

Hemos indicado desde nuestra introducción que elegíamos el período 1917-1923 y hemos precisado que no podríamos justificar nuestra elección sino al final de nuestro estudio. Hemos partido del modo de producción dominante en Rusia en 1917 – el modo de producción capitalista – y hemos visto que ha continuado conservando su dominación: la Revolución no ha conseguido acabar con la separación de los obreros de los medios de producción; la mayor parte de nuestro estudio está consagrada, de hecho, a la lucha de los obreros contra la constitución de un nuevo grupo dirigente que les explota porque detenta los medios de producción. Pero en este caso, ¿por qué es relevante el período de 1917-1923? Pues es seguro que la lucha no ha acabado al término de este período. La historia de Rusia no se ha detenido en 1923.

El período 1917-1923 tiene, a nuestro parecer, una originalidad profunda en cuanto está animada por una contradicción excepcional: la Revolución rusa es lo bastante fuerte para derrocar el antiguo orden social, pero no lo suficientemente fuerte para organizarse y crear un nuevo orden social dirigido por los obreros. Hemos visto la importancia de los primeros meses de la revolución entre octubre de 1917 y el comienzo de la guerra civil, en los que todo se juega sin que nada esté decidido todavía: los sindicatos ya controlados, no por sus miembros sino por los aparatos de diferentes partidos, los comités de fábrica que no consiguen coordinar su trabajo, muestran bien la verdadera debilidad del movimiento obrero ruso y aclaran su lucha entre 1917 y 1923. El movimiento obrero ruso es incapaz, al mismo tiempo, de tomar en sus manos la Revolución rusa y conducirla a la victoria e incapaz de aceptar pasivamente el fracaso de la Revolución rusa: si el

movimiento obrero hubiese sido inexistente, habría habido una debilidad *total* y la contradicción que estudiamos no habría existido. Por el contrario, porque el movimiento obrero era de una debilidad no total, sino *relativa*, pudo batirse y luchar contra el fracaso de la revolución: pero esta lucha no pudo ser victoriosa y a veces tomó formas en las que se perdía del todo, como hemos visto a propósito de los asesinatos de especialistas. Entre 1917 y 1923 nos encontramos con una forma particular de la lucha de clases en una sociedad dominada por el modo de producción capitalista: la relación de fuerzas es entonces una relación de equilibrio, que entre 1917 y 1923 bascula primero lentamente y después cada vez más rápidamente a favor de la burocracia. Pero esta situación de equilibrio se distingue de las coyunturas en que hay un equilibrio entre la burguesía y el proletariado: pues aquí estamos en una situación en la que se opuso *la burocracia en formación* y el proletariado, y es esta característica la que confiere toda su originalidad al período. La Revolución rusa no es más que la conmoción que agita la sociedad rusa entre 1917 y 1923: esta conmoción puede definirse por la situación contradictoria del movimiento obrero ruso, que sabe barrer la antigua sociedad sin lograr convertirse en el dueño de Rusia.

Desde este punto de vista, los intentos habituales tendentes a caracterizar la Revolución rusa sin tener en cuenta esta contradicción no pueden desembocar más que en fracasos. Si se define la Revolución rusa ante todo como una revolución "burocrática", se resalta todo lo que muestra la fuerza de la burocracia, descuidando la lucha del movimiento obrero. Si, por el contrario, se define la Revolución rusa como una revolución "proletaria", se condena uno a poner de relieve todo lo que hace resaltar la fuerza del movimiento obrero y dejar de lado la formación de la burocracia. Todas las tentativas tendentes a caracterizar la Revolución rusa con la ayuda de un principio único, ignoran que el desarrollo de la historia es el producto de contradicciones y que todo período histórico debe ser definido a partir de contradicciones específicas que lo animan y lo caracterizan. La única manera de comprender la Revolución

rusa sin caer en el eclecticismo consiste en determinar la contradicción fundamental que la animaba: especialmente sólo este método puede mostrarnos la formación de la burocracia estudiando su actividad desde 1917. Sólo así se puede llegar a delimitar con rigor un período, estableciendo en qué momento ha cesado la contradicción en la que reposaba toda esta fase particular de la lucha de clases.

¿Por qué se puede considerar 1923 como una ruptura? Por un lado porque, como hemos intentado mostrar, esta fecha marca una situación en la que la clase obrera se integra de verdad en la nueva sociedad; pero, por otro lado, porque 1923 es el año de la derrota definitiva de la revolución mundial: 1923 enterró todas las esperanzas de una emancipación general de los trabajadores y esta derrota aplastó todavía más el movimiento obrero ruso[1].

En 1923 el fracaso de la Revolución rusa y de la revolución mundial rompe la contradicción que determinaba la

[1] Es necesario que hablemos aquí de la importancia concedida por los trotskistas a *la situación internacional* en la degeneración de la Revolución rusa. Reconocemos que aquélla determinó claramente la evolución de la Revolución rusa (es decir, su muerte). Pero esta determinación se ejercía sobre una situación rusa dada, definida por relaciones de clase que hemos intentado analizar. La coyuntura internacional no *crea* esta situación: la *transforma*, lo que no es en absoluto igual. Por otro lado, el trotskismo jamás afirmó que la degeneración de la Revolución rusa hubiese tenido como única causa la derrota de la Revolución alemana (que marcaba el fracaso definitivo de la revolución mundial): no niega la importancia de la situación específica interna rusa. Nosotros le reprochamos:

1. su eclecticismo: hay la coyuntura internacional *y* la coyuntura interna rusa, señal de una ausencia de rigor;
2. su método de análisis, que no hace más uso del concepto de PR (relaciones de producción) en el estudio de la Revolución rusa que en el estudio de la estructura social de la sociedad que ha salido de ella (Cf. *Socialisme ou Barbarie*, nº 2, sobre las RP en Rusia).

historia de Rusia desde 1917[2]. Como decía Rosa Luxemburgo desde 1918, la Revolución rusa ha planteado "en la práctica el problema de la realización del socialismo" sin poder resolverlo.[3]

---

[2] Aquí nos situamos al nivel de la historia real y no de las concepciones ideológicas... Aunque la tesis de la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país no haya sido adoptada sino en 1925 (en la XIV Conferencia del partido), la derrota del movimiento obrero internacional – incluido el movimiento obrero ruso – data de 1923.

[3] Es en 1921, no en 1923, cuando se puede fechar el agotamiento del impulso revolucionario lanzado a partir de 1917. Esta cuestión, a primera vista académica, plantea de hecho un problema de fondo. La "Acción de marzo" de 1921 en Alemania es el último gran asalto proletario de este período en Europa. 1921 es también Cronstadt, tumba de la Revolución de Octubre. Los acontecimientos de 1923 en Alemania, aún teniendo causas sociales, por supuesto, se caracterizan más por lo que la izquierda alemana llamaba "la política de partido". Ver nuestra obra "La Izquierda Comunista en Alemania, 1918-1921" publicada en 1978 en español por ZERO-ZYX. (Coautor, Denis Authier. Agotada). (Nota de Gilles Dauvé en 2003 para esta edición)

CONCLUSIONES PROVISIONALES

A PROPÓSITO DE LA SOCIEDAD SURGIDA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

No es nuestra intención analizar aquí la estructura de la sociedad rusa; decimos simplemente que el concepto de Relación de Producción debe jugar en este análisis un papel tan importante como en el estudio histórico de 1917-1923 (o de cualquier otro período). Como recordamos en nuestra introducción, el modo de producción dominante en Rusia en 1917 era el modo de producción capitalista[1]; a pesar de los esfuerzos de los trabajadores, las R. P. capitalistas han seguido siendo las relaciones dominantes. Se comprende que esta cuestión tenga el triste privilegio de haber sido la más obscurecida y la más descuidada desde hace cincuenta años. No obstante, existe una masa de documentos utilizables que demuestran que los medios de producción jamás pasaron bajo el control de los obreros; la repartición originaria de las fuerzas productivas (es decir, la separación del trabajo productivo de los obreros de los medios de producción) colocó a los obreros desde el principio en una situación de explotados. La clase obrera fue ligada a la producción por un lazo completamente

[1] Nuestro texto no es un análisis de la Revolución rusa, sino un conjunto de notas preparatorias a este análisis. Un estudio tan completo como fuese posible del período 1917-1923 debería tener en cuenta no sólo el modo de producción dominante, sino también los otros; la lucha de clases en una sociedad dada no opone solamente las clases del modo dominante sino también las clases de los otros modos.

diferente del que liga a ésta la burocracia; ésta, detentadora del capital, organiza todo el proceso de producción (hemos visto que el capital *unifica* las fuerzas productivas y de este modo asegura la producción, lo que da al grupo social que lo detenta una posición dominante de clase explotadora). No queremos desarrollar aquí este punto sino únicamente señalar que el análisis histórico de la Revolución rusa es indispensable si se quiere conocer la sociedad surgida de este período; de la misma manera que Marx analizó la separación de los medios de producción de los poseedores de la fuerza de trabajo en los comienzos del capitalismo, de igual modo debemos mostrar que la Revolución rusa no logró cambiar de arriba abajo las relaciones de producción que caracterizan al sistema capitalista. Pero esto no significa que se pueda liquidar la cuestión declarando que "los trabajadores no han hecho más que cambiar de dueño": la Revolución rusa sigue siendo una revolución social cuya significación profunda debe ser comprendida a partir de un análisis de la evolución del capitalismo.

LA REVOLUCIÓN RUSA Y EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

Este problema se presentó entre 1917 y 1923 como un problema de estrategia y de táctica: ¿cuál era el enemigo principal de la clase obrera? ¿Qué peligro amenazaba más la revolución? Lenin respondía sin dudar en 1918: "No es el capitalismo de Estado el que lucha aquí contra el socialismo, sino la pequeña burguesía y el capitalismo comercial privado los que luchan conjuntamente unidos como un solo hombre a la vez contra el capitalismo de Estado y contra el socialismo" (*Sobre el infantilismo "de izquierda"y el espíritu pequeño burgués*, XXII, 481). Esta idea es reafirmada con fuerza en 1920 en *La enfermedad infantil*: "Es mil veces más fácil triunfar de la gran burguesía centralizada que 'vencer' a millones y millones de pequeños patronos." Por otro lado, Lenin podía conceder justamente una gran importancia a la

pequeña producción; una de las características de la economía rusa era el papel considerable jugado en el campo por pequeñas empresas que utilizaban como mano de obra asalariada a los campesinos más pobres y que trabajaban a pequeña escala: estas empresas suministraban al campesinado herramientas, ropa y pertrechos de todas clases. Hemos visto que la NEP había reforzado y desarrollado estos pequeños productores. Pero si este sector jugaba entonces un gran papel en Rusia, no dejaba de estar condenado por la evolución del capitalismo tendente a la concentración, a la creación de grandes unidades de producción y no a una dominación de los pequeños productores. Lenin no se equivocaba cuando insistía en la fuerza de los "millones de pequeños patronos", pero se equivocaba en su análisis de las *tendencias de la evolución*: la fuerza de los pequeños patronos era real, pero condenada a desaparecer ante la potencia del sector capitalista moderno y concentrado (es decir, del sector del capitalismo de Estado dirigido por la burocracia). Este error tenía graves consecuencias, pues si Lenin admitía la posibilidad de un fracaso de la revolución, para él este fracaso solo podía pasar por la victoria de la pequeña producción; no tomaba en consideración la posibilidad de la formación de una sociedad en la que las relaciones de producción serían capitalistas, pero en la que los miembros de la clase dominante poseerían los medios de producción, no a título privado, sino a título colectivo. El movimiento comunista oficial ha explotado esta idea al máximo, por supuesto: no puede haber más que dos clases dominantes (la burguesía y el proletariado). Ahora bien, la burguesía es liquidada en ciertos países; estos países conocen, por tanto, la dictadura del proletariado. El análisis de la Revolución rusa muestra toda la falsedad de la ecuación

Socialismo = liquidación de la burguesía.

Es cierto que actualmente no disponemos de un análisis suficiente de la evolución del capitalismo: el estudio de la Revolución rusa no será verdaderamente posible más que cuando dispongamos de elementos suficientes para comprender el papel de la burocracia en un país en el que ni la burguesía ni

el proletariado podían tomar la dirección de la sociedad. En particular, habría que intentar responder a la pregunta que hemos esbozado a propósito de octubre de 1917: ¿en qué responde la formación de la burocracia a una necesidad de la evolución del capitalismo en Rusia? (evolución totalmente diferente de la de Francia, Alemania... donde imperan las mismas relaciones de producción que en Rusia pero donde

1. la combinación de los modos de producción
2. las superestructuras
3. la naturaleza de la clase dominante son diferentes).

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Se habrá observado que nuestro estudio gira en torno a un punto central: el de la dirección de la economía rusa entre 1917 y 1923; pues el análisis histórico de este período muestra bien cómo se ha constituido un grupo dirigente que juega un papel bien preciso: administrar la sociedad. Hemos señalado las dos características fundamentales del pensamiento de Lenin sobre este asunto: se puede considerar que los escritos de Lenin son una buena expresión del nivel de conciencia alcanzado por la gran mayoría de los revolucionarios rusos sobre esta materia. De un lado, Lenin simplificaba el problema (Cf. las 4 reglas de aritmética), y de otro, consideraba que a Rusia debía administrarla un grupo de dirigentes; es cierto que denunció las consecuencias nefastas de la administración de Rusia por un pequeño número, pero jamás llegó al meollo del problema.

"De palabra, el Estado soviético está al alcance de todos los trabajadores; en la realidad – ninguno de nosotros lo ignora – no está al alcance de todos ellos, lejos de eso" (VIII Congreso) (Tomo 29 de la edición rusa en francés, 177).

"...Los soviets que, según su programa, son órganos del gobierno *por* los trabajadores, son en realidad órganos de gobierno *para* los trabajadores, ejercido por la capa avanzada del proletariado y no por las masas trabajadoras." (Ídem.)

Lenin consideró hasta el final que este Estado, aunque no estuviese dirigido por los trabajadores, seguía siendo el Estado de los trabajadores; el análisis de la Revolución rusa muestra, por el contrario, que al confiar a un grupo de "administradores" la tarea específica de gestionar la producción, los trabajadores han perdido por ahí mismo toda esperanza de control sobre los medios de producción; la separación del trabajo productivo y los medios de producción tuvo como consecuencia una sociedad de explotación basada en las relaciones de producción capitalistas. Si el Estado no está "al alcance" de la masa de los trabajadores, por ahí mismo pierde su carácter "soviético". La pregunta: ¿quién gestiona la sociedad después del derrocamiento de la burguesía? aparece como la base de toda reflexión sobre la construcción del socialismo. Es imposible recoger el punto de vista de Trotsky: "La dictadura del proletariado se traduce en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, en la dominación de la voluntad colectiva de las masas sobre todo el mecanismo soviético, y no en la forma de dirección de las diversas empresas." (*Terrorismo y comunismo*, ya citado, 243.) No puede haber "dominación de la voluntad colectiva de las masas" más que si estas mismas masas, y no únicamente sus "representantes", dirigen las "diversas empresas".

Los trabajadores rusos habían creado ciertamente los órganos que habrían podido asegurar la dirección de la sociedad *por* los trabajadores mismos, pero los soviets pasaron poco a poco bajo la dirección de los bolcheviques-funcionarios, y se constituyó un aparato de Estado cortado de las masas. El movimiento obrero ruso no consiguió crear un nuevo aparato de Estado con cuya ayuda habría dirigido Rusia; esta tarea fue asumida, por tanto, por un grupo cuyo papel específico fue éste. La burocracia organizó el trabajo de las masas en el país que administraba. El fracaso de la Revolución rusa nos impone reflexionar más profundamente sobre la naturaleza y los problemas de un Estado obrero.

"Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento de opresión de la clase obrera, y el Estado socialista un

instrumento de opresión de la burguesía (Cf. *El infantilismo de "izquierda"y el espíritu pequeño-burgués*). Este último sería simplemente el Estado capitalista puesto en cierta manera con la cabeza boca abajo. Esta concepción simplista olvida lo esencial: la dominación de clase de la burguesía no necesitaba de una instrucción y educación políticas de toda la masa del pueblo o, al menos, no más allá de ciertos límites muy estrechos. Para la dictadura del proletariado, aquellas son los elementos vitales sin los cuales no puede existir." (*La Revolución rusa*, Maspéro, París, 1964, 61.)

Estas líneas, escritas en 1918 por Rosa Luxemburgo, plantean el problema de modo mucho más preciso que los textos de Lenin; sin duda, éste mencionó frecuentemente el "bajo nivel cultural" de las masas rusas, pero no vio todo lo que este atraso implicaba. Si los obreros rusos, incapaces de tomar en sus manos la producción, la confían a administradores, estos nuevos dirigentes no pueden más que convertirse en una nueva clase explotadora. El problema central está sin duda ahí, como decía Osinsky en la misma época: "El socialismo y la organización socialista deben ser puestos en marcha por el proletariado mismo o bien no lo serán en absoluto y en su lugar aparecerá otra cosa: el capitalismo de Estado." (En *Communist*, ya citado.)

La lucha de los obreros rusos entre 1917 y 1923 ilustra a la vez sus esfuerzos para poner en marcha el socialismo y su incapacidad para alcanzar este fin; después de la experiencia de este fracaso debemos dar un contenido bien preciso a la expresión "toma del poder". La toma del poder por las masas no significa sólo lucha contra los intentos de la burguesía para recuperar lo que ha perdido; implica ante todo que la gran mayoría de la clase obrera aprenda podo a poco a gestionar la sociedad y que se organice en este sentido. Esta necesidad nos obliga también a reflexionar sobre la concepción corriente de la dictadura del proletariado.

El esquema difundido ampliamente por el movimiento comunista oficial es muy simple: la vanguardia de los trabajadores, los obreros y los campesinos pobres más

conscientes, son “miembros *del* partido; por tanto, es normal que *“el”* partido dirija la sociedad surgida de la toma del poder.

“El partido, por así decir, personifica la vanguardia del proletariado. Esta vanguardia realiza la dictadura del proletariado; y si no nos basamos en los sindicatos, que realizan esta dictadura, es imposible dar una realidad cualquiera a las funciones gubernamentales. Estas se realizan a través de una serie de instituciones de nuevo tipo, es decir, por el aparato de los soviets.” (XXVI, 64.)

“¡Sí, la dictadura de un partido! Defendemos este principio y no podemos abandonarlo pues es el partido el que, en el curso de varias decenas de años, ha conquistado para sí la posición de vanguardia de todo el proletariado de fábrica e industrial.” (XXIV, 423.)

“...la dictadura de la clase obrera es aplicada por el partido bolchevique que desde 1905 o incluso antes se ha encontrado unido a todo el proletariado revolucionario” (ídem, 436.)

Cuando los grupos de izquierda en Alemania y Países Bajos se pronunciaron *por la dictadura de la clase obrera y no por la del partido*, Lenin eludió su crítica en la *Enfermedad Infantil.* Todo intento tendente a distinguir la dominación de la clase obrera de la del partido que la “representa” y la “defiende” era para él la señal de “una increíble e inextricable confusión de pensamiento” (XXV, 188.)

Las observaciones de Rosa Luxemburgo no serían refutadas:

“...esta dictadura debe ser obra *de la clase* y no de una pequeña minoría dirigente en nombre de la clase; dicho de otro modo, debe provenir paulatinamente de la participación activa de las masas, quedar bajo su influencia inmediata, ser sometida al control de todo el público, ser producto de la educación política creciente de las masas populares” (ya citado, 69)[2].

---

[2] Un ejemplo muy característico de la posición corriente sobre esta cuestión se encuentra en *Observaciones críticas sobre “La Revolución rusa”* de R. Luxemburgo, en las que Lukacs afirma, sin ni siquiera

Toda la experiencia de la Revolución rusa muestra que la concepción de Lenin, utilizada por el estalinismo y hoy difundida universalmente, es radicalmente falsa: los antiguos obreros convertidos en dirigentes del Estado se cortan de las masas y se unen a algunos miembros de la antigua clase dirigente para formar una clase dominante. La vida democrática del partido no puede sobrevivir a la asfixia de la democracia obrera en el país; como preveía Preobrayensky en mayo de 1918 en el número 4 de *Communist*, "el partido deberá decidir pronto en qué grado la dictadura de algunos individuos se extenderá desde los ferrocarriles y otras ramas de la economía al Partido mismo". La evolución de la sociedad rusa confirma la tesis de Rosa Luxemburgo para quien la dictadura de la clase obrera no puede existir más que bajo la forma de democracia obrera: la dictadura del proletariado y la democracia proletaria no son más que una y misma cosa.

Esperamos que este texto haya ayudado a hacer que se tome conciencia del problema revelado desde el siglo XIX por la Comuna y que la experiencia de los últimos cincuenta años ha demostrado que constituía el problema central del movimiento obrero: ¿de qué modo los trabajadores, que no tienen como arma más que la organización, pueden derrocar el antiguo orden social e instaurar su dirección sobre la sociedad haciendo participar progresivamente en su gestión a las más amplias masas? Tal es ciertamente la enseñanza de la Revolución rusa y sólo intentando aportar una respuesta podemos rendir homenaje a los trabajadores que, desde el golfo de Finlandia a los confines de Ucrania, lucharon hace cincuenta años intentando crear una sociedad dirigida *por* y *para* los trabajadores. (Septiembre de 1967.)

---

esbozar una demostración, que esta distinción es falsa (*Historia y Conciencia de clase*, Ed. de Minuit, 1960, 329).

CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA IDEOLOGÍA DE ULTRA-IZQUIERDA (LENINISMO Y ULTRA-IZQUIERDA)

INTRODUCCIÓN

El mérito inestimable de la Izquierda Alemana y de la constelación de grupúsculos de la ultra izquierda ha sido insistir machaconamente en la supremacía de la espontaneidad obrera. El potencial del comunismo estriba en la experiencia proletaria y nada más. Sobre esta base, la ultra izquierda siempre ha apelado a la esencia del proletariado para combatir sus numerosas formas de existencia erradas. Entre las décadas de 1920 y 1970, adoptó una postura contraria a cualquier instancia intermedia, ya fuera el Estado, el partido, el sindicato, grupos escindidos o sindicatos anarquistas, entre otros. Si Lenin puede resumirse en una palabra: "partido", una sola frase define a la ultra izquierda: **los propios obreros**... De acuerdo, pero queda pendiente una cuestión: ¿a qué "identidad" obrera nos referimos?

Este asunto debe abordarse, tanto más cuanto que el comunismo de consejos, por medio de la Internacional Situacionista, ha ejercido considerable influencia.

La versión francesa de este texto tiene su origen en un grupo de raíces ultra izquierdistas, pero que acabó cuestionándolas. Se remitió un primer borrador a una convención organizada por ICO (Informations Correspondance Ouvrière), celebrada en las cercanías de París en junio de 1969[1]. El objetivo de la versión inglesa ampliada era iniciar un debate con Paul Mattick.

*

* *

> "No es sólo en sus respuestas, sino en las preguntas mismas donde había engaño."
>
> K. Marx
> (*La Ideología alemana*)

[1] ICO existe ahora como Echanges et Mouvements.

No cabe ninguna duda de que uno de los fines esenciales de la reunión organizada por I.C.O. será "coordinar" la actividad de diversos grupos de ultra-izquierda existentes en Francia y en el mundo. Pero de entrada se plantea una cuestión: ¿qué actividad? No se puede coordinar sino trabajos que van en el mismo sentido, que giran en torno a las mismas preocupaciones, lo que no implica, por supuesto, un acuerdo teórico total, pero en cualquier caso supone una discusión; y esta discusión no puede tratar más que del *fondo*. Razón por la cual nosotros proponemos, en preparación de esta reunión, una contribución teórica que atañe a dos puntos esenciales y ligados estrechamente (y que, en realidad, no forman más que uno): el problema llamado de "la organización" y el problema del contenido del socialismo. En resumidas cuentas, el medio y el fin del movimiento revolucionario. La corriente de ultra-izquierda (líneas más adelante indicaremos lo que entendemos por ella) se ha pronunciado y definido sobre estos dos puntos. Quisiéramos reflexionar aquí sobre las soluciones que propone.

Muy lejos de distanciarnos del trabajo concreto, nuestra iniciativa es, a nuestro parecer, la única manera de permitir una "coordinación" real del trabajo de los diferentes grupos de ultra-izquierda presentes en las reuniones nacional e internacional. Todos los ultra-izquierdistas para los que la actividad revolucionaria es realmente un problema práctico, no pueden más que plantearse el problema teórico de la orientación de su trabajo.

Está claro que nuestra crítica deberá ser, entre otras cosas, *histórica*: ante todo, no queremos oponer ideas a otras ideas, sino situar históricamente las concepciones que examinamos. Esto está tanto más justificado cuanto que las concepciones en cuestión se definen por una referencia constante a un pasado bien preciso y a teorías surgidas de un cierto período de la historia del movimiento obrero.

I.– LA CORRIENTE DE ULTRA-IZQUIERDA

¿Qué es, de hecho, la corriente de ultra-izquierda? El producto, y uno de los aspectos, del movimiento revolucionario que siguió a la Primera Guerra mundial y sacudió a la Europa capitalista, sin destruirla, desde 1917 a 1921-1923. Las ideas de ultra-izquierda tienen sus raíces en esta corriente de los años 1920 que, a su vez, expresaba la lucha de decenas de miles de obreros revolucionarios en Europa. Se trata, ante todo, de un movimiento minoritario que se oponía a la orientación general del movimiento revolucionario mundial. El término mismo es significativo: está la derecha (los social-patriotas Ebert, Longuet...) el centro (Kautsky, la mayoría del P.C.F.), la izquierda (Lenin y la Internacional Comunista) y los de ultra-izquierda. La corriente de ultra-izquierda se define, por tanto, en primer lugar como oposicionista: oposición en el seno del K.P.D., de la I.C. Este movimiento minoritario se afirma oponiéndose a la mayoría de la I.C., a las tesis que triunfan en el movimiento comunista internacional, es decir, al leninismo. La corriente de ultra-izquierda saca su fuerza ante todo del movimiento revolucionario en Alemania y en los Países Bajos; los apoyos que tiene en Francia y en Gran Bretaña son de poco peso[2]. (Dejamos deliberadamente aparte la izquierda italiana, el "bordiguismo", que no incluimos en la ultra-izquierda y que examinaremos más adelante. En cierta manera tomamos como "criterio" de ultra-izquierda *la oposición comunista de izquierda al leninismo en su conjunto, en tanto que teoría y práctica.*)

Un estudio del movimiento de ultra-izquierda muestra que dista mucho de ser monolítico (ver el folleto de I.C.O. sobre el movimiento de los consejos en Alemania). Por otra parte, sus diferentes tendencias evolucionaron según los años y

---

[2] Cf. la obra a aparecer de Denis Authier sobre el movimiento comunista en Alemania de 1914 a 1921

las circunstancias: por ejemplo, la Respuesta a Lenin de Gorter desarrolla una concepción del partido que lo esencial de la corriente del "socialismo de los consejos" no adopta. Sobre los dos puntos fundamentales ("la organización" y el contenido del socialismo), no estudiaremos, pues, más que las ideas conservadas por el desarrollo ulterior de esta corriente y, por tanto, por los grupos de ultra-izquierda actuales, de los que I.C.O. ofrece, sin duda, uno de los mejores ejemplos.

Las concepciones de ultra-izquierda en materia de organización son el producto, a la vez, de una experiencia práctica (sobre todo, las luchas obreras en Alemania) y de una crítica teórica (la crítica del leninismo). Se sabe que, para Lenin, el movimiento obrero no puede ser revolucionario por sí mismo: se necesita un partido que le aporte la "conciencia de clase", la "conciencia socialista". El problema revolucionario central consiste en forjar una "dirección" capaz de llevar los obreros a la victoria. Esforzándose en teorizar la experiencia de las organizaciones de fábrica en Alemania, los ultra-izquierdistas opusieron a la teoría leninista la concepción según la cual la clase obrera no tiene ninguna necesidad de ser dirigida por un partido para ser revolucionaria. La revolución sería obra de las masas organizadas en consejos obreros y no de un proletariado guiado y controlado por revolucionarios profesionales. El K.A.P.D.[3], cuya actividad teoriza Gorter en su

[3] Ver *El movimiento de los consejos en Alemania* publicado por I.C.O. y los documentos contenidos en el número 7 de *Invariance* (sobre todo, *El K.A.P.D. en el tercer congreso mundial* (1921) p. 81-94 y sobre el I.C.O. – en alemán, K.A.I. – p. 94-102). K.A.P.D.: Partido Comunista Obrero Alemán. Fue el resultado de la exclusión de 60.000 "izquierdistas" del Partido Comunista Alemán (K.P.D.) (100.000 miembros en total). Se oponía resueltamente a la dirección leninista-luxemburguista del K.P.D. preconizando: 1º el absentismo sistemático en las elecciones en la nueva fase del capitalismo, en que el parlamentarismo ya no tiene ningún papel y languidece más o menos rápidamente; 2º la destrucción de los sindicatos, órganos del "parlamentarismo económico". Por lo demás, estaban a fondo por la creación de la III Internacional, mientras que la derecha del K.P.D. la juzgaba prematura. La evolución de Rusia les llevó desde 1921 a

Respuesta a Lenin[4], concebía aún su papel como el de una vanguardia organizada fuera de las masas que tenía como función esclarecerlas y no dirigirlas, como en la teoría leninista. Pero esta concepción estaba superada, a su vez, por ciertos ultra-izquierdistas opuestos a la dualidad partido-organización de fábrica: los revolucionarios no tenían que intentar agruparse en organizaciones especiales distintas de las masas. Esta tesis condujo a la creación en 1920 de la A.A.U.D.-E[5] que reprochaba a la A.A.U.D. ser "la organización de masas" del K.A.P.D. El comunismo de los consejos y, en primer lugar, su teórico más brillante, Pannekoek[6], debía mantener las ideas de la A.A.U.D.-E.; sobre esta concepción se basa igualmente el trabajo de I.C.O.: cualquier agrupamiento de revolucionarios fuera de los órganos creados por los obreros mismos, y que

---

hacer la crítica de la sociedad y del Estado rusos (capitalismo administrado por una burocracia) y, por tanto, la crítica de la III Internacional, convertida en uno de los instrumentos de la política exterior de *Rusia*. Con grupos de otros países, el K.A.P.D. constituyó una efímera *Internacional Comunista Obrera*. Cf. a este respecto la declaración de Trotsky contra esta IV Internacional en el nº 11 de la I.S.

[4] Reeditada en francés en 1969. En venta en la librería La Vieille Taupe, 1, rue des Fossés-Saint-Jacques, París, 5º.

[5] La Unión Obrera General de Alemania (A.A.U.D.) agrupaba a los obreros revolucionarios de las organizaciones de fábrica. La A.A.U.D.-E, la "Unión General de los Obreros de Alemania – Organización Unitaria", surgida de una escisión de la A.A.U.D. El calificativo *Unitaria* expresaba el rechazo de la distinción entre organización política (partido) y organización económica (sindicatos, consejos) del proletariado

[6] Compañero de Herman Gorter, Anton Pannekoek escribió *Worker's councils*, que sintetiza de alguna manera las ideas "consejistas"; extractos importantes de éste han sido publicados en los *cahiers du Socialisme de Conseils.* Pannekoek ha escrito también *Lenin filósofo (Cuadernos Spartacus)* donde demuestra que el materialismo de Lenin se sitúa en el terreno del materialismo burgués. Acaba de aparecer una antología de los textos de Pannekoek en E.D.I., realizada por Bricianer.

intenta darse una línea y formular una teoría coherente y global, no puede finalmente más que constituirse en dirección de los obreros. Por tanto, los revolucionarios sólo hacen circular informaciones, establecen contactos, pero jamás intentan, en tanto que grupo, elaborar una teoría y una orientación de conjunto.

El contenido del socialismo también ha sido concebido a partir de la experiencia proletaria de aquella época y de la crítica del leninismo. Los ultra-izquierdistas veían en Alemania y en Rusia el desarrollo prodigioso de los consejos de fábricas, de los consejos obreros. En Alemania, los consejos permanecieron bajo la dominación política de los reformistas. En Rusia, las tareas que pudieron cumplir se limitaron al control obrero (1917 y comienzos de 1918) y el movimiento fue liquidado enseguida. Los bolcheviques, decía Lenin, deben administrar Rusia. Poco a poco se formó un aparato burocrático para gestionar la economía rusa. Los ultra-izquierdistas denunciaron esta caricatura del socialismo y establecieron lo que debía quedar como su tesis fundamental en la materia: el socialismo no es la gestión de la sociedad por una minoría de "administradores", sino por las masas obreras organizadas en consejos. El socialismo es la gestión obrera. Esta concepción ha permanecido en el centro de las ideas de ultra-izquierda. De este modo la crítica del partido se liga a la crítica del "socialismo" ruso. Al partido, instrumento de la toma del poder y de la gestión de la sociedad socialista, los ultra-izquierdistas lo substituyeron por los consejos obreros.

Sobre estos dos puntos la corriente de ultra-izquierda se ha basado en los años 1920 a partir de una crítica del leninismo. Nos podemos preguntar si esta crítica no ha sido, al igual que aquello que criticaba, producto de una época; y si no llevó la marca de los límites de aquella época. ¿Ha analizado la corriente de ultra-izquierda el leninismo con profundidad? ¿O bien no ha hecho más que llevar la opinión contraria sin llegar verdaderamente a sus raíces?

II. - EL PROBLEMA DE "LA ORGANIZACIÓN"

El punto de partida metodológico de la teoría leninista del partido es una distinción que se encuentra en todos los grandes teóricos socialistas de la época: Según esta distinción, el "movimiento obrero" y el "socialismo" (es decir, las ideas, la doctrina, el marxismo, el socialismo científico, etc. – se puede llamar a esto de distintas maneras) son dos cosas radicalmente diferentes y *separadas*. Están los obreros y sus luchas económicas; está el socialismo, los revolucionarios. Hay, dice Lenin siguiendo a Kautsky[7], que "introducir" las ideas revolucionarias en el ambiente obrero. Movimiento obrero y movimiento revolucionario están cortados el uno del otro. Hay que unirlos, asegurar la dirección de los obreros por los revolucionarios profesionales. Para hacer esto, los revolucionarios se agrupan separadamente e intervienen desde *el exterior* en el movimiento obrero. El análisis de Lenin colocando a los revolucionarios fuera del movimiento obrero se basa en una constatación aparentemente evidente: los revolucionarios parecen estar en un mundo totalmente diferente de aquel en que se desarrolla la vida cotidiana de los obreros. Ahora bien, Lenin no hace más que apoyarse en esta apariencia, sin ir al fondo de las cosas: el movimiento revolucionario, la dinámica que lleva hacia el comunismo, es producido por la sociedad capitalista. Es partiendo de ahí como Marx había elaborado su concepción del partido. El término *partido* retorna con frecuencia a la pluma de Marx; hay que distinguir entre los principios que enuncia y los análisis de coyuntura sobre la

---

[7] Ver *Las tres fuentes del marxismo* (Cuadernos Spartacus), y los comentarios de P. Guillaume y J. Barrot. Sobre los comienzos del movimiento obrero ruso y el nacimiento del leninismo, ver el prefacio de Denis Authier a Trotsky, *Informe de la delegación siberiana,* Spartacus, 1970 (Publicado en español en 2002 por Ediciones Espartaco Internacional, N. d. T.)

evolución del movimiento obrero de su época. No cabe ninguna duda que algunos de estos análisis eran falsos (por ejemplo, sobre los sindicatos). Por otro lado, no hay un texto de Marx en el que afirme: he aquí lo que pienso sobre el partido, sino un gran número de observaciones dispersas a través de toda su obra. Por tanto, los exegetas pueden pasarlo en grande; sin embargo, nos parece que de todos estos textos se desprende claramente un punto de vista global. La sociedad capitalista produce por sí misma un partido comunista, que no es más que la organización del movimiento objetivo (es decir, independiente de la "conciencia" en el sentido de Kautsky y Lenin) que empuja a esta sociedad hacia el comunismo (más adelante veremos qué es y, en todo caso, qué no es el comunismo). En período de paz social, el equilibrio de la sociedad permanece estable, los elementos del sistema se sostienen y no es posible ninguna ruptura. En estas condiciones, el movimiento revolucionario queda reducido a algunos aspectos limitados e, incluso, irrisorios a primera vista: algunas luchas obreras que van lo bastante lejos como para poner en tela de juicio algunos fundamentos del orden establecido (por ejemplo, en nuestros días, el cuestionamiento de los sindicatos); igualmente, revueltas brutales que con frecuencia no provienen de los obreros sino de algunas capas del campesinado o incluso, hoy, de los estudiantes, aunque estas revueltas no jueguen más que el papel que la situación general de la sociedad les da en ese momento; finalmente, pequeños grupos, e incluso individuos aislados, lo que se llama los "revolucionarios". En estos momentos nos encontramos en una situación semejante. Pero no hay, de un lado, los "obreros", del otro, los "revolucionarios"; o más bien, si los revolucionarios parecen cortados del proletariado es precisamente porque el "proletariado" no puede afirmarse y erigirse en clase dominante. Lenin ve el proletariado reformista y se pregunta cómo podrá hacerse revolucionario. Su respuesta es simple: el proletariado no hará la revolución más que si se le aporta la conciencia de clase. Lenin cava, pues, entre reforma y revolución un foso tal que los obreros no pueden franquearlo *solos*. La definición revolucionaria del

proletariado, tal como se desprende y se impone a Marx hacia la mitad del siglo XIX, tras varias decenas de años de luchas obreras, está basada, por el contrario, en la *coacción histórica*. Cuando la situación no permite destruir las relaciones de producción capitalistas, el proletariado es constreñido a vender su fuerza de trabajo; al pedir aumentos de salario intenta, por ahí mismo, lo quiera o no, modificar las relaciones de distribución. Cuando aparece una situación revolucionaria, el proletariado ataca las relaciones de producción. Por tanto, jamás desaparece de la escena de la historia: la lucha de clases reviste formas diferentes según el período y lo obliga a ser reformista o revolucionario. Por esta razón, el revolucionario se interesa ante todo no en lo que tal o cual proletario, o incluso el proletariado entero, se representa como fin, sino en lo que el proletariado estará obligado históricamente a hacer. Se trata de comprender un proceso histórico y no de paralizarlo aislando uno de sus elementos (ver lo que escribimos más adelante sobre la dinámica del capitalismo)[8].

De hecho, todo movimiento revolucionario corresponde a la sociedad de la que ha surgido y a aquella que va a instaurar: el movimiento comunista, el partido en el sentido de Marx, refleja en especial la división trabajo manual / trabajo intelectual. Esta división no la "escoge" él; la base sobre la que se desarrolla (el capitalismo) se la impone. En período de paz social, hay obreros revolucionarios aislados en sus fábricas y que hacen lo que pueden en el plano de las luchas cotidianas, de la crítica del capitalismo y de las instituciones que lo sostienen en el ambiente obrero (sindicatos, partidos "obreros" reformistas). Por lo general, obtienen pocos resultados, lo que es completamente normal. Y, por otro lado, hay revolucionarios (obreros y no obreros) que leen y escriben y hacen lo que pueden para difundir su trabajo teórico: generalmente también obtienen pocos resultados, lo que también es igualmente

---

[8] Cf. Marx, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas,* en Rubel, *Páginas escogidas para una ética socialista*, Rivière, 1947, p. 205.

normal. Lenin querría que los "teóricos" dirigiesen a los "obreros"; I.C.O. lo rechaza enérgicamente y de ello concluye que es necesario evitar todo trabajo teórico colectivo. Pero el problema está en otro sitio: revolucionarios "obreros" y revolucionarios "teóricos" no son más que dos aspectos de un mismo proceso. Al creer ver en ello una ruptura profunda, Lenin no hacía más que tomar la apariencia por la realidad. Pero I.C.O. no hace más que invertir el error de Lenin, sin ver que esta pretendida separación no es más que una ilusión, como, por lo demás, lo demuestra el advenimiento de un período algo revolucionario. ¿Qué hemos visto en mayo-junio de 1968? Cierto número de comunistas "ultra-izquierdistas" que, antes como después de estos acontecimientos, consagraban y consagran lo esencial de su actividad revolucionaria a una crítica teórica de la sociedad capitalista, han trabajado con una minoría obrera revolucionaria. No han venido a ligarse ni a unirse a los trabajadores. No estaban antes más separados de los obreros de lo que cada obrero lo está de los otros obreros en la situación de atomización de la clase obrera que caracteriza a todo período no revolucionario (como se ha demostrado con frecuencia, los sindicatos no disminuyen sino que refuerzan esta atomización). Marx no estaba más separado de los obreros escribiendo *El Capital* que actuando en la Liga de los Comunistas y en la Internacional: al trabajar dentro de estos grupos no tenía ni la necesidad imperiosa (como Lenin), ni el miedo (como I.C.O.) de constituirse en dirección de la clase obrera.

La concepción marxista del partido como producto histórico de la sociedad capitalista, que reviste diferentes formas según las fases que atraviesa esta sociedad, permite superar el dilema necesidad del partido / temor del partido. El partido, para Marx, no es más que la organización espontánea (es decir, totalmente determinada por la evolución social) del movimiento revolucionario surgido del capitalismo. El partido surge espontáneamente del suelo histórico de la sociedad moderna. *La voluntad y el temor de "crear" el partido son tan ilusorios el uno como el otro.* El partido no tiene que ser creado

ni dejar de serlo: es puro producto histórico. El revolucionario no tiene, pues, necesidad ni de construir el partido ni de temer construirlo. En un instante veremos las consecuencias prácticas de este punto de vista. Examinemos primeramente un argumento empleado con frecuencia por los ultra-izquierdistas.

Hay que guardarse, dicen, de constituir un partido: ved lo que ha pasado en Rusia después del '17. ¡Veamos, precisamente! La revolución ha sido realizada por el partido en el sentido de Marx; en cuanto al partido que Lenin había querido construir desde *¿Qué hacer?*, jugó permanentemente un papel de freno entre febrero y julio. Lenin mismo no fue revolucionario en 1917 más que porque rechazó *¿Qué hacer? en la práctica.* A continuación, la debilidad del proletariado ruso y la ausencia de revolución en Europa obligaron a la revolución rusa a realizar exclusivamente las tareas de la revolución burguesa imposible. El partido bolchevique aseguró la dirección del país y la teoría leninista del partido cortado de las masas, "vanguardia consciente", que posee el saber y... la conciencia, sirvió de poderosa tapadera ideológica a la burguesía de Estado. Los ultra-izquierdistas han tomado esta ideología por el fondo del problema: no hace falta partido, dicen, sin lo cual se acaba en lo que ha ocurrido en Rusia. Verdaderamente, no es el partido de Lenin el que ha traído la derrota de la revolución rusa; es la ausencia de revolución mundial la única que ha podido dar al partido de Lenin el aliento que había perdido entre febrero y octubre. Pues hay que distinguir entre el partido en el sentido de Marx y el partido bolchevique. Se cree que es el partido bolchevique el que ha hecho la revolución de octubre del '17. Es falso. El partido bolchevique, el partido que Lenin había intentado construir desde hacía más de quince años, la "dirección" de las masas, la "vanguardia", había sido puesta, como tal, fuera de juego por el ímpetu de las masas organizadas (a las que se unieron desde el principio numerosos bolcheviques). Es únicamente la debilidad de la revolución la que le ha entregado a continuación, casi inmediatamente después de octubre, todo el poder. Entonces, el aparato centralizado del partido bolchevique ha podido dirigir a

las masas y organizar la vida de la sociedad rusa. Los ultra-izquierdistas no comprendieron esta distinción y se acabó en el rechazo puro y simple de toda actividad coherente colectiva (I.C.O.). Se contentan con adoptar una postura simétrica a la de Lenin. Lenin había querido construir un partido; los ultra-izquierdistas se negaban a ello. Por o contra un partido: la ultra-izquierda no hacía más que aportar una respuesta diferente a una misma cuestión falsa. Para nosotros, no basta con *invertir* la óptica de Lenin, hay que *abandonarla.*

En el plano de la actividad, I.C.O. ha adoptado igualmente una posición exactamente simétrica a la de Lenin. Los grupos leninistas modernos (Lutte Ouvrière, por ejemplo) intentan a toda costa organizar a los obreros. I.C.O. se contenta con hacer circular informaciones, sin tomar jamás posición colectivamente sobre un problema. Este análisis aparecido en el nº 11 de la *Internacional Situacionista* sobre I.C.O. nos parece justo (lo que, por supuesto, no significa que aceptemos el conjunto de la teoría y de la práctica situacionistas):

"Tenemos muchos puntos de acuerdo con ellos (los compañeros de I.C.O.) y una oposición fundamental: nosotros creemos en la necesidad de formular una crítica teórica precisa de la actual sociedad de explotación. Consideramos que una tal formulación teórica no puede ser producida más que por una colectividad organizada; e, inversamente, pensamos que toda ligazón permanente organizada actualmente entre los trabajadores debe tender a descubrir una base teórica general de su acción. Lo que la "Miseria en el ambiente estudiantil" llamaba la opción a la *inexistencia*, hecha por I.C.O. en este dominio, no significa que pensásemos que los compañeros de I.C.O. careciesen de ideas, o de conocimientos teóricos, sino que, por el contrario, al poner entre paréntesis estas ideas, que son diversas, pierden más de lo que ganan en capacidad de unificación (lo que, en el fondo, tiene la máxima importancia práctica)." (p. 63).

Pronto precisaremos más qué tareas revolucionarias emprendemos.

III. – EL CONTENIDO DEL SOCIALISMO

La revolución rusa debió desempeñar la tarea de desarrollar el capitalismo en Rusia. Gestionar la economía de la mejor manera posible se convirtió en la consigna principal. Se consagró a formar un cuerpo de administradores eficaces a partir de los cuadros del partido y de antiguos "especialistas" burgueses. Los ultra-izquierdistas llegaron a la conclusión de que esta gestión por una minoría situada por encima de la clase obrera no podía ser el socialismo: a la gestión burocrática, opusieron la gestión obrera. De este modo se desembocó en una ideología ultra-izquierdista coherente, cuyo centro lo forman los consejos obreros: los consejos, instrumentos de lucha, de toma de poder y de administración de la sociedad futura ocupan, por ejemplo en el libro de Pannekoek *Los consejos obreros*, el lugar central reservado al partido en el caso de Lenin. De hecho, esta concepción nos obliga a reflexionar sobre lo que es verdaderamente la sociedad capitalista, pues antes de saber qué es el socialismo es necesario saber a qué se opone. La teoría de la gestión obrera nos presenta ante todo al capitalismo como un modo de gestión: lo importante es que la economía es dirigida por una minoría de capitalistas y no por las masas obreras. Substituyamos, pues, los patronos por los obreros[9].

Pero el capitalismo, ¿es ante todo un modo de gestión? La crítica revolucionaria del capitalismo emprendida por Marx no pone en primer plano la cuestión de saber quién gestiona el capital. Al contrario: Marx nos muestra a los capitalistas como simple función del capital; dice incluso que el patrón no es más que el funcionario del capitalismo: "el capitalista no es más que el funcionamiento del capital, y el

[9] Cf. *I.C.O.* nº 101, "Fundamentos de la economía comunista" y P. Mattick: *Marx y Keynes*, Gallimard, 1972.

obrero, el de la fuerza de trabajo". Los planificadores rusos, bien lejos de "dirigir" la economía, son, por el contrario, dirigidos por ella, y todo el desarrollo de la economía rusa sigue las leyes objetivas de la acumulación capitalista. En una palabra, el "gestor" está al servicio de relaciones de producción precisas y coercitivas. *El capitalismo no es un MODO DE GESTIÓN, SINO UN MODO DE PRODUCCIÓN BASADO EN RELACIONES DE PRODUCCIÓN*. Son estas relaciones las que hay que destruir si se quiere abatir el capitalismo. El análisis revolucionario del capitalismo pone en primer plano el papel del capital, cuyas leyes objetivas no pueden dejar de respetar sus "dirigentes", tanto en la U.R.S.S. como en los U.S.A.

IV. – LA LEY DEL VALOR

El capitalismo se basa en el intercambio: en primera instancia se define a sí mismo como "una inmensa acumulación de mercancías". Pero aunque no podría existir sin intercambio, el capitalismo no consiste simplemente en la producción de mercancías: crece y se desarrolla aunque para ello tenga que luchar contra la producción de mercancías simple. El capital se basa fundamentalmente en un tipo particular de intercambio, el que se produce entre el trabajo vivo y el trabajo acumulado. La diferencia entre Marx y los economistas clásicos estriba sobre todo en la creación, por parte de Marx, del concepto de *fuerza de trabajo*: este concepto desvela el secreto de la plusvalía, ya que en él se establece la diferencia entre trabajo necesario y plustrabajo.

¿Cómo se confrontan entre sí las mercancías? ¿Cuál es el mecanismo que permite determinar que la cantidad x de A tiene el mismo valor que la cantidad y de B? Marx no trata de buscar la explicación de xA = yB en la naturaleza concreta de A y B, ni en sus respectivas cualidades, sino en una relación cuantitativa: A y B pueden intercambiarse únicamente en la proporción xA = yB porque contienen una cantidad de "algo

común” a ambas. Si eliminamos la naturaleza concreta y útil de A y B, conservan una sola cosa en común: ambas son “productos del trabajo”. A y B son intercambiadas en proporciones determinadas por las respectivas cantidades de trabajo invertido en ellas. Las cantidades de trabajo se miden por su duración. El concepto de *tiempo de trabajo socialmente necesario*, explicado más a fondo en ulteriores análisis, es una abstracción: no puede calcularse lo que una hora de trabajo socialmente necesario representa en una sociedad determinada. Pero la distinción entre trabajo abstracto y trabajo concreto permite a Marx comprender el mecanismo de intercambio y analizar una de sus manifestaciones concretas: el sistema salarial.

“Los mejores elementos de mi libro son: 1) *la naturaleza dual del trabajo*, según se exprese como valor de uso o como valor de cambio (sólo a la luz de este aspecto pueden entenderse los hechos). Se hace hincapié en ello inmediatamente, en el *primer* capítulo...”[10]

En realidad, el tiempo de trabajo determina toda la organización social de la producción y la distribución. Regula las proporciones en que las fuerzas productivas son utilizadas con fines y en lugares concretos. La ley del valor “se afirma en tanto que determina las proporciones necesarias de trabajo social, no en el sentido general válido para todas las sociedades, sino sólo en el sentido que exige la sociedad capitalista; en otras palabras, establece una distribución proporcional de todo el trabajo social según las necesidades concretas de la producción capitalista.”[11]

Esta es una de las razones por las que no se invierte capital en una fábrica de la India, aunque la producción de esa fábrica sea necesaria para la supervivencia de la población. El capital siempre acude allí donde puede multiplicarse rápidamente. La regulación por el tiempo de trabajo obliga a la sociedad capitalista a desarrollar una producción dada sólo allí

[10] Carta de Marx a Engels, 24 de agosto de 1867.
[11] Paul Mattick, “Valor y socialismo”.

donde el tiempo de trabajo socialmente necesario para esta producción es *como máximo* igual al tiempo medio de trabajo.

Esta es la lógica del capital: valor de cambio determinado por el tiempo medio de trabajo.

V.- LA CONTRADICCIÓN DEL TIEMPO DE TRABAJO

Nos hemos referido al papel central desempeñado por el plustrabajo en la producción de plusvalía. Marx puso de relieve el origen, la función y el límite del plustrabajo.

"...Sólo cuando ya se ha alcanzado un cierto nivel de productividad – con lo cual, una parte del tiempo de producción basta para la producción inmediata – puede emplearse una parte cada vez mayor del tiempo de producción para la producción de medios de producción. A tal efecto, es requisito fundamental que la sociedad espere, y que buena parte de la riqueza ya creada pueda ser desviada tanto del disfrute inmediato como de la producción destinada al disfrute inmediato, al objeto de que se emplee en un trabajo *no directamente productivo* (dentro del proceso mismo de producción material)".[12]

El trabajo asalariado constituye el medio para el desarrollo de las fuerzas productivas.

"La economía real – el ahorro – consiste en el ahorro de tiempo de trabajo (el mínimo [y la minimización] de los costes de producción); pero este ahorro es idéntico al desarrollo de la fuerza productiva".[13]

El trabajo asalariado posibilita la producción de plusvalía mediante la apropiación de plustrabajo por parte del capital. En este sentido, las lamentables condiciones a las que está sometido el trabajador constituyen una necesidad histórica. El trabajador debe verse obligado a suministrar plustrabajo. Así

[12] Marx, *Grundrisse*
[13] Ibíd.

es como las fuerzas productivas desarrollan e incrementan la cuota de plustrabajo cada día laborable:

El capital crea *"una gran cantidad de tiempo disponible...* (es decir, espacio para el pleno desarrollo de las fuerzas productivas del individuo, y por ende, de la sociedad)".[14]

La "existencia antitética"[15] o contradictoria del plustrabajo es indudable:

- crea la riqueza de las naciones
- no entraña más que miseria para los trabajadores que lo suministran.

El capital "es, por tanto, y a pesar de sí mismo, responsable de la creación de los medios de tiempo social libre, a fin de reducir el tiempo de trabajo para toda la sociedad a un mínimo cada vez más pequeño, liberando así el tiempo de cada individuo en aras de su desarrollo personal."[16]

En el comunismo, el tiempo excedente invertido con respecto al tiempo de trabajo necesario perderá el carácter de plustrabajo que los límites históricos de las fuerzas productivas le habían conferido bajo el capitalismo. El tiempo disponible dejará de fundamentarse en la pobreza de la mano de obra. La miseria dejará de ser condición necesaria para la creación de riqueza. Cuando la relación entre trabajo necesario y plustrabajo quede abolida por el aumento de las fuerzas productivas, el tiempo excedente empleado en el trabajo requerido para la existencia material perderá su forma transitoria de plustrabajo.

"El tiempo libre – tanto el que se ocupa ociosamente como el dedicado a las más elevadas actividades – ha transformado de forma natural a su poseedor en un sujeto diferente, el cual entra a continuación en el proceso de producción directa como tal sujeto diferente."[17]

La economía del tiempo de trabajo es una necesidad imperiosa para el progreso de la humanidad: establece las bases

[14] Ibíd.
[15] Ibíd.
[16] Ibíd.
[17] Ibíd.

que hacen posible el capitalismo y, en una fase superior, el comunismo. *El mismo movimiento* impulsa el capitalismo y hace necesario y posible el comunismo.

La ley del valor y la medida por el tiempo medio de trabajo, participan del mismo proceso. La ley del valor expresa el límite del capitalismo y desempeña un papel necesario. En tanto que las fuerzas productivas no hayan alcanzado un alto desarrollo y el trabajo inmediato siga siendo el factor esencial de la producción, la medida por el tiempo medio de trabajo es absolutamente indispensable. Pero con el desarrollo del capital, y muy especialmente del *capital fijo*, "la creación de riqueza efectiva acaba dependiendo no tanto del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo empleado como de la potencia de los agentes que entran en juego durante el tiempo de trabajo, 'potencia' que a su vez no guarda relación con el tiempo de trabajo inmediato invertido en su producción, sino con el estado general de la ciencia y el avance de la técnica, o con la aplicación de esta ciencia a la producción."[18]

La miseria del proletariado ha sido la condición que ha propiciado un considerable crecimiento del capital fijo, en el que todos los conocimientos científicos y técnicos de la humanidad han quedado "fijados". La automatización, cuyas consecuencias empiezan a ponerse de manifiesto, no es sino una etapa de este desarrollo. Sin embargo, el capital continúa regulando la producción ciñéndose a la unidad de medida de tiempo medio de trabajo.

"El propio capital es la contradicción en proceso, ya que tiende a reducir al mínimo el tiempo de trabajo mientras que, por otro lado, aboga por el tiempo de trabajo como única medida y fuente de riqueza. Por ello reduce el tiempo de trabajo en forma de tiempo de trabajo necesario para aumentarlo en forma de plustrabajo."[19]

---

[18] Ibíd.
[19] Ibíd.

La conocida contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción no puede entenderse sin tener en cuenta el vínculo entre las siguientes oposiciones:

a) la contradicción entre la función del tiempo medio de trabajo como regulador de las fuerzas productivas "subdesarrolladas" y el crecimiento de las fuerzas productivas que *tiende* a destruir la necesidad de dicha función.

b) la contradicción entre la necesidad de aumentar al máximo el plustrabajo del trabajador a fin de producir el máximo de plusvalía posible, y el propio crecimiento del plustrabajo, que posibilita su eliminación.

"Desde el mismo momento en que el trabajo en su forma inmediata deja de ser el gran manantial de riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de constituir su medida, y por tanto el valor de cambio debe dejar de ser la unidad de medida del valor de uso. El *plustrabajo de la masa* ha dejado de ser condición para la creación de la riqueza social, de la misma forma que el *no-trabajo de unos pocos* ha dejado de serlo para el desarrollo de las capacidades intelectivas de la humanidad."[20]

"La liberación de los hombres", profetizada por todos los pensadores utópicos de ayer y de hoy, es entonces posible:

"De esta forma, se desploma la producción fundada en el valor de cambio... Entonces hay el libre desarrollo de las individualidades. Ya no se trata de reducir el tiempo de trabajo necesario con vistas a desarrollar el plustrabajo, sino de reducir en general el trabajo necesario de la sociedad a un mínimo. Ahora bien, esta reducción supone que los individuos reciben una formación artística, científica, etc., gracias al tiempo liberado y a los medios creados en beneficio de todos."[21]

"Hasta los niños saben que si una nación dejara de trabajar, ya no digo un año, sino durante unas semanas, moriría.[*] Hasta los niños saben, igualmente, que las masas de productos correspondientes a las diferentes necesidades

---

[20] Ibíd.

[21] Ibíd.

[*] La huelga general de tres semanas de Mayo del 68 es una señal del enorme desarrollo de las fuerzas productivas y de las reservas (J. B.).

requieren masas diferentes y cuantitativamente determinadas de la totalidad del trabajo social. Cae por su peso que esta *necesidad* de la *distribución* del trabajo social en determinadas proporciones no puede ser eliminada por una *forma particular* de producción social; sólo puede cambiar *la forma en que se exterioriza*. No pueden suprimirse las leyes naturales. Lo que puede cambiar según las circunstancias históricas es sólo la *forma* en que dichas leyes se manifiestan."[22]

Marx contrapone la regulación por tiempo de trabajo *socialmente necesario* a la regulación por tiempo *disponible*. Por supuesto, no son dos métodos susceptibles de utilización o rechazo, sino dos procesos históricos objetivos que implican a todas las relaciones sociales. Son de sobras conocidas las páginas de la *Crítica del Programa de Gotha* en las que Marx explica que "en el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no intercambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, *como valor* de esos productos, como una cualidad material poseída por ellos, pues aquí, contrariamente a lo que sucede en la sociedad capitalista, el trabajo individual no forma ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente."[23]

Según Marx, la frase "a cada uno según sus necesidades" no significa que "todo" existirá en abundancia; la idea de "abundancia" absoluta es históricamente intrascendente. De algún modo habrá que calcular y elegir, pero no sobre la base del valor de cambio, sino con arreglo al valor de uso, a *la utilidad social del producto en cuestión* (partiendo de ahí, se abordará el problema de los "países subdesarrollados" bajo un nuevo enfoque). Marx deja bien claro este punto en *La miseria de la filosofía:*

"En una sociedad futura, en la que ya no existan antagonismos de clase, en la que hayan desaparecido las clases sociales, el uso no vendrá determinado por el *mínimo* tiempo de

[22] Carta de Marx a Kugelmann, 11 de julio de 1868.
[23] Marx, *Crítica del Programa de Gotha.*

producción, sino que el tiempo de producción dedicado a diferentes artículos vendrá determinado por su grado de utilidad social."[24]

De esta forma queda claro el texto referente a la transición del "reino de la necesidad" al "reino de la libertad"[25]. La libertad viene definida como una *relación* en la que el hombre, al dominar el proceso de producción de la vida material, podrá al fin *adaptar* sus aspiraciones al nivel en que se halle el desarrollo de las fuerzas productivas[26]. El aumento de la riqueza social y el progreso de cada individuo son concordantes.

"Pues la riqueza real es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos. La medida de la riqueza ya no es, en modo alguno, el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible".[27] Marx tiene razón, pues, al definir el tiempo como la dimensión de la liberación humana.

Por otro lado, está claro que el proceso analizado por Marx excluye la hipótesis de un avance *gradual* hacia el comunismo que pase por la progresiva destrucción de la ley del valor. Por el contrario, la ley del valor sigue afirmándose violentamente mientras no se produzca el derrocamiento del capitalismo: la ley del valor no deja nunca de autodestruirse... para acabar reapareciendo a un nivel superior. Hemos visto que el movimiento que lo engendra tiende a destruir su necesidad. Pero nunca deja de existir y regular el funcionamiento del sistema. Es necesaria, por tanto, una revolución.

La teoría de la gestión social mediante consejos obreros no tiene en cuenta la dinámica del capitalismo; conserva todas sus categorías y características: trabajo asalariado, ley del valor, cambio. El tipo de socialismo que

---

[24] Marx, *La miseria de la filosofía.*
[25] *El Capital*, vol. III, último capítulo.
[26] La esencia de la sociedad burguesa consiste precisamente en no permitir *a priori* una organización social de la producción. Lo racional y lo necesario no *se afirman más que como media*, y su acción es ciega." (Carta de Marx a Kugelmann, 11 de julio de 1868).
[27] Grundrisse.

propugna no es más que capitalismo, gestionado democráticamente por los trabajadores. Si se pusiera en práctica, cabrían dos posibilidades: los consejos de trabajadores intentarían no funcionar como empresas capitalistas, lo cual es imposible, ya que las relaciones de producción capitalistas seguirían existiendo. En este caso los consejos obreros serían destruidos por la contrarrevolución. Las relaciones de producción no son relaciones entre personas, sino la combinación de los diversos elementos del proceso de trabajo. La relación "humana" entre los dirigentes y los dirigidos es sólo un aspecto secundario de la relación fundamental entre trabajo asalariado y capital. La otra posibilidad es que los consejos obreros se avinieran a funcionar como empresas capitalistas. En este caso el sistema de consejos no sobreviviría; se convertiría en una ficción, en una de las múltiples variantes de asociación entre Capital y Trabajo. En poco tiempo los gestores "electos" serían idénticos a los capitalistas tradicionales: la función del capitalista, afirma Marx, tiende a separarse de la función del trabajador. La autogestión obrera desembocaría en capitalismo; dicho de otro modo, no se habría destruido el capitalismo.

La burocracia bolchevique tomó las riendas de la economía. La extrema izquierda quiere que lo hagan las masas. La extrema izquierda permanece en el mismo terreno que el leninismo: ofrece una respuesta diferente a una misma cuestión (la gestión de la economía). Nosotros queremos sustituir esa cuestión por otra distinta (la destrucción de esa economía, que es capitalista). El socialismo no tiene como objetivo la gestión, por muy "democrática" que sea, del capital, sino su completa destrucción.

VI. – LA LIMITACIÓN HISTÓRICA DE LA ULTRA-IZQUIERDA

Al examinar estos dos puntos no hemos hecho más que recordar la tesis fundamental de Marx, para quien hay un movimiento hacia la revolución en la sociedad dominada por el

capitalismo. Nuestra tarea consiste primeramente en afirmar este movimiento. Los problemas "de organización" y de contenido del socialismo se aclaran. Producido por la sociedad capitalista, el movimiento revolucionario lleva su marca: la división manual / intelectual. Una vez más, no hay que teorizar este aspecto, ni en el sentido de Lenin, ni en el sentido de I.C.O., sino reconocerlo como una fase inevitable que no desaparecerá más que con el triunfo pleno de la revolución. No hay, pues, contrariamente a lo que dice Lenin, un "problema de la organización". No hay sino formas que reviste el movimiento espontáneo hacia el comunismo producido por la sociedad misma. La aportación teórica de Marx es precisamente este esclarecimiento de la dinámica interna que lleva del capitalismo al comunismo. Por ahí, el socialismo no aparece ya como la simple gestión de la sociedad por el proletariado, sino como el acabamiento por el proletariado del ciclo histórico del capital. El proletariado no puede contentarse con apoderarse del mundo; lleva fasta el final el movimiento del capitalismo. Es lo que separa a Marx de todos los pensadores utópicos y reformistas: el socialismo es el producto de una dinámica objetiva, de la dinámica misma que engendró el capitalismo y lo propagó por toda la tierra. Marx insiste ante todo en el *contenido* de este movimiento. Lenin y la corriente de ultra-izquierda han insistido ante todo en su *forma*: forma de organización, forma de gestión de la sociedad socialista, olvidando el contenido del movimiento revolucionario. Este "olvido" era, a su vez, un producto histórico. La situación de su época y, ante todo, el desarrollo limitado de las fuerzas productivas, no permitía a las luchas revolucionarias tener un contenido *comunista* (en el sentido que hemos definido). Impuso a los revolucionarios formas que no podían ser radicales, comunistas. A su vez, estas formas marcaron y acrecentaron los límites de la época[15].

---

[15] Ver el trabajo muy interesante y documentado de Kommunistik Program, Postbox 61, 2880 Bagsvaerd, Danemark. Textos disponibles en francés: *La cuestión sindical y la izquierda alemana en la III Internacional* y: *La perspectiva comunista.*

En efecto, las ideas de ultra-izquierda se han formado y desarrollado en una época en que todavía no se daban las condiciones de maduración de la revolución. El capitalismo no estaba aún lo suficientemente desarrollado, el proletariado no era lo bastante fuerte para que la revolución comunista fuese posible. El leninismo no hacía más que expresar la imposibilidad de la revolución en su época. Las ideas de Marx sobre el partido estaban descartadas desde hacía mucho tiempo: el mismo Engels las había abandonado al final de su vida. Es la época de las grandes organizaciones reformistas y después, de los partidos estilo bolchevique (que, de hecho, recaen pronto en el reformismo). El movimiento revolucionario no se había afirmado todavía suficientemente: encajonado entre el social-democratismo y el leninismo, no conseguía manifestarse como tal. En todas partes, en Alemania, en Italia, en Gran Bretaña, el principio de los años 20 está marcado por el encuadramiento y alistamiento de la clase obrera. Por reacción contra esta situación, los ultra-izquierdistas acaban temiendo imponerse a los trabajadores. En lugar de comprender a los partidos leninistas como producto de la derrota obrera, rechazan todo partido y dejan, como Lenin, la concepción marxista del partido en las mazmorras de la historia. En cuanto al contenido del socialismo, basta ver que, de 1917 a 1936, de la revolución rusa a la revolución española, pasando por las insurrecciones en Alemania, en China y otras partes, *ningún* movimiento social de envergadura pone en tela de juicio el fondo mismo del capitalismo. Desde el momento en que triunfa un movimiento revolucionario, no puede más que intentar gestionar el capitalismo, pero no derrocarlo. En estas condiciones, los ultra-izquierdistas *no podían* hacer una crítica real del leninismo. Sólo podían llevarle sistemáticamente la contra, sin ir al fondo de las cosas, sin ver el contenido del movimiento revolucionario, simplemente porque este movimiento no aparecía a plena luz. Por esta razón, aun afirmando posiciones profundamente justas sobre ciertos puntos (sobre todo, crítica de los sindicatos y de los partidos "obreros"), no podían más que oponer a las *formas* preconizadas por el leninismo *otras*

formas, sin despejar nunca el contenido del movimiento revolucionario. Así substituyeron el fetichismo del partido leninista por el de los consejos obreros. Por tanto, se puede decir que la corriente de ultra-izquierda no ha superado verdaderamente el leninismo. Sus concepciones eran necesarias en su tiempo, jugaron un papel extremadamente positivo: era una etapa necesaria, inevitable. Pero hoy, cuando el leninismo comienza a estar fuera de servicio, porque la contrarrevolución de la que era producto se acerca a su fin, las ideas de ultra-izquierda, que no son sino la *pareja del leninismo*, deben y pueden ser superadas. Esta crítica sólo es posible porque el desarrollo del capitalismo a escala mundial permite entrever el contenido real del movimiento revolucionario que desarrolla simultáneamente. Aferrándonos a toda costa a las ideas ultra-izquierdistas que hemos expuesto (temor al partido y gestión obrera), transformaríamos estas ideas en pura ideología, en el sentido en que Marx habla de la "ideología alemana". Vivimos apoyados en una herencia importante, producto de una fase, pronto superada, de la historia del movimiento revolucionario: si no conseguimos superar nuestro pasado, lo que de ninguna manera implica un rechazo brutal sino, por el contrario, una asimilación profunda, entonces recitaremos a Pannekoek como otros recitan *Los principios del leninismo*, incapaces de jugar un papel cuando, esta vez, el contenido mismo de la revolución sea emitido por ese "partido proletario" que no habremos sabido reconocer.

La izquierda italiana ("bordiguismo") ofrece otro ejemplo de corriente interesante surgida en el mismo período y que no ha conseguido *comprender y superar sus orígenes*[16]. Aceptó las ideas de Lenin hasta el frente único: verdad antes de 1921, error más allá. Se desarrolló después manteniendo la idea de un programa revolucionario que atacaba los fundamentos mismos del capitalismo. Rechazando la teoría de la gestión

[16] Ver las revistas *Bilan* (publicada antes de la guerra), *Programme communiste* (desde hace una decena de años) y el *Fil du temps*, así como el folleto *La cuestión parlamentaria en la Internacional Comunista*. Existe en italiano una documentación muy importante.

obrera, la izquierda italiana ha hecho uno de los análisis más profundos de la economía rusa, poniendo en primer plano no la burocracia, como los trotskistas y *Socialisme ou Barbarie* sino, certeramente, las relaciones de producción. La revolución no puede consistir más que en destruir la ley del valor y el cambio. Por el contrario, la izquierda italiana, aunque entienda el partido como producto de la sociedad, sigue pegado a las tesis de *¿Qué hacer?*, de donde proviene una gran confusión teórica, aunque los textos bordiguistas sean frecuentemente interesantes. La izquierda italiana ha seguido siendo también prisionera de la época que la originó. Ver a este propósito la revista *Invariance*, en particular: número 1 sobre el partido, número 2 sobre el valor, número 3 – crítica de la autogestión – número 4, p. 66 sobre mayo de 1968, número 5, "Perspectivas", número 7, "La revolución comunista. Tesis de trabajo", y una nueva serie, número 1: "El K.A.P.D. y el movimiento proletario."[17]

Nuestro texto no busca más que un fin: *reconocer nuestra ideología para superarla*. Así podremos emprender el trabajo teórico necesario: estudio del programa revolucionario, de la cuestión del valor en Marx y otros, del análisis del capitalismo (por ejemplo, problema del imperialismo), así como trabajos históricos para asimilar mejor nuestro pasado (sobre el leninismo, sobre la III Internacional...). Al mismo tiempo podemos y debemos dar a conocer antiguos textos de ultra-izquierda para mostrar mejor, a la vez, su papel y su límite[18]

Cuando el proletariado se constituye en clase, el revolucionario se une a él, sin que ninguna barrera teórica o sociológica impida que el movimiento revolucionario se unifique. La *coherencia teórica*, como dicen los situacionistas en el extracto del número 11 de la *Internacional Situacionista* que hemos citado, es una meta permanente de los revolucionarios en la medida en que facilita siempre la

---

[17] Para una bibliografía detallada de las publicaciones de la izquierda italiana, ver *Invariance* nº 8.

[18] Se puede encontrar un balance del trabajo del partido en el nº 3 de la revista *Le mouvement communiste.*

coordinación práctica de las energías revolucionarias. Los revolucionarios no dudan jamás en intervenir de manera organizada para dar a conocer su crítica de la sociedad.

Para ellos, no se trata de dictar la "línea justa" a los obreros revolucionarios; tampoco se trata, para ellos, de abstenerse de toda intervención revolucionaria coherente so pretexto de que "los obreros deben decidir por sí mismos"; pues, por un lado, los obreros no toman sino las decisiones que les impone la situación general de la sociedad; y por otro, el movimiento revolucionario es una totalidad *orgánica* de la que la teoría es un elemento inseparable. Los comunistas representan y defienden siempre los intereses generales del movimiento. En cualquier situación en la que se encuentren, no rehúsan expresar *todo* el sentido de lo que sucede y hacer propuestas de acción consecuentes; si la situación es revolucionaria, si la expresión dada del movimiento y las propuestas de acción son justas, estas se integran necesariamente en la lucha del proletariado y contribuyen a formar el partido de la revolución comunista.

Este texto no es para coger o dejar. No es una plataforma, sino solamente una contribución a un *trabajo teórico*. Aunque las hipótesis fundamentales de este texto son producto de una reflexión bastante prolongada, el texto mismo puede parecer, en su exposición, rápido, poco elaborado. Lo que equivale a decir que tenemos intención de proseguir un tal trabajo.

CAPITALISMO Y

COMUNISMO

El comunismo no es un programa a realizar o a hacer realizar, sino un movimiento social. Los que desarrollan y defienden el comunismo teórico no tienen sobre el resto de la humanidad más que la ventaja de una comprensión y capacidad de expresión más claras y rigurosas; pero, al igual que los demás que no se dedican especialmente a la teoría, tienen la necesidad práctica del comunismo. En este sentido, no tienen ningún privilegio, no aportan el saber que desencadenará la revolución pero, inversamente, no tienen ningún miedo de convertirse en “jefes” al exponer sus concepciones. La revolución comunista, como toda revolución, es el producto de necesidades y condiciones de existencia reales. Se trata de mostrarlas, de aclarar un movimiento histórico.

El comunismo no es un ideal a realizar; existe desde ahora, no como sociedad ya establecida, sino como esfuerzo, como tarea para prepararla. Es el movimiento que tiende a abolir las condiciones de existencia determinadas por el trabajo asalariado, y las deja abolidas efectivamente por la revolución. La discusión sobre el comunismo no es académica. No es un debate sobre lo que se hará mañana. Desemboca en, y forma parte de un conjunto de tareas inmediatas *y* lejanas de las que no es más que un aspecto, un esfuerzo de comprensión teórica. Inversamente, estas tareas se revelan más fáciles, más eficaces, si se responde a la pregunta: ¿adónde se va?

La afirmación de lo que es el comunismo no es primero refutación de los otros “revolucionarios” (P.C.F., izquierdistas, etc.). Pues en este terreno no se les puede tomar en serio. El P.C. no tiene programa, no es sino una variante del programa del capital que conserva todos los rasgos esenciales del mundo actual, comenzando por el trabajo asalariado. Es mucho más eficaz mostrar su función que intentar demoler su programa punto por punto. No se trata aquí de oponer ideas justas a ideas falsas. Polemizar con el P.C. sobre su “concepción del socialismo” es tratarlo aún como miembro

degenerado, pero miembro, de todos modos, de la familia revolucionaria. Por lo demás, los izquierdistas no paran de criticar al P.C., sin mostrar nunca claramente su *función*, su papel simplemente contrarrevolucionario, entre los mejores defensores del capital. El problema no es que el programa del P.C. no sea comunista, sino que es capitalista[1].

Las explicaciones presentadas en este texto no han nacido simplemente de un deseo de clarificación. No existirían bajo esta forma, y un cierto número de personas no se habrían reunido para agruparlas y presentarlas, si actualmente la sociedad, por su contradicción, por las luchas sociales prácticas que la desgarran, no mostrase la sociedad nueva en formación en las entrañas de la antigua, y no impusiese tomar conciencia de ello.

*
*   *

[1] En lo esencial, los izquierdistas, incluido un grupo como Lutte ouvrière, se quedan en el análisis del P.C. y de los sindicatos como organizaciones dobles: “obreras” por su reclutamiento (lo que es parcialmente falso en el terreno de los hechos), “burocráticas” por sus direcciones. Casi siempre mantienen la confusión sobre su papel en la sociedad. Por lo demás, esa es la función social de los izquierdistas, integrar un cierto número de disputas enmascarando los antagonismos y los conflictos profundos. La Liga comunista llega incluso a luchar por un “fortalecimiento” de la C.G.T. (nada de la C.G.T.-traición-de-las-luchas, sino C.G.T.-lucha-de-clases, por supuesto: pero,¿cómo distinguir el uno del otro, cómo luchar por el “verdadero” sindicato sin apoyar el que existe verdaderamente, pues el otro es pura ideología?). Ése es el programa de la contrarrevolución, pues en el momento en que la sociedad vacila, en que las apariencias se vienen abajo, el capital sólo tiene dos armas, una complemento de la otra, frecuentemente una al servicio de la otra: la violencia militar para aplastar las insurrecciones, la izquierda democrática y reformista para arrastrar al proletariado al terreno en que inevitablemente es batido, porque no es el suyo: la política, la consulta democrática, la gestión.

UN VÍNCULO SOCIAL: EL SALARIADO

Si se considera rápidamente la sociedad moderna, se da uno cuenta de que, para vivir, la gran mayoría de sus individuos se ven obligados a trabajar como asalariados, a vender su fuerza de trabajo. El conjunto de las facultades físicas *e* intelectuales que existen en el cuerpo de cada uno, en su personalidad propia, y que debe poner en movimiento para producir cosas útiles, no puede emplearse más que a condición de venderse a cambio de un salario. La fuerza de trabajo es una mercancía, como todos los otros bienes. La existencia del cambio y del salariado parece normal, como que cae de su peso. Sin embargo, la introducción del trabajo asalariado exigió presiones, violencias, y estuvo acompañado de luchas sociales. La separación del trabajador y los medios de producción, que ha llegado a ser hoy una cruda realidad, aceptada como tal, es de hecho producto de toda una evolución, y no pudo llevarse a cabo más que por la fuerza. En Inglaterra, en los Países Bajos, en Francia a partir del siglo XVI, la violencia económica y política expropió a los pequeños artesanos y campesinos, reprimió la indigencia y el vagabundeo, obligó a los pobres al trabajo asalariado. En el siglo XX, a partir de los años treinta, Rusia debió promulgar un código del trabajo que preveía hasta la pena de muerte para organizar en unos decenios el paso de millones de campesinos al trabajo industrial asalariado[2]. Por

---

[2] "La historia de su expropiación no es materia de conjetura: está escrita en los anales de la humanidad con letras de sangre y fuego indelebles." (*El Capital*, Libro I, octava sección: "La acumulación primitiva", *Obras*, I, Gallimard, 1963, p. 1169-1170.)

Se encontrará el detalle de las leyes estalinistas sobre la materia en Suvarin, *El estalinismo*, Spartacus, 1972, p.20. Ver también Vinatrel, *La U.R.S.S. de los campos de concentración*, Spartacus, 1949. La

consiguiente, los hechos aparentemente más normales: que cada cual no disponga más que de su fuerza de trabajo, que, para vivir, deba venderla a una empresa, que todo sea mercancía, que las relaciones sociales giren alrededor del cambio, todo esto no es de hecho más que el resultado de un proceso violento y prolongado.

Hoy la sociedad, por su enseñanza, su vida ideológica y política, enmascara las relaciones de fuerza y la violencia *pasada* y *presente* sobre la que se ha establecido esta situación. Disimula a la vez su origen y el mecanismo de su funcionamiento. Todo aparece como el resultado de un contrato libre en que el individuo, portador y vendedor de su fuerza de trabajo, encuentra la empresa. La existencia de la mercancía es presentada como el fenómeno más cómodo y natural posible. Sin embargo, se manifiesta regularmente por medio de

---

brutalidad extraordinaria del estalinismo no es más que el complemento indispensable del ritmo muy rápido que conoció este proceso entre 1930 y 1950 aproximadamente: Cf. Maddison, *Economic Gowth in Japan and the U.S.S.R.,* Londres, Allen &Unwin, 1969. Por lo demás, una evolución semejante era tomada en consideración por Marx, que se preguntaba qué aplicación para Rusia se podría extraer de su análisis de la acumulación primitiva: "Sólo ésta: si Rusia tiende a convertirse en una nación capitalista a semejanza de las naciones de Europa occidental, *y durante los últimos años se ha tomado muchas molestias en este sentido*, no lo conseguirá sin haber transformado previamente a una buena parte de sus campesinos en proletarios; y después de esto, llevada al regazo del régimen capitalista, sufrirá sus leyes despiadadas..." (*Carta* a Mijailovsk, noviembre de 1877, *Obras*, II, Gallimard, 1968, p. 1154-1155.)

En su obra citada más arriba, Suvarin sucumbe, él también, a la fascinación del estalinismo y se deja hechizar porque nombra su "ignominia". De hecho, el horror que desprende el estalinismo es debido esencialmente a que concentra en algunas decenas de años lo que ha costado siglos a Occidente (comprendido el colonialismo y sus masacres, de las que la sociedad occidental enseña poco a sus escolares).

catástrofes, grandes y pequeñas: aquí se destruyen bienes para mantener los precios, allá no se utilizan las capacidades existentes, mientras que al lado no son satisfechas las necesidades elementales. Ahora bien, los dos pilares de la sociedad capitalista, el cambio y el trabajo asalariado, no son sólo la fuente de desastres periódicos y permanentes, también han creado – y ése es su papel histórico – las condiciones de posibilidad de otra sociedad. Sobre todo, obligan a una parte importante del mundo actual a sublevarse contra ellos, y a realizar esa posibilidad: el comunismo.

Para comprenderlo bien, se puede situar la sociedad existente en su marco histórico, ver de dónde viene, a dónde va. Los lazos entre los miembros de una sociedad, y los lazos entre todos los elementos que la componen (individuos, instrumentos de producción, instituciones, ideas) son transitorios, a la vez efectos de una evolución pasada y causa de una transformación futura. Las relaciones que unen entre sí todos los elementos de la sociedad son enganchadas en una dinámica: su presente no se aclara más que a la luz de su pasado y de su futuro.

*

*   *

Por definición, toda actividad humana es social[3]. La vida no existe sino en grupo, por la asociación de los individuos bajo las formas más diversas. De entrada, la reproducción de las condiciones de existencia es obra de una actividad colectiva: tanto la reproducción de los seres humanos entre sí, como la reproducción de sus medios de vida. Lo que caracteriza, efectivamente, a la sociedad humana es que produce y reproduce sus condiciones materiales de existencia. El animal puede, a veces, servirse de una herramienta, pero sólo el hombre *fabrica* sus herramientas. Entre el individuo o el grupo y la satisfacción de las necesidades intervienen la producción, el trabajo, que modifica incesantemente las maneras de actuar y de transformar el entorno. Otras formas de vida – la sociedad de

[3] Cf. Marx, Engels, *La ideología alemana*, Ed. Sociales, 1968, p. 45 a 104.

las abejas, por ejemplo – fabrican sus condiciones materiales pero, al menos en la medida en que el hombre puede observarlas, su evolución parece paralizada. Por el contrario, el trabajo es la apropiación, la asimilación cada vez más perfeccionada, del entorno del hombre. La relación de los hombres y la naturaleza es igualmente una relación de los hombres entre sí: estas relaciones interhumanas dependen de las relaciones de producción. Por ahí los hombres producen también las ideas, el modo como se representan el mundo, y la evolución de los dos.

Con la transformación de la actividad se transforma igualmente el contexto social en el que se ejerce, las relaciones entre los hombres. Las relaciones de producción en las que entran los hombres son independientes de su voluntad: cada generación se ve confrontada a las condiciones técnicas y sociales legadas por las generaciones precedentes. Pero puede transformarlas, dentro de los límites permitidos por el nivel alcanzado entonces por las fuerzas productivas materiales. Hablando con propiedad, lo que se llama "la historia" no hace nada: son los hombres, por el juego de sus relaciones reales, los que hacen la historia, pero solamente en el marco de las posibilidades de su época. Esto no quiere decir que cada cambio importante de las fuerzas productivas vaya acompañado inmediata y automáticamente por un cambio correspondiente de las relaciones de producción. La sociedad nueva engendrada por la antigua no puede aparecer y triunfar más que por una revolución que destruya todo el edificio político e ideológico que permitía hasta ese momento la supervivencia de las relaciones sociales caducadas.

Toda relación de producción es histórica, luego transitoria. Un negro es un negro; sólo en ciertas condiciones se convierte en esclavo. De igual modo, el trabajo asalariado es *un* tipo de relación entre los individuos, entre el individuo y la sociedad, entre el individuo y la producción de los medios de su vida. No es más que una relación en toda una evolución histórica. A pesar de las miserias y los sufrimientos que ha conllevado, ha jugado un papel útil, al poner las bases

necesarias de su propia superación. El salariado, forma de desarrollo en otros tiempos, ya no es más que, y desde hace mucho tiempo, una pesada traba, e incluso una amenaza para la simple existencia de la humanidad. Lo que importa mostrar, más allá de los objetos materiales, de las fábricas, de las máquinas, de los obreros que van cada día a trabajar en ellas, de los productos que fabrican, es la relación social que se oculta tras todo este mecanismo, y su evolución posible y necesaria.

COMUNIDAD Y DESTRUCCIÓN DE LA COMUNIDAD

Históricamente, la humanidad se ha reunido primero en grupos relativamente autónomos y dispersos, en familias (en sentido amplio: la familia que reúne a todos aquellos que tienen una misma sangre), en tribus. En estas comunidades primitivas, cada uno no produce más de lo que consume. El nivel de las fuerzas productivas es muy bajo y la constitución de reservas, de existencias, es casi imposible. Por producción hay que entender aquí esencialmente actividades de caza, pesca, recolección. Los bienes no son producidos para ser consumidos después del cambio, después de ser puestos en el mercado. La producción es social inmediatamente, y no por el rodeo del cambio. La comunidad reparte - según reglas simples, por supuesto - lo que produce, y cada uno recibe directamente lo que ella le da, sin que haya necesidad de ir a procurárselo. No hay producción individual, en el sentido de una separación entre los individuos, que un término medio, el cambio, reuniría sólo después de la producción por la confrontación de los diferentes bienes producidos por cada uno separadamente. Las actividades son decididas aquí – es decir, impuestas al grupo por las necesidades – y efectuadas en común, y sus resultados repartidos de la misma manera.

Muchas comunidades "primitivas" podían haber acumulado excedentes, pero simplemente no se tomaron la molestia. Como ha señalado M. Sahlins, la edad de la escasez era, en realidad, la de la abundancia, y en ella predominaba el

tiempo dedicado al ocio – si bien su concepto de "tiempo" tiene poco que ver con el nuestro. Los exploradores y antropólogos han observado que la búsqueda y aprovisionamiento de alimentos ocupaba una pequeña parte de la jornada. La actividad "productiva" formaba parte del conjunto de relaciones entre el grupo y su entorno.

Como sabemos, buena parte de la humanidad pasó de la caza y recolección a la agricultura, y acabó acumulando excedentes que las comunidades empezaron a intercambiar.

Esta circulación no se puede efectuar más que por el cambio, es decir, por la toma en consideración, no en la conciencia sino en los hechos, de lo que hay de común entre los diferentes bienes a hacer pasar de un punto a otro. Ahora bien, los productos de la actividad humana tienen entre sí el elemento común de ser todos el resultado de una cierta cantidad de energía, individual y social a la vez, marcada por un fenómeno bien visible, observable: el desgaste de la fuerza y del medio de trabajo. Ése es el carácter *abstracto* del trabajo, que no sólo produce un objeto útil, sino que además es consumo de energía, de energía *social*. En efecto, el trabajo es social por su naturaleza misma. Al permitir progresivamente al hombre avenirse con la naturaleza, también le permite desarrollar su relación con los otros hombres. El "actor" de la historia es, pues, siempre la sociedad, producto de la interacción de las acciones de los hombres. Es ella la que transforma su entorno; esta actividad no es posible más que a condición de consagrarle una cantidad dada de tiempo de trabajo, independientemente del carácter concreto y útil y de la cualidad del resultado obtenido. El *valor* de un bien, fuera del uso que se pueda hacer de él, es la cantidad de energía social necesaria para reproducirla. Esta cantidad encuentra a su vez su medida en el tiempo, y el valor de un bien es el tiempo socialmente necesario, como media en la sociedad considerada y en un momento dado de su historia, para producirlo.

La ampliación de la actividad y de las necesidades de la comunidad la conduce a producir ya no solamente bienes, sino también mercancías, que tienen un valor de uso, pero

poseen igualmente un valor de cambio. El comercio, aparecido primeramente entre comunidades, se introduce después en el interior de las comunidades, especializando las actividades, creando los oficios, dividiendo socialmente el trabajo. Pero por ahí mismo el trabajo cambia de naturaleza. La relación de cambio crea el trabajo como trabajo *doble*, a la vez producción de valor de uso y producción de valor de cambio. Deja de ser integrado en toda la actividad social para convertirse en dominio especializado, separado del resto de la existencia del individuo. Primero hay separación entre lo que hace el individuo para el grupo y para sí mismo, y lo que hace para intercambiar por otros bienes de otra comunidad[4]. Esta segunda parte de su actividad es sacrificio, coacción. Después la sociedad se diversifica y hay separación entre trabajador y no-trabajador. En este estadio, la comunidad ya no existe[5].

---

[4] Este punto, casi siempre descuidado por los marxistas, es el fundamento del comunismo teórico. Cf. *El Capital*, Libro I, 1ª sección, y *Un capítulo inédito del Capital*, U.G.E., 1971.

[5] "El dinero, al ser él mismo la *comunidad*, no puede tolerar a otros frente a sí." (Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política*, t. I, Anthropos, 1967, p. 63.)

Este mecanismo está estrechamente ligado a la cuestión rusa, que el comunismo planteaba así a mitad del siglo XIX:

1. El Estado ruso ha servido de principal fortín de la reacción, obstaculizando, por ejemplo, la revolución burguesa en Alemania en 1848 en la medida en que el dominio de Prusia, de Austria y de Rusia sobre Polonia reforzaba a Prusia y su fuerza militar (surgida efectivamente, en buena parte, de su papel colonizador al este de Alemania, y esto, desde la Edad Media; Cf. Perroy, *La Edad Media*, P.U.F., 1967, p. 351-353). El peso de Prusia le permitió oponerse victoriosamente a Alemania central y occidental, más avanzada económica y socialmente, no obstante. La destrucción del Estado zarista era, pues, una tarea revolucionaria necesaria: de ahí el papel extremadamente positivo del movimiento nacional en Polonia (por el contrario, los eslavos del sur bajo dominación otomana, cuando ven su emancipación en el marco del paneslavismo, por tanto, del

fortalecimiento de Rusia, juegan objetivamente un papel reaccionario). Sobre estas cuestiones, ver sobre todo Marx, Engels, *Escritos militares*, t. I, L'Herne, 1970.

2. "La propiedad comunal en Rusia ha sobrepasado desde hace mucho tiempo su apogeo y, según toda verosimilitud, se encamina hacia su disolución. Sin embargo, es innegable que existe una posibilidad de hacer pasar esta forma social a una forma superior si se mantiene hasta que estén maduras las condiciones para esta transformación y si se muestra capaz de desarrollarse de manera que los campesinos cultiven la tierra no ya separadamente, sino en común; de hacerla pasar a esta forma superior sin que los campesinos rusos tengan que atravesar la etapa intermedia de la propiedad parcelaria burguesa. Pero todo esto no es posible más que si se realiza victoriosamente una revolución proletaria en Europa occidental antes de la ruina total de la propiedad comunal, proporcionando al campesino ruso las condiciones previas de esta transformación, especialmente las condiciones materiales de que tiene necesidad para poder llevar a buen fin la subversión necesaria de todo su sistema de cultivo." (Engels, *La cuestión social en Rusia, op. cit.*, p. 1349-1350.) Pero contrariamente a algunas visiones optimistas de Engels en los años 1880-1895 (Cf. *La política exterior del zarismo* (1890), en *Escritos sobre el zarismo..., op. cit.*, p. 1419), el movimiento comunista es ahogado en los países occidentales por el parlamentarismo y el sindicalismo. Cuando se manifiesta de nuevo la revolución, después de la guerra de 1914-1918, la comuna rural está liquidada desde hace mucho tiempo por *a*) la introducción de la economía monetaria en el campo, especialmente con la obligación de pagar los impuestos en dinero; *b*) la transformación de un cierto número de campesinos en obreros de fábrica. Desde 1892 Engels escribe:

   "Temo que tengamos que tratar la *obchina* (la comuna rural) como un sueño del pasado y que en el futuro no tendremos que contar más que con una Rusia capitalista. No cabe duda de que así se ha perdido una gran oportunidad, pero contra los hechos económicos no hay recurso." (Carta a Danielson, 15 de marzo de 1892, id., p. 1446-1447.)

La relación de cambio es indispensable a la comunidad para permitirle desarrollarse y satisfacer sus necesidades crecientes. Al mismo tiempo, la destruye en tanto que comunidad. Hace que no se considere ya al otro – y a sí mismo – más que como portador de un bien. La utilización de lo que yo produzco para intercambiarlo ya no me interesa; sólo cuenta la utilización del bien que yo obtendré en contrapartida. Pero para el que me lo vende, este segundo uso no cuenta pues él no se interesa más que en el valor de uso de lo que yo mismo produzco. Lo que es valor de uso para uno no es más que valor de cambio para el otro, y recíprocamente. La comunidad ha desaparecido el día en que sus (antiguos) miembros no se interesan ya los unos por los otros más que en función del interés que tienen en entrar en relación con ellos. No es que el altruismo haya sido el motor de la comunidad primitiva, o deba ser el del comunismo. Simplemente, en un caso el movimiento de los intereses acerca a los individuos y los hace actuar en común; en el otro, los individualiza y los obliga a luchar unos contra otros. Con la aparición del cambio en la comunidad, el trabajo ya no es la realización de necesidades por la colectividad, sino el medio de conseguir de los otros la satisfacción de necesidades.

Al tiempo que la comunidad promovía el cambio por un lado, ha intentado frenarlo por otro. Ha intentado destruir los excedentes, por ejemplo, por medio del "pot latch", o fijar reglas estrictas de circulación de los bienes. Pero, finalmente, el cambio ha ganado, al final de una evolución larga y compleja, al menos en una gran parte del mundo. Allí donde no ha podido establecerse verdaderamente como señor, la sociedad se ha estancado antes de ser destruida al fin por la invasión de la sociedad mercantil (así, el imperio de los incas bajo los golpes de los españoles en la búsqueda del valor bajo forma de metal precioso: ver más adelante sobre la moneda).

Mientras los bienes no son producidos por separado, por tanto, mientras no hay división del trabajo, no se puede confrontar los valores respectivos de dos bienes puesto que son producidos y repartidos en común. No hay todavía ese

momento del cambio, momento intermedio entre producción y consumo, durante el cual se miden los tiempos de trabajo de dos productos el uno con el otro, efectuándose el cambio consecuentemente. Para que se manifieste el carácter abstracto del trabajo es necesario que lo exijan las relaciones sociales. No puede hacerlo más que cuando, con el progreso técnico, el desarrollo de las fuerzas productivas necesita que los hombres se especialicen en oficios y relacionen entre sí sus productos y que también se establezcan comunicaciones entre grupos, convertidos entonces en Estados. Estas dos exigencias imponen que el valor, el tiempo medio de trabajo, se convierta en el instrumento de medida. En la base de este mecanismo se encontraban relaciones prácticas entre hombres cuyas *necesidades* reales se desarrollaban.

El valor no aparece porque es más cómodo medir por medio de él. Cuando las relaciones sociales de la comunidad primitiva ceden el lugar a relaciones más amplias y diversificadas, entonces nace como la mediación indispensable para las actividades humanas. Es normal que el tiempo medio de trabajo social sirva de medida, puesto que el trabajo vivo es entonces el elemento esencial de la producción de riquezas: representa lo que hay de común entre todos los trabajos, los cuales tienen esa cualidad común de ser gasto de fuerza humana de trabajo, al margen de la manera particular como se haya gastado esta fuerza. Correspondiendo al carácter abstracto del trabajo, el valor representa su abstracción, el carácter general, social, independientemente de todas las diferencias de naturaleza entre los objetos que puede producir[6].

---

[6] Ver el análisis de las sociedades precapitalistas en *Fundamentos de la crítica de la economía política*, t. I, op. cit., p. 435-481.

LA MERCANCÍA

Los progresos económicos y sociales permiten a la organización humana y a sus capacidades de asociación de los elementos del proceso de trabajo – y, en primer lugar, del trabajo vivo – adquirir una eficacia nueva. Aparece así la diferencia (y la oposición) entre trabajador y no-trabajador, entre los que organizan el trabajo y los que trabajan. Las primeras ciudades y grandes trabajos de irrigación nacen de esta multiplicación de los esfuerzos y de la eficacia productiva. Hace su aparición el comercio como actividad distinta: en adelante hay hombres que viven, no de la producción, sino de la mediación entre las diferentes actividades de las unidades de producción separadas. Un gran número de bienes ya no son sino mercancías. Para ser utilizadas, para poner en práctica su valor de uso, su capacidad de satisfacer una necesidad, deben ser compradas, satisfacer su valor de cambio. Si no, aunque existen en tanto que objetos materiales, concretos, desde el punto de vista de la sociedad no existen. No se tiene el derecho a servirse de ellas. Este hecho muestra bien que la mercancía no es simplemente una cosa, sino ante todo una relación social que obedece a una lógica propia, la del cambio, y no la de la satisfacción de las necesidades. El valor de uso no es más que el *soporte* del valor. La producción se convierte en un dominio distinto del consumo, de la misma manera que el trabajo por oposición al no-trabajo. Se introduce la propiedad como marco jurídico de la separación entre las actividades, entre los hombres, entre las unidades de producción. El esclavo es una mercancía para su propietario, que compra un hombre para hacerlo trabajar[7].

La existencia de un mediador en el plano de la organización de la producción (intercambio) va acompañada de la de un mediador en el plano de la organización de los hombres: el Estado es indispensable como fuerza de

[7] Cf. *Invariance* nº 2: "El sexto capítulo inédito del *Capital* y la obra económica de Marx".

agrupamiento de los elementos de la sociedad en función de los intereses de la clase dominante. Hay necesidad de una unificación porque ha sido destruida la coherencia de la comunidad primitiva. La sociedad está obligada, por tanto, para mantener su cohesión, a crear una institución que se alimenta de ella. Pero el intercambio se manifiesta también de modo concreto, visible, con el nacimiento de la moneda. La abstracción que es el valor se materializa en la moneda, se convierte también en una mercancía, que marca la tendencia del valor a ser independiente, a desligarse de aquello de lo que ha salido y a lo que representa: los valores de uso, los bienes reales. En comparación con el simple cambio: *x* cantidad del bien A contra *y* cantidad del bien B, la moneda permite una universalización en que se puede obtener cualquier cosa si se dispone de tiempo de trabajo abstracto cristalizado en moneda. La moneda no es más que tiempo de trabajo abstraído del trabajo y fijado bajo una forma duradera, mensurable, transportable. Manifiesta de modo visible, incluso palpable, lo que hay de común en las mercancías, no ya en dos o varias mercancías, sino en todas las mercancías posibles. Autoriza a su poseedor a ordenar el trabajo de otro, o a hacerlo hacer o a buscarlo al fin del mundo. Con la moneda, escapa uno a las limitaciones del espacio y del tiempo. Si las comunidades primitivas estaban separadas unas de otras hasta el punto de que, con frecuencia, ni siquiera podían hacerse la guerra, el cambio, aparecido al principio en los lindes de las comunidades, las destruye. En las regiones más avanzadas del globo, los hombres se organizan en Estados mercantiles y guerreros a la vez, y el comercio y la violencia emprenden la socialización del mundo. Desde la antigüedad hasta el final de la Edad Media se manifiesta una tendencia a la economía universal, en torno a los grandes centros, pero no puede realizarse. La destrucción de los imperios y el repliegue sobre sí mismo marcan los fracasos sucesivos de estos intentos. Únicamente el capitalismo crea, a partir del siglo XVI, pero sobre todo en los siglos XIX y XX, la infraestructura necesaria para una economía universal duradera.

EL CAPITAL

En efecto, el capital es una relación de producción que crea entre la fuerza de trabajo y el trabajo muerto (acumulado por las generaciones precedentes) una relación completamente nueva y prodigiosamente eficaz. Pero también en este caso, como ocurría con el nacimiento del cambio, el capital no aparece como consecuencia de una decisión o planificación cualquiera, sino como la prolongación de relaciones sociales reales que, después de la Edad Media, traen consigo en algunos países de Europa occidental un desarrollo cualitativamente nuevo.

El comercio había acumulado sumas de dinero, bajo diversas formas, perfeccionando ya un sistema bancario y crediticio. Existía la posibilidad de emplearlas, por un lado, en las primeras máquinas (textil), por otro, en los miles de pobres obligados a aceptar, por la pérdida de todo instrumento de trabajo (agrícola o artesanal) la nueva relación de producción: el salariado. Se necesitaba previamente que la industria amasase, amontonase, almacenase trabajo en forma de máquinas y, después, de manufacturas. Este trabajo *muerto* debía ser puesto en movimiento por el trabajo *vivo* de aquellos que no habían podido realizar esta acumulación de materias primas y medios de trabajo. Sobre esta base es como se estableció el capital. Desde la disolución de la comunidad primitiva hasta el final de la Edad Media (para Europa occidental, pues en otras partes la evolución es diferente), hay intercambio de bienes producidos, según las épocas, por esclavos, artesanos, campesinos libres, muy pocos asalariados. Hacia el siglo XV, objetos de comercio no son verdaderamente más que los excedentes de la pequeña producción campesina y algunos productos fabricados (armas, vestidos). Pero la producción no está hecha en función del cambio, no está regulada por él. El comercio solo, la producción mercantil simple (por oposición a la producción mercantil capitalista), no podía proporcionar la estabilidad, la durabilidad que supone la socialización, la unificación del mundo. Por el

contrario, la economía mercantil *capitalista* es capaz de ello porque la producción de la que se adueña el capital le da los medios. El capital realiza, en efecto, una verdadera síntesis del cambio y de la producción[8].

El esclavo no vendía su fuerza de trabajo; su propietario compraba la persona del esclavo mismo, y lo ponía a trabajar. Con el capital, son los medios de producción los que compran el trabajo vivo, que los pone en movimiento. El papel del capitalista no es despreciable, sino secundario: es, ante todo, el funcionario del capital, el comandante del trabajo social. Por esta razón, lo que está en primer plano es el desarrollo del trabajo muerto por el trabajo vivo. Invertir, acumular, tales son las consignas del capital (así el desarrollo prioritario de la industria pesada en todos los países llamados socialistas no hace más que indicar la construcción del capitalismo)[9]. Pero no se trata de acumular valores de uso. El capital no multiplica las fábricas, las vías férreas, etc., más que para acumular valor. El capital es ante todo una *suma de valor*, de trabajo abstracto cristalizado en forma de dinero, de fondos financieros, de títulos, de acciones, etc., y que intenta acrecentarse. Es necesario que una suma x de valor dé al final del ciclo una suma x + una ganancia. Para valorizarse, el valor compra la fuerza de trabajo misma. La gran novedad del capital es hacer de la fuerza de trabajo una mercancía.

Esta mercancía es completamente especial pues su consumo proporciona trabajo y, por tanto, valor *nuevo*, al

---

[8] "El capital no es una cosa... El capital no es la suma de los medios de producción materiales y fabricados. El capital son los medios de producción transformados en capital, los cuales no son, por sí mismos, más capital de lo que el oro y la plata son, por sí mismos, moneda... Son igualmente las fuerzas y las relaciones sociales... que se levantan frente a los productores en tanto que manifestaciones de su producto." (*El Capital*, Libro III, *Obras,* II, op. cit., p. 1428.)

[9] Estos países afirman construir el socialismo. De hecho, no construyen sino sus bases... es decir, el capitalismo. Ver, por ejemplo, Spulber, *Soviet Strategy for Economic Growth*, Indiana U.P., U.S.A., 1967, primer capítulo.

contrario de los medios de producción, que no entregan más que su propio valor. Hay, pues, producción de valor adicional. El secreto del origen de la riqueza burguesa reside en esta plusvalía, diferencia entre el valor creado por el asalariado en su trabajo y el necesario para la reproducción de su fuerza. El salario cubre los gastos de esta reproducción; pero el asalariado trabaja una parte de su jornada de trabajo gratuitamente, pues esta parte, correspondiente al valor nuevo que produce, no le es pagada. El capital se embolsa la diferencia.

Enseguida se ve que lo esencial no está en la apropiación de esta plusvalía por el individuo capitalista. El comunismo no tiene nada que ver con la idea de que los trabajadores deben recuperar para sí mismos toda o una parte de esta plusvalía. En primer lugar por una razón bien simple, casi evidente: es necesario reservar una parte de los recursos para la renovación del equipamiento, para las producciones que se van a crear, etc. Pero, sobre todo, lo importante no es la fracción de plusvalía embolsada por un puñado de capitalistas. Si estos últimos fuesen eliminados, pero se conservase el conjunto del mecanismo, distribuyendo una parte de la plusvalía entre los trabajadores e invirtiendo el resto en equipamientos colectivos[10], la lógica del sistema del valor desembocaría siempre en desarrollar las producciones que permiten una valorización máxima. Mientras la sociedad tenga como base un mecanismo que mezcla dos procesos, un proceso de trabajo real y un proceso de valorización, el valor domina a la sociedad. La novedad del capital es haber conquistado la producción, lo que ha tenido como efecto el socializar el mundo desde el siglo XIX por medio de instalaciones industriales, medios de transporte, el almacenamiento y la comunicación rápida de la información, etc. Pero en el ciclo del capital la satisfacción de las necesidades no es más que un subproducto y no el motor del mecanismo. El fin es la valorización: en el mejor de los casos, la satisfacción de las necesidades es un medio, pues se necesita sin duda vender lo que se produce.

---

[10] Es lo que el P.C. *dice* que haría si estuviese en el poder.

La empresa es el lugar y el centro de esta producción capitalista; cada empresa, industrial o agrícola, sirve de punto de reagrupamiento a una suma de valor que busca acrecentarse. Para la empresa, se trata de obtener ganancias. Aquí una vez más, la liquidación comunista de la ley de la ganancia no consiste en desembarazarse de algunos "grandes" capitalistas. Lo importante no son las ganancias personales que puede tener tal capitalista sino la coacción, la orientación impuesta a la producción y a la sociedad por este sistema. Toda la demagogia sobre los ricos y los pobres no desemboca más que en alejar la atención del meollo del problema (como con los temas de las "200 familias" antes de la guerra y "la Francia del parné", opuesta a la Francia del "pueblo"). El comunismo no consiste en apoderarse del dinero de los ricos ni, por parte de los revolucionarios, distribuirlo entre los pobres. El tema del reparto se sitúa todavía en el terreno del capital.

LA COMPETENCIA

Entre las empresas hay competencia: cada una de ellas se enfrenta a las otras en el mercado, es decir, disputa el mercado a las otras. Se ha visto cómo, históricamente, los diferentes aspectos de la actividad humana se separan. La relación de cambio contribuye a la división en oficios, que a su vez facilita el desarrollo del sistema mercantil. Pero, como todavía se puede ver con frecuencia en nuestros días, incluso en los países desarrollados, en el campo, por ejemplo, no hay verdaderamente competencia porque las actividades están repartidas de modo estable entre el panadero, el zapatero, etc. En el capitalismo, ya no se trata sólo de una división de la sociedad en corporaciones de oficios, sino de una lucha permanente entre los diversos componentes de la industria (y también, del sector improductivo: ver más adelante sobre esta materia). Cada suma de valor no existe más que *contra* las otras. Lo que la ideología llama el egoísmo natural del hombre y la lucha inevitable de todos contra todos, no es realmente más

que el complemento indispensable de un mundo en que hay que batirse, especialmente para vender lo que se ha producido. La violencia económica, y la violencia armada que la prolonga, forman parte del sistema capitalista.

En otros tiempos la competencia tuvo un efecto positivo en la medida en que rompió las limitaciones de los reglamentos, de las coacciones corporativas y empujó al capital a invadir el mundo. Hoy se ha convertido en una fuente de despilfarro y de parasitismo, que conduce a la vez a desarrollar las producciones inútiles o de un interés secundario porque permiten una valorización más rápida, y a frenar las producciones más importantes si la oferta y la demanda corren el riesgo de entrar en contradicción.

La competencia es la separación del aparato productivo en centros autónomos que constituyen otros tantos polos rivales que intentan acrecentar sus respectivas sumas de valor. Ninguna “organización” ni “planificación” ni control puede ponerle fin. Lo que se manifiesta en la competencia no es la libertad de los individuos, ni siquiera la de los capitalistas, sino la libertad del capital. Éste no puede vivir más que devorándose a sí mismo, destruyendo sus componentes materiales (trabajo vivo y trabajo muerto) para sobrevivir como suma de valor que se valoriza.

Los diferentes capitales competidores tienen cada uno una tasa de ganancia particular. Pero los capitales se desplazan de una rama a otra en busca de una tasa de ganancia tan elevada como sea posible. Se dirigen hacia la rama más beneficiosa, dejando las otras. Cuando esta rama está saturada de capital, su rentabilidad baja y los capitales se dirigen a otra rama (esta dinámica es modificada, pero no anulada, por la constitución de monopolios.) Este desplazamiento incesante conduce a la estabilización de la tasa de ganancia en torno a una tasa media para una época y en una sociedad dadas. Cada capital tiene tendencia a ser remunerado, no según la tasa de ganancia que realiza en su propia empresa, sino según la tasa media de ganancia en la sociedad, en proporción a la suma de valor

invertido en su empresa[11]. Por tanto, cada capital no explota a *sus* obreros, sino que el conjunto de los capitales explota al conjunto de la clase obrera. En el movimiento de los capitales, el capital actúa y se revela como una potencia social, que domina al conjunto de la sociedad, y adquiere así una coherencia a pesar de la competencia que lo opone así mismo. Se unifica y se convierte en fuerza social, totalidad relativamente homogénea en sus conflictos con el proletariado o con los otros conjuntos capitalistas (nacionales). A partir de entonces organiza, en su interés, las relaciones y las necesidades de toda la sociedad. Este mecanismo juega a escala de cada país: el capital constituye su Estado y su nación contra los otros capitales nacionales, pero también contra el proletariado (ver más adelante sobre esta materia). La oposición de los Estados capitalistas se manifiesta hasta en las guerras, medio último, para cada capital nacional, de resolver sus problemas.

Nada cambia mientras se tengan unidades de producción que tienen como objetivo aumentar sus cantidades respectivas de valor. ¿Qué ocurre si el Estado "democrático", "obrero", "proletario", etc., toma todas las empresas bajo su control, pero las conserva como empresas? Las empresas estatales, o bien respetan la ley de la ganancia, y nada cambia; o bien no la respetan pero, sin embargo, no la destruyen y en ese caso todo va mal[12]. Dentro de la empresa, la organización es

---

[11] Cf. *Contribución a la crítica de la ideología de ultra-izquierda (Leninismo y ultra-izquierda)*, epígrafe IV: "La ley del valor".

[12] La economía rusa, obligada a un estatismo asfixiante, conoce crisis y distorsiones como los países occidentales, con frecuencia bajo forma de despilfarro. Se encuentran allí también desfases entre producción y consumo debidos a un desarreglo del mecanismo mercantil.

"Nos ha ocurrido tener mercancías y productos en cantidades bastante grandes; ahora bien, no sólo no llegaban a los consumidores, sino que continuaban durante años arrastrándose por los meandros burocráticos de lo que se llama la red de distribución de las mercancías, lejos del consumidor. Se comprende que en estas condiciones la industria y la agricultura no tenían ya nada que las estimulase a ver ampliarse la producción; la red de distribución se atascaba, mientras que los obreros y los campesinos seguían sin

racional, metódica: el capital impone su despotismo a los trabajadores. Fuera, en el mercado, donde cada empresa encuentra a las otras, no hay orden más que por la supresión permanente *y* periódica del desorden, a costa de sacudidas y de crisis. Únicamente el comunismo puede suprimir esta anarquía organizada, suprimiendo la empresa como totalidad separada de las otras.

---

mercancías y sin productos." (Stalin, *Informe al XVII congreso del P. C.(b) de la URSS,,* [1934], en *Cuestiones del leninismo,* t. II, Ed. N. Béthune, 1969, p. 687.) Ante lo que comúnmente se llama un fenómeno de superproducción (nota 13), Stalin razona como buen capitalista y canta un himno a la libertad y al dinamismo del comercio: "es necesario... que los *intercambios* sean muy activos", "es necesario que el país esté cubierto por una espesa red de depósitos, de almacenes, de tiendas", "es necesario que las mercancías circulen sin parar", "es necesario hacer participar en este trabajo a la red comercial del Estado y a la red comercial cooperativa, la industria local, los koljoses y los campesinos individuales". (Id.). Stalin no ve más que el efecto, no la causa, y no imagina remedio más que en el ámbito de los efectos de la ley del valor, por medio de una gestión mejor.

(13) No es necesario que un país esté altamente desarrollado para que conozca la superproducción. Muy al contrario: un número muy grande de industrias de los países subdesarrollados se ven obligadas a funcionar utilizando sólo una parte de sus capacidades de producción – a veces, menos del 50% - pues la demanda *solvente* es incapaz de absorber lo que pueden producir (el capital no es un conjunto de medios materiales, sino la relación social que sólo pone en servicio estos medios materiales para una valorización). El caso de Rusia es diferente, pero allí encontramos el mismo mecanismo esencial. El Estado tiene tendencia a no respetar la ley del valor, que acaba por imponerse después de una crisis (jugando aquí el despilfarro el papel de las destrucciones, guerras, desnaturalización de los productos, en los países avanzados). Las producciones que se desarrollan son, a la larga, las que permiten la mejor valorización. La lógica del dinero y del capital triunfa siempre, al final de todo.

Por un lado, el capital ha socializado el mundo. Toda producción tiende a ser fruto de los esfuerzos de toda la humanidad. Por otro lado, el mundo sigue dividido en empresas competidoras que intentan producir lo que es rentable, y producir para vender lo más posible. Cada empresa intenta valorizar su capital en las mejores condiciones posibles. Intenta producir más de lo que el mercado puede absorber y, a pesar de todo, espera vender, y que únicamente los competidores sufran de *superproducción*.

De ello resulta un desarrollo de las actividades destinadas a ayudar a la venta. Los trabajadores improductivos que, sean manuales o intelectuales, *hacen circular* el valor, aumentan en proporción a los que, manuales o intelectuales, *producen* el valor. La circulación de que se trata aquí no es el desplazamiento físico de los bienes. La rama de los transportes produce efectivamente valor, pues el simple hecho de hacer pasar un bien de un lugar a otro le añade valor, corresponde a un cambio real de su valor de uso: en adelante este bien está disponible en cualquier otro lugar distinto al de su fabricación, lo que evidentemente aumenta su eficacia, su efecto útil. La circulación del valor puede no corresponder a ningún desplazamiento real del objeto en cuestión si, por ejemplo, cambia de propietario aunque permanezca en un depósito; pero, por esta operación, habrá sido comprado y vendido. Las dificultades de venta, de realización del valor del producto en el mercado, obligan a crear un mecanismo muy complejo, bancario, de crédito, de seguros, de publicidad también. El capital desarrolla de esta manera un parasitismo gigantesco que engulle una parte enorme (y creciente) de los recursos globales en los gastos de gestión y de administración del valor. La contabilidad, necesaria en todo organismo social desarrollado, se ha convertido aquí en una maquinaria ruinosa y burocrática que aplasta a la sociedad y las necesidades reales, en lugar de facilitar su satisfacción. Al mismo tiempo, el capital se concentra, se centraliza, tiende al monopolio. Esta doble

tendencia, al crecimiento de los gastos improductivos y a la formación de monopolios, desemboca a la vez en hacer menos agudo el problema de la superproducción, y en agravarlo. El capital no puede salir de esta situación más que a través de crisis periódicas, que arreglan momentáneamente el problema reajustando la oferta y la demanda (demanda *solvente* únicamente, pues el capitalismo no conoce sino un medio de hacer circular los bienes: la compra / venta; poco le importa que la demanda *real*, las necesidades, no sea satisfecha: el capital crea en realidad una *sub*-producción con relación a las necesidades reales que no satisface) [14].

La crisis capitalista es más que una crisis de la mercancía. Es una crisis que une de modo indisociable la producción y el valor, pero de tal manera que la producción queda al servicio del valor. Se la puede comparar a las crisis precapitalistas, a algunas crisis del Antiguo Régimen en Francia, por ejemplo. Había entonces una caída de la producción agrícola, provocada por malas cosechas. Los campesinos compraban menos productos industriales (ropas) y la industria – todavía débil – se encontraba en dificultades. La crisis tiene en este caso como base un fenómeno natural, climático. Pero las especulaciones de los comerciantes con el precio del trigo conducen a almacenarlo para hacer que aquel suba, lo que conlleva algo de hambre aquí y allá. La mera existencia de la mercancía y del dinero permite la crisis: hay ruptura, materializada en el tiempo, entre la compra y la venta. Para el comerciante y para el dinero que intenta aumentar de volumen, la compra y la venta del trigo son *dos* operaciones distintas y el tiempo que las separa se determina en función de la ganancia a realizar. Durante esta ruptura entre producción y consumo hay hombres que mueren de hambre. Pero el mecanismo mercantil y el valor no vienen sino a amplificar una crisis nacida de condiciones naturales. Mientras nos encontremos con tales fenómenos, el contexto social es

[14] Ver el extracto de los manuscritos de 1861-1863 reproducido bajo el título "Crisis" en *Obras*, II, op. cit., p. 459-498.

precapitalista, o el de un capitalismo todavía débil (así, los países como China o Rusia cuyas malas cosechas influyen aún pesadamente sobre la economía)[14 bis]

La crisis del capitalismo, por otro lado, es producto de la obligada unión del valor y la producción. Examinemos el caso de un fabricante de automóviles. La competencia le obliga a incrementar la productividad y obtener el máximo beneficio con el mismo coste. La crisis se presenta cuando la acumulación no se corresponde con una reducción suficiente de los costes de producción. Podrán salir diariamente miles de coches de la cadena de montaje, y aun tener compradores, pero su fabricación y venta no valoriza suficientemente este capital en comparación con otros. La empresa reacciona ajustando la producción, invirtiendo más, compensando la caída de los beneficios con el aumento de las ventas, recurriendo a créditos, fusiones, ayudas públicas, etc. Al final produce como si la demanda hubiera de crecer a perpetuidad, y las pérdidas aumentan cada vez más. La causa de las crisis no estriba ni en el agotamiento de los mercados, ni en generosos aumentos salariales, sino en la caída de los beneficios (a la que no es ajena la lucha de los trabajadores): en tanto que suma de valor, al capital le cuesta cada vez más valorizarse a la tasa normal.

En las crisis, no sólo se rompe el lazo entre valor de uso y valor de cambio, entre la utilidad, la necesidad real de un bien y su capacidad para ser cambiado, y muestra que el mundo funciona para que las cantidades de valor de las empresas puedan aumentar, y no para satisfacer las necesidades ni para enriquecer a los capitalistas; sino que además, si en la crisis del Antiguo Régimen se tenía una dificultad insuperable (cosecha desastrosa), que las relaciones mercantiles se contentaban con agravar, las crisis capitalistas muestran ahora que no tienen ninguna base racional ineluctable. Su causa no es natural, sino

---

[14 bis] Sobre las contradicciones de la economía rusa y su agricultura, se puede consultar: *Balance de una revolución*, nº especial de *Programme communiste* (números 40-41-42). Una selección de artículos escritos en los años cincuenta por Bordiga sobre esta materia aparecerá pronto en Maspéro.

social. Están presentes todos los elementos de la actividad industrial: materias primas, máquinas, trabajadores, pero se quedan sin ser empleados, o son utilizados parcialmente. De este modo se ve que ante todo no son cosas, objetos materiales, sino una relación social. No existen en esta sociedad *más que* si el valor los reúne. Este fenómeno no es "industrial", no proviene de exigencias técnicas de la producción; es un fenómeno social, que se deriva de relaciones de producción, de relaciones sociales determinadas y al que un derrocamiento de estas relaciones suprimiría. El capital no es, pues, un sistema de producción que habría que arrancar a una minoría de "explotadores", o que los trabajadores deberían "gestionar" por sí mismos. Es una relación social mediante la cual el aparato productivo y, en la medida en que la producción ha conquistado la sociedad, el edificio social en su conjunto son sometidos a la lógica mercantil. El comunismo se contenta con destruir esta relación mercantil, pero por ahí mismo reorganiza y transforma toda la sociedad (ver más adelante).

La *red* de las empresas – lugares e instrumentos del valor – se convierte en una fuerza por encima de la sociedad. Las necesidades (de toda clase: vivienda, alimentación, "culturales") no existen más que sometidas a este sistema, y son incluso modeladas por él. No son las necesidades las que determinan la producción, sino la producción – para la valorización – la que determina las necesidades. Se construye mucho más gustosamente oficinas o segundas residencias, que viviendas donde hacen más falta. Y las segundas residencias permanecen vacías diez meses al año, como miles de apartamentos, pues únicamente los propietarios o los que los alquilan, que han *comprado* la vivienda o *pagado* su alquiler, pueden ocuparla. La agricultura está descuidada en gran medida a escala mundial por el capital, que no la desarrolla sino allí donde puede valorizarse, mientras que el hambre continúa siendo un problema sin arreglar para cientos de millones de

hombres[14 ter]. El automóvil es una rama desarrollada más allá de las necesidades en los países avanzados, pero su rentabilidad asegura su mantenimiento a pesar de todas las incoherencias. Los países poco desarrollados sólo construyen fábricas si proporcionan una tasa de ganancia suficiente. La tendencia a la superproducción va acompañada de una economía armamentística permanente en la mayoría de los países avanzados; estas fuerzas destructoras sirven, cuando es necesario, para hacer realmente la guerra, cuyos efectos son también un medio para luchar contra la tendencia a las crisis.

El trabajo asalariado mismo se ha convertido en un absurdo desde hace décadas. Obliga a una parte de los trabajadores a un trabajo embrutecedor (obreros especialistas); otra parte muy importante trabaja en el sector improductivo, que sirve a la vez para facilitar las ventas, para absorber a los trabajadores liberados por la mecanización y la automatización y para proporcionar una masa de consumidores, medio adicional de lucha contra la crisis. El capital se anexiona todo lo que es ciencia y técnica: en el dominio productivo, orienta la investigación hacia el estudio de lo que producirá el máximo beneficio; en el dominio improductivo, desarrolla la gestión y las técnicas de utilización del mercado. De este modo la humanidad tiende a dividirse en tres grupos:

- los productivos, con frecuencia liquidados físicamente por su trabajo;
- los improductivos, que no sirven para nada, o peor aún;
- y la masa de los *no* asalariables de los países pobres, que el capital no consigue integrar de un modo u otro y de los que cientos de miles son exterminados periódicamente en guerras producidas directa o indirectamente por la organización capitalista de la economía mundial.

[14 ter] Sobre la cuestión agraria, ver los números 2, 6 y 7 del *Hilo del tiempo*, J. Angot, B.P. 24, París XIX.

El desarrollo de algunos países pobres es real (Brasil), pero no se consigue sino a costa de la destrucción parcial o total de las antiguas formas de vida y se manifiesta, por ejemplo, en el hacinamiento y la miseria en las ciudades. Sólo una minoría de la población tiene la “suerte” de poder trabajar en una fábrica, el resto sigue estando subdesarrollado o en paro.

PROLETARIADO Y REVOLUCIÓN

El capital crea al mismo tiempo una red de empresas que viven de y para la ganancia, red extendida y protegida por los Estados convertidos en instrumentos anticomunistas, y un conjunto de individuos a los que constriñe a levantarse contra él. Esta masa no es homogénea, pero constituirá su unidad en la revolución comunista, sin que sus componentes jueguen el mismo papel. Toda revolución es producto de necesidades reales, surgidas de condiciones materiales de existencia que se han hecho insoportables. Lo mismo ocurre con el proletariado, al que el capital mismo obliga a aparecer. Una gran parte de la población mundial está obligada a vender su fuerza de trabajo para vivir, pues no tiene ningún medio de producción a su disposición. Algunos la venden y son productivos, otros la venden y son improductivos y, finalmente, otros no pueden venderla (el capital sólo compra el trabajo vivo cuando puede valorizarse en una proporción razonable) y son excluidos de la producción, ya sea en los países desarrollados, o bien en los países pobres.

Si se identifica proletario y obrero, trabajador, entonces no se ve lo que hay de subversivo en la condición de proletario. El proletariado es la negación de esta sociedad. No agrupa a los pobres, sino a aquellos que no disponen de ninguna reserva y no tienen nada que perder, sino sus cadenas; aquellos que no tienen nada y no pueden liberarse más que destruyendo todo el orden social actual. El proletariado es la disolución de la sociedad actual porque ésta le niega, por así decir, todos sus

aspectos positivos. Por tanto, es también su *propia* destrucción. Todas las concepciones (burguesa clásica, fascista, estalinista, de izquierda, izquierdista, etc.) que elogian de alguna manera al proletariado como tal, como existe actualmente, y lo muestran bajo una luz positiva, como el que afirma valores y viene a regenerar a la sociedad en crisis, son contrarrevolucionarias. La glorificación del obrero se ha convertido en una de las manifestaciones más eficaces y uno de los engaños más peligrosos del capital[15]. Muy al contrario, cada vez que interviene, el proletariado muestra que es lo *negativo* de la sociedad actual y no tiene ningún valor que aportarle ni ningún papel que desempeñar en ella, salvo un papel destructor.

El proletariado no es la clase que trabaja, sino más bien **la clase de la crítica del trabajo**. Viene definida como la sempiterna destructora del viejo mundo, pero sólo *en potencia*; se materializa únicamente en momentos de tensión e inestabilidad social, cuando el capital la obliga a convertirse en agente del comunismo. Destruye el orden establecido cuando se unifica y se organiza, no para erigirse en la clase dominante, como hizo en su momento la burguesía, sino con el fin de liquidar la sociedad de clases; llegado este punto, sólo existe un agente social: la humanidad. Pero aparte de dicho período de conflictividad y el que le precede, el proletariado queda reducido a la condición de elemento del capital, a una rueda dentro de un engranaje (y desde luego, *éste* es precisamente el aspecto glorificado por el capital, que rinde culto a los trabajadores únicamente mientras forman parte del sistema social existente).

[15] "Aquí, el hombre que trabaja no se siente abandonado y solitario. Por el contrario, el hombre que trabaja se siente entre nosotros ciudadano libre de su país, un hombre público en su género. Si trabaja bien y da a la sociedad lo que puede darle, es un héroe del trabajo, está rodeado de gloria. Es evidente que sólo en estas condiciones es como ha podido nacer el movimiento stajanovista." Stalin, *Discurso pronunciado en la primera conferencia de los stajanovistas*, en *Las cuestiones del leninismo*, op. cit., p. 739.)

Aunque no carente de “obrerismo” y laborismo (la otra cara del intelectualismo), el pensamiento radical no ensalzó a la clase obrera ni idealizó el trabajo manual. Otorgó a los obreros un papel decisivo (aunque no exclusivo) porque el lugar que ocupan en el proceso de producción les coloca en mejor posición para revolucionarlo. Únicamente desde este punto de vista desempeña un papel central el obrero productivo (que a menudo lleva traje y quizás corbata), en la medida en que su función social le permite llevar a cabo tareas diferentes de las que realizan otros. No obstante, cada vez es más difícil distinguir el trabajo de lo que no lo es debido al crecimiento del paro, la precariedad laboral, la cada vez más larga etapa de escolarización, los períodos de formación profesional a cualquier edad, los trabajos temporales y de media jornada, las prejubilaciones forzosas y la anómala mezcla de prestaciones sociales y programas de trabajo obligado subretribuido que restituye al obrero de la miseria al mercado laboral sólo para devolverlo a continuación a la pobreza y la intemperie, cuando el dinero de las limosnas a veces iguala a un salario paupérrimo.

Muy probablemente estamos entrando en una fase similar a la de disolución que Marx menciona en sus primeras obras. En cada período de fuertes turbulencias históricas (la década de 1840 y a partir de 1917) el proletariado refleja la progresiva disolución de los estratos sociales (sectores obreros y de la clase media descienden en la escala social o temen que les ocurra) y la pérdida de vigencia de los valores tradicionales (la cultura ya no funciona como elemento unificador). Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están negadas ya en las del proletariado. Es el capitalismo moderno, y no los hippis o los punks, el que mata la ética del trabajo. La propiedad, la familia, la nación, la moral y la política entendidas al modo burgués tienden a desintegrarse dentro de la condición proletaria.

La comunidad primitiva era demasiado pobre como para sacar provecho de las potencialidades del trabajo. Entonces el trabajo tiene carácter inmediato, cada cual actúa para su subsistencia inmediata. El trabajo no se cristaliza, no se acumula en instrumentos, en trabajo amasado, muerto. Cuando esto es posible, se hace necesario el cambio: sólo se puede medir la producción en trabajo abstracto, en tiempo de trabajo medio, a fin de hacer que circule. El trabajo vivo sigue siendo el elemento esencial de la actividad, y el tiempo de trabajo la medida necesaria. La moneda lo materializa. De ahí la explotación de clases por otras clases, la agravación de catástrofes naturales (ver más arriba sobre la crisis en el Antiguo Régimen). De ahí también el nacimiento, el declive, la caída de Estados y, a veces, de imperios que no pueden desarrollarse más que luchando contra otros. A veces, las relaciones de cambio son interrumpidas entre las diferentes partes del mundo civilizado como consecuencia de la muerte de un imperio o de varios: sucede incluso que semejante pausa en el desarrollo dure siglos, durante los cuales la economía parece que vuelve atrás, hacia la economía de subsistencia.

La humanidad no tiene entonces un aparato de producción tal que la explotación del trabajo vivo sea inútil, incluso ruinosa. El papel del capitalismo es precisamente acumular este trabajo muerto. La existencia de todo este conjunto industrial, de todo este capital fijo, prueba que el carácter social de la actividad humana ha acabado por materializarse en un instrumento que permite crear, no un paraíso en la tierra, sino un desarrollo que utiliza óptimamente los recursos para satisfacer las necesidades y que produce los recursos en función de las necesidades. Si esta infraestructura es el elemento esencial de la producción, entonces el papel regulador del valor, que corresponde a la fase en que el trabajo vivo era el factor productivo principal, pierde todo su sentido, ya no es necesario a la producción. Su mantenimiento se hace

caduco y catastrófico[16]. El valor, plasmado en la moneda, bajo todas sus formas, desde las más simples hasta las más complejas, resulta del carácter general del trabajo, de la energía al mismo tiempo individual y social que extrae y consume. Sigue siendo el mediador necesario mientras esta energía no crea un sistema productivo global a escala planetaria. Después se convierte en una traba.

El comunismo es la desaparición de una serie de mediaciones necesarias hasta entonces (a pesar de la miseria que engendran) para acumular bastante trabajo muerto a fin de que se pueda prescindir de ellas. Muy en primer lugar, el valor: es inútil tener un elemento exterior a las actividades sociales para ligarlas entre sí y estimularlas. La infraestructura acumulada no necesita más que ser transformada y desarrollada. El comunismo sopesa los valores de uso para decidir si desarrolla tal producción antes que tal otra. No reduce los componentes de la vida social a un denominador común (el tiempo medio de trabajo que contienen). El comunismo organiza su vida material partiendo de la confrontación de las necesidades, lo que no excluye conflictos, si llega el caso.

El comunismo es también final de todo elemento necesario a la unificación de la sociedad: es final de la política. No es ni democrático ni dictatorial. Es, por supuesto, "democrático" si con eso se quiere decir que todos se hacen cargo de las actividades sociales: y no es que esto se haga por voluntad gestora o por principio democrático, sino porque la organización de la actividad es normalmente asunto de sus miembros. Pero, contrariamente a lo que dicen los demócratas, esto no es posible más que por el comunismo, es decir, poniendo en comunidad todos los elementos de la vida, por la supresión de toda actividad separada, de toda producción aislada. No se puede conseguir este resultado más que por la destrucción del valor. Pues el intercambio entre las empresas

---

[16] Cf. *Fundamentos de la crítica de la economía política*, t. II, Anthropos, 1968, p. 209-231, en donde Marx muestra el papel del capital fijo, o cómo el desarrollo de los valores de uso hace absurdo el valor de cambio.

excluye totalmente que la colectividad tome a su cargo la vida (y, en primer lugar, la vida material): en efecto, el objetivo del intercambio y de la empresa es radicalmente opuesto al de los hombres, que es satisfacer sus necesidades. La empresa busca ante todo valorizarse y no tolera ir en ninguna dirección salvo la que le permite alcanzar lo mejor posible este objetivo (por esta razón los capitalistas no son más que funcionarios del capital). Es la empresa la que dirige a sus dirigentes. La supresión de la limitación que representa la empresa, la destrucción de la relación mercantil, que obliga a cada cual a considerar a los demás sólo como medios de ganarse *la propia* vida, son las únicas condiciones de una autoorganización de los hombres. A partir de ahí, los problemas de gestión son secundarios y sería absurdo querer que todos lleven a cabo la gestión de modo rotativo. El problema ni siquiera se plantea ya. La contabilidad y la administración se convierten en actividades como las otras, sin privilegios en ningún sentido: cada cual puede ejercerlas o no.

En el comunismo es inútil tener una fuerza exterior a los individuos para agruparlos. Es lo que no ven, por ejemplo, los socialistas utópicos. Sus sociedades imaginarias, cualesquiera que sean sus méritos y su fuerza visionaria, tienen casi siempre necesidad de planes muy estrictos y directivas casi totalitarias. Se intenta crear un vínculo que, en realidad, resulta naturalmente de la asociación de los hombres en grupo. Se pretende evitar la explotación, la anarquía, y se organiza *por adelantado* la vida social. Otros, para no caer en semejante dirigismo, quisieran dejar que la sociedad se arregle sola. El problema está en otra parte: únicamente relaciones sociales bien determinadas, que descansen en un nivel de desarrollo de la producción material bien preciso, hacen posible y necesaria la armonía entre los individuos (lo que incluye conflictos: ver más arriba). Entonces estos últimos pueden satisfacer sus necesidades, pero sólo por la participación automática en el funcionamiento del grupo, sin ser reducidos por ello a simples

engranajes del grupo. El comunismo no tiene necesidad de reunir lo que estaba separado y que, en adelante, ya no lo está[17].

Esto sirve igualmente en el plano mundial. Los Estados y las naciones, instrumentos necesarios del desarrollo, son ahora puramente reaccionarios y las divisiones que perpetúan son un freno al desarrollo: la única dimensión posible en adelante es la de toda la humanidad.

La oposición entre manual e intelectual, entre naturaleza y cultura, era indispensable en otro tiempo. La separación entre el trabajador y el organizador del trabajo multiplicaba su eficacia. El desarrollo conseguido hoy ya no tiene necesidad de esa separación y este corte no es más que una traba que manifiesta su absurdo en todos los aspectos de la vida escolar, universitaria, profesional, "cultural", etc. El comunismo acaba con la separación entre una parte de los trabajadores embrutecida por el trabajo manual y otra parte inútil en las oficinas.

Lo mismo sucede con la oposición entre el hombre y su entorno. En otros tiempos, el hombre sólo pudo socializar el mundo luchando contra la dominación de la "naturaleza". Hoy, es él el que cerca y amenaza a la naturaleza. El comunismo es reconciliación del hombre y la naturaleza.

El comunismo es el fin de la economía como dominio particular, lugar privilegiado del que depende todo lo demás, pero que todo lo demás desprecia y rehuye. El hombre produce y reproduce sus condiciones de existencia; a partir de la disolución de la comunidad primitiva, pero bajo la forma más pura bajo el capitalismo, el trabajo, actividad de apropiación de

---

[17] Es útil leer o releer los manuscritos de 1844 a la luz del *Capital* (incluyendo en este término los Libros I, II, III y IV (historia de la economía política), el capítulo VI inédito, que sintetiza el Libro I, y los manuscritos de 1857-1858 [*Fundamentos de la crítica...*] y toda la correspondencia a este respecto). Hacia 1844, Marx comprendía el comunismo como *movimiento*, y el proletariado como auto-supresión, aunque todavía vea mal el mecanismo exacto de este movimiento (*Miseria de la filosofía* – 1847 – es el primer texto en el que estudia el ciclo del valor).

su entorno por parte del hombre, se ha convertido en una coacción opuesta al tiempo de descanso, al ocio, a la "verdadera" vida. Esta fase era necesaria históricamente para crear el trabajo muerto que permite suprimir esta servidumbre. Con el capital, la producción, de hecho producción para la valorización, se ha convertido en el dueño del mundo. Es la dictadura acabada de las relaciones de producción sobre la sociedad. Mientras se está produciendo se sacrifica el tiempo de la propia vida para disfrutar de la vida *a continuación*, disfrute casi siempre sin relación con la naturaleza del trabajo, convertido en simple medio de ganarse la vida. El comunismo disuelve las relaciones de producción, las funde en las relaciones sociales. Ya no conoce actividades separadas, trabajo opuesto al juego. Desaparece la obligación de hacer el mismo trabajo toda la vida, ser manual o ser intelectual. Con el papel del trabajo acumulado, que incluye e incorpora toda la ciencia y toda la técnica, la investigación y el trabajo, la reflexión y la acción, la enseñanza y la actividad no son ya más que una sola cosa. Ciertas tareas pueden ser ejecutadas por todos y la generalización de la automatización transforma completamente la actividad productiva. Por lo demás, el comunismo no preconiza el juego contra el trabajo, o el no-trabajo contra el trabajo. Estas nociones de escasas miras y parciales son todavía realidades capitalistas. El trabajo como producción y reproducción de las condiciones de vida, tanto materiales como culturales, afectivas, etc., es lo propio de la humanidad[18].

El hombre crea colectivamente los medios de su existencia, y los transforma; no los recibe regalados por las máquinas, pues en ese caso la humanidad estaría reducida al estadio del niño, que se contenta con recibir juguetes cuyo origen ignora, y cuyo origen ni siquiera existe para él (los juguetes *están* ahí, existen, es todo). De la misma manera, el comunismo no hace el trabajo perpetuamente alegre y agradable. La actividad eminentemente enriquecedora del poeta

[18] Ver el análisis del trabajo por Moses Hess en 1846 en *El comunismo, realidad y utopía, Cahiers de l'I.S.E.A.,* t. IV, número 11, noviembre de 1970, p. 2124-6.

pasa por momentos penosos e incluso dolorosos. Lo único que hace el comunismo en este dominio es suprimir la separación entre el esfuerzo y el disfrute, la creación y el recreo, el trabajo y el juego[19].

LA REVOLUCIÓN COMUNISTA

El comunismo es la apropiación por la humanidad de sus riquezas, quedando claro que esta apropiación es también e *inevitablemente* una transformación de arriba abajo. Esto implica necesariamente la destrucción de las empresas como unidades separadas y, por ahí mismo, la destrucción de la ley del valor: no para socializar la ganancia sino para hacer circular los productos entre los centros industriales sin pasar a través del valor. Esto no significa de ninguna manera que la revolución comunista recogerá el sistema productivo del capitalismo tal como está. No se trata de desembarazarse del lado "malo" del capital (la valorización), guardando el "bueno" (la producción). Pues como hemos visto, el valor y la lógica de la ganancia imponen un cierto tipo de producción, súper desarrollan ciertas ramas, descuidan otras. Toda alabanza de la economía actual, del proletariado actual (es decir, engranaje del capital), de la ciencia y de la técnica actuales, no es más que un elogio del capital. Toda exaltación de la productividad y del crecimiento económico tal como existen hoy, no es más que un himno a la gloria del capital[20].

---

[19] "El comunismo se distingue de todos los movimientos que lo han precedido hasta ahora en que... por primera vez, trata conscientemente todas las condiciones naturales previas como creaciones de los hombres que nos han precedido hasta ahora, en que las despoja de su carácter natural y las somete al poder de los individuos unidos." (*La ideología alemana,* op. cit., p. 97.)

[20] "¿Por qué ha batido y vencido el capitalismo al feudalismo? Porque ha creado normas de productividad del trabajo más elevadas... ¿Por qué puede, debe vencer y vencerá necesariamente el socialismo al sistema de economía capitalista? Porque puede proporcionar ejemplos

Dicho esto, para revolucionar la producción, para liquidar la empresa, la revolución comunista se ve obligada naturalmente a servirse de ella. Ahí está su palanca esencial, al menos durante *una* fase. No se trata de poner pie en la empresa para quedarse encerrado en ella y gestionarla, sino para salir de ella y unir entre sí las empresas sin intercambio, lo cual las destruye como empresas[21]. Un movimiento así irá acompañado casi automáticamente por un primer esfuerzo para reducir, y después suprimir, la oposición ciudad / campo y la separación entre la industria y las otras actividades. Hoy la industria se asfixia en su marco al tiempo que asfixia a los otros sectores.

El capital vive para acumular valor: fija este valor en forma de trabajo amasado, muerto. La acumulación, la producción, se convierten en fines en sí mismos. Todo les está subordinado: el capital alimenta sus inversiones con trabajo

---

de trabajo superiores, un rendimiento más elevado que el sistema de economía capitalista." (Stalin, *Discurso pronunciado en la primera conferencia de los stajanovistas,* op. cit., p. 731.)

[21] "La reivindicación socialista cae cuando se suprime uno sólo de sus términos. El criterio de la economía privada individual y personal puede ser superado ampliamente incluso en pleno capitalismo. Nosotros combatimos el capitalismo como clase y no sólo los capitalistas como particulares. Hay capitalismo siempre que los productos son llevados al mercado o, en todo caso, "contabilizados" en el activo de la empresa, considerada como islote económico distinto, incluso importante, al tiempo que la retribución del trabajo se inscribe en su pasivo.

La economía burguesa es una economía doble.

El individuo burgués no es un hombre, sino una casa comercial. Nosotros queremos destruir todas las casas comerciales. Queremos suprimir la economía doble para fundar una de una sola pieza, que la historia conocía ya en la época en que el troglodita salía a recoger tantos cocos como compañeros tenía en la caverna, con sus manos como único instrumento.

Nosotros sabíamos ya esto en 1848, lo cual no nos impide repetirlo con un ardor juvenil." (Bordiga, *Propiedad y capital*, Centro de documentación "La Vieille Taupe", 1972.)

vivo. Al mismo tiempo desarrolla el trabajo improductivo, como hemos visto. La revolución comunista es revuelta contra este absurdo: es también una *des*-acumulación, no para volver hacia atrás, sino para cambiar de algún modo radicalmente, para volver a ponerlo todo con los pies en el suelo. Ya no se trata de poner al hombre al servicio de la inversión, sino al revés. En este punto, el comunismo se opone también al productivismo frenético – entre cuyos mejores propagandistas se encuentran los países llamados socialistas y los P.C. – y a la ilusión reformista y humanista de un cambio posible en el marco actual.

El comunismo no es la prolongación del capitalismo bajo una forma más racional, más "eficaz", más moderna, menos injusta, menos anárquica. No toma las bases materiales del viejo mundo tal como son: las trastorna completamente. Únicamente la preponderancia considerable del trabajo acumulado en el proceso productivo permite:

1. no explotar ya el trabajo vivo;
2. no subordinar ya la satisfacción de las necesidades a la producción de bienes de equipo.

Sólo el comunismo puede explotar esta condición creada por el capital.

El comunismo no es un conjunto de medidas que se aplicarían después de la toma del poder. Es un movimiento que existe desde ahora, no como modo de producción (no puede haber un islote comunista en la sociedad capitalista), sino como tendencia surgida de necesidades reales (ver más arriba sobre los sin-reservas)[22]. En cierto sentido, el comunismo ni siquiera sabe lo que es el valor. No hay, un buen día, una gran reunión de gente que tomaría la decisión de suprimir el valor y la ganancia. Todos los movimientos revolucionarios del pasado conseguían llevar a la sociedad al colapso, y esperaban que de

[22] "Esta verdadera comunidad no nace, pues, de la reflexión; parece ser producto de la necesidad y del egoísmo de los individuos o, dicho de otro modo, la afirmación de su existencia misma." (Marx, Manuscritos de 1844, *Obras,* II, op. cit., p. 23.)

esta parálisis universal surgiera algo. En la sociedad comunista, por el contrario, se pondrán en circulación bienes prescindiendo del dinero, se abrirán las puertas que aíslan a las fábricas de su entorno, se cerrarán las fábricas en las que el proceso de trabajo sea demasiado alienante como para poder mejorarse, se eliminará la escuela entendida como centro especializado para adolescentes en el que se disocia la teoría de la praxis, se derribarán los muros que obligan a las personas a vivir encerradas con la familia en celdas de tres habitaciones; en resumen, se tenderá a eliminar todas las separaciones.

El mecanismo de la revolución comunista es producido por las luchas. Será su desarrollo normal en un momento en que la sociedad constreñirá a todos los elementos a los que niega toda perspectiva, a que instauren nuevas relaciones sociales. Si actualmente un gran número de luchas sociales parece no desembocar en nada, es precisamente porque su única prolongación sería el comunismo, piensen lo que piensen los que participan en ellas. En el plano simplemente reivindicativo, con frecuencia, y cada vez más, llega un momento en que para ir más lejos no habría más solución que el enfrentamiento violento con las fuerzas del Estado, generalmente secundadas por las de los sindicatos. En este caso, la lucha armada y la insurrección suponen necesariamente la puesta en práctica de un programa social, el uso de la economía como arma (ver más arriba acerca del proletariado). El aspecto militar, por muy importante que sea, depende del contenido social. Para simplemente triunfar de sus adversarios en el terreno militar, el proletariado, sin saberlo necesariamente – pero si lo sabe y tiene la capacidad de expresarlo, de hacerlo saber en otra parte, de decir lo que hace, su acción es más fuerte - transforma la sociedad en el sentido comunista.

Hasta el presente, las luchas no han alcanzado nunca todavía el estadio en que su simple desarrollo militar habría hecho necesaria la aparición de la nueva sociedad. En las luchas sociales más importantes, en Alemania entre 1919 y 1921, el proletariado, a pesar de la violencia de la guerra civil, no alcanzó este nivel. Pero el programa comunista estaba

subyacente en estos enfrentamientos, que no pueden ser comprendidos sin él. La burguesía supo servirse del arma de la economía, en el sentido de sus intereses, por supuesto, utilizando, por ejemplo, el paro para dividir a los obreros. El proletariado fue incapaz de hacerlo y sólo llevó la lucha con medios militares- llegando hasta la creación de un ejército rojo en el Ruhr en 1920 – sin utilizar el arma que le da su función social[23].

En otro contexto, ciertos motines de la minoría negra en los Estados Unidos han iniciado una transformación social, pero sólo al nivel de la destrucción de la *mercancía*, y no del *capital* mismo. Estos negros sólo eran una parte del proletariado y, con frecuencia, ni siquiera tenían la posibilidad de servirse de la palanca de la producción porque estaban excluidos de ella. Permanecían fuera de la empresa. Por el contrario, la revolución comunista implica, entre otras tareas, una acción a partir de la empresa para destruirla como unidad separada. Los motines negros se han mantenido al nivel del consumo y de la distribución. La revolución atacará el corazón del sistema, el centro donde se produce la plusvalía. Pero sólo se sirve de esta palanca para destruirla[24].

Los sin-reservas hacen la revolución, constreñidos a establecer relaciones sociales que afloran en la sociedad actual. Esta ruptura supone necesariamente una crisis que, por lo demás, quizá no sea una crisis del tipo de la de 1929, marcada por una gigantesca parálisis económica. En todo caso, para unificar los diversos elementos en revuelta contra el trabajo asalariado, es necesario que la sociedad conozca dificultades

[23] Ver la obra de Denis Authier, citada anteriormente, sobre el movimiento comunista en Alemania en aquella época.

[24] "El único *valor de uso* que puede constituir una oposición al capital es, pues, el *trabajo* (y más *precisamente el trabajo creador de valor*, es decir, *productivo*). Esta observación, hecha por anticipado, merece ser desarrollada ampliamente cuando llegue el momento." (*Fundamentos de la crítica de la economía política*, t. I, op. cit., p. 220.)

suficientemente graves como para no poder ya aislar las luchas unas de otras. La revolución comunista no es la suma de los movimientos inmediatos actuales, ni su metamorfosis por la intervención de una "vanguardia". Supone una sacudida social, un ataque del capital contra los sin-reservas, en grados diversos, que, a la vez, amplifiquen cuantitativamente y modifiquen cualitativamente su acción. Por supuesto, este mecanismo no es posible más que a escala mundial y, al menos al principio, en varios países avanzados.

De todo lo que antecede se deduce que la revolución y la sociedad comunistas no son cuestiones de organización, ni de "poder" de la clase obrera. Por otro lado, querer la dictadura del proletariado tal como éste existe hoy es un absurdo. Del mismo modo que la toma a su cargo de la actividad social por todos es imposible mientras reine el valor y su instrumento, la empresa; de igual manera el proletariado, tal como se presenta hoy en la economía, es incapaz por definición de dirigir o gestionar cualquier cosa. No es más que un engranaje del mecanismo de valorización, sufre la dictadura del capital. Por consiguiente, la dictadura del proletariado tal como éste existe en este momento no puede ser más que la dictadura de los *representantes* del proletariado, es decir, de los jefes de los sindicatos y de los partidos obreros. En su brutalidad, la doctrina oficial de los países del Este, según la cual la dictadura del proletariado es identificada con la del "partido", es más lúcida y franca que la teoría de ciertos "revolucionarios" que creen posible una gestión obrera aun conservando los fundamentos de la economía actual[25].

La revolución no es un problema de organización. Todas las teorías de "gobierno de los trabajadores" y de "poder obrero" sólo proponen vías muertas, otras soluciones a la crisis del capital. La revolución es ante todo una transformación de la sociedad, es decir, de lo que constituye las relaciones existentes

---

[25] Se encontrará una recopilación de los textos de Marx sobre la dictadura del proletariado en *Marx y la dictadura del proletariado* (en inglés), *Cahiers de l'I.S.E.A.*, número 129, septiembre de 1962.

entre los hombres, entre los hombres y sus medios de vida. Los problemas de organización, de "jefes", son secundarios: dependen de lo que hace la revolución. Esto es válido tanto para el desencadenamiento de la revolución comunista como para el funcionamiento de la sociedad que sale de ella. La revolución no entra en acción el día en que el 51% de los obreros son revolucionarios, ni pone en marcha enseguida un aparato de decisión y de gestión. Por el contrario, es el capitalismo el que no consigue desembarazarse de las cuestiones de gestión y de "jefes". La forma de organización de la revolución comunista, y de todo movimiento social, se deriva de su contenido. La manera como el partido, organización de la revolución, se constituye y actúa, depende de las tareas a realizar.

*
* *

En el siglo XIX, y aún en el momento de la Primera Guerra mundial, las condiciones materiales del comunismo estaban todavía por crear, al menos en algunos países (Francia, Italia, estaban entonces poco industrializadas, sin hablar de Rusia). La revolución comunista habría tenido que desarrollar, en un primer momento, las fuerzas productivas, poner a trabajar a los pequeños burgueses, generalizar el trabajo industrial, con la regla: quien no trabaja, no come (fórmula que no se aplicaría, ciertamente, más que a aquellos que fuesen aptos para el trabajo). Posteriormente, el progreso económico ha realizado esta tarea. Ahora existe la base material del comunismo. Ya no hay necesidad de enviar los trabajadores improductivos a la fábrica; el problema consiste en la creación de las bases de otra "industria", totalmente distinta a la actual. Muchas fábricas deberán cerrarse, y el trabajo obligatorio quedará desterrado: lo que queremos es la abolición del trabajo como actividad disociada de los demás aspectos de la vida. Sería absurdo acabar con la profesión de la recogida de basura a la que algunos se dedican durante años si no cambian a la vez todo el proceso y la lógica de la creación y eliminación de basura.

Los países subdesarrollados – por utilizar un término anticuado aunque no del todo inapropiado – no tendrán que atravesar el período de industrialización. En muchas zonas de Asia, África y América Latina, el capital oprime a los trabajadores pero no los ha sometido hasta el punto de ejercer sobre ellos una dominación "real". Antiguas formas de vida comunal aún subsisten. El comunismo regeneraría muchas de ellas – como Marx pensó en referencia a las comunidades campesinas rusas – con la ayuda de tecnología "occidental" aplicada de forma diferente. Estas zonas serían en muchos aspectos más fáciles de comunizar que las gigantescas urbes "civilizadas" llenas de automóviles y adictas al televisor. En otras palabras, un proceso mundial de desacumulación.

LOS ESTADOS Y CÓMO ELIMINARLOS

El Estado nació como resultado de la incapacidad de los seres humanos para gestionar sus vidas. Es la unidad – simbólica y material – de lo desunido. En el momento en que el proletariado se apropia de sus medios de existencia, este instrumento de mediación empieza a carecer de función, pero su destrucción no constituye un proceso automático. No irá desapareciendo poco a poco a medida que la esfera no mercantil se vaya engrandeciendo. Lo cierto es que esa esfera sería frágil si permitiera que la maquinaria estatal continuara existiendo, como ocurrió en España entre los años 1936-1937. No hay estructura estatal que desaparezca por sí misma.

La comunización es, por tanto, algo más que una suma de acciones directas realizadas fragmentariamente. El capital será derribado por medio de la subversión general, mediante la cual las personas pasarán a controlar sus relaciones con el mundo. Pero no se conseguirá nada decisivo mientras el Estado conserve un mínimo poder. La sociedad no es un conjunto de vasos capilares: las relaciones están centralizadas en una fuerza que concentra la capacidad de conservar esta sociedad. El capitalismo estaría encantado viéndonos cambiar

nuestras vidas a escala local si él continúa existiendo a escala mundial. En tanto que fuerza central, el Estado debe ser destruido por una acción central y su poder debe ser liquidado sin dejar resquicio alguno. El movimiento comunista no es apolítico, sino antipolítico.[26]

EL COMUNISMO, MOVIMIENTO SOCIAL ACTUAL

El comunismo no es sólo un sistema social, un modo de producción que nacerá en el futuro a partir de la revolución comunista. Esta revolución es, de hecho, un enfrentamiento entre dos mundos:

- por un lado, el conjunto de todos aquellos que se encuentran rechazados, excluidos de todo goce profundo e incluso, a veces, amenazados en su existencia física, unidos

[26] Marx elaboró una **crítica de la política** (véanse "El rey de Prusia y la reforma social", artículo escrito en 1844, y otras obras tempranas) y contrapuso la revolución "política" a la "social": aquella reajustaba los vínculos entre los individuos y los grupos, sin que sus respectivas formas de actuar se vieran demasiado afectadas por los cambios, y esta actuaba sobre la forma en que los seres humanos reproducen sus medios de existencia, su estilo de vida y su verdadera condición, transformando así el modo en que se relacionan entre sí.

Uno de los primeros gestos de rebeldía consiste en oponerse al control ejercido sobre nuestras vidas por instancias superiores, ya sean estas el profesor, el patrón, el policía, el asistente social, el dirigente sindical, el estadista... A continuación interviene la política y reduce las aspiraciones y deseos a una cuestión de poder – ya sea cedido a un partido o ejercido de forma mancomunada. Pero de lo que carecemos es de la facultad de producir nuestra vida. Un mundo en el que toda la electricidad que nos llega procede de gigantescas centrales eléctricas (sean de carbón, fuel-oil o nucleares), siempre quedará fuera de nuestro alcance. Sólo la mente política considera que la revolución es ante todo una cuestión de toma de poder o redistribución, o ambas cosas.

todos, sin embargo, por la obligación de entrar en relación los unos con los otros;

- por otro, el conjunto de una economía socializada mundialmente, unificada técnicamente, pero dividida en unidades constreñidas a oponerse para respetar la lógica del valor que las une, y que no retrocede ante ninguna destrucción para subsistir en cuanto tal.

El mundo de las empresas, marco actual de las fuerzas productivas, está dotado de una vida propia; se ha constituido en fuerza autónoma y somete a sus leyes el mundo de las necesidades reales. La revolución comunista es destrucción de esta sumisión. El comunismo es lucha contra esta sumisión y, en este sentido, se ha opuesto a ella desde los orígenes del capitalismo, e incluso antes, sin posibilidad de éxito[27].

De igual manera que la humanidad, al principio, ha atribuido a sus ideas, a su visión del mundo, un origen exterior a ella, creyendo que lo propio del hombre residía no en su relación social sino en su vínculo con un elemento exterior al mundo real (dios), del cual el hombre no es más que un producto; de igual modo la humanidad, en su esfuerzo de apropiación, de adaptación al mundo que la rodea, habrá debido crear previamente un mundo material, un complejo de fuerzas productivas, una economía, un mundo de objetos que la aplasta y la domina, antes de poder apropiárselo y transformarlo, adaptarlo a sus necesidades[28].

---

[27] "Desde hace mucho tiempo, el mundo sueña con una cosa... no se trata de hacer borrón y cuenta nueva entre el pasado y el futuro, sino *de realizar* las ideas del pasado." (Marx, carta a Ruge, septiembre de 1843, en Marx, *Textos* [1842-1847], Spartacus, 1970, p. 47).

"¿Qué es una utopía? Un sueño no realizado, pero no irrealizable." (J. Déjacque, *L'humanisphère, utopie anarchique,* [escrito en 1857, año en que Marx empieza la redacción del *Capital*), en *A bas les chefs,*Champ Libre, 1971, p. 131).

[28] "Es evidente que los individuos deben comenzar por producir sus propias relaciones sociales antes de poder someterlas... Si este lazo es todavía exterior y autónomo respecto de los individuos, esto muestra

La revolución comunista no es más que la prolongación, la superación también, de los movimientos sociales actuales. Las discusiones sobre el comunismo generalmente se plantean en un terreno falso: se preguntan qué se hará después de la revolución. Jamás ligan el comunismo con lo que sucede en el momento en que se habla. Hay ruptura: se hace la revolución, después se hace el comunismo. En realidad, el comunismo es la prolongación de necesidades reales que se manifiestan desde hoy pero que no llegan a buen término ni encuentran su verdadera satisfacción porque la situación actual lo impide. Hay ya desde ahora todo un conjunto de prácticas, de gestos, de actitudes mismas, comunistas: no sólo expresan un rechazo global del mundo actual, sino sobre todo un esfuerzo para, a partir de él, construir otro[29]. En la medida en que esto fracasa, no se *ve* más que los límites, la tendencia, y no su prolongación posible (los izquierdistas sirven precisamente para teorizar estos *límites* como el fin del movimiento, y así los refuerzan). En la negación del trabajo en cadena, en la lucha de los desahuciados que ocupan un piso o un local vacío, aparece la perspectiva comunista, el esfuerzo por crear *otra cosa*, no a partir de un rechazo puro y simple del mundo actual (hippie), sino utilizando y transformando lo que ha producido y lo que despilfarra. Esta *otra cosa* está inscrita en estas luchas, independientemente de lo que piensen y quieran los que participan en ellas y de lo que afirmen los izquierdistas que se mezclan en ellas o las teorizan. Tales movimientos serán inducidos posteriormente a adquirir la conciencia de sus actos, a comprender lo que hacen para hacerlo mejor.

---

simplemente que aún tienen que crear las condiciones de su vida social, cuya transformación no pueden abordar todavía." (*Fundamentos de la crítica de la economía política*, t. I, op. cit., p. 99)

[29] Cf. "La lucha de clases y sus aspectos más característicos estos últimos años: en qué vuelve a aparecer la perspectiva comunista", en *Le mouvement communiste* número 1, mayo de 1972, y el prefacio de P. Guillaume a Luxembourg, Mehring, Vandervelde, *L'experience belge*, Spartacus, 1970.

Para los que desde ahora se plantean la cuestión del comunismo, no se trata de intervenir en todas estas luchas para aportarles el mensaje comunista, proponiendo que estas acciones limitadas se giren hacia la "verdadera" actividad comunista. No se trata ahora de aportar consignas, sino en primer lugar mostrar la razón y el mecanismo de estas luchas, lo que se verán obligadas a hacer. Esta acción sólo tiene sentido si se participa realmente en tales movimientos, sin activismo, pero siempre que sea posible. Esto no significa el abandono, por parte de los que se entregan a ello, de la actividad propiamente teórica, de investigación y de exposición. No está dicho todo y este texto y otros, por ejemplo, no son sino aproximaciones al problema. Dicho esto, hay cierto modo de hacer teoría que conduce a no entrar nunca en contacto con el movimiento social real; de todos modos, eso no es un "problema", y la actividad comunista hará por sí misma el reparto entre las dos maneras de ser.

Negativamente, todo lo que sirve para desmontar las diversas mistificaciones del capital, provengan del Estado, del P.C. o de los izquierdistas[30], es igualmente una práctica comunista, tanto si esta propaganda se hace por la palabra, como por el texto o por el gesto. La actividad teórica es práctica. Por un lado, no hay que hacer ninguna concesión teórica. Pero por otro, la única manera de sentar el programa y permitir que el comunismo teórico juegue su papel práctico, consiste en participar en la agitación y en la unificación que los movimientos sociales emprenden desde distintos puntos. A su manera, el comunismo ha pasado ya al ataque[31].

[30] Para no citar más que un ejemplo, la Liga comunista considera el socialismo como la automatización más los consejos obreros: Cf. *¿Qué quiere la Liga comunista?*, Maspéro, 1972.

[31] Para un examen más detallado de algunos puntos abordados en este texto, se puede leer: J. Barrot, *Le mouvement communiste*, Champ Libre, septiembre d 1972.

LA LUCHA DE CLASES

Y SUS ASPECTOS MÁS CARACTERÍSTICOS EN LOS ÚLTIMOS AÑOS:

Resurgimiento de la perspectiva comunista

Este ensayo fue comenzado poco después de Mayo del 68 y acabado en 1972 por un amigo que había trabajado unos años antes en una fábrica argelina de zapatos "autogestionada" (bajo control del Estado), donde experimentó de qué modo el deseo de conseguir el dominio sobre el propio destino podía acabar en una autogestión institucionalizada del trabajo asalariado.

Si este texto fuese escrito hoy, los datos históricos serían diferentes. Aunque todavía conserva plazas fuertes, el P. C. francés ha decaído, en parte por la desindustrialización de áreas tradicionales de la clase obrera. Por lo demás, como en otros países, no se puede seguir hablando de "estalinismo". Los P. C. eran estalinistas no por amor a Rusia, sino porque el capitalismo de Estado era una solución posible para el capital... generalmente con las tropas del Ejército Rojo en las cercanías y ayuda de los países "socialistas" hermanos. Con la caída de la URSS, no tiene utilidad esta forma atrasada de capitalismo, y los P. C. están evolucionando hacia partidos social-demócratas. El adaptable partido italiano ya recorrió este camino hace tiempo. Tras larga resistencia, el empedernido P. C. francés le está siguiendo. La siniestra farsa estalinista de 60 años ha sido tirada al cubo de la basura de la historia, no por el proletariado, sino por la irresistible marcha de las mercancías. La tarjeta de crédito es más potente que la bota.

(nota de G. D. en 1997)

El objetivo original de este texto fue intentar mostrar las razones fundamentales por las que el movimiento revolucionario de la primera mitad del siglo tomó varias formas (partidos, sindicatos y uniones industriales, consejos obreros) que ahora no sólo pertenecen al pasado sino que también dificultan la nueva formación del movimiento revolucionario. Pero sólo se llevó a cabo una parte del proyecto. Esta tarea aún tiene que realizarse. Pero sería un error seguir esperando a una construcción teórica completa antes de ponerse en marcha. El texto que sigue da ciertos elementos útiles para la comprensión de nuevas formas del "partido" comunista. Acontecimientos recientes (principalmente, huelgas en los EE.UU., en Gran Bretaña, en Francia, en Italia) muestran claramente que estamos entrando en un nuevo período histórico. Por ejemplo, el Partido Comunista Francés (P.C.F.) aún domina a la clase obrera, pero bajo fuerte ataque. Mientras que durante un largo período de tiempo la oposición del movimiento revolucionario al capital fue desviada por el P.C.F., esta mediación tiende a desaparecer hoy: la oposición entre trabajadores y capitalismo se está afirmando cada vez más directamente, y al nivel de hechos reales y acciones, como opuesta a la situación en que la ideología del P.C.F. era prominente entre los trabajadores y el movimiento revolucionario tenía que luchar contra el P.C.F. principalmente en un nivel teórico.

Hoy, los revolucionarios se verán obligados a oponerse al capital *prácticamente*. Esta es la razón por la que son necesarias nuevas tareas teóricas. No basta con estar de acuerdo al nivel de las ideas; hay que actuar positivamente y, antes que nada, intervenir en las luchas actuales para defender los propios puntos de vista. Los comunistas no tienen que construir un partido separado del que se afirma a sí mismo en la práctica en nuestra sociedad; sin embargo, tendrán que defender cada vez más sus posiciones para que el movimiento real no malgaste el tiempo en luchas inútiles y falsas. Habrá que establecer vínculos orgánicos (trabajo teórico para actividad práctica) entre los que piensan que estamos yendo hacia un conflicto entre el proletariado y el capital. El presente texto

intenta determinar cómo está reapareciendo el movimiento comunista, y definir las tareas de los comunistas.

A) Mayo de 1968 en Francia

La huelga general de Mayo de 1968 fue una de las huelgas más grandes de la historia capitalista. Sin embargo, probablemente sea la primera vez que, en la sociedad moderna, semejante poderoso movimiento de la clase trabajadora no creó por sí mismo órganos capaces de expresarlo. Más de cuatro años de luchas de los trabajadores lo prueban. En ninguna parte podemos ver organizaciones que vayan más allá de un contacto local y temporal. Sindicatos y partidos han sido capaces de intervenir en este vacío y negociar con los patronos y el Estado. En 1968, algunos Comités de Acción de corta duración fueron la única forma de organización de los trabajadores que actuaron fuera de los sindicatos y de los partidos; el Comité de Acción se opuso a lo que ellos sintieron como una traición por parte de los sindicatos.

Ya sea al comienzo de la huelga, o en el proceso de asentamiento, como más tarde, en la lucha contra la reanudación del trabajo muchos miles de trabajadores se organizaron por sí mismos de un modo u otro fuera y contra la voluntad de los sindicatos. Pero en todos los casos las organizaciones de los trabajadores se extinguieron al final del movimiento y no se encaminaron a un nuevo tipo de organización.

La única excepción fue el “Comité inter-empresas”, que había existido desde el comienzo de la huelga en el edificio Censier de la “Facultad de Letras” de París. Reunió a trabajadores, individuos y grupos, de varias docenas de fábricas del área de París. Su función fue coordinar acciones contra el trabajo de zapa de la huelga por parte del sindicato controlado por el P.C.F., la C.G.T. De hecho fue el único órgano de los trabajadores que fue prácticamente más allá de los estrechos límites de la fábrica, poniendo en práctica la solidaridad entre

trabajadores de diferentes empresas. Como ocurre con todas las actividades revolucionarias del proletariado, este Comité no dio publicidad a su acción.[1]

El Comité continuó organizando encuentros tras la huelga y desapareció después de que sus miembros constataran su inutilidad. Por supuesto, los cientos de trabajadores que habían tomado parte en su actividad pronto dejaron de acudir a sus reuniones. Muchos de ellos continuaron viéndose entre sí. Pero mientras que el objetivo del Comité durante la huelga había sido fortalecer la lucha contra las maniobras de sindicato y partido, más tarde se convirtió en un grupo de discusión que estudiaba los resultados de la huelga y que intentaba sacar de ello lecciones para el futuro. Las discusiones giraban con frecuencia en torno al comunismo y su importancia.

El Comité reunió a una minoría. Sin embargo, sus "asambleas generales" diarias en el Censier, así como sus reuniones más restringidas, permitieron a varios miles de trabajadores encontrarse. Quedó limitado al área de París. No hemos tenido noticias de otros experimentos semejantes en otras regiones, organizados fuera de los sindicatos (incluyendo a los sindicatos "de izquierda": la ciudad de Nantes, en el oeste de Francia, estuvo más o menos en manos de los sindicatos durante la huelga).

Debemos añadir que un puñado de personas con ideas comunistas (una docena, como máximo) estuvieron

---

[1] Si lo hubiese hecho, la gente habría sabido de él como supo del Consejo para el Mantenimiento de las Ocupaciones (CMDO) (de influencia situacionista), activo desde el 10 de mayo y ubicado en otro edificio universitario a diez minutos a pie tanto de la Sorbona como del Censier. En su historia del 68, la Internacional Situacionista desecha el comité Censier como demasiado poca cosa para ser de interés. Sin duda, el CMDO tuvo carteles y octavillas que circularon ampliamente, tanto en Francia como en el extranjero, mientras que el Censier estuvo más conectado a los lugares de trabajo, pero lo cierto es que ambos estuvieron entre los aspectos más radicales del 68. Descrito por la I. S. como "un vínculo, no un poder", el CMDO decidió disolverse el 15 de junio. (nota de G. D. en 1997)

profundamente involucradas en su acción y funcionamiento. El resultado de ello fue limitar la influencia de la C.G.T., los trotskistas y los maoístas a un mínimo. El hecho de que el Comité estuviese fuera de todas las organizaciones tradicionales de sindicato y partido, incluyendo las extremistas, y de que intentase ir más allá del límite de la fábrica, prefiguró lo que ha estado sucediendo desde 1968. Su desaparición después de cumplir sus tareas también prefiguró la lenta desaparición de organizaciones que han aparecido desde entonces, en las luchas más características de los últimos años.

Esto muestra la gran diferencia entre la situación presente y lo que ocurrió en la década de los 30. En 1936, en Francia, la clase obrera luchó tras las organizaciones de trabajadores y por las reformas que declararon. Así, la semana de cuarenta horas y las dos semanas de vacaciones pagadas eran vistas como una victoria real de los trabajadores, cuya demanda esencial era conseguir las mismas condiciones y posición como grupos asalariados. Estas demandas fueron impuestas a la clase dirigente. Hoy, la clase obrera no pide la mejora de sus condiciones de vida. Los programas de reformas presentados por sindicatos y partidos se parecen mucho a los presentados por el Estado. Fue De Gaulle quien propuso la "participación" como remedio a lo que él llamaba la sociedad "mecánica".

Parece que sólo una fracción de la clase dirigente se dio cuenta de la magnitud de la crisis, a la que llamó "crisis de civilización" (A. Malraux). Desde entonces, todas las organizaciones, todos los sindicatos y partidos, sin ninguna excepción, se unieron al gran programa de reformas de una manera u otra. El mismo P.C.F. incluye "participación real" en su programa de gobierno. El otro gran sindicato, la C.F.D.T., aboga por la autogestión, que también es apoyada por los grupos izquierdistas que están a favor de los "consejos obreros". Los trotskistas proponen el "control obrero" como programa mínimo para un "gobierno obrero".

Lo que hay en lo más profundo de este asunto es un intento de acabar con la separación entre el trabajador y el producto de su trabajo. Esto es la expresión del punto de vista

"utópico" del capital, y no tiene nada que ver con el comunismo. La "utopía" capitalista intenta desembarazarse del lado malo de la explotación. El movimiento comunista no puede expresarse a sí mismo como una crítica formal del capital. No tiene como fin cambiar las condiciones del trabajo, sino la función del trabajo: quiere sustituir la producción de valores de cambio por la producción de valores de uso. Mientras que los sindicatos y partidos desarrollan sus debates en el contexto de uno y mismo programa, el programa del capital, el proletariado tiene una actitud no constructiva. Aparte de sus actividades políticas prácticas, no "participa" en el debate organizado sobre su caso. No intenta llevar a cabo investigaciones teóricas sobre sus propias tareas. Esta es la hora del gran silencio del proletariado. La paradoja es que la clase dirigente intenta expresar las aspiraciones de los trabajadores, a su manera. Una fracción de la clase dirigente comprende que las actuales condiciones de apropiación de plusvalía son un obstáculo para el funcionamiento total de la economía. Su perspectiva es compartir el pastel, con la esperanza de que una clase trabajadora que "se aprovecha" del capital y "participa" en él, producirá más plusvalía. Estamos alcanzando el estadio en que el capital sueña con su propia supervivencia.[2] Para realizar esta supervivencia, se tendría que desembarazar de sus propios sectores parasitarios, es decir, las fracciones del capital que ya no producen suficiente plusvalía.

Mientras que en 1936 los trabajadores intentaban alcanzar el mismo nivel que otros sectores de la sociedad, hoy en día el capital mismo impone a los sectores asalariados privilegiados las mismas condiciones generales de vida que las de los trabajadores. El concepto de participación implica igualdad ante la explotación impuesta por las necesidades de formación de valor. De esta manera, la participación es un "socialismo" de la miseria. El capitalismo debe reducir los

[2] De aquí el informe del M.I.T. (Massachussets Institute of Technology) y el debate acerca del "crecimiento cero".

enormes costes de los sectores que son necesarios para su supervivencia pero que no producen directamente valor.

En el transcurso de sus luchas, los trabajadores comprueban que la posibilidad de mejorar sus condiciones materiales es limitada, y en su conjunto, ya planificada por el capital. La clase obrera ya no puede intervenir sobre la base de un programa que realmente alterase sus condiciones de vida dentro del capitalismo. Las grandes luchas de los trabajadores en la primera mitad del siglo, luchas por la jornada de ocho horas, la semana de cuarenta, vacaciones pagadas, sindicalismo industrial, seguridad laboral, mostraron que las relaciones entre la clase obrera y el capital permitían a los trabajadores un cierto espacio de acción "capitalista". Hoy en día el capital mismo impone las reformas y generaliza la igualdad de todos ante el trabajo asalariado. Por lo tanto, ningún sector importante de la clase obrera quiere luchar por objetivos intermedios como fue el caso a comienzos del siglo o en la década de los 30. Pero también debería ser obvio que mientras la perspectiva comunista no esté clara, no se pueden formar organizaciones de trabajadores sobre una base comunista. Esto no quiere decir que los objetivos comunistas se harán claros de repente para todos. El hecho de que la clase trabajadora sea la única clase que produce plusvalía es lo que la coloca en el centro de la crisis del valor, es decir, en el verdadero corazón de la crisis del capitalismo, y la obliga a destruir a las otras clases como tales, y formar los órganos de su propia destrucción como parte del capital, como una clase dentro del capitalismo. La organización comunista sólo aparecerá en el proceso práctico de destrucción de la economía burguesa y en la creación de la comunidad humana sin intercambio.

El movimiento comunista se ha afirmado a sí mismo continuamente desde el mismo comienzo del capitalismo. Por esta razón el capital se ve forzado a mantener una vigilancia constante y una violencia continua sobre cualquier cosa que sea peligrosa para su funcionamiento normal. Desde la conspiración secreta de Babeuf en 1795, el movimiento de los trabajadores ha experimentado luchas cada vez más violentas y prolongadas

que han mostrado que el capitalismo no es la culminación de la humanidad, sino su negación.

Aunque la huelga de Mayo del 68 apenas tuvo resultados positivos inmediatos, su fuerza real fue que no dio origen a ilusiones duraderas. El "fracaso" de Mayo es el fracaso del reformismo, y el final del reformismo engendra una lucha a un nivel completamente diferente, una lucha contra el capital mismo, no contra sus efectos. En 1968 todo el mundo pensaba en alguna "otra" sociedad. Lo que la gente decía raramente iba más allá de la noción de una autogestión general. Aparte de la lucha comunista, que sólo se puede desarrollar si la lidera el centro, la clase que produce la plusvalía, las demás clases sólo pueden actuar y pensar dentro de la esfera capitalista, y su expresión sólo puede ser la del capital – incluso del capital que se reforma a sí mismo. Sin embargo, detrás de estas críticas parciales y expresiones alienadas, podemos ver el principio de la crisis del valor característica del período histórico en el que estamos entrando ahora.

Estas ideas no vienen de ninguna parte; aparecen siempre porque los síntomas de una comunidad humana real existen emocionalmente en cada uno de nosotros. En cualquier ocasión en que es cuestionada la falsa comunidad del trabajo asalariado, aparece una tendencia hacia una forma de vida social en la que las relaciones ya no están mediatizadas por las necesidades del capital.

Desde Mayo del 68, la actividad del movimiento comunista ha tenido tendencia a ser cada vez más concreta.

B) Huelgas y luchas de los trabajadores desde 1968

Mientras que en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial las huelgas, incluso las importantes, eran mantenidas bajo control y no iban seguidas por constantes crisis políticas y monetarias, los últimos años han visto un rebrote de los disturbios industriales e incluso insurrecciones en Francia,

Italia, Gran Bretaña, Bélgica, Alemania Occidental, Suecia, Dinamarca, España, Portugal, Suiza. En Polonia, los trabajadores atacaron la sede central del P.C. mientras cantaban la Internacional. El proceso fue el mismo en casi todos los casos. Una minoría pone en marcha un movimiento con sus propios objetivos; pronto, el movimiento se extiende a otras categorías de trabajadores en la misma empresa; la gente se organiza (piquetes de huelga, comités de trabajadores en los establecimientos, en las cadenas de montaje); los sindicatos se las arreglan para ser los únicos capaces de negociar con la dirección; finalmente consiguen que los trabajadores reanuden el trabajo, después de proponer consignas unitarias que no gustan a nadie pero que aceptan todos a causa de la incapacidad para formular otra cosa. El único movimiento que fue más allá del estadio de la huelga tal como existe hoy fue el movimiento de disturbios y huelgas en Polonia en diciembre de 1970-enero de 1971.

Lo que sucedió de modo brutal en Polonia, existe sólo como tendencia en el resto del mundo industrial. En Polonia no hay un mecanismo de poder "de contrapeso" para contener las crisis sociales. La clase dirigente tenía que atacar directamente a la clase trabajadora con el fin de mantener el proceso de formación de valor en condiciones normales. Lo acontecido en Polonia prueba que la crisis del valor tiende a extenderse a todas las áreas industriales, y demuestra el comportamiento de la clase obrera como el centro de tal crisis.

El origen del movimiento fue la necesidad de defender el precio medio de venta de la fuerza de trabajo. Pero el movimiento se encontró inmediatamente en otro terreno: tuvo que enfrentarse a la sociedad capitalista misma. Enseguida los trabajadores se vieron obligados a atacar los órganos de opresión. El partido y el sindicato oficiales fueron atacados y el edificio del partido fue asaltado. En algunas ciudades, las estaciones de ferrocarril fueron puestas bajo guardia para el caso de que pudiesen ser utilizadas para llevar tropas. El movimiento fue lo suficientemente fuerte como para darse un órgano de negociación: un comité de trabajadores para la

ciudad. El hecho real de que Gierek tuviese que ir a los astilleros navales en persona debe ser considerado como una victoria de la clase obrera en su conjunto. Un año más tarde, Fidel Castro tuvo que ir a Chile en persona para pedir a los mineros que cooperasen con el gobierno ("socialista"). En Polonia, los trabajadores no enviaron delegados al poder central para plantear sus peticiones: el gobierno tuvo que venir a los trabajadores para negociar... la inevitable rendición de los trabajadores. Para hacer frente a la violencia del Estado, la clase obrera formó sus propios órganos de violencia. Ningún líder había anticipado la organización de la revuelta: fue el producto de la naturaleza de la sociedad que la revuelta intentó destruir. Sin embargo, los líderes (el comité de trabajadores de la ciudad) sólo aparecieron después de que el movimiento hubiese alcanzado el punto más alto que la situación permitía. El órgano de negociación no es nada más que la expresión de la constatación por ambas partes de que sólo hay una solución. La característica de semejante órgano de negociación es que no implica delegación de poder. Más bien representa el límite externo de un movimiento que no puede ir más allá de la negociación en la situación presente. Una vez más, el capital propone reformas mientras que la clase obrera se manifiesta a sí misma a través del rechazo práctico; debe aceptar las propuestas del poder central hasta que su actividad práctica sea lo suficientemente fuerte para destruir la base de ese poder.

Las luchas de los trabajadores tienden a oponer directamente su propia dictadura a la del capital, a organizarse sobre una base diferente de la del capital y de este modo plantear la cuestión de la transformación de la sociedad por los hechos. Cuando las condiciones existentes son desfavorables para un ataque general, o cuando este ataque falla, las formas de la dictadura se desintegran, el capital triunfa de nuevo, reorganiza a la clase obrera de acuerdo a su lógica, desvía la violencia de su meta original, y separa el aspecto formal de la lucha de su contenido real. Debemos desembarazarnos de la vieja oposición entre "dictadura" y "democracia". Para el proletariado, "democracia" no significa organizarse a sí mismo

como un parlamento a la manera burguesa; para él, “democracia” es un acto de violencia por medio del cual destruye todas las fuerzas sociales que le impiden expresarse a sí mismo y lo mantienen como una clase dentro del capitalismo. “Democracia” no puede ser más que una dictadura. Esto se puede ver en cada huelga: la forma de su destrucción es precisamente “democracia”. Tan pronto como hay separación entre un órgano de decisión y un órgano de acción, el movimiento ya no está en su fase ofensiva. Está siendo desviado al terreno del capital. Oponer la “democracia” de los trabajadores a la “burocracia” de los sindicatos significa atacar un aspecto superficial y ocultar el contenido real de las luchas de los trabajadores, que tienen una base totalmente diferente. La democracia es hoy el eslogan del capital: éste propone la autogestión de la propia negación de uno. Todos aquellos que aceptan este programa propagan la ilusión de que la sociedad puede ser cambiada por una discusión general seguida de un voto (formal o informal) que decidiría lo que hay que hacer. Manteniendo la separación entre decisión y acción, el capital intenta mantener la existencia de las clases. Si uno critica semejante separación sólo desde un punto de vista formal, sin ir a sus raíces, uno simplemente perpetúa la división. Es difícil imaginar una revolución que empieza cuando los votantes levantan la mano. La revolución es un acto de violencia, un proceso a través del cual se transforman las relaciones sociales.[3]

---

[3] He aquí el ejemplo de la huelga de maquinistas de la estación París-Norte en 1986. Se acababa de votar en una reunión contra el bloqueo de las vías para impedir la circulación de trenes. Pero cuando los huelguistas vieron que salía el primer tren de la estación, conducido por mandos medios bajo protección policial, se precipitaron a las vías para detenerlo, dando al traste, mediante una acción espontánea, con horas de debate democrático.

Por supuesto que el comunismo es el movimiento de una gran mayoría que finalmente es capaz de pasar a la acción por sí misma. En este sentido, el comunismo es “democrático”, pero no defiende la democracia como un principio. Políticos, patronos y burócratas utilizan la minoría o la mayoría según les convenga: así ocurre con el

No intentaremos dar una descripción de las huelgas que han tenido lugar desde 1968. Nos falta demasiada información, y se han escrito un gran número de libros y panfletos sobre ellas. Sólo quisiéramos ver lo que tienen en común, y de qué manera son la señal de un período en el que la perspectiva comunista aparecerá cada vez más concretamente.

No dividimos a la sociedad industrial en sectores diferentes: sectores "que se desarrollan" y "que se estancan". Es cierto que se pueden observar algunas diferencias, pero estas ya no pueden seguir ocultándonos la naturaleza de las huelgas, en las que no podemos ver diferencias reales entre luchas "de vanguardia" y "de retaguardia". El proceso de las huelgas está

---

proletariado. La lucha obrera a menudo se origina en un reducido grupo. El comunismo no es la ley de la mayoría ni de la minoría. Es evidente que tanto para el debate como para la acción es necesario confluir en algún punto, y a ese terreno común se le ha denominado soviet, comité, consejo, etc. No obstante, se convierte en una institución cuando el momento y los mecanismos decisorios adquieren más importancia que la acción. Esta separación es la esencia del parlamentarismo.

Indudablemente el pueblo debe decidir por sí mismo. Pero cualquier decisión, sea o no de carácter revolucionario, depende de lo que haya ocurrido antes y esté ocurriendo todavía fuera de la estructura decisoria formal. Quien organiza la reunión establece el orden del día; quien formula la pregunta determina la respuesta; quien convoca a votación aprueba la decisión. La revolución no propone una forma diferente de organización, sino una solución distinta a la del capital y el reformismo. Tomadas como principios, tanto la democracia como la dictadura son igualmente erróneas, porque aíslan un momento especial y aparentemente privilegiado.

La exigencia de democracia alcanzó su punto álgido en Francia en 1968. Desde dependientes hasta bomberos, pasando por escolares, cada grupo aspiraba a unirse y gestionar libremente su propio mundo, con la esperanza de que esto acabaría en un cambio general. Incluso los situacionistas permanecieron en el ámbito democrático, a la manera consejista, por supuesto, es decir, antiestatal y superando los conceptos de mercancía y ganancia, pero disociando, a pesar de todo, *medios* de *fines*. La Internacional Situacionista constituyó la expresión más idónea de Mayo del 68. (nota de G. D. en 1997)

cada vez menos determinado por factores locales, y cada vez más por las condiciones internacionales del capitalismo. De esta manera, las huelgas y los disturbios en Polonia eran el producto del contexto internacional; las relaciones entre Este y Oeste estaban en la raíz de esos acontecimientos, cuando el pueblo cantaba la Internacional y no el himno nacional. El capital occidental y oriental tienen común interés en asegurar la explotación de sus respectivos trabajadores. Y los capitalismos "socialistas" relativamente subdesarrollados deben mantener una estricta eficiencia capitalista para ser capaces de competir con sus vecinos occidentales más modernos.

La lucha comunista empieza en un lugar dado, pero su existencia no depende de factores puramente locales. No actúa de acuerdo con los límites de su lugar original de nacimiento. Los factores locales se convierten en secundarios para los objetivos del movimiento. Tan pronto como una lucha se limita a las condiciones locales, inmediatamente es tragada por el capitalismo. El nivel alcanzado por las luchas de los trabajadores no está determinado por factores locales, sino por la situación global del capitalismo. Tan pronto como la clase que concentra en sí misma los intereses revolucionarios de la sociedad se levanta, inmediatamente encuentra, en su situación y sin mediación alguna, el contenido y el objeto de su actividad revolucionaria: aplastar a sus enemigos y tomar las decisiones impuestas por las necesidades de la lucha; las consecuencias de sus propias acciones la fuerzan a avanzar.

No trataremos aquí de todas las huelgas. Todavía hay una sociedad capitalista en la que la clase trabajadora es precisamente una clase del capitalismo, una parte del capital, cuando no es revolucionaria. La maquinaria de los partidos y sindicatos se las arreglan todavía para controlar y dirigir secciones importantes de la clase obrera por objetivos capitalistas (tales como el derecho a jubilarse a los 60 años en Francia). Elecciones generales y muchas huelgas son organizadas por los sindicatos por demandas limitadas. Sin embargo, cada vez es más obvio que en la mayoría de las grandes huelgas la iniciativa no viene de los sindicatos, y estas

son las huelgas de las que estamos hablando aquí. La sociedad industrial no se ha dividido en sectores, como tampoco la clase obrera se ha dividido en jóvenes, en viejos, en nativos, en inmigrantes, en extranjeros, en cualificados y en no especializados. Nosotros no nos oponemos a todas las descripciones sociológicas; estas pueden ser útiles, pero no son nuestro objetivo aquí.

Vamos a intentar estudiar cómo el proletariado se aparta de la sociedad capitalista. Tal proceso tiene un centro definido. Nosotros no aceptamos el punto de vista sociológico de la clase obrera, porque no analizamos a la clase obrera desde un punto de vista estático, sino en términos de su oposición al valor. La ruptura con el capital destruye el valor de cambio, esto es, la existencia del trabajo como mercancía. El centro de este movimiento y, por consiguiente, su liderazgo, debe ser la parte de la sociedad que produce valor. De otro modo, significaría que el valor de cambio ya no existe y que nos encontramos más allá del estadio capitalista. Realmente, el significado profundo del movimiento esencial es ocultado parcialmente por las luchas en la periferia, en las afueras de la producción de valor. Este fue el caso en Mayo de 1968, cuando los estudiantes enmascararon la lucha real, que tuvo lugar en otra parte.

En realidad, las luchas en las afueras (las nuevas clases medias) son sólo una señal de una crisis mucho más profunda que las apariencias todavía nos ocultan. La vuelta de la crisis del valor implica, para el capital, la necesidad de racionalizar y, por tanto, atacar a los sectores atrasados que son los menos capaces de protegerse a sí mismos; esto incrementa el desempleo y el número de los que no tienen reservas. Pero su intervención no debe hacernos olvidar el papel esencial jugado por los trabajadores productivos para destruir el valor de cambio.

C) Los dos aspectos más característicos de las huelgas

Por un lado, la iniciativa de la huelga viene de los trabajadores auto-organizados; por otro, la iniciativa para acabar la huelga viene de la fracción de los trabajadores organizados en sindicatos. Estas iniciativas son contradictorias desde el momento en que expresan dos movimientos que son opuestos el uno al otro. Nada es más ajeno a una huelga que su final. El final de una huelga es un momento de conversaciones interminables cuando la noción de la realidad es superada por las ilusiones; se organizan muchas reuniones en las que los funcionarios de los sindicatos tienen el monopolio de la palabra; las asambleas generales atraen cada vez a menos gente y, finalmente, votan la reanudación del trabajo. El final de una huelga es un momento en que la clase trabajadora cae de nuevo bajo el control del capital, es reducida de nuevo a átomos, a componentes individuales, destruida como clase capaz de oponerse al capital. El final de una huelga significa negociación, el control del movimiento, o lo que ha quedado de él, por organizaciones "responsables", los sindicatos. El comienzo de una huelga significa justamente lo contrario: cuando la acción de la clase obrera no tiene nada que ver con el formalismo. Todos los que no apoyan el movimiento son echados a un lado, sean ejecutivos, encargados, trabajadores, enlaces sindicales o funcionarios del sindicato. Los directores son encerrados, los edificios de los sindicatos atacados por miles de trabajadores, dependiendo de las condiciones locales. Durante la huelga de Limburgo (Bélgica, invierno de 1970), la sede central del sindicato fue asaltada por los trabajadores. Cualquier cosa que actúe como un obstáculo para el movimiento tiende a ser destruida. No hay lugar para la "democracia": por el contrario, todo es obvio, y todos los enemigos deben ser derrotados sin pérdida de tiempo en discusiones. Durante la fase ofensiva aparece una considerable cantidad de energía y parece que nada es capaz de detenerla.

En este punto no podemos dejar de manifestar un hecho obvio: la energía del comienzo de la huelga parece desaparecer totalmente en el momento de la negociación. Lo que es más importante, esta energía parece no tener relación alguna con las razones oficiales dadas para la huelga. Si varias docenas de hombres provocan una huelga de miles de trabajadores sobre la base de sus propias demandas, no tienen éxito a causa de una especie de solidaridad, sino por una comunidad inmediata en práctica. Debemos añadir el punto más importante: que el movimiento no presenta una demanda particular. La cuestión que el proletariado planteará en la práctica está ya presente en su silencio. En sus propios movimientos, el proletariado no presenta una demanda particular: por esta razón estos movimientos son las primeras actividades comunistas de nuestro tiempo.

Lo que es importante en el proceso de alejamiento del capitalismo es que la clase trabajadora ya no pide reformas parciales y particulares. De este modo la clase trabajadora deja de ser una clase, desde el momento en que no defiende sus intereses particulares de clase. Este proceso es diferente según las condiciones. El movimiento que fue más lejos, el de Polonia, mostró que el primer paso del proceso es la desintegración de los órganos capitalistas de represión dentro de la clase trabajadora (principalmente los sindicatos); la clase trabajadora debe organizarse enseguida para protegerse a sí misma contra los órganos de represión fuera de la clase obrera (fuerzas armadas, policía, milicia), y empezar a destruirlos.

Las condiciones específicas de Polonia, donde los sindicatos son parte del aparato del Estado, forzaron a la clase obrera a no hacer ninguna distinción entre los sindicatos y el Estado, puesto que no la había. La fusión entre sindicatos y Estado sólo hizo obvia una evolución que no aparece tan claramente en otros países, tales como Francia e Italia. En muchos casos los sindicatos todavía juegan el papel de amortiguador entre los trabajadores y el Estado. Pero una lucha radical atacará cada vez más a los sindicatos y a las secciones de la clase obrera dominadas por los sindicatos. Han pasado los

tiempos en que los trabajadores formaban sindicatos para defender sus calificaciones y su derecho a trabajar.

Las condiciones de la sociedad moderna compelen a la clase trabajadora a no plantear una demanda particular. La única comunidad organizada y tolerada por el capital es la comunidad del trabajo asalariado: el capital tiende a negar cualquier otra cosa. El capital domina ahora la totalidad de las relaciones que los hombres tienen entre sí. Cada vez se hace más obvio que toda lucha parcial que esté limitada a una relación particular se ve forzada a insertarse en una lucha general contra todo el sistema de relaciones entre la gente: el capital. De otro modo, es integrado o destruido.

En una huelga de los trabajadores de autobuses y metro de París (R.A.T.P.) a finales de 1971, la actitud resuelta de los conductores del metro llevó la huelga a un movimiento completamente diferente de la huelga de una categoría de trabajadores. El contenido del movimiento no depende de lo que la gente piense. La actitud de los conductores transformó su relación con la dirección de la R.A.T.P. y los sindicatos, y reveló claramente la verdadera naturaleza del conflicto. El Estado mismo tuvo que intervenir para obligar a los trabajadores a someterse a la presión de los sindicatos. Lo creyesen los conductores o no, la huelga ya no era suya; se había transformado en un proceso público en el que los sindicatos eran reconocidos oficialmente como órganos de coerción necesarios contra los trabajadores, órganos encargados de la tarea de restablecer el normal funcionamiento de las cosas. Es imposible comprender la importancia del "silencio" de la clase obrera a menos que primero se entienda el poderoso desarrollo del capitalismo hasta hoy. Hoy en día se considera normal que el final de las huelgas debe ser controlado por los sindicatos. Esto no significa debilidad por parte del movimiento revolucionario. Por el contrario, en una situación que no permite que se alcancen demandas parciales, es normal que no se cree ningún órgano para acabar la huelga. De este modo, nosotros no contemplamos la creación de organizaciones de trabajadores que reúnan a fracciones de la clase obrera fuera de

los sindicatos en un programa de demandas específicas. A veces se forman grupos de trabajadores durante la lucha, y oponen sus demandas a las de los sindicatos, pero sus posibilidades son destruidas por la situación misma, que no les permite tener una existencia prolongada.

Si estos grupos quieren seguir subsistiendo, deben actuar fuera de los límites de la fábrica, o serán destruidos por el capital de una manera u otra. La desaparición de estos grupos es una de las señales de la naturaleza radical del movimiento. Si continuasen existiendo como organizaciones, perderían su carácter radical. Por eso siempre desaparecerán para reaparecer más tarde de una manera más radical. La idea de que los grupos de trabajadores lograrán finalmente, después de muchas experiencias y fracasos, formar una poderosa organización capaz de vencer al capitalismo, es similar a la idea burguesa de que una crítica parcial se volverá gradualmente radical. La actividad de la clase trabajadora no dimana de experiencias y no tiene más “memoria” que las condiciones generales del capital que le compelen a actuar según su naturaleza. No estudia sus experiencias; el fracaso de un movimiento es en sí mismo una demostración adecuada de sus limitaciones.

La organización comunista nacerá de la necesidad práctica de transformar el capitalismo en comunismo. La organización comunista es la organización de la transición hacia el comunismo. En esto estriba la diferencia fundamental entre nuestro tiempo y el período anterior. En las luchas que tuvieron lugar entre 1917 y 1920 en Rusia y Alemania, el objetivo era organizar una sociedad *pre*-comunista. En Rusia, las secciones radicales de la clase trabajadora intentaron imponerse a otras secciones de trabajadores, y aun a los campesinos pobres. El aislamiento de los elementos radicales y las condiciones generales del capitalismo hicieron imposible para ellos el encarar la transformación práctica de toda la sociedad sin un programa que uniese a todas las clases explotadas. Estos elementos radicales fueron finalmente aplastados.

La diferencia entre nuestro tiempo y el pasado proviene del amplio desarrollo de las fuerzas productivas en

casi todos los continentes, y del desarrollo cuantitativo y cualitativo del proletariado. La clase trabajadora es ahora mucho más numerosa[4] y emplea medios de producción altamente desarrollados. Hoy, las condiciones del comunismo han sido desarrolladas por el capital mismo. La tarea del proletariado ya no consiste en apoyar a los sectores progresistas de los capitalistas contra los reaccionarios. La necesidad de un período de transición entre la destrucción del poder capitalista y el triunfo del comunismo, durante el cual el poder revolucionario crea las condiciones del comunismo, también ha desaparecido. Por consiguiente, ya no hay sitio para una organización comunista como mediación entre los sectores radicales y no radicales de la clase trabajadora. El hecho de que deje de aparecer una organización que apoye el programa comunista durante el período entre las luchas más importantes, es el producto de unas relaciones de clase nuevas en el capitalismo.

Por ejemplo, en Francia en 1936 la resistencia del capital fue tan fuerte que se necesitó un cambio de gobierno antes de que los trabajadores pudiesen conseguir lo que querían. Hoy son los gobiernos mismos los que inician las reformas. Los gobiernos capitalistas intentan crear situaciones en que los trabajadores se organicen ellos mismos para lograr lo que de hecho son necesidades de la producción (participación, autogestión). La economía contemporánea impone más y más planificación. Cualquier cosa fuera del plan es una amenaza para la armonía social. Toda actividad fuera de esta

---

[4] Esta afirmación de 1972 puede sonar extraña 25 años después; sin embargo la mantenemos como cierta. El creciente desempleo va acompañado de un aumento del número de los que ganan un salario, no sólo en los EE.UU., sino en Francia y aún más todavía a escala mundial, donde millones de personas han sido forzadas al sufrimiento del trabajo moderno en las últimas décadas, como en China.

No se necesita decir que “trabajo” tiene significados muy diferentes. Un trabajador asalariado de África proporciona dinero hasta para 20 personas, mientras que uno de Europa occidental mantiene a 2 ó 3. (nota de G. D. en 1997).

planificación es considerada como no social y debe ser destruida. Deberíamos tener esto presente al analizar ciertas actividades de los trabajadores en períodos en que no hay luchas de masas como huelgas o intentos de insurrecciones. Los sindicatos deben (a) adelantarse a las luchas de los trabajadores y controlarlas, y (b) oponerse a ciertas acciones como sabotajes y "downtime" (parar la cadena), si quieren estar dentro de los límites del plan (negociaciones de la productividad, convenios salariales, etc.).

D) Formas de acción que no pueden ser recuperadas: el sabotaje y "parar la cadena"

El sabotaje ha sido practicado en los EE.UU. durante muchos años y ahora se está desarrollando en Italia y Francia. En 1971, durante una huelga de los ferrocarriles en Francia, la C.G.T. denunció oficialmente el sabotaje y a los elementos "irresponsables". Varias máquinas habían sido puestas fuera de funcionamiento y unas pocas dañadas. Más tarde, en la huelga de Renault durante la primavera de 1971, varios actos de sabotaje habían dañado vehículos que estaban siendo montados. El sabotaje se está extendiendo en extremo. Parar la línea de montaje ("down-timing"), que siempre ha existido como un fenómeno latente, se está convirtiendo ahora en una práctica común. Se ha incrementado considerablemente con la llegada de trabajadores jóvenes al mercado de trabajo y a causa de la automatización. Va acompañada de una tasa de absentismo que causa serios problemas a algunas empresas.

Estos acontecimientos no son nuevos en la historia del capitalismo. Lo que es nuevo es el contexto en el que tienen lugar. Realmente son los síntomas superficiales de un movimiento social profundo, las señales de un proceso de alejamiento de la sociedad existente. A comienzos de siglo, el sabotaje era usado como un medio de ejercer presión sobre los patronos para forzarlos a aceptar la existencia de sindicatos. El sindicalista revolucionario francés Pouget estudió esto en un

panfleto titulado *Sabotage*. Cita la declaración de un trabajador en un congreso de trabajadores en 1895:

"Los patronos no tienen derecho a confiar en nuestra caridad. Si rehúsan incluso discutir nuestras peticiones, podemos poner justamente en práctica la táctica del "Go Canny" hasta que decidan escucharnos."

Pouget añade: "He aquí una clara definición de la táctica del 'Go Canny', del 'sabotaje': MALA PAGA, MAL TRABAJO."

"Esta línea de acción, empleada por nuestros amigos ingleses, puede ser aplicada en Francia, puesto que nuestra posición social es similar a la de nuestros hermanos ingleses."

El sabotaje fue empleado por los trabajadores contra el patrón hasta que admitiese su existencia. Fue una manera de conseguir libertad de expresión. El sabotaje tuvo lugar en un movimiento que intentaba hacer de la clase obrera una clase que tenía su lugar en la sociedad capitalista. El "down-timing" fue un intento de mejorar las condiciones de trabajo. El sabotaje no apareció como un rechazo rudo y directo de la sociedad en su conjunto. El "down-timing" es una lucha contra los efectos del capitalismo. Se necesitaría otro estudio para examinar los límites de tales luchas y las condiciones en que el capital pudo absorberlos. La importancia social de estas luchas hace posible considerarlas como la base del "moderno reformismo". La palabra "reformismo" puede ser utilizada en el sentido de que estas acciones pudieron ser, en teoría, completamente absorbidas por el sistema capitalista. Mientras que hoy son un estorbo para la actividad normal de la producción, mañana podrían muy bien ser acopladas a la producción. Un capitalismo "ideal" podría tolerar la autogestión de las condiciones de producción: mientras la empresa obtenga una ganancia normal, la organización del trabajo puede ser dejada al cuidado de los trabajadores.

El capitalismo ha realizado ya algunos experimentos concretos en esta dirección, especialmente en Italia, EE.UU.,

Suecia (Volvo).[5] En Francia, podemos considerar a las organizaciones "liberales" de izquierda tales como P.S.U., la C.F.D.T. y la izquierda del partido socialista como la expresión de esta tendencia capitalista. En el momento presente, este movimiento no puede ser definido ni como exclusivamente reformista ni como anticapitalista. Convendría señalar que este "reformismo moderno" ha sido dirigido frecuentemente contra los sindicatos. Es difícil todavía describir sus consecuencias en el sistema capitalista. Todo lo que podemos ver hasta ahora es que estas luchas atraen a grupos de trabajadores que sienten la necesidad de actuar fuera de los límites tradicionales impuestos por los sindicatos.

Aunque el "movimiento del 'down-timing'" puede ser definido como acabamos de hacerlo, el sabotaje es diferente. Hay dos clases de sabotajes: (a) sabotaje que destruye el producto del trabajo o la máquina, (b) sabotaje que daña parcialmente el producto de manera que ya no pueda ser consumido. El sabotaje tal como existe hoy no puede ser reprimido de ningún modo por los sindicatos, ni tampoco puede ser absorbido por la producción. Sin embargo, el capital puede prevenirlo mejorando y transformando su sistema de supervisión. Por esta razón el sabotaje no puede convertirse en la forma de lucha contra el capital. Por otro lado, el sabotaje es el reflejo del individuo: éste se somete a él como a una pasión. Aunque el individuo debe vender su fuerza de trabajo, marcha como "loco", esto es, irracional comparado con lo que es "racional" (vender su fuerza de trabajo y trabajar de acuerdo a ello). Esta "locura" consiste en el rechazo a rendir la fuerza de trabajo, a ser una mercancía. El individuo se odia a sí mismo como una criatura alienada dividida en dos: intenta, a través de la destrucción, a través de la violencia, reunificar su ser, que sólo existe a través del capital.

Desde el momento en que estos actos están fuera de los límites de toda planificación económica, también lo están

[5] Este pasaje alude a la transformación del sistema Taylor. La cadena de montaje ha desaparecido ya parcialmente en algunas fábricas.

fuera de los límites de la "razón". Los periódicos los han definido repetidamente como "antisociales" y "dementes": el peligro aparece lo suficientemente importante para que la sociedad intente suprimirlo[6]. La ideología cristiana admitía el sufrimiento y la desigualdad social de los trabajadores; hoy, la ideología capitalista impone la igualdad ante el trabajo asalariado, pero no tolera nada opuesto al trabajo asalariado. La necesidad sentida por el individuo aislado de oponerse físicamente a su transformación práctica en un ser totalmente sometido al capital, muestra que esta sumisión es cada vez más intolerable. Los actos destructivos son parte de un intento de destruir la mediación del trabajo asalariado como la única forma de comunidad social. En el silencio del proletariado, el sabotaje aparece como el primer balbuceo del lenguaje humano.

Ambas actividades: "down-timing" (o ralentizar el trabajo) y sabotaje, requieren cierto grado de consentimiento entre la gente que trabaja mientras estas actividades tienen lugar. Esto demuestra que, aunque no aparezca ninguna organización formal u oficial, existe una red subterránea de relaciones con una base anticapitalista. Semejante red es más o menos densa según la importancia de la actividad, y desaparece con el final de la acción anticapitalista. Es normal que, aparte de la acción "subversiva" práctica (y, por tanto, teórica), los grupos reunidos alrededor de estas tareas subversivas se disuelvan. Con frecuencia, la necesidad de mantener una ilusión de "comunidad social" desemboca en una actividad que es secundariamente anticapitalista pero primordialmente ilusoria. En muchos casos estos grupos acaban reuniéndose alrededor de algún eje político. En Francia, núcleos de trabajadores se reúnen alrededor de organizaciones tales como "Lutte Ouvrière", un número de ramas sindicales de la C.F.D.T., o grupos maoístas. Esto no significa que algunas minorías con ideas trotskistas, maoístas o de la C.F.D.T. estén ganando terreno entre los trabajadores, sino simplemente que algunas minorías de trabajadores están

[6] Declaración oficial de un líder del P.C. en 1970: "Hay trabajadores a los que jamás defenderemos: aquellos que destrozan máquinas o coches que fabrican." (nota de G. D. en 1997)

intentando romper su aislamiento, lo que es completamente normal. En todos los casos, la disolución de la red y la actividad anticapitalista significa la reorganización de la clase obrera por el capital, como una parte del capital.

En pocas palabras, aparte de sus actividades prácticas, el movimiento comunista no existe. La disolución de un desorden social con un contenido comunista va acompañado de la disolución de todo el sistema de *relaciones* que organizaba. Democracia, división de las luchas en "económicas" y "políticas", formación de una vanguardia con una "conciencia" socialista, son ilusiones de días que ya pasaron. Estas ilusiones ya no son posibles por cuanto un nuevo período está empezando. La disolución de las formas de organización que son creadas por el movimiento, y que desaparecen cuando el movimiento acaba, no reflejan la debilidad del movimiento, sino más bien su fortaleza. El tiempo de las falsas batallas ya pasó. El único conflicto que aparece real es el que conduce a la destrucción del capitalismo.

E) Actividad de partidos y sindicatos ante la perspectiva comunista

1) En el mercado del trabajo, los sindicatos se convierten cada vez más en monopolios que compran y venden la fuerza de trabajo. Cuando el capital se unificó a sí mismo, unificó las condiciones de la venta de la fuerza de trabajo. En las modernas condiciones de producción, el propietario individual de fuerza de trabajo no sólo se ve obligado a venderla para poder vivir, sino que también debe asociarse con otros propietarios con el fin de ser capaz de venderla. Como contrapartida por la paz social, los sindicatos obtienen el derecho a controlar el alquiler del trabajo. En la sociedad moderna los trabajadores se ven cada vez más compelidos a unirse a un sindicato si quieren vender su fuerza de trabajo.

A comienzos de siglo, los sindicatos eran producto de reuniones de trabajadores que formaban coaliciones para

defender el precio medio de venta de su mercancía. Los sindicatos no eran de ninguna manera revolucionarios, como quedó demostrado por su actitud en la Primera Guerra Mundial, cuando apoyaron la guerra tanto directa como indirectamente. Por cuanto los trabajadores estaban luchando por su existencia como una clase dentro de la sociedad capitalista, los sindicatos no tenían una función revolucionaria. En Alemania, durante el cataclismo revolucionario de 1919-1920 los miembros de los sindicatos se fueron a organizaciones que defendían sus derechos económicos en el contexto general de la lucha contra el capitalismo.[7] Fuera de un período revolucionario, la clase obrera no es nada más que una fracción del capital representada por los sindicatos. Mientras otras fracciones del capital (capital industrial y financiero) estaban formando monopolios, la clase trabajadora como capital variable también formaba un monopolio, del que los sindicatos son los administradores.

2) Los sindicatos se desarrollaron a finales del siglo XIX y comienzos del XX como organizaciones que defendían la fuerza de trabajo cualificada. Esto fue especialmente evidente con el nacimiento de la A.F. of L. en los EE.UU. Hasta la Segunda Guerra Mundial (o hasta el nacimiento de la C.I.O. en la década de los 30 en los EE.UU.) los sindicatos crecieron apoyando a los sectores relativamente privilegiados de la clase obrera. Esto no quiere decir que no tuviesen ninguna influencia en las capas más explotadas, pero esta influencia sólo era posible si estaba conforme con los intereses de las capas cualificadas. Con el desarrollo de la industria moderna y automatizada, los trabajadores altamente cualificados tienden a ser substituidos por técnicos. Estos técnicos tienen también la función de controlar y supervisar a las masas de obreros sin calificación. Por consiguiente, al perder importantes sectores de trabajadores cuya calificación va desapareciendo, los sindicatos intentan reclutar a esta nueva capa de técnicos.

---

[7] Como el Movimiento de los Shop-Stewards, los Comités Sindicalistas revolucionarios franceses, y la Asociación General de Trabajadores de Alemania (AAUD).

3) Los sindicatos representan la fuerza de trabajo que se ha convertido en capital. Esto los obliga a aparecer como instituciones capaces de valorizar el capital. Los sindicatos tienen que asociar su propio programa de desarrollo al del capital industrial y financiero si quieren mantener "su" fuerza de trabajo bajo control. Los representantes del capital variable, del capital en forma de fuerza de trabajo, más pronto o más tarde se tienen que asociar con los representantes de las fracciones del capital que ahora están en el poder. Los gobiernos de coalición formados por la burguesía liberal, los tecnócratas, los grupos políticos de izquierda y los sindicatos aparecen como una necesidad en la evolución del capitalismo. El capital mismo requiere sindicatos fuertes capaces de proponer medidas económicas que puedan valorizar el capital variable. Los sindicatos no son "traidores" en el sentido de que traicionan el programa de la clase obrera: son completamente consecuentes consigo mismos y con la clase obrera cuando esta acepta su naturaleza capitalista.

4) Es de este modo como podemos entender la relación entre la clase obrera y los sindicatos. Cuando empieza el proceso de ruptura con la sociedad capitalista, los sindicatos son inmediatamente vistos y tratados en los términos de lo que son; pero tan pronto como acaba el proceso, la clase obrera no puede impedir ser reorganizada por el capital, es decir, por los sindicatos. Se puede decir que no hay ilusiones "sindicalistas" en la clase obrera. Sólo hay una organización capitalista, es decir, "sindicalista", de la clase obrera.

5) El desarrollo de las relaciones actuales entre los sindicatos y los patronos en Italia ilustran lo que hemos dicho. Habría que mirar de cerca la evolución de los sindicatos en Italia. Es normal que en las áreas relativamente atrasadas (desde el punto de vista económico) tales como Francia e Italia (comparadas con los EE.UU.), los efectos de la modernización de la economía vayan acompañados por las tendencias *más modernas* del capital. Lo que sucede en Italia es, en muchos aspectos, un signo de lo que está madurando en otros países.

La situación italiana nos ayuda a comprender la francesa. En Francia, la C.G.T. y el P.C.F. presentan una resistencia reaccionaria frente a las luchas de los trabajadores, mientras que en Italia la C.G.I.L. y el P.C.I. han sido capaces de reestructurarse en términos de la nueva situación. Esta es una de las razones de la diferencia entre el "Mayo" francés y el "Mayo" italiano. En Francia, Mayo de 1968 sucedió de repente y pudo ser malinterpretado fácilmente. La situación italiana prosigue más lentamente y últimamente revela sus tendencias.

La primera fase duró desde 1968 hasta el invierno de 1971. El elemento principal fue el surgimiento de las luchas de los trabajadores independientes de la influencia de los sindicatos y organizaciones políticas. Se formaron comités de acción de los trabajadores como en Francia, con una diferencia esencial: los franceses eran sacados rápidamente de las fábricas por el poder de los sindicatos, que en la práctica los obligaban a no hacerse ilusiones sobre los límites de la fábrica. En la medida en que la situación general no les permitió ir más lejos, desaparecieron. Por otro lado, en Italia los comités de trabajadores fueron capaces al principio de organizarse dentro de las fábricas. Ni los patronos ni los sindicatos pudieron hacerles frente realmente. Se formaron muchos comités en las fábricas, aislados los unos de los otros, y todos empezaron a cuestionar la rapidez de la cadena y a organizar el sabotaje.

De hecho, esta fue una forma *alienada* de crítica del trabajo asalariado. A través de todo el movimiento, la actividad de los grupos de extrema izquierda *(izquierdistas)* fue especialmente notable. Toda su actividad consistió en limitar el movimiento a sus aspectos formales sin mostrar jamás su contenido real. Propagaron la ilusión de que la "autonomía" de las organizaciones de los trabajadores era en sí misma lo suficientemente revolucionaria como para apoyarla y mantenerla. Glorificaron todos los aspectos formales. Pero desde el momento en que no son comunistas, son incapaces de expresar la idea de que detrás de la lucha contra el ritmo de la cadena y las condiciones de trabajo está la lucha contra el trabajo asalariado.

La lucha misma de los trabajadores no encontró resistencia. De hecho, esto fue lo que la desarmó. No podía hacer nada más que adaptarse a las condiciones de la sociedad capitalista. Por su parte, los sindicatos cambiaron sus estructuras con el fin de controlar el movimiento de los trabajadores. Como dijo Trentin, uno de los líderes de la C.G.I.L., decidieron organizar "una transformación total del sindicato y un nuevo tipo de democracia por abajo". Reformaron sus organizaciones de fábrica de acuerdo con el modelo de los comités "autónomos" que aparecieron en las luchas recientes. La habilidad de los sindicatos para controlar los conflictos industriales los hizo aparecer como la única fuerza capaz de hacer que los trabajadores reanudaran el trabajo. Había negociaciones en algunas grandes empresas como Fiat. El resultado de estas negociaciones fue dar al sindicato el derecho a intervenir en la organización del trabajo (tiempo y funcionamiento, medida del trabajo, etc.). La dirección de la Fiat ahora *descuenta las cotizaciones del sindicato* de la paga de los trabajadores*,* lo que ya sucedía en Bélgica. Al mismo tiempo, se están realizando serios esfuerzos para alcanzar un acuerdo sobre una fusión entre los sindicatos más grandes: U.I.L. (Socialista), C.I.S.L. (Cristiano.-demócrata), C.G.I.L. (P.C.I.).

NOTA: El ejemplo italiano muestra claramente la tendencia de los sindicatos a convertirse en monopolios que discuten las condiciones de producción de plusvalía con las otras fracciones del capital. He aquí algunas citas de Petrilli, presidente de la I. R. estatal (State Holding Company), y Trentin:

Trentin: "...Ya es posible una mejora del trabajo y un grado más alto de autonomía en la toma de decisiones por los grupos de trabajadores concernidos (en cada fábrica)... Aun cuando, a causa del fracaso del sindicato, las protestas de los trabajadores conducen a demandas irracionales e ilusorias, los trabajadores expresan su rechazo a producir sin pensar, trabajar sin decidir; expresan una necesidad de poder."

Petrilli: "En mi opinión, es obvio que el sistema de la cadena de montaje implica un desgaste real de las capacidades humanas y produce un sentimiento muy comprensible de frustración en el trabajador. Las tensiones sociales resultantes deben ser comprendidas de un modo realista como hechos estructurales más que como coyunturales... Una mayor participación de los trabajadores en la elaboración de los objetivos de producción plantea una serie de problemas que tienen menos que ver con la organización del trabajo que con la definición del equilibrio de poder dentro de la empresa."

Los programas son idénticos y los objetivos son los mismos: productividad acrecentada. El único problema sin resolver es el reparto de poder, que está en la raíz de la crisis política de muchos países industriales. Es probablemente como si el final de la crisis política deba ir acompañado del nacimiento del "poder de los trabajadores" como el poder del trabajo asalariado, bajo distintas formas: autogestión, coaliciones "populares", Partidos Socialista-Comunista, gobiernos de izquierda con programas de derecha, gobiernos de derecha con programas de izquierda.[8]

---

[8] Al igual que la Internacional Situacionista más o menos por la misma época, este texto consideraba a Italia como un laboratorio de acción proletaria y contraofensiva capitalista. En los años siguientes, Italia exhibiría un amplio muestrario de formas de autonomía obrera: indisciplina, absentismo, reuniones en el lugar de trabajo sin previo aviso, manifestaciones en los centros de trabajo para la convocatoria de huelga, piquetes salvajes, bloqueo de mercancías... Una característica permanente fue el rechazo de la jerarquía: aumentos salariales iguales, fin de categorías privilegiadas, libertad de expresión... Otro aspecto fue la tentativa de ir más allá de la distinción entre representación y acción (parlamento / gobierno: véase nota 3) en el funcionamiento de los comités de base. Esta autoorganización fue esencial como medio de acción colectiva, pero tras fracasar como órgano de un cambio social que no se produjo, desapareció con el resto de la marejada proletaria.

No fue casualidad el hecho de que los vínculos entre los comités de las grandes fábricas del norte de Italia fueran más bien escasos: hacer frente al jefe puede ser un asunto local, pero para reorganizar la



producción y la sociedad hay que salir del lugar de trabajo – de los muros de la fábrica, y de la empresa, en tanto que valor acumulado, a la que pertenecemos. (Nota de G. D. en 1997).

APÉNDICE

APUNTE SOBRE PANNEKOEK Y BORDIGA

Aunque Lenin atacó a ambos en su obra *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Pannekoek consideraba a Bordiga como una extraña marca de leninista, y Bordiga catalogaba a Pannekoek como una mezcla desagradable de marxismo y anarcosindicalismo. En realidad, ninguno se interesó realmente por el otro, y las izquierdas comunistas "alemana" e "italiana" se dieron casi por completo la espalda. Uno de los objetivos de este apunte es demostrar que esta actitud fue un error.

Hace apenas unos años, pocos habían oído hablar de Pannekoek (1873-1960). Sus ideas y su proceder empiezan a ser objeto de atención porque en la actualidad se están reproduciendo las condiciones de su época – pero con diferencias sustanciales que nos obligan a corregir sus puntos de vista.

Aunque Pannekoek era holandés, la mayor parte de su actividad tuvo lugar en Alemania. Fue uno de los pocos socialistas de los países desarrollados que mantuvo viva la tradición revolucionaria anterior a 1914. Pero sólo adoptó posturas radicales durante y después de la guerra. Su obra de 1920 *Revolución mundial y táctica comunista* es una de las mejores obras de aquella época. Pannekoek comprendió que el fracaso de la Segunda Internacional no era achacable a su estrategia, sino que la propia estrategia hundía sus raíces en la función y la forma de la Segunda Internacional. La Internacional estaba adaptada a una fase concreta del capitalismo en la que los trabajadores exigían reformas económicas y políticas. Para hacer la revolución, el proletariado tenía que crear órganos de otro tipo que permitieran superar la vieja dicotomía partido / sindicato. Pannekoek no pudo evitar

un enfrentamiento con la Internacional Comunista en torno a este asunto. En primer lugar, porque los rusos nunca habían entendido del todo la naturaleza de la vieja Internacional, y eran partidarios de organizar a los obreros desde arriba, sin apercibirse del vínculo entre la "conciencia socialista" de Kautsky introducida en las masas, y la postura contrarrevolucionaria de Kautsky; en segundo lugar, porque el Estado ruso deseaba contar con partidos de masas en Europa capaces de ejercer presión sobre sus gobiernos para que llegaran a acuerdos con Rusia. Pannekoek era partidario del núcleo comunista auténtico existente en Alemania. Pronto fue derrotado dicho núcleo y aparecieron diversos grandes partidos comunistas en Occidente. La izquierda comunista quedó reducida a pequeños grupúsculos divididos en diferentes facciones.

A principios de la década de 1930, Pannekoek y otros intentaron definir el comunismo. Ya a principios de la década anterior habían denunciado el carácter capitalista de Rusia. Ahora volvían al análisis del valor realizado por Marx. Sostenían que el capitalismo es producción para la acumulación de valor, mientras que el comunismo es producción para el valor de uso, para la satisfacción de las necesidades sociales. Pero debe existir alguna forma de planificación: sin la intervención del dinero, la sociedad tendrá que organizar un riguroso sistema de contabilidad, a fin de llevar la cuenta de la cantidad de tiempo de trabajo contenida en cada mercancía producida. Una contabilidad exacta evitará que nada se desaproveche. Pannekoek y sus amigos tenían razón al volver al valor y sus implicaciones. Pero se equivocaron al buscar un sistema racional de contabilidad en el tiempo de trabajo. Lo que proponen, en realidad, es que impere el valor (puesto que el valor no es más que la cantidad del tiempo de trabajo social necesario para producir una mercancía) sin la intervención del dinero. Cabe añadir que Marx atacó esta idea en 1857, al principio del *Grundrisse*. Pero al menos las izquierdas comunistas alemana (y holandesa) pusieron el acento en el corazón de la teoría comunista.

Durante la guerra civil alemana, de 1919 a 1923, los obreros más activos habían creado nuevas formas de organización, en particular lo que ellos denominaban "uniones"[1], o a veces "consejos", aunque la mayoría de los consejos obreros existentes eran reformistas. Pannekoek desarrolló la idea de que estas formas organizativas eran importantes, incluso vitales para el movimiento, como opuestas a la forma tradicional de partido. Fue entonces cuando el comunismo consejista atacó al comunismo de partido. Pannekoek continuó desarrollando este aspecto de modo más completo hasta que, acabada la Segunda Guerra Mundial, publicó *Consejos Obreros*, donde expone con detalle una ideología puramente consejista. La revolución queda reducida a un proceso democrático de masas, y el socialismo a la auto-gestión obrera, materializada en un sistema colectivo de contabilidad del tiempo de trabajo: en otras palabras, valor sin su forma dineraria. El problema es que, lejos de ser un simple instrumento de medida, el valor es la savia del capitalismo. En cuanto a los revolucionarios, divulgar la teoría, hacer circular información y dar cuenta de lo que hacen los obreros. Pero no deben organizarse de forma permanente en un grupo político, intentar trazar una estrategia ni actuar conforme a ella, pues podrían convertirse en los nuevos líderes obreros y, más tarde, en la nueva clase dirigente.

Del análisis de Rusia como un régimen de capitalismo de Estado, Pannekoek pasó al análisis de quienes actúan, en los países capitalistas, en calidad de representantes de los obreros *desde dentro* del capitalismo, y antes que nadie, los sindicatos.

Pannekoek conocía las formas de resistencia directa del proletariado contra el capital, y comprendió el triunfo de la contrarrevolución. Pero no interpretó correctamente el contexto general del movimiento comunista: su fundamento (transformación del trabajador en mercancía), su lucha (acción

[1] En este contexto, la palabra alemana "unión" no tiene nada que ver con los sindicatos (que son llamados Gewerkschaften en alemán). De hecho, las "uniones" combatieron a los sindicatos.

centralizada contra el Estado y el movimiento obrero existente) y su objetivo (creación de nuevas relaciones sociales en las que desaparezca *cualquier forma de economía* como tal). Desempeñó un importante papel en la reformulación del movimiento revolucionario. Nuestra tarea consiste en acotar los límites de su aportación para integrarla a continuación en una nueva formulación general de la teoría subversiva.

Bordiga (1889-1970) vivió en una situación diferente. Al igual que Pannekoek, que había combatido el reformismo antes de la guerra e incluso abandonó el partido socialista holandés para crear uno nuevo, Bordiga pertenecía a la izquierda de su partido. Pero no fue tan lejos como Pannekoek. En la época de la Primera Guerra Mundial, el partido italiano tenía ínfulas radicales, y no había posibilidad alguna de que se produjera una escisión. Incluso se oponía a la guerra, si bien de una forma más bien pasiva.

Cuando se fundó el Partido Comunista Italiano en 1921, éste rompió con el ala derecha del viejo partido y también con su sector centrista, lo cual desagradó a la Internacional Comunista. Bordiga era el dirigente del partido. Se negó a participar en las elecciones, no por una cuestión de principios, sino por razones tácticas. En ocasiones se puede recurrir a la actividad parlamentaria, pero nunca cuando la burguesía la utiliza para desviar a la clase obrera de la lucha de clases. Más tarde, Bordiga escribió que no se oponía a utilizar el Parlamento como tribuna cuando tuviera ocasión. Por ejemplo, al principio del período fascista era lógico intentar utilizarlo como tribuna. Pero en 1919, en pleno proceso revolucionario, cuando la insurrección y sus preparativos estaban a la orden del día, la participación en unas elecciones suponía convalidar las mentiras y conceptos erróneos burgueses sobre la posibilidad de un cambio por vía parlamentaria. Este era un asunto importante para Bordiga, a cuyo grupo, adscrito al partido socialista, se le había llamado “la facción abstencionista”. La Internacional Comunista discrepaba de esta línea. Al considerarlo una cuestión de táctica y no de estrategia, Bordiga decidió obedecer a la I. C., ya que creía que la disciplina era necesaria en un

movimiento de aquellas características. Pero mantuvo su postura.

La táctica del frente único era otra manzana de la discordia. Bordiga pensaba que el hecho mismo de invitar a los partidos socialistas a la acción común crearía confusión entre las masas, y disimularía la oposición acérrima de estos contrarrevolucionarios al comunismo. Esto contribuiría, asimismo, a que en el seno de algunos partidos comunistas que no habían roto verdaderamente con el reformismo brotaran tendencias oportunistas.

Bordiga se oponía a la consigna de gobierno obrero, que no hacía más que crear confusión en la teoría y en la práctica. En su opinión, la dictadura del proletariado era un elemento necesario del programa revolucionario. Pero, a diferencia de Pannekoek, se negó a explicar estas posiciones como una degeneración del partido y del Estado rusos. Creía que la I. C. estaba equivocada, pero la consideraba comunista, a pesar de todo.

A diferencia de la I. C., Bordiga adoptó una postura clara con respecto al fascismo. No sólo consideraba al fascismo como una forma más de dominación burguesa, como la democracia; sino que creía que no se podía elegir entre ellas. Este asunto ha sido objeto de numerosos debates. Se suele distorsionar la postura de la izquierda italiana. Los historiadores consideraban con frecuencia a Bordiga responsable de la llegada de Mussolini al poder. Incluso se le ha acusado de indiferencia ante los sufrimientos infligidos al pueblo por el fascismo. Bajo la óptica de Bordiga, desde el punto de vista de la revolución no es cierto que el fascismo sea peor que la democracia, ni que la democracia cree mejores condiciones para la lucha de clases proletaria. Aun considerando a la democracia como un mal menor, sería estúpido e inútil apoyarla para evitar el fascismo: la experiencia italiana (y más tarde, la alemana) demostraba que la democracia no sólo se había visto impotente para frenar al fascismo, sino que había recurrido a él para salvarse. Temerosa del proletariado, la democracia engendraba

el fascismo. La única alternativa al fascismo era, por tanto, la dictadura del proletariado.

La izquierda – los trotskistas, por ejemplo – esgrimió posteriormente otro argumento para apoyar la política antifascista. El capital necesita del fascismo: ya no puede ser democrático. Por consiguiente, si luchamos por la democracia, estamos luchando en realidad por el socialismo. Así justificaron muchos izquierdistas su actitud durante la Segunda Guerra Mundial. Pero así como la democracia engendra al fascismo, el fascismo engendra la democracia. La historia ha demostrado que lo que Bordiga sostuvo en el plano teórico se ha materializado en la práctica: el capitalismo sustituye a uno por el otro; la democracia y el fascismo se van sucediendo el uno al otro. Ambas formas se entremezclan desde 1945.

Desde luego, la I. C. no podía tolerar la oposición de Bordiga, y entre 1923 y 1926 perdió el control del Partido Comunista Italiano[2]. Aunque no estaba completamente de acuerdo con Trotsky, se puso de su lado contra Stalin. En la reunión del Comité Ejecutivo de la I. C. celebrada en 1926, Bordiga arremetió contra los dirigentes rusos: esta fue probablemente la última vez que alguien atacó públicamente a la I. C. desde dentro a tan alto nivel. De cualquier modo, en este punto es importante constatar que Bordiga no calificó a Rusia de estado capitalista ni a la I. C. de organismo degenerado. No rompió realmente con el estalinismo hasta pasados unos años.

Bordiga estuvo en prisión desde 1926 hasta 1930, y durante la década de 1930 se alejó de la acción política del exilio, extremadamente activa. Aquellos años estuvieron dominados por el antifascismo y los frentes populares, que desembocaron en los preparativos para una nueva guerra mundial. La diminuta izquierda italiana en el exilio sostenía que la guerra que se avecinaba sólo podía ser imperialista. La lucha contra el fascismo por la vía del apoyo a la democracia era vista

---

[2] Cuando aún tenía la mayoría, dimitió a favor de Gramsci, contrariando las normas.

como la preparación material e ideológica para esa nueva guerra.

Una vez comenzada la guerra, quedaba poco espacio para la actividad comunista. Las izquierdas italiana y alemana adoptaron una postura internacionalista, mientras que el trotskismo decidió apoyar a las potencias aliadas contra el Eje. Para entonces, Bordiga aún se negaba a definir a Rusia como estado capitalista, pero nunca accedió – como sí hizo Trotsky – a apoyar a nadie que fuera aliado de la Unión Soviética. Nunca abogó por la defensa del "Estado Obrero". Hay que tener en cuenta que cuando Rusia, junto con Alemania, invadió Polonia en 1939 y llevó a cabo su partición, Trotsky afirmó que aquello era positivo ¡porque orientaría las relaciones sociales en Polonia hacia el socialismo!

En 1943 Italia cambió de bando y nació la República, lo cual abrió una oportunidad para la acción. La izquierda italiana creó un partido. Estaba convencida de que el fin de la guerra acarrearía luchas de clases de naturaleza similar a las que se habían visto al final de la Primera Guerra Mundial. ¿De verdad pensaba así Bordiga? Al parecer, comprendió que la situación era completamente diferente. La clase obrera estaba ahora totalmente sometida al capital, que había conseguido enrolarla bajo la bandera de la democracia. En cuanto a los perdedores (Alemania y Japón), serían ocupados y controlados por los vencedores. Pero Bordiga no se enfrentó realmente al sector optimista de su grupo, y se atuvo a esta línea hasta su muerte. Tendía a mantenerse apartado de la actividad (y el activismo) de su "partido", y se mostraba mucho más interesado en la comprensión y explicación de la teoría. De este modo contribuyó a despertar y perpetuar ilusiones que él rechazaba. Su partido perdió la mayor parte de sus militantes en pocos años. A finales de la década de 1940 la militancia era tan exigua como antes de la guerra.

La mayor parte de la obra de Bordiga fue de carácter teórico. Buena parte de ella giró en torno a Rusia. Bordiga demostró que Rusia era capitalista y que su capitalismo no difería en lo sustancial del occidental. La izquierda alemana (o

ultra izquierda) se equivocó en este punto. Para Bordiga, lo importante no era la burocracia, sino las leyes económicas esenciales a las que la burocracia tenía que obedecer. Estas leyes eran las mismas que las descritas en *El Capital*: acumulación de valor, intercambio de mercancías, tasa de ganancia decreciente, etc. Aunque es cierto que la economía rusa no adoleció de superproducción, ello se debía a su retraso. Durante la Guerra Fría, cuando muchos comunistas consejistas presentaron a los regímenes burocráticos como un nuevo y posible modelo futuro de evolución capitalista, Bordiga previó que el dólar americano penetraría en Rusia y acabaría resquebrajando los muros del Kremlin.

La ultra izquierda creía que Rusia había cambiado las leyes básicas explicadas por Marx. Cargaba las tintas sobre el control de la economía por la burocracia, a lo que oponía la consigna de la autogestión obrera. Bordiga afirmó que no era necesario un nuevo programa; la autogestión obrera era un asunto secundario; los obreros sólo podrían gestionar la economía si se abolían las relaciones de mercado. Por supuesto, este debate trascendió los límites de un simple análisis de Rusia.

Esta concepción quedó clara a finales de la década de 1950. Bordiga escribió diversos estudios sobre algunos de los textos fundamentales de Marx. En 1960 dijo que la totalidad de la obra de Marx era una descripción del comunismo. Éste es, sin duda, el comentario más profundo que se haya hecho sobre Marx. Igual que Pannekoek había regresado al análisis del valor hacia 1930, Bordiga volvió a él treinta años después. Pero lo que Bordiga formuló fue una visión global del desarrollo y dinámica del intercambio desde su origen hasta su muerte con el comunismo.

Mientras tanto, Bordiga defendía aún su teoría del movimiento revolucionario, que contenía una interpretación errónea de la dinámica interna del proletariado. Bordiga creía que los obreros se unirían primeramente en el plano económico, y modificarían la naturaleza de los sindicatos, para llegar a continuación al plano político, gracias a la intervención de la vanguardia revolucionaria. Es fácil observar en este punto la

influencia de Lenin. El pequeño partido de Bordiga entró en los sindicatos (es decir, los sindicatos controlados por los Partidos Comunistas) en Francia y en Italia, pero sin resultado alguno. Aunque lo desaprobaba en mayor o menor grado, nunca adoptó públicamente una postura contraria a tan desastrosa línea de acción.

Bordiga mantuvo vivo el núcleo de la teoría comunista, pero no consiguió desprenderse de las tesis de Lenin, esto es, de las tesis de la Segunda Internacional. Inevitablemente, su acción y sus ideas tenían que ser contradictorias. Pero no es difícil entender, con la perspectiva del tiempo, todo lo que de válido tenía – y tiene – el conjunto de su obra.

Pannekoek entendió y explicó la resistencia del proletariado frente a la contrarrevolución en el plano más inmediato. Vio a los sindicatos como un monopolio de capital variable, similar a los monopolios ordinarios que concentran capital constante. Describió la revolución como la toma de control de la vida por parte de las masas, en contraposición a la concepción productivista, jerárquica y nacionalista del "socialismo" estalinista *y* socialdemócrata (de la que participan en gran medida el trotskismo y, ahora, el maoísmo). Pero no entendió la naturaleza del capital, ni la naturaleza de la transformación que traería consigo el comunismo. En su forma extrema, según lo explicó Pannekoek al final de su vida, el comunismo consejista deviene un sistema organizativo en el que los consejos desempeñan la misma función que la que Lenin asigna al "partido". Pero sería un grave error identificar a Pannekoek con su peor etapa. De cualquier forma, la teoría de la autogestión obrera no se puede aceptar, especialmente ahora que el capital propone, en su búsqueda de nuevas vías de integración de los trabajadores, la participación conjunta en la gestión de la producción.

Es aquí donde radica la importancia de Bordiga: para él, toda la obra de Marx tiene como objetivo describir el

comunismo. El comunismo existe potencialmente dentro del proletariado. El proletariado es la negación de esta sociedad. Al final se sublevará contra la producción de mercancías por pura supervivencia, porque la producción de mercancías significa su destrucción, incluso física. La revolución no es una cuestión de conciencia, ni una cuestión de gestión. Esta visión distingue sobremanera a Bordiga de la Segunda Internacional, de Lenin y de la Internacional Comunista oficial. Pero nunca consiguió trazar una línea entre el presente y el pasado. Ahora podemos hacerlo.

Enero de 1973

ÍNDICE

La revolución de 1917 era burguesa por sus tareas democráticas inmediatas; y proletaria por su ayuda a la revolución de los países avanzados.

...Pero la revolución alemana fracasó. Entregada sólo a sus fuerzas, Rusia no podía más que desarrollar el capital.

En este comienzo del siglo XXI, la muerte del mito de la Rusia «socialista» obliga a una inversión de las perspectivas. En lugar de concebir el comunismo a partir del modelo ruso *o* de su crítica, la práctica y la teoría revolucionarias vuelven a encontrar sus fundamentos. El comunismo constituirá la comunidad humana por la destrucción del cambio, del salariado y del Estado.